LEXI THURMAN



LA PROFECÍA DE CECILY

Prólogo

Highlands, clan Sinclair, 1212

Los miembros del clan Sinclair se encontraban de celebración. Su laird acababa de desposar a su prometida, y el patio de armas del castillo bullía de vida y alegría. Bajo un cielo despejado y el último resplandor del atardecer, las hogueras ardían altas en los extremos del patio, lanzando chispas al aire perfumado de resina y carne asada.

Las gaitas sonaban entre los muros de piedra, acompañadas por tambores y palmas que marcaban el ritmo de las danzas, mientras las mujeres del clan bailaban en círculos alrededor de las llamas. Los niños correteaban entre las mesas cubiertas de ciervo asado, pan de avena y jarras de hidromiel, y los guerreros chocaban sus cuernos de cerveza y brindaban por la salud del laird y su nueva esposa.

Aunque los recién casados se habían retirado hacía ya un largo rato a sus aposentos, la fiesta continuaba.

Cecily no llevaba ni dos días en el clan, por lo que no conocía a los miembros, y mucho menos a los invitados llegados desde distintos rincones de las Highlands, para sumarse a la celebración. Se sentía fuera de lugar, como si no perteneciese allí. Y, pese a que se alegraba en lo más hondo de su corazón por su mejor amiga Gisela, lo cierto era que no estaba segura de si debería quedarse.

Las Highlands no eran lugar para una muchacha inglesa como ella. Gisela también era inglesa y parecía haberse adaptado a la perfección al clan Sinclair. Incluso había encontrado el amor allí, casándose con su laird, pero su amiga era fuerte y valiente, todo lo que ella no era. Porque mientras Gisela había vivido la aventura de su vida, vengándose del hombre que mató a su padre, Cecily había huido al convento donde ambas habían vivido durante los últimos

años. Lo había hecho en busca de ayuda, pero en el fondo sabía que había sido una cobarde.

Se alejó del patio de armas y recorrió el camino que conducía hasta el río. Aunque durante el día el río estaba lleno de vida, con las mujeres lavando la ropa y los niños jugando en la orilla, estaba atardeciendo y todos los miembros del clan Sinclair se encontraban en la boda, convirtiéndolo en el lugar perfecto para Cecily.

La joven se dejó caer en la hierba de la orilla, disfrutando del frescor de la corriente acariciándole los pies**.** Se recogió el cabello despeinado en una trenza improvisada, retiró unas hojas secas de su falda, y se limpió el rostro con el agua, como si pudiera borrar así el cansancio y la incomodidad que arrastraba desde su llegada.

En lo alto, una luna llena comenzaba a alzarse en el cielo, tímida al principio, pero pronto se convertiría en la única luz que bañaría aquel paraje solitario.

—¿Vos también necesitabais un poco de tranquilidad? —preguntó una voz masculina desconocida para ella.

Cecily se sobresaltó, y un leve grito escapó de su garganta antes de que pudiera sofocarlo, cubriéndose la boca con la mano. Se volvió de inmediato hacia el dueño de aquella voz.

—Me habéis asustado —espetó, sintiendo cómo su corazón latía desmedido en su pecho.

El desconocido le sostuvo la mirada con una sonrisa apacible y un ademán de disculpa. Era un hombre joven, alto y fornido, y que tendría unos pocos inviernos más que sus diecinueve años.

—Os ruego que me disculpéis, no era mi intención causaros inquietud —respondió, inclinando levemente la cabeza.

Era un hombre de las Highlands, ataviado con un kilt con los colores de su clan. Unos que Cecily no reconoció, aunque ella solo conocía los colores del clan Sinclair. Su gaélico era aceptable, ya que lo había aprendido años atrás junto a Gisela en el convento, pero no sabía mucho más de esas tierras ni de sus hombres.

Lo poco que había visto hasta entonces eran guerreros rudos, de modales toscos y un humor que dejaba bastante que desear. Sin embargo, aquel desconocido parecía distinto. Más amable, más cálido, y eso le hizo relajarse.

—No os preocupéis —dijo con amabilidad, esbozando una sonrisa cordial—. Y respondiendo a vuestra pregunta, sí, necesitaba un poco de calma. No me gusta el bullicio de las celebraciones.

—A mí tampoco —coincidió él, lanzando un breve resoplido—. ¿Os importa si me siento? —preguntó, señalando la hierba a su lado.

—No —contestó Cecily, antes siquiera de pensar la respuesta.

Él esbozó una sonrisa que a ella le pareció la más bonita que había visto en su vida y ocupó un sitio a su lado.

—Este lugar es muy agradable y apacible. Estaba cansado de soportar borrachos.

—¿Vos no habéis bebido?

El joven la miró entonces, y sus ojos grises, claros y profundos bajo la pálida luz de la luna, le parecieron como nubes que, en lugar de anunciar lluvia, guardaban un silencio suave y profundo. Fue una impresión tan repentina como absurda, y Cecily apartó la mirada, incómoda consigo misma.

—Apenas una copa —dijo él al fin—. Lo suficiente para brindar, no para perder la razón.

Ella asintió, sin saber muy bien qué decir. Había algo en su presencia que la ponía nerviosa, pero no de forma desagradable. Era una incomodidad nueva, agradable, como si ambos se conociesen de toda la vida.

—Eso es prudente. Así, mañana recordaréis todo cuanto haya sucedido hoy.

Él esbozó una sonrisa traviesa.

—Aunque hubiese bebido hasta perder el sentido, os aseguro que no olvidaría el haberme cruzado con vos.

¿Él acaso la estaba elogiando? Cecily sintió cómo el rubor le ascendía a las mejillas. No estaba acostumbrada a que los hombres le dirigieran tales galanterías.

—No era eso lo que pretendía decir —se apresuró a aclarar ella, bajando ligeramente la mirada.

Él la observó con diversión.

—Y vos… ¿os olvidaréis de que me habéis conocido? —preguntó con suavidad.

Cecily se obligó a alzar la vista.

—No os conozco, milord. Apenas hemos cruzado unas palabras.

—Cierto —admitió él, inclinando ligeramente la cabeza—. Y, aun así, siento como si os conociera desde siempre.

Ella negó despacio, esbozando una sonrisa escéptica.

—Sois un zalamero, milord.

—No —replicó él, con una sonrisa que destilaba honestidad—, solo soy sincero, milady. Desde que os vi en el patio de armas, tuve la extraña sensación de haberos conocido antes. Pero sé que no es posible, porque os recordaría.

Durante unos instantes, ninguno de los dos habló. El silencio no era incómodo, sino de esos que parecen decir más que las palabras. El canto lejano de un búho se mezclaba con el rumor del viento entre los árboles, y la luna derramaba su luz plateada sobre la hierba.

Cecily jugueteó distraídamente con una brizna de hierba, pensando sus siguientes palabras.

—Yo también, de alguna manera, siento que os conozco —reconoció al fin—. Sois el único desde que llegué, aparte de con Gisela, con quien me siento cómoda.

—No sois de las Highlands —dijo él. Aunque podía parecer una pregunta, era una afirmación.

—No, soy inglesa como la recién casada. Ella y yo somos buenas amigas.

—Las damas inglesas que he conocido hasta ahora no se parecían en nada a vos. —Él se pasó distraídamente un dedo por el puente de la nariz, un gesto sencillo que suavizó aún más sus facciones. Sus ojos claros destellaban con un brillo casi travieso bajo la luz de la luna—. Suelen ser caprichosas y altivas.

Cecily soltó una carcajada ligera y franca, una risa limpia que pareció llenar el claro de frescura.

—Eso es un juicio muy propio de los hombres de estas tierras —replicó, aún sonriendo—. Aunque, para ser justos, no soy una dama, tan solo una aprendiz de curandera.

—¿Los hombres de estas tierras? —repitió él, alzando una ceja negra con fingida ofensa—. ¿Quién está juzgando ahora?

Cecily se mordió el labio inferior para contener la risa. Él la había atrapado en su propia contradicción, pero lejos de sentirse avergonzada, se descubrió divertida y extrañamente a gusto. Como si esa conversación, ligera y sin pretensiones, fuera justo lo que había necesitado sin saberlo.

—Tenéis razón. Aunque he de reconocer que los hombres de las Highlands que he conocido hasta ahora no son como vos.

—Quizá eso es porque soy único, milady. —Él le guiñó un ojo y Cecily se rio—. Así que sois curandera. No os faltará trabajo por estos lares.

—Eso me temo —asintió Cecily con un suspiro—. Los hombres de aquí parecen demasiado aficionados a las peleas. Ayer, durante la cena, tuve que curar las heridas a dos miembros del clan que se liaron a golpes porque ambos querían la última torta de miel. Y lo más curioso es que, tras curarles, los vi sentados juntos, riéndose, como si nada hubiera pasado.

—Las peleas, a veces, son lazos que unen más que las palabras. ¿Acaso los ingleses no se pelean?

—Sí —respondió ella con una sonrisa—. Al final, los hombres, de donde sea que sean, son igual de brutos y necios. —Cecily bajó un poco la mirada, mordiéndose el labio inferior con pesar—. Disculpad mi atrevimiento, milord, no os quería ofender.

Pero el joven, lejos de parecer ofendido, soltó una carcajada.

—No debéis disculparos por ser sincera. Me gustan las mujeres que hablan con franqueza. No soy de los hombres que esperan que una mujer calle para agradar.

—La verdad es que suelo ser de las que guardan silencio —reconoció Cecily, volviendo a centrar su atención en él—. Gisela siempre me lo recrimina. Seguro que estaría feliz de saber que, junto a vos, me atrevo a mostrarme diferente.

—Solo he intercambiado dos palabras de cortesía con Lady Gisela, pero ya he podido ver que es una mujer de armas tomar.

—Lo es. Y muy valiente también, milord. —Una sonrisa orgullosa se dibujó en el rostro de Cecily—. Ojalá yo fuera como ella. —La confesión se escapó de los labios de la muchacha con una exhalación casi sin ser consciente. Volvió a apartar la mirada del

joven y la centró en el horizonte, en un punto indefinido, pero no se arrepintió de sus palabras. Porque tal vez era porque sentía que lo conocía de antes o porque sabía que no se volverían a ver después de aquel encuentro, pero Cecily confiaba en aquel joven.

Durante unos instantes, se perdió en sus pensamientos. Hasta que una mano, suave pero firme, alzó delicadamente su barbilla, invitándola a ladear su cabeza y mirar los ojos grises más claros y hermosos que había visto en su existencia.

—Lo sois también, milady —dijo el joven. Y tal vez Cecily pecaba de crédula, pero sus palabras le parecieron honestas—. Hay que ser valiente para adentrarse en tierras desconocidas y dejar atrás todo lo conocido.

Cecily sintió un cosquilleo agradable en la piel, donde el dedo de él rozaba su barbilla. Cuando la soltó, un ligero escalofrío recorrió su cuerpo, como si el contacto hubiera despertado algo inesperado. Algo que no entendía.

—No dejé nada atrás —reconoció ella con tristeza—. Gisela es la única familia que me queda. Mi madre fue asesinada, al igual que toda la gente que conocía.

—Siento vuestra pérdida —la consoló él.

—Fue hace años. Gisela se vengó del culpable… pero yo... —hizo una pausa, y él, animándola con una sonrisa cálida y compasiva, la invitó a continuar— huí. No tuve el valor de hacer lo que era necesario.

—Estáis equivocada. Hace falta más coraje para renunciar a la venganza que para buscarla.

Cecily sintió como si esas palabras le diesen la paz que ansiaba. La que no había podido encontrar por sí misma. Sintió como si parte de su culpabilidad se desvaneciera.

—Gracias, milord —susurró, con el alma un poco más ligera.

—No debéis agradecerme por decir la verdad —respondió él, con una sonrisa suave.

El joven levantó la mano y le acarició la mejilla con el dorso, con dulzura y suavidad. Y Cecily, pese a que siempre mantenía las distancias con aquellos a los que no conocía demasiado, se lo permitió. Porque a ella le gustaba la cercanía de aquel joven.

Sus miradas se entrelazaron. Con lentitud reverente, el rostro de él se aproximó hacia el de ella. El aliento cálido de él rozó sus labios, apenas fue un soplo, pero fue suficiente para que su piel se erizara como si se hubiera quemado con la llama de una hoguera.

Nunca había sido besada; tampoco lo había deseado. Ni siquiera había pensado en ello. Su madre le había inculcado desde su más tierna niñez a desconfiar de los hombres, a no fiarse de sus palabras y a no creer en el amor. Aunque lo cierto era que Cecily, en su fuero más interno, siempre había soñado con casarse y con formar una familia con pequeños niños llenando de risas y juegos una pequeña cabaña. Pero nunca, hasta ese instante, había sentido un deseo tan vivo arder en su piel, un fuego que la sorprendía y la estremecía, despertando en ella emociones que hasta entonces habían permanecido dormidas.

El mundo a su alrededor pareció desvanecerse, como si solo existiesen ellos dos. Sintió el leve roce de los labios de él contra los suyos, un contacto tan sutil como embriagador. Instintivamente cerró los ojos. Y entonces, Cecily supo, con una certeza profunda, que lo que estaba a punto de suceder cambiaría para siempre el curso de su vida.

Sin embargo, como si la realidad reclamara su presencia, una voz distante rompió el hechizo:

—Brodie MacLaren ¿dónde estás? ¡Necesito que vengas!

Sintió cómo el joven se apartaba de ella, susurrando una maldición apenas audible.

—Debo irme, pero os buscaré después.

Cecily abrió los ojos, pero él ya no estaba frente a ella. Giró la cabeza y lo vio alejarse, iluminado por la luz de la luna, hasta perderse en la oscuridad. Ella se pasó la lengua por el labio donde él la había rozado, quedándose un momento más allí, disfrutando de la calma que aún impregnaba el aire.

Cuando regresó al patio de armas, lo hizo con una sonrisa esperanzada, buscando la figura del joven entre la multitud. Lo esperó, pero él no apareció.

Había desaparecido. Como si nunca hubiera existido, dejando atrás una promesa incumplida. Pero Cecily no se entristeció, ni tampoco

se enojó. Porque ella sentía, en lo más profundo de su corazón, la certeza de que sus caminos volverían a encontrarse.

Capítulo 1

Ocho meses después…

—Gisela, no… Por favor, no me dejes… —La voz de Cecily se quebró, irreconocible entre jadeos y sollozos.

Pero su amiga ya no estaba allí. Sus ojos, abiertos y vidriosos, se habían quedado fijos en algún punto invisible del techo de piedra. Su piel, antes tibia y sonrosada, se tornaba cenicienta, mientras la sangre fresca seguía empapando las sábanas ásperas bajo su cuerpo inmóvil.

Cecily sintió cómo un nudo helado le oprimía el pecho. La había perdido. Nada en este mundo —ni ruegos, ni plegarias, ni hierbas de sanación— podría devolverle la vida.

Había hecho cuanto le había sido posible, pero la Maldición de las Blackwood se la había llevado.

¿Maldición?

La palabra resonó en su mente como un eco ajeno, sin que supiera de dónde había salido. Como si una parte de su alma recordase algo que su razón no alcanzaba.

Un llanto agudo quebró el silencio. La recién nacida, aún cubierta de sangre, soltó un grito desgarrador, un sonido que se alzó en la estancia como un lamento de muerte y vida al mismo tiempo.

Solo entonces Cecily se dio cuenta de que la tenía en brazos. No recordaba haberla cogido; ni siquiera estaba segura de haberla visto nacer. La bebé la miró con esos ojos verdes color esmeralda, idénticos a los de su amiga.

—¿No vais a cogerla en brazos? —preguntó una voz femenina.

Era la comadrona, una mujer de cabello canoso recogido con trenzas, rostro curtido y ojos oscuros como la turba, que había asistido el parto junto a ella. Pero la pregunta no iba dirigida a Cecily, sino al hombre que se arrodillaba junto a la cama, aferrado a

la mano sin vida de su esposa, ataviado con el kilt con los colores de su clan.

El laird Malcolm Sinclair. El marido de Gisela.

Este se incorporó con torpeza y se acercó a Cecily, pero no hizo ademán de tomar a la niña. Sus ojos, tan azules e intensos como el océano, ardían de dolor y furia.

—Es vuestra culpa —le espetó, con la voz quebrada pero cargada de veneno—. Gisela confió en vos y la fallasteis.

—Hice todo cuanto estuvo en mi mano.

—¡Mentís! —rugió Malcolm—. ¡Pudisteis salvarla, pero fuisteis una cobarde!

Cecily no respondió; no pudo hacerlo. Porque, en el fondo de su alma, sabía que Malcolm tenía razón. Ella debió haber tomado otra decisión cuando estuvo a tiempo. Podría haberla salvado, pero…

La frase quedó suspendida en el cerebro de la joven, porque la habitación se desvaneció. Los contornos de las paredes se desdibujaron, el rostro de Malcolm se disolvió en las sombras, y el llanto de la bebé se convirtió en un eco lejano.

Cecily abrió los ojos de golpe, empapada en sudor, con el corazón desbocado en el pecho. Se incorporó lentamente, y aún en la oscuridad, pudo reconocer sus aposentos. No había rastro ni de Gisela, ni de Malcolm, ni de esa preciosa bebé con los mismos ojos que su amiga.

—No es real, no es real —se repitió a sí misma con desesperación, mientras sentía cómo el latido de su corazón se ralentizaba—. Tan solo es una pesadilla.

Una que conocía bien, ya que llevaba repitiéndose las últimas tres noches. Cecily se levantó de la cama y caminó hasta la ventana. Aún no había amanecido, aunque no faltaría mucho para que lo hiciera.

Podía intentar dormir un par de horas más, pero no lo hizo, porque sabía que no lograría conciliar el sueño. No cuando la pesadilla seguía tan vívida en su mente. Así que hizo lo único que la relajaba: preparar unos ungüentos para ayudar a cicatrizar más rápido las heridas. Era una receta que había aprendido de su madre y había perfeccionado los últimos meses. No era raro que alguno de

los guerreros lo necesitase después de una mañana de entrenamiento.

Cuando terminó, salió de sus aposentos. La fortaleza aún dormía, envuelta en ese silencio espeso que precede al alba. Pronto, cuando los primeros rayos del sol asomaran tras las colinas, el lugar se llenaría del bullicio habitual: el sonido de los martillos en la forja, los pasos apresurados de los criados y las voces de los mozos de cuadra. Pero, por ahora, todo permanecía en calma.

Cecily cruzó el patio de armas y se dirigió hacia el pequeño huerto que ella misma había ido levantando junto al muro sur de la fortaleza, en un rincón protegido del viento y el frío. Un espacio discreto, donde cultivaba hierbas medicinales y algunas flores silvestres.

Era su refugio.

Un lugar donde podía sentirse que formaba parte de algo. Porque lo cierto era que, aunque en el clan Sinclair la habían acogido con bondad, ella no sentía que perteneciese allí.

Aunque era un sentimiento al que estaba acostumbrada. Era como se había sentido en el convento; incluso en Inglaterra, en las tierras del progenitor de Gisela, donde ella había nacido y se había criado. Siempre se había sentido una forastera. En el único momento que se había sentido plena, que había sentido que había encontrado su lugar, había sido junto a aquel hombre hacía ocho meses atrás.

Brodie MacLaren.

Jamás olvidaría ese nombre, pero tampoco le había hablado a nadie de él. Ni siquiera a su mejor amiga, con quien compartía hasta sus más vergonzosos secretos. No lo había hecho porque hacerlo se sentía como si lo traicionase. Aquella noche les pertenecía solo a ellos, y debía quedar guardada en su memoria, intacta, lejos de las palabras y las preguntas ajenas.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo una voz femenina a su espalda. Una voz que conocía demasiado bien.

Cecily se incorporó, limpiándose las manos manchadas de tierra contra el dobladillo de su vestido marrón. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, trabajando entre las matas de romero y lavanda, pero al alzar la vista comprobó que el sol ya reinaba en lo alto. No la

sorprendió. Las horas solían escapársele de entre los dedos cuando cuidaba de su pequeño huerto.

—Gisela —la saludó, esbozando una leve sonrisa—. ¿Necesitas algo?

Su amiga arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—No eres mi sirvienta, Cecily. No he venido a buscarte para pedirte nada.

Cecily alzó una ceja, divertida.

—Te conozco demasiado bien. Sé que algo quieres.

Gisela soltó una suave risa.

—Tienes razón —reconoció—. Quiero pasar un rato con mi amiga.

Cecily estrechó sus ojos, mirando a Gisela con desconfianza.

—¿Un rato haciendo qué y dónde?

Gisela esbozó una sonrisa inocente.

—Cazando fuera de los muros.

—Yo no cazo, ya lo sabes. Y además, estoy ocupada.

—Ningún guerrero necesita aún de tus ungüentos —le recordó Gisela—. Y no espero que caces conmigo. —Hizo una pausa, sonriendo con picardía—. En realidad, es por hacerte un favor a ti.

—¿Un favor a mí? —repitió Cecily con incredulidad.

—Así es —respondió Gisela con seriedad—. Fuera de los muros, en el bosque, hay flores que no puedes encontrar aquí dentro. Seguro que necesitas alguna.

—En realidad, no. La última vez que fui, recogí todo lo que necesitaba.

—Lo sé —Gisela se acercó a Cecily y entrelazó su brazo con el de ella—, pero es una suerte que mi marido no lo sepa.

Cecily entrecerró los ojos.

—¿Tu idea es decirle que me acompañas a coger flores para cazar sin su supervisión?

—Nadie me conoce tan bien como tú. —Gisela no solo no lo negó, sino que esbozó una amplia sonrisa mientras empezaba a andar y tiraba a Cecily con ella—. No es que no me guste ir a cazar con Malcolm, pero se preocupa demasiado por mi seguridad. —

Lanzó un pequeño resoplido—. Como si fuese a hacer algo que me ponga en peligro.

—Es que lo haces —replicó Cecily con cansancio—. La última vez que fuiste de caza sin él tuve que coserte una herida en la pierna.

—Eso no fue culpa mía. Tenía acorralado al ciervo, pero, al parecer, no le hizo gracia la idea de convertirse en la cena.

—Lo que cuentan los dos guerreros de tu marido, que te estaban escoltando en esos momentos, es que te escapaste porque no te dejaban ir a cazar a ese ciervo, ya que era especialmente agresivo.

—No hubiera tenido que escaparme si hubieran sido razonables —se defendió, y Cecily negó con la cabeza porque Gisela era incapaz de reconocer sus propios errores—. Los hombres de Malcolm le tienen más miedo a él que al propio demonio. —Resopló con los ojos en blanco—. Tiemblan solo de pensar que pueda romperme una uña. No me dejan hacer nada. —Hizo una pausa, como si meditase sus propias palabras—. Y, para colmo, todo por culpa de un miedo absurdo. Porque mi marido es un hombre razonable y cabal.

—Bueno, después de atenderte a ti, tuve que coserle la cabeza a uno de esos guerreros, y al otro, curarle el labio partido. Y te recuerdo que eso fue después de que Malcolm se reuniese con ellos para pedir explicaciones por tus heridas.

Gisela se detuvo en seco y la miró.

—Tienes razón, Cecily. Mi marido no es nada razonable. Lo mejor va a ser contarle una mentira piadosa.

Cecily suspiró, soltándose de su agarre y cruzando los brazos.

—Eres imposible, Gisela —dijo, siendo consciente de que su amiga estaba manipulándola para salirse con la suya.

Gisela sonrió.

—Y aun así, soy tu mejor amiga.

—Aun así —concordó Cecily sin poder evitar sonreír, porque no sabía qué habilidad mágica poseía Gisela, que era incapaz de enfadarse con ella—. ¿Pero no hay otra persona a la que puedas utilizar para tus propósitos? No me gusta la caza.

—Todas las mujeres del clan son de noble corazón, pero ninguna osaría ir contra los deseos de mi marido. A mí me guardan lealtad, sí, pero aún mayor es la que profesan hacia él. Tú, en cambio, solo a mí me sirves fidelidad, así como yo a ti. Haría cualquier cosa por ti, bien lo sabes, ¿verdad?

—Eres una zalamera —A pesar de saber que Gisela era una embaucadora nata, Cecily también era consciente de la verdad sincera en aquellas palabras, porque conocía a Gisela desde que ambas eran unas niñas, y así se lo había demostrado a lo largo de los años. Cecily no había conocido a persona más fiel que su mejor amiga—. Está bien —cedió, negando con la cabeza a la vez que alzaba las manos en señal de rendición—. Aprovecharé para recoger aciano. Nunca viene mal tener algo más para los ungüentos.

—¡Sabía que podía contar contigo! —exclamó Gisela, abalanzándose sobre ella para darle un corto abrazo. Después, se separó para entrelazar su brazo con el de ella y comenzar a caminar de nuevo—. Siempre puedo hacerlo.

«Es vuestra culpa. Gisela confió en vos y la fallasteis».

Las palabras heridas y furiosas del Malcolm de la pesadilla golpearon en la mente de Cecily como un martillo de guerra. Una presión cruda y punzante se instaló en su vientre al revivir aquella pesadilla que parecía perseguirla no solo en sueños, sino ahora también cuando estaba despierta.

¿Si no había pasado, si tan solo se trataba de un sueño, por qué el recuerdo de no haber hecho lo suficiente era tan persistente y doloroso que parecía real?

—Últimamente pareces fatigada —comentó Gisela con voz suave, rompiendo el silencio que se había instalado entre ambas.

Cecily no respondió de inmediato. Cruzaron la entrada de la fortaleza en silencio.

—No duermo bien —admitió bajando la mirada cuando llegaron al gran salón.

—¿Te preocupa algo? —Gisela frunció el ceño, su expresión tornándose preocupada—. ¿No eres feliz aquí?

—Soy feliz —le respondió Cecily, aunque era una verdad a medias. Ella tenía un hogar, a su mejor amiga y única familia con

ella, pero, aun así, no se sentía completa—. Tengo pesadillas.

—¿Han vuelto las pesadillas que tenías en el convento?

Durante el primer año en el convento, Cecily se había despertado muchas noches sudando y con el corazón golpeando su pecho. Sabía que tenía pesadillas, aunque no podía recordarlas cuando se despertaba. Sin embargo, intuía que estaban relacionadas con lo sucedido en el castillo del padre de Gisela, con el fallecimiento de su madre y de las vidas inocentes que se perdieron ese día.

—No. Ahora es diferente, son más nítidas. Parecen reales —no dijo nada más, ya que no quería contarle a su amiga el contenido de la pesadilla. No quería que supiese que ella era la protagonista.

Gisela la observó en silencio. Cecily reconoció al instante ese leve fruncir del ceño y la forma en la que apretaba los labios, como cuando estaba a punto de decir algo importante, algo que la inquietaba. Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, el ruido de unas puertas abriéndose las distrajo.

Malcolm salió de la sala de estrategias junto a su segundo, Evin. Los dos ataviados con los colores del clan. Los ojos del laird del clan Sinclair se posaron en su mujer. Gisela se giró y esbozó una amplia sonrisa, desapareciendo cualquier preocupación que tuviese.

Como siempre sucedía cuando estaban juntos, Cecily vio el amor que se procesaban. El tipo de amor que su madre le había asegurado que no existía, que no era más que un engaño de los trovadores y de las viejas leyendas, destinado a llenar la cabeza de las muchachas con fantasías imposibles.

Pero su madre se había equivocado.

Cecily lo veía allí, frente a ella, en la forma en que Malcolm miraba a Gisela, en cómo su amiga sonreía solo con sentirlo cerca. Y pese a que se alegraba sinceramente por ella, no pudo evitar que una punzada le atravesara el pecho. Porque, en lo más hondo, una parte de Cecily, la envidiaba. Deseaba conocer, aunque fuese solo una vez, lo que era amar y ser amada de ese modo. Sentir que, aunque el mundo ardiera a su alrededor, siempre habría un lugar donde refugiarse.

Y ese anhelo, por mucho que intentase enterrarlo, seguía allí. Silencioso. Persistente.

Entonces, sin permiso, la sonrisa de Brodie se abrió paso en su mente como un rayo de sol entre la niebla. Y aunque se obligó a no aferrarse a esa fantasía absurda y crédula, una parte de ella se negaba a olvidarse de él.

¿Por qué no podía olvidarse de un hombre que apenas conocía?

—¿No puedes ir mañana a por esa planta? —La voz de Malcolm la devolvió a la realidad.

Malcolm la estaba mirando fijamente. Se había perdido en sus fantasías y no había seguido la conversación.

—¿Qué pla…? —comenzó, pero un carraspeo acompañado de un suave codazo la interrumpió. Giró levemente la cabeza para ver a su amiga sonriéndole, con esa sonrisa que siempre ponía cuando quería salirse con la suya—. Ah, sí. No me queda aciano y lo necesito para los ungüentos —mintió.

Malcolm frunció el ceño, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus ojos escrutaron el rostro de Cecily, buscando alguna grieta, algún paso en falso que la hiciera retroceder y descubrir su falacia.

Alto y corpulento, con su cabello dorado cayendo salvaje por sus hombros, Malcolm Sinclair era un hombre que lideraba el clan Sinclair con mano de hierro y que había logrado que guerreros poderosos y peligrosos se arrodillaran frente a él suplicando piedad. ¿Cómo iba a conseguir Cecily, que era una simple muchacha, no derrumbarse frente a él?

Pero no lo hizo.

—Hoy me es imposible alejarme de la fortaleza —dijo Malcolm finalmente con tono firme, propio de quien rara vez permitía objeciones.

—No te necesitamos para recolectar plantas —replicó Gisela con ligereza, acostumbrada a llevarle la contraria a su marido y a no dejarse intimidar por él.

—Tampoco Cecily te necesita a ti para eso —le respondió él, alzando una ceja—. No diferencias un tallo de aciano de una mala hierba, y bien lo sabes.

—¡Eso no es cierto! —protestó Gisela, enfadada—. Puedo distinguir… —se mordió el labio inferior, haciendo una breve pausa— algunas —reconoció.

Ervin, que hasta entonces había permanecido en silencio, soltó una leve risa.

—Solo las que tienen espinas, y después de pincharte con ellas.

Gisela le lanzó una mirada peligrosa al mejor amigo de su amado. Pero antes de que abriera la boca, Cecily intervino.

—Por eso he insistido en que me acompañe hoy. Ya es hora de que aprenda.

—¿Tú le has insistido? —le preguntó Malcolm, poco convencido.

—Así es —insistió Cecily, luchando consigo misma para no desviar la mirada del laird.

El hombre nunca le haría daño, pero la intimidaba. Y ella no quería acobardarse; no más.

—¿Ves cómo no te miento? —Gisela miró a su marido con una sonrisa inocente que no engañaba a nadie—. Discúlpate conmigo por no creerme.

Ervin soltó una gran carcajada que tapó con una tos mal disimulada al recibir una mirada de advertencia por parte de Malcolm. Sin embargo, Cecily no podía culpar al hombre, ya que hasta ella quiso reírse ante el descaro de su amiga.

—Me disculpo, gatita —dijo Malcolm, dando un paso hacia Gisela para rodear la cintura de esta con su mano y acercarla a él. La besó sin importarle que no estuviesen a solas. Cecily, con el rubor inundando sus mejillas, miró hacia otro lado, no queriendo ser entrometida—. Y para demostrarte cuánto lo siento, Fergus os acompañará —añadió cuando el beso se rompió.

Gisela dio un paso atrás, separándose de él.

—Fergus, sin duda, estará absorto en asuntos de mayor peso. Tal vez uno de los jóvenes guerreros pueda acompañarnos —sugirió, fingiendo naturalidad.

—Estoy convencido de que para Fergus será un honor escoltaros —insistió Malcolm—. Es uno de mis más valiosos guerreros. No podría confiar en otro para velar por la seguridad de mi gatita. —A pesar de que su tono era suave, no dejaba lugar a ningún tipo de objeción.

Gisela esbozó una sonrisa tan forzada que Ervin, incapaz de resistirse, soltó una carcajada.

Cecily conocía a casi todos los guerreros del clan; había atendido sus heridas más de una vez. Pero a Fergus nunca había tenido que curarle. Apenas lo había visto en un par de ocasiones y nunca habían cruzado palabra. Aun así, por la expresión de Gisela, comprendió que su amiga no estaba precisamente complacida con aquella decisión.

Y aunque ignoraba la razón, supo con certeza que ese día no transcurriría como Gisela había planeado.

Lo que Cecily no imaginaba era que tampoco transcurriría como ella había esperado.

Capítulo 2

—Ese necio me ha confiscado el arco —le dijo Gisela a Cecily, señalando con la barbilla a Fergus.

El guerrero las observaba a poca distancia, con los brazos cruzados y un gesto imperturbable, a pesar de haber escuchado a la perfección las quejas de Gisela. Los caballos en los que habían ido estaban atados al tronco de un árbol y pastaban tranquilamente.

A Cecily no le gustaba demasiado cabalgar. Siempre que le era posible, prefería ir a pie, pero Fergus no se lo había permitido. No había discutido con ellas, sino que se había limitado a subirlas a ambas en uno de los caballos. Fergus había resultado ser un hombre tan obstinado como una piedra de molino.

—Solo sigue las órdenes de tu marido —respondió Cecily, inclinándose para examinar una planta que crecía al pie de un arbusto.

—No me hables de ese testarudo hijo de la niebla —rezongó Gisela.

Cecily sonrió apenas, conteniendo la risa.

—Yo diría que es sensato —puntualizó, sin apartar la vista de la planta que tenía entre los dedos—. Sabía bien cuáles eran tus intenciones, pero también entiende que no ganaría nada discutiendo contigo.

Gisela bufó.

—Y por eso manda a uno de sus hombres más tercos y leales para vigilarme.

—Ha dicho protegerte —le recordó Cecily.

—Puede llamarlo como quiera —refunfuñó su amiga—, pero su intención es tenerme bajo control y que no pueda hacer nada.

Cecily alzó la vista hacia Fergus, que permanecía a poca distancia, inmóvil y vigilante.

—Al menos te permite respirar —musitó en tono de broma.

—No voy a dejar que mi marido se salga con la suya. Voy a ganar yo.

Cecily suspiró.

—No es una guerra, Gisela. Malcolm solo se preocupa por ti.

—Lo sé —admitió su amiga, y tras una breve pausa, bajó la voz, como si compartiera un secreto—. Pero te equivocas en algo: cuando hay amor, el matrimonio es una especie de guerra. Una guerra dulce, pero una guerra. Hay que saber cuándo rendirse y cuándo tomar el castillo. Y yo ahora debo tomar el castillo.

Cecily negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír.

—No sé si quiero saber qué planeas.

—No quieres —coincidió Gisela, riéndose—. Pero te necesito para llevarlo a cabo.

—¿Serviría de algo si me niego?

—Deberías, al menos, escuchar el plan primero.

—¿Y puedo negarme después?

Gisela fingió pensarlo un instante antes de sonreír con picardía.

—Puedes —concedió—, pero no lo harás.

Cecily soltó un suspiro resignado.

—Siempre consigues arrastrarme contigo, ¿lo sabes?

—Por eso eres mi mejor amiga.

Sin perder la sonrisa, Gisela se inclinó hacia ella y le susurró su plan al oído. Cecily frunció el ceño, rodó los ojos con exasperación, pero acabó asintiendo.

—Es una idea absurda —murmuró, tan bajito que apenas pudo escuchar sus propias palabras.

—No lo es.

—Sí, sí que lo es. Pero está bien, vamos a ello.

El plan era sencillo y descarado: Gisela fingiría un desmayo o un mareo para distraer a Fergus, y mientras él se apresuraba a socorrerla, Cecily aprovecharía para acercarse a los caballos y hacerse con el arco que el guerrero había dejado colgado en la silla. Después, lo escondería entre los matorrales para que su amiga pudiera recuperarlo más tarde.

Gisela le hizo una seña a Cecily y se llevó una mano a la frente, soltando un quejido mientras se tambaleaba con deliberada torpeza.

—¿Qué te sucede? —preguntó Cecily, aparentando preocupación, aunque en su interior temía que su amiga exagerase demasiado. Tampoco ayudaba que ella fuese una mentirosa terrible.

—No lo sé… —murmuró Gisela con voz débil pero lo suficientemente alta para que Fergus pudiera escucharla con claridad—. No me encuentro bien. —Una especie de mezcla entre suspiro y sollozo brotó de sus labios—. Creo que… —se quedó en silencio unos instantes, haciendo una pausa alargada que hizo que Cecily entrecerrara los ojos ante su exagerado dramatismo— voy a perder el sentido.

Fergus, que no apartaba la vista de ninguna de las dos, se aproximó hacia ellas con paso firme.

—¿Qué ocurre?

El soldado tenía el ceño surcado por una sombra de preocupación que provocó que una punzada de culpabilidad invadiera a Cecily. Sin embargo, al sentir una sutil y demasiado brusca patada por parte de Gisela, siguió adelante con el plan.

—No... no estoy segura —dijo Cecily, fingiendo inquietud—. ¿Puedes ayudarla a sentarse en aquella roca? —Señaló una piedra grande y plana, a poca distancia.

Fergus asintió sin pensarlo, pasó un brazo por la cintura de Gisela y la sostuvo con firmeza. La joven se apoyó teatralmente en su hombro.

—No me sueltes… —susurró ella, suspirando como si estuviera a punto de desvanecerse.

Aprovechando la distracción, Cecily caminó con toda la naturalidad que pudo hacia los caballos. Los animales pastaban tranquilos bajo la sombra de los árboles. Al llegar junto a la montura de Fergus, estiró la mano hacia el arco que colgaba de la silla.

Pero antes de que pudiera tocarlo, una voz seca la detuvo.

—¿Acaso puedo saber en qué andáis?

El corazón de Cecily dio un vuelco. Con los ojos cerrados y los labios apretados en una mueca de culpabilidad, trató de componerse antes de girarse para enfrentarse a Fergus. Este, aún sosteniendo a Gisela, la observaba con una expresión imperturbable, pero podía ver la sospecha en su mirada.

Cecily sabía que aquel ardid iba a salir mal.

—Solo… —balbuceó, tratando de pensar rápidamente una excusa lo suficientemente convincente— quería asegurarme de que estaba bien sujeto. —Trató de adquirir una expresión inocente, aunque podía sentir las gotas de sudor cayendo por su frente—. Por si acaso.

Fergus alzó una ceja, escéptico.

—El arco no se mueve de su sitio.

Gisela resopló, soltándose del agarre de Fergus.

—¿De verdad no podías fingir que te habíamos engañado? —le reprochó a Fergus, con los brazos en jarras. Su cabello negro recogido en una trenza se balanceaba de un lado a otro—. Habría sido lo caballeroso. —Se giró hacia Cecily—. Y tú… ¿no podías haber dicho que buscabas unas plantas en las alforjas? Algo más convincente que asegurar un arco, por el amor de Dios.

—¿En las alforjas de su caballo? —preguntó Cecily, rodando los ojos—. Eso no tiene sentido, Gisela.

Esta se pasó una mano por la cara y negó con la cabeza, aunque no le respondió, sino que se dio la vuelta hacia Fergus, quien observaba la escena en silencio, sin parecer siquiera sorprendido ante el espectáculo que Gisela estaba ofreciendo.

—Soy tu señora, te ordeno que me dejes coger el arco —dijo Gisela con la dignidad de una guerrera ancestral—. Es tu deber.

Cecily no sabía si alabar la osadía de su amiga o sucumbir ante la vergüenza que su temeridad despertaba en ella. Aunque tal vez a quien debería alabar sería a Fergus por la paciencia que estaba mostrando.

—Mi deber es llevaros sanas y salvas de regreso al clan —respondió Fergus.

—¡Por todos los santos, Fergus! —exclamó Gisela, bufando de frustración—. Soy una cazadora hábil, sé cuidar de mí misma. No va a sucederme nada.

Fergus no le contestó, pero se acercó a los caballos y se colocó delante del arco, dejando clara su postura. Gisela frunció el ceño y miró las pequeñas piedras que estaban bajo sus pies.

—Vamos, acompáñame a buscar plantas —intervino Cecily, a la vez que la sujetaba por el brazo. Porque conocía bien a su temperamental amiga y sabía que estaba a punto de tirarle una piedra en la cabeza al tozudo guerrero.

—Déjame —le pidió Gisela, tratando de deshacerse del agarre de Cecily para poder coger una de las piedras.

—Si lo haces, cuando estés más serena, te vas a arrepentir.

—No me voy a arrepentir —le aseguró, aunque se enderezó y dejó que Cecily la llevase hacía el camino fuera del claro.

—Tal vez no, pero Fergus no tiene la culpa. Él solo está cumpliendo órdenes —le recordó.

—¡Quedaos donde pueda veros! —gritó Fergus.

Cecily se detuvo y se giró para mirar al guerrero.

—Debo adentrarme un poco más en el bosque si quiero encontrar las plantas que necesito.

—Os tendréis que conformar con las que encontréis en el claro.

Cecily suspiró.

—Te he dicho que era un necio —farfulló Gisela.

—No se fía de ti, y tiene razones para no hacerlo.

Cecily pensó que su amiga le devolvería una de sus respuestas mordaces, como siempre hacía, pero, en lugar de eso, Gisela la miró con el rostro lívido y los labios ligeramente pálidos.

—Gisela, ¿estás bien? —le preguntó.

—No… yo… —balbuceó Gisela, antes de interrumpirse a sí misma.

De pronto, un mareo evidente la hizo tambalearse, y Cecily apenas logró sujetarla antes de que se desplomara. El cuerpo de su amiga, liviano y sin fuerzas, se dejó caer entre sus brazos.

—Por todos los santos… —sollozó Cecily, bajándola con cuidado al suelo.

—¿Qué sucede? —La voz grave de Fergus sonó a su espalda, acercándose con rapidez.

—Está inconsciente —le informó Cecily, agachándose junto a Gisela y tocándole la frente—. Está helada.

Fergus se agachó también, apoyando una rodilla en tierra.

—Tenemos que llevarla de vuelta —dijo, estirando los brazos para alzarla.

—¡No! —lo detuvo Cecily, con un tono tan firme que el guerrero se quedó inmóvil—. Así no. No es buena idea moverla en este estado sin saber qué tiene. Podría empeorar.

Fergus frunció el ceño, pero no se movió

—¿No puedes tratarla?

Cecily negó con la cabeza.

—No tengo mis ungüentos, ni las hierbas que necesito. Y no sé qué le sucede. Tal vez sea un simple desmayo, tal vez algo peor… —Miró a Gisela, que seguía inconsciente—. Necesitamos llevarla a la fortaleza, pero bien sujeta, sin sacudirla.

El guerrero maldijo en voz baja.

—No puedo dejaros solas.

—No tienes otra opción —le dijo Cecily con dureza—. Ve a la fortaleza, necesitamos una parihuela.

—No hay ninguna en la fortaleza. Cuando un hombre está herido, lo subimos al caballo.

Cecily suspiró.

—Gisela es una dama, no un guerrero. Consigue dos ramas largas y rectas, una cuerda y una manta para sostenerla.

—Sé cómo hacer una parihuela —replicó Fergus.

Cecily sintió que estaba perdiendo la paciencia. Al final, Gisela iba a tener razón y aquel guerrero era un necio.

—Ve de una vez a la fortaleza. Trae los materiales para hacer una, y un par de hombres para poder trasladarla.

Fergus arqueó una de sus oscuras cejas.

—¿Esto no es otra treta, verdad?

—¡Por el alma de mi madre, Fergus! ¡Mírala! —exclamó Cecily, señalando a Gisela, que seguía inmóvil y pálida—. No finge, no responde… ¡Necesitamos ayuda ya!

Durante un instante, Fergus dudó. Pero la seriedad en el rostro de Cecily y la preocupación evidente en su voz fueron suficientes para que se pusiera en pie.

—Vuelvo enseguida —le prometió con un asentimiento.

Después se alejó de ella, montó de un salto en su caballo y salió al galope, dejando tras de sí el sonido de los cascos retumbando en el bosque.

Cecily tomó la mano de su amiga entre las suyas.

—Por favor, Gisela, responde —suplicó, sintiendo cómo su voz se quebraba—. No puedes morirte, no puedes.

—Ella no se va a morir.

Cecily se giró de golpe. Una mujer mayor, envuelta en una túnica oscura, permanecía de pie a pocos pasos. Llevaba la capucha bajada, dejando ver un rostro marcado por los años, pero con unos ojos oscuros que parecían contener siglos de secretos.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Cecily, recelosa—. ¿Sois curandera?

—Lo fui. Ahora solo soy una anciana.

Esta se acercó despacio y observó a Gisela con atención. Cecily se tensó, sosteniendo las manos de su amiga entre las suyas con más firmeza, como si así pudiera protegerla, pero permitió a aquella extraña que se acercara.

—Ayudadla —le rogó, incapaz de contener las lágrimas.

—Vos sois curandera. Podéis hacerlo vos misma.

Cecily la miró, confundida. No recordaba haber visto antes a aquella mujer, y, sin embargo, ella parecía conocerla.

—Solo soy una aprendiz. Apenas sé tratar heridas leves.

—Cecily —la anciana desvió su mirada hacia ella; sus ojos oscuros contemplándola con intensidad—, sois mucho más de lo que creéis.

—Yo no... —comenzó Cecily, pero sus palabras se quedaron retenidas entre sus labios al darse cuenta de algo—. ¿Cómo sabéis mi nombre?

—Sé muchas cosas, jovencita. —La anciana esbozó una sonrisa nostálgica—. Algunas preferiría no saberlas. Igual que vos.

Cecily entreabrió los labios para preguntar, pero, en ese instante, Gisela soltó un leve quejido, y la joven se volvió hacia ella.

—¿Gisela? ¿Me escuchas? —le preguntó con preocupación, inclinándose sobre ella.

Gisela no habló, pero apretó débilmente su mano.

—Abre los ojos —le suplicó—. Gisela, por favor.

—No os preocupéis, ella está bien —le aseguró la anciana—. Solo está encinta.

Cecily alzó la vista, desconcertada.

—¿Qué? ¿Encinta? ¿Cómo lo sabéis?

—Os he advertido que sé más de lo que debería. —Cecily abrió la boca, pero la anciana le hizo un gesto con su mano, silenciándola —. No morirá hoy… Pero sí en su parto.

—Eso no...

—No debería sorprenderos, lo habéis visto en vuestras visiones.

—Yo no tengo visiones.

—Las tenéis —aseguró la anciana; su voz era un susurro que parecía resonar en lo más profundo de ella—. Solo que aún no sabéis comprenderlas. Tenéis un don; uno que debéis aprovechar.

Y entonces, como un relámpago, los recuerdos de aquellas pesadillas regresaron. No eran simples sueños. Eran vívidas, tan reales como el tacto de la mano de Gisela sobre la suya. Siempre la misma imagen: su amiga muriendo en un lecho de parto.

Se le erizó la piel. Había rechazado aquella idea, tratando de convencerse de que tan solo eran temores. Porque las visiones pertenecían a las brujas, y ella no creía en brujas… ¿o sí? Porque, en lo más hondo, Cecily sabía que aquella mujer no mentía.

—¿El don de saber que mi amiga va a morir y no poder impedirlo? —susurró con amargura.

La anciana negó con la cabeza, despacio.

—El don de cambiar aquello que aún no ha sucedido.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo hacerlo? —exigió con desesperación. Pero antes de que pudiese obtener las respuestas que necesitaba, Gisela se removió débilmente y Cecily se inclinó sobre ella—. Tranquila, estoy aquí —susurró, tratando de reconfortarla.

El cuerpo de Gisela pareció relajarse al escuchar su voz, y sus labios se extendieron con suavidad, como si, aun en su inconsciencia, reconociese la presencia de Cecily.

—Buscad a vuestra madre —dijo la anciana—. Solo ella puede enseñaros a hacerlo.

—Mi madre está muerta —respondió Cecily, sin apartar la mirada de Gisela.

—No, no lo está. Si no me crees a mi, preguntadle a Lady Gisela.

Como si fuese un acto de brujería, Gisela abrió los ojos. Pero Cecily no llegó a preguntarle nada, porque en ese instante, un viento frío recorrió el claro, helándole la piel. Era un frío extraño, impropio para la época, pues la primavera ya había llenado el bosque de brotes nuevos y aire templado. Aquella ráfaga parecía venir de otro lugar.

Cecily alzó la cabeza, pero la anciana ya no estaba. Había desaparecido entre los árboles sin dejar rastro, como si nunca hubiese estado allí.

¿Qué acababa de suceder?

Capítulo 3

Cecily no había logrado dormir en toda la noche.

No era solo la preocupación por Gisela. También estaban las palabras de la anciana. Palabras que, aunque parecían propias de una mujer fuera de sí, no dejaban de rondarle la mente una y otra vez.

Había preguntado a algunas de las sirvientas nacidas en el pueblo si conocían a aquella mujer, pero ninguna parecía haber oído hablar de ella.

Pasó buena parte de la mañana merodeando cerca de la alcoba de su amiga. Cuando vio salir al laird, esperó pacientemente a que sus pasos se perdieran por las escaleras que conducían al gran salón. Entonces, sin pensarlo dos veces, abrió la puerta de roble tallado sin llamar y entró.

—Te estás volviendo una descarada —comentó Gisela con una sonrisa divertida—. Me gusta.

Estaba de pie junto a la ventana, envuelta en un camisón blanco de lino fino, iluminada por la tenue luz de la mañana que entraba a través de los vitrales. Su cabello negro como la noche caía en ondas desordenadas por encima de sus hombros.

—Deberías volver a la cama —le recomendó Cecily, cerrando la puerta tras de sí—. Si Malcolm te ve levantada, se va a enojar.

—Malcolm se enoja por todo —añadió Gisela, haciendo un gesto despreocupado con su mano—. Estoy perfectamente. Y además, se ha ido al campo de entrenamiento. Tardará en regresar.

—Por lo menos, siéntate —le indicó Cecily, señalando una silla cerca de la chimenea de piedra que estaba apagada.

—Estoy encinta, no enferma —protestó ella, aunque se acercó obediente y se sentó con gesto sereno.

—¿Entonces la comadrona lo ha confirmado? —inquirió Cecily en voz baja, tomando asiento frente a ella.

—Así es. Tenías razón. Tus dotes como curandera no dejan de sorprenderme.

Malcolm, junto a Fergus y Ervin, habían llegado al claro poco después de que Gisela recuperase la consciencia. Una vez regresaron a la fortaleza, Malcolm la había subido a la alcoba y no había permitido visitas.

A Cecily solo le había dado tiempo a susurrarle a su amiga que sospechaba que podía estar encinta.

—Poco ha tenido que ver con mis habilidades.

—Tienes que comenzar a confiar más en ti misma. —Gisela puso los ojos en blanco y, después, se mordió el labio inferior—. Incluso deberías pedirle a la comadrona que te enseñe lo que sabe. Me gustaría tenerte en el parto.

Cecily tragó saliva. Porque, aunque aquella propuesta por parte de su amiga debería emocionarla, no pudo evitar que la pesadilla que tanto la había perseguido en los últimos tiempos regresara a su mente.

¿Y si no era una pesadilla?

«No debería sorprenderos, lo habéis visto en vuestras visiones».

Lo que la anciana le dijo regresó a su mente. La palabra *visión* retumbó con fuerza en su cabeza. No, era un disparate, ella no tenía visiones.

No podía tenerlas, ya que no era una bruja.

¿Entonces por qué su amiga estaba encinta tal y como ella lo había predicho?

Cecily procuró sosegar su ánimo. Que Gisela se quedase encinta meses después de su boda con Malcolm era cosa de todo natural. Todo debía tratarse de una casualidad.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Gisela, pero yo no…

—Me sentiría más segura contigo allí.

Por primera vez en su vida, Cecily percibió en la mirada de su amiga algo que jamás antes había visto: honda turbación... y verdadero temor.

—¿A qué le temes?

Gisela, conocida por su orgullo pero también por su honestidad, no lo negó. Ella mordió con brío su labio inferior.

—Nunca he temido a nada, ni siquiera a la muerte —confesó y soltó un fuerte suspiro—. Pero temo no poder ver crecer a mi bebé, que no tenga una madre que le guíe.

Cecily se inclinó para sostener su mano.

—No te pasará nada, Gisela.

—Mi madre falleció en el parto —dijo, aunque era algo que Cecily ya sabía—. Al igual que mi abuela y la madre de esta.

—¿Todas murieron dando a luz? —le preguntó Cecily, que desconocía ese último dato.

Gisela asintió levemente.

—Beatrice me lo contó mientras agonizaba —respondió, nombrando a la criada que había cuidado de la madre de Gisela cuando era pequeña y luego de ella—. Probablemente es solo una coincidencia, no había pensado en ello. Pero desde que sé que estoy encinta, no puedo pensar en otra cosa.

—La Maldición de las Blackwood. —A pesar de que Cecily susurró las palabras, Gisela las escuchó y enarcó una ceja—. ¿No te suena el apellido?

—No. Aunque no creo en maldiciones, y pensaba que tú tampoco.

—No lo hago.

Pero, lo cierto era que, en ese momento, había pocas cosas de las que estaba segura.

Gisela suspiró.

—Es una necedad. Nada me va a suceder —dijo, deshaciéndose del agarre de Cecily.

Sin embargo, Cecily la conocía demasiado bien como para no ver la inseguridad flotando en sus ojos. Gisela no estaba convencida de su afirmación; ¿aunque podía culparla cuando ni siquiera la propia Cecily estaba segura de ello?

—Te parecerá una necedad, pero... —Cecily inspiró con profundidad y jugó con la tela de la falda de su vestido—. Cuando estabas inconsciente en el bosque, vi a una mujer. Ella me dijo que mi madre estaba viva. —Omitió el resto de la conversación, ya que no quería causarle más preocupación a su amiga de la que ya tenía.

—¿Quién era ella? —le preguntó Gisela.

—No lo sé, nunca antes la había visto. Ni siquiera me dijo su nombre, pero ella me aseguró que no había muerto y que tú tenías las respuestas. —Cecily hizo una breve pausa—. No me hagas caso. —Sus dedos se enredaron en la tela con más fuerza—. Tal vez la entendí mal o quizá estoy perdiendo la razón y ella no era real.

Cecily esperaba que Gisela soltara una carcajada y tratara de restarle importancia con una broma, pero cuando su expresión adquirió un semblante serio, supo que algo no iba bien.

—No sé quién era esa mujer, ni cómo lo sabe... Pero ella está en lo cierto.

Cecily abrió los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también pensé que tu madre estaba muerta, es lo que ella me hizo creer. —Gisela respiró profundamente—. Pero me mintió. Ella no se había envenenado como el resto y no estaba moribunda.

—¿Y por qué te mentiría? ¿Por qué, si no se murió, no regresó a mi lado?

Gisela se levantó y se acercó a Cecily, agachándose para quedar a su altura. Agarró sus manos entre las de ella.

—No puedes odiarme. Prométeme que no lo harás.

—¿Odiarte? Gisela, no comprendo...

—Vi a tu madre cuando Auley me secuestró. Ella estaba en el campamento. Allí descubrí que estaba viva.

Auley había sido el prometido de Gisela. El hombre que había matado a su padre y el hombre que ella asesinó después.

—¿Auley la había secuestrado?

Eso tenía sentido para Cecily. Si su madre había sido una rehén, ella no podría haber ido a buscarla.

—Nunca se me ha dado bien andar con rodeos —suspiró Gisela —. Sorcha —comenzó, nombrando a la madre de Cecily— ayudó a Auley a entrar en el castillo de mi padre. Fue ella quien envenenó el agua. No murió esa noche, Cecily.

—No puede ser. —Cecily se levantó repentinamente—. Eso es imposible.

—Yo tampoco quería creerlo, pero ella misma me lo reconoció.

Cecily miró a Gisela y solo vio pura honestidad en sus ojos. Además, su amiga nunca le mentiría con algo tan importante.

—No tiene sentido, Gisela —balbuceó, pasándose una mano por su frente—. Mi madre es bondadosa... Ella nunca haría algo tan cruel —dijo, a la vez que las lágrimas le recorrían el rostro.

—Lo siento mucho, Cecily. —Gisela se incorporó y se acercó a ella de nuevo para posar una mano sobre su hombro a modo de consuelo—. No te lo conté porque sabía que eso te destruiría.

Cecily se giró bruscamente hacia ella. Se alejó, deshaciéndose de su toque.

—¿Crees que soy una mujer débil, incapaz de enfrentar la verdad?

—No. Nunca he pensado eso de ti, Cecily. Es solo que…

—¿Qué? ¿Que no soy tan fuerte como tú? —le cortó con dureza.

Gisela negó con tristeza.

—Eres dulce, compasiva… y temí que la maldad de tu madre te arrebatara eso.

Cecily la miró fijamente, con una mezcla de rabia y decepción.

—No te correspondía decidir eso por mí. Debiste decirme la verdad. No necesito tu protección, Gisela. Nunca la he necesitado.

—Lo sé —admitió ella—. Sé que debí decírtelo. Pero…

—No lo hiciste —la interrumpió Cecily.

Gisela la miró con los ojos vidriosos, sin tratar de justificarse.

—¿Podrás perdonarme?

Cecily deseaba poder decir que sí. Quería abrazarla y dejar que todo se desvaneciera en un suspiro, pero no podía. No aún.

Sabía que las intenciones de Gisela no habían sido crueles. Sabía que actuó por cariño, incluso por temor. Pero había una parte dentro de ella, una herida reciente y palpitante, que exigía ser vista. Que necesitaba que Gisela comprendiera que ella no era una flor de invernadero, que era capaz de enfrentarse al mundo. Que no necesitaba un escudo, ni una mentira piadosa.

¿Pero realmente lo era?

Porque, lo cierto era que, en ese momento, sentía que iba a desmayarse.

—¿Dónde está mi madre?

—No lo sé —reconoció Gisela—. Hace más de nueve meses me dijo que iba a la corte del rey Guillermo. Es todo lo que sé.

Cecily tragó saliva. Necesitaba ver a su madre, necesitaba que le dijese que todo era un error. Que ella era solo una víctima.

Y entonces, lo entendió.

Gisela tenía razón.

No quería la verdad, porque no sabía cómo manejarla.

Tal vez era mejor dejar las cosas como estaban. Olvidarlo todo y fingir que su madre estaba muerta, que nada de esto era real. Tal vez el pasado podía quedarse donde estaba: enterrado, silenciado.

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

Gisela giró la cabeza.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió despacio, y una mujer entró en la habitación.

Cecily se quedó rígida. El aire se volvió espeso.

La conocía.

No de esta vida, sino de su pesadilla.

Cabello canoso recogido con trenzas, piel curtida por el sol, y unos ojos oscuros como la turba. No era especialmente alta, pero su sola presencia llenaba el cuarto.

Gisela la miró.

—Esta es Elspeth, la nueva comadrona del pueblo. Malcolm la mandó llamar y ella acudió a toda prisa, algo que debo agradecerle.

Elspeth hizo una breve inclinación con su barbilla y, después, centró su atención en Gisela.

—Nuestro laird estaba muy preocupado por vos. Le he hecho saber que estáis bien, pero él ha insistido en que me quede en la fortaleza. Y, aunque para mí es un honor cuidaros durante vuestro embarazo, es mi deber también ayudar en el parto a las mujeres del pueblo.

—Hablaré con Malcolm. No es necesario que viváis en el castillo. Podéis…

Gisela siguió hablando, pero Cecily dejó de escuchar, porque ella no podía quitar la vista de la mujer.

—¿Dónde está... Mairi? —preguntó, mencionando a la comadrona de la fortaleza. Una mujer que ella había conocido en varias ocasiones.

Gisela miró a su amiga.

—Se marchó hace unas semanas. Su hija está casada con un guerrero de otro clan. Ella está enferma y ha ido a cuidarla. Elspeth asistirá mi parto.

Cecily sintió un escalofrío que le recorrió la piel. Ella nunca antes había visto a esa mujer. Solo en su pesadilla.

No, no era una pesadilla, era una visión.

Cecily no podía esconderse. No podía actuar como una cobarde.

Tenía que encontrar a su madre, no solo porque necesitaba una explicación, sino porque era la única manera de salvar a Gisela. Y, en esos momentos, podía estar enfadada con su amiga, pero ella no dejaría que muriese.

Porque, esta vez, Cecily no se escondería.

Capítulo 4

—¿Dónde estamos? —le preguntó Cecily a Ailin, la comerciante de telas que, junto a su marido, la había llevado durante los últimos quince días en su carreta.

—En Dunbrae —respondió la mujer con una sonrisa cansada—. Vamos a unirnos al mercado.

Con un suspiro, Cecily bajó de la carreta. El aire era fresco y olía a brezo y tierra húmeda. Estaba agradecida al matrimonio que se había ofrecido a llevarla sin pedirle nada a cambio, porque las buenas personas existían. Y eso era algo que Cecily, a pesar de lo que había descubierto sobre su madre, se negaba a olvidar.

Habían parado en varios pueblos del camino, y ella había logrado vender algunos de sus ungüentos, lo suficiente para ofrecerles unas monedas en agradecimiento. Pero ellos las habían rechazado con amabilidad, como si su compañía hubiera sido pago suficiente.

Mientras observaba el bullicio del mercado en construcción, no pudo evitar pensar en Gisela. No se había despedido de ella. Ni una palabra, ni una mirada desde que le había revelado la verdad sobre su madre. No lo había hecho por orgullo, sino también por miedo. Miedo a que Gisela intentara detenerla; o peor, que lograra convencerla de quedarse.

Porque Cecily quería demostrarle que era valiente. O quizás quería demostrárselo a sí misma.

Aunque, en el fondo, sabía que no era solo eso.

Tenía que hacerlo. Tenía que salvar a Gisela. No iba a permitir que muriera, no mientras aún tuviera fuerzas para impedirlo. Por eso tenía que encontrar a su madre.

—¿Vamos a quedarnos muchos días? —preguntó, mirando de reojo a Ailin.

La mujer de mediana edad la contempló con comprensión. Dios no les había dado hijos, y aunque apenas conocía a aquella joven, ya sentía por ella una ternura inesperada.

—Cuatro o cinco días —le respondió—. Cecily, sabes que, aunque te llevemos hasta el castillo de Edimburgo, no podrás entrar. Solo tienen acceso a la corte los invitados del rey o los nobles escoceses.

Cecily lo sabía. Y, aun así, necesitaba llegar hasta allí. Tal vez su madre aún se alojaba en los alrededores. Y si estaba en la corte, tal vez —solo tal vez— podría encontrar la forma de colarse.

Suspiró. Estaba siendo una necia. Nunca lo lograría.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, más para sí que para Ailin. Pero la mujer la oyó.

—Puedes quedarte con nosotros, si así lo deseas.

Cecily no le había contado a Ailin las verdaderas razones por las que deseaba llegar a la corte, y la mujer nunca le había pedido explicaciones, pero había supuesto que huía de algo. Y no se equivocaba del todo.

—Eres muy generosa, Ailin —dijo Cecily, estirando las manos hacia ella.

La mujer las tomó con suavidad, entrelazando sus dedos con los de la joven como quien sostiene algo frágil.

—No necesitas agradecérmelo, niña. Eres más que bienvenida.

—Lo sé, pero mi amiga me necesita —añadió Cecily en voz baja, sin dar más detalles.

Una parte de ella deseaba contarle todo a Ailin, desahogarse, compartir el peso que llevaba en silencio, pero temía que la tomara por loca. Desde que había abandonado el clan Sinclair días atrás, no había vuelto a tener visiones ni a encontrarse con ancianas extrañas. Sin embargo, Cecily estaba convencida de que lo que había ocurrido era real y, pese a que aún no comprendía del todo cuál era su cometido, sí sabía que haría todo lo que estuviera en su mano para salvar a Gisela.

—Entonces —comenzó Ailin con voz tranquila—, debes hacer aquello que tu corazón te dicte.

—¿Y si no soy lo bastante valiente para hacerlo?

Ailin le apretó las manos con ternura y le ofreció una sonrisa cálida, de esas que envuelven sin palabras. El tipo de sonrisa que su madre nunca le había ofrecido. Porque Cecily había amado a Sorcha, sí; y lo seguía haciendo con todo su corazón, pero su madre no había sido cálida ni tierna. Sin embargo, no podía creer que fuera una traidora. Ni una asesina.

Por eso también necesitaba encontrarla. Tenía que averiguar la verdad.

Aunque doliera.

—Eres una joven muy valiente, Cecily —le dijo Ailin—. Más valiente de lo que te imaginas.

Cecily sonrió a la amable comerciante. Retiró las manos con suavidad y miró a su alrededor.

El bullicio del mercado comenzaba a elevarse: martillazos sobre los puestos de madera, voces cargadas de acento y olor a pan recién horneado que flotaba en el aire.

—Tenemos que montar el puesto —apresuró—. Pronto se acercarán los aldeanos.

—Aodhan —dijo Ailin, nombrando a su marido— y yo podemos hacerlo solos. Ve a estirar las piernas.

—Quiero ayudaros.

—Muchacha, llevas días trabajando sin tregua. Sal un poco. Anda, estira las piernas, deja que el aire fresco te aclare el seso. No es deshonra pasear sin carga por una hora.

—Pero tú no vas a descansar.

—Yo ya tengo la mente templada, tú no. A ti te ronda demasiado por dentro. —Ailin le señaló la sien con un leve gesto—. Anda, ve.

Cecily vaciló. No quería parecer ingrata, pero la verdad era que necesitaba despejar el pensamiento, dejar que el aire y el andar calmaran las inquietudes que le bullían por dentro.

Con un asentimiento y un suspiro de resignación, se despidió de la amable comerciante y salió del mercado sin rumbo fijo. El sol aún no estaba alto, y la bruma de la mañana colgaba como un velo sobre los techos de paja.

Anduvo por las calles de tierra húmeda, bordeando las casas de piedra baja y adobe, cruzándose con algunas mujeres que sacaban agua del pozo y hombres que cargaban leña. Sin darse cuenta, se fue alejando del centro del pueblo. El ruido se desvaneció detrás de ella, y en su lugar quedó el silbido del viento entre los arbustos y el lejano balido de un cordero. Estaba sola, pero se sentía en calma, como si pudiese pensar mejor.

Lo cierto era que a Cecily siempre le había gustado más la soledad que el bullicio. Por eso, a diferencia de Gisela, había disfrutado de su época en el convento. Incluso, algunas veces, había pensado en tomar el hábito, pero ella no estaba hecha para eso. No era por falta de fe; era otra cosa. Algo que no se atrevía a decir en alto.

Fue entonces cuando escuchó pasos rápidos detrás de un seto. Una muchacha salió al camino, con la trenza deshecha y el rostro marcado por el llanto. Tenía no más de catorce años y los ojos grandes, aterrados.

—¡Señora, por favor! —exclamó, jadeando—. ¡Mi madre está muy enferma! No sé qué hacer —dijo con desesperación—. No se levanta y tiene mucho dolor. ¡Ayudadnos!

Cecily apenas preguntó. Asintió y siguió a la joven por un sendero que se internaba entre los árboles bajos, hasta llegar a una cabaña alejada del resto de las casas, construida con piedra gris y techo de ramas secas.

La cabaña era de una sola estancia, pobremente iluminada por una rendija en la pared y una vela que chisporroteaba junto al hogar apagado. En un rincón, sobre un jergón de paja y mantas raídas, yacía una mujer de cabello pelirrojo, encogida, con el rostro contraído por el dolor y la frente perlada de sudor.

En el suelo, una pequeña jugaba con una muñeca de trapo vieja. Cecily sonrió a la niña y se acercó adonde estaba la mujer.

—¿Dónde os duele? —preguntó, arrodillándose junto a la cama.

La mujer entreabrió los ojos oscuros con esfuerzo.

—¿Quién sois? —murmuró, con voz tensa por el dolor.

—Soy curandera.

El rostro de la mujer se contrajo, y Cecily no supo si fue por la agonía o la desconfianza. Quizá por ambos.

—No sois del pueblo.

—Estoy de paso —le explicó brevemente—. Déjame ayudaros.

—No tenemos monedas ni nada que daros —respondió ella, apretando los dientes al intentar incorporarse, sin lograrlo.

Cecily le sostuvo el brazo con suavidad.

—No os preocupéis por eso.

La mujer la miró unos segundos, tentativa, como quien sopesa si puede confiar, y al final asintió con lentitud, dejando que Cecily la ayudara a recostarse de nuevo. Tanto ella como Cecily sabían que no tenía muchas más opciones.

—Es el vientre… —murmuró con voz tan baja que Cecily apenas pudo comprender sus palabras—. Arde por dentro como si me quemase viva.

Cecily alzó su mano derecha y la posó con delicadeza sobre el vientre de la mujer, por encima de las tenues telas de su camisón níveo. Más aún así, la mujer emitió un alarido de dolor que desgarró la cabaña.

La pequeña lloró y, por el rabillo del ojo, vio cómo su hermana mayor la cogía en brazos.

—Tenéis mal de vientre —le dijo Cecily.

—¿Se curará? —preguntó la hija mayor.

Cecily tornó el rostro hacia la joven. Sus ojos estaban brillosos, cubiertos de lágrimas no derramadas.

—Lo hará —le aseguró, sacando un saquito que llevaba colgado a la cintura un pequeño frasco —explicó, mirando de nuevo a la mujer—. Lo he preparado con raíz de angélica, gordolobo y grasa limpia. No es milagroso, pero sí os aliviará.

Mientras aplicaba el ungüento en el vientre de la mujer con dedos templados, la hija mayor dejó a la pequeña en el suelo. Esta se acercó y miró a Cecily con sus grandes ojos verde musgo.

—¿Sois una bruja? —preguntó la pequeña con voz curiosa, sin rastro de miedo.

Cecily giró la cabeza para mirarla. La niña tenía los ojos muy abiertos, fijos en ella, como si viera más de lo que una criatura tan

pequeña debería ver.

—Ceit, no puedes decir eso —la regañó su hermana mayor, bajando la voz con respeto al ver que su madre había cerrado los ojos, relajándose por fin con el alivio del ungüento—. Perdonadla, solo tiene tres inviernos y a veces dice cosas muy raras.

Cecily asintió en silencio, mientras la muchacha tomaba a la niña de la mano y la conducía fuera de la cabaña. Pero incluso mientras salían, Ceit no apartó la mirada. Sus ojos grandes seguían clavados en los de Cecily, como si compartieran un secreto que ni ella misma entendía del todo.

Aquella mirada se le quedó prendida en la mente.

Era solo una niña. Pero aun así, esa palabra, «bruja», retumbó dentro de ella como un eco ya escuchado. Porque la anciana del bosque también se lo había dicho. Había usado esa misma palabra, con una certeza que Cecily aún no lograba comprender ni rechazar del todo.

Sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, como si el aire de la cabaña se hubiera vuelto más denso.

¿Era eso cierto? ¿Era ella una bruja?

Se obligó a sí misma a que su mente no siguiera por esos derroteros y se centró en terminar sus labores. Una vez aplicado el ungüento, sacó otro frasquito un poco más grande y ayudó a la mujer a beberse el contenido.

—Esto os ayudará a descansar.

La mujer asintió, sin tan siquiera preguntar cuál era el contenido de lo que había bebido, demasiado cansada para decir nada más.

—¿Se pondrá bien seguro? —preguntó la hija mayor, que había regresado al interior. Esta vez no iba acompañada de su hermana menor.

—Sí.

—Una curandera también dijo que mi padre mejoraría… y falleció hace solo tres semanas. Ceit y yo no podemos perder a nuestra madre también.

Cecily, que nunca había llegado a conocer a su padre y que hasta hacía unos pocos días creía que su madre había partido de

este mundo cuatro años atrás, bien sabía lo que era llevar el peso de la ausencia de un ser querido.

Cecily se giró para mirar a la joven.

—Os prometo que vuestra madre está bien.

Cuando la joven asintió con los ojos llenos de una esperanza frágil, Cecily posó una última mirada sobre la mujer que yacía en el lecho. El rostro de la enferma lucía más apacible, y su respiración, aunque débil, se había tornado más sosegada.

Se sacó unas ramas de menta del saquito y se las entregó a la joven.

—Preparadlas con agua caliente. Dadle una infusión cuando se despierte, y otra por la noche. Con dos o tres al día debería servir.

La joven aceptó las ramas.

—Sois muy generosa.

Cecily hizo un gesto con su mano derecha.

—No hago nada que no haría otra curandera.

—No sin pedir monedas a cambio —añadió la joven, negando con la cabeza—. Muchas gracias, sois un ángel.

Cecily se rió.

—Me llamo Cecily, ¿cuál es vuestro nombre?

—Iona.

—Tenéis un nombre muy bonito —comentó con honestidad. La joven sonrió y sus mejillas adquirieron un bonito tono rojizo que a Cecily le resultó encantador—. Vuestra madre mejorará, pero si me necesitáis, estoy en el mercado.

Iona asintió.

Tras despedirse, Cecily salió de la cabaña. La brisa le acarició el rostro, y el murmullo de los árboles le pareció más profundo que antes. La pequeña Ceit estaba sentada en el suelo, con la muñeca de trapo entre las manos, trazando círculos en la tierra con un palo. Al verla, levantó la vista y la miró fijamente.

—Habéis curado a mi mamá —dijo con voz clara. No era una pregunta, ni siquiera una esperanza. Era una afirmación, sencilla y rotunda, como solo los niños pueden decirlas, sin sombra de duda.

Cecily se agachó frente a ella, apoyando las manos en las rodillas, intentando descifrar ese rostro menudo y serio.

—Lo he intentado —contestó con suavidad, aunque en el fondo supiera que era cierto—. Ceit… ¿por qué has dicho que soy una bruja?

La niña apartó la mirada, trazando una línea más en la tierra con su palo. Luego, se encogió de hombros.

—No sois del pueblo. Y tampoco sois una MacLaren. Solo podíais ser una bruja.

—Ceit —le riñó Iona, que se encontraba en la puerta de la cabaña y había escuchado toda la conversación—, las brujas no son reales.

—Lo son y son buenas —insistió la niña con convicción—. Como ella. —Estiró uno de sus bracitos hacia Cecily y la señaló con su dedo índice regordete.

Sin embargo, Cecily ignoró a la pequeña, ya que tan solo podía pensar en algo que Iona había dicho.

—¿MacLaren? —repitió.

Iona arqueó una ceja pelirroja, luciendo confundida, pero asintió.

—Sí, estas tierras pertenecen al clan MacLaren.

Cecily poco sabía de los clanes escoceses, y mucho menos conocía sus nombres. Pero jamás se le olvidaría aquel apellido.

Y, a pesar de que quizá estaba siendo atrevida, no pudo evitar preguntar:

—¿Conocéis a Brodie MacLaren?

—Claro que lo conozco. Es el laird.

Laird.

Aquella palabra, con la que hacía poco se había familiarizado, retumbó en la cabeza de Cecily. ¿El hombre al que había estado a punto de besar meses atrás, aquel con el que no había podido dejar de fantasear y anhelar a escondidas, era el laird de un clan?

Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Después de todo, no cualquiera recibía una invitación a una boda tan importante como la de su amiga.

Sin embargo, ella tenía que olvidarse de Brodie. De sus penetrantes ojos grises y de esa sonrisa que desarmaba hasta las

decisiones más firmes. Porque Cecily tenía asuntos más importantes que atender; asuntos de vida o muerte.

Entonces, la idea se abrió paso en la cabeza de Cecily como un rayo en medio de la niebla. Brodie podría ayudarla. Él era un hombre honorable, de alma noble. Cecily no tenía dudas; en cuanto le explicase su situación, él haría cuanto estuviese en su poder por ayudarla.

Su título como laird podría abrirle las puertas a la corte del rey Guillermo. Él sería su salvoconducto, su única posibilidad real de ser escuchada. Y, a pesar de que el corazón le palpitaba más por lo que sentía que por lo que pensaba, Cecily ya había tomado una decisión.

—¿Cómo puedo encontrarlo? —preguntó.

—La fortaleza está a mediodía a pie de aquí.

Cecily sonrió.

—Muchas gracias, Iona.

Cecily emprendería rumbo hacia la fortaleza al día siguiente al alba.

El destino la guiaba de nuevo hacia Brodie. Ella no se había equivocado al predecir que sus caminos volverían a cruzarse.

Capítulo 5

Cecily tuvo que esperar cuatro días antes de poder dirigirse a la fortaleza de los MacLaren. Ailin le había pedido que aguardara hasta que ellos pudieran llevarla en la carreta, y ella aceptó sin dudar.

Finalmente, ambos comerciantes la dejaron a un par de horas a pie de la fortaleza. Ellos partieron rumbo al siguiente pueblo, donde se celebraría un mercado. Aunque le costó despedirse, sabía que había llegado el momento de tomar caminos distintos. Cecily debía continuar con su propio destino.

Para asegurarse de que le dejaban entrar en la fortaleza había pedido a una campesina que trabajaba en la fortaleza que le acompañase.

La mujer, que se encontraba en el pueblo visitando a su familia, aceptó, pues así evitaría tener que ir andando. Era una persona reservada, que no pronunció palabra durante todo el trayecto hacia la fortaleza.

Al llegar al puente levadizo, los guardias que lo custodiaban la reconocieron, y apenas escucharon que Cecily era curandera, le permitieron pasar sin más trámites. No le sorprendió, ya que en el clan Sinclair había descubierto lo necesario y bienvenido que era su oficio.

—Hasta aquí termina mi compañía —le dijo la mujer en cuanto cruzaron el puente.

Cecily la miró, sorprendida.

—Os estoy muy agradecida, pero ¿podríais decirme cómo encontrar al laird? —preguntó, aunque la mujer no respondió, ya que ya había comenzado a alejarse por el camino que llevaba hacia el río.

Cecily suspiró, resignada.

Si Brodie era el laird, seguramente estaría en la fortaleza, y si no, alguien podría indicarle dónde encontrarlo.

El amanecer hacía varias horas que había llegado, y no le sorprendió ver cómo el patio de armas bullía de vida: sirvientes apresurados corriendo de un lado a otro y el sonido de las armas chocando en el campo de entrenamiento cercano.

La gran fortaleza se alzaba imponente ante ella, con la torre del homenaje erguida y orgullosa contra el cielo. Su sólida piedra mostraba poco desgaste, señal de que la fortaleza estaba bien cuidada.

—Vos no sois del clan.

Una mujer de mediana edad, que llevaba su cabello negro recogido en un moño estirado, se encontraba frente a ella. Sus ojos se arrugaban en las esquinas y esbozaba una sonrisa amable.

—No, no lo soy —reconoció Cecily con una mueca tensa dibujándose en sus labios.

—¿Y qué hace una inglesa en nuestro clan? —inquirió.

Cecily se relajó al darse cuenta de que no había muestra de desconfianza en las palabras de aquella mujer, sino una evidente curiosidad.

—¿Qué me ha delatado?

Llevaba ropas típicas escocesas, aunque sin los colores propios de ningún clan.

—Habláis el gaélico con soltura, pero se nota que no es vuestra lengua materna.

Cecily escudriñó el patio de armas, pero nadie más parecía estar prestándole atención. Si aquella mujer no había tardado ni un solo instante en darse cuenta de que era inglesa, los demás tampoco lo harían. Y Cecily bien sabía que no todos los habitantes del clan MacLaren serían tan hospitalarios con una forastera como lo era aquella mujer; y mucho menos con una inglesa.

Tenía que apurarse.

—Estoy buscando a Brodie MacLaren.

—Buscáis al laird —repitió, y Cecily pudo ver la curiosidad en su expresión. Por un instante temió que la mujer se negara a colaborar, pero después le señaló un camino—. Lo he visto antes por allí. Creo que se dirigía hacia el lago.

—Muchas gracias, sois muy amable.

Cecily fue a darse la vuelta, pero la mujer la detuvo con sus palabras.

—¿Lo conocéis?

Cecily dudó.

—Lo hice, brevemente. En el pasado.

—Sois una vieja amiga.

Cecily no se atrevió a negar la afirmación de aquella mujer. Porque ¿qué eran Brodie y ella? En realidad, no eran nada. Pero Cecily no sentía como si fueran nada, sentía como si fueran algo.

Afortunadamente, la mujer no esperaba una respuesta.

—A Brodie le encanta ir al lago desde que era así. —Una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios marrones mientras hacía un gesto con su mano—. Al menos sigue con sus viejas costumbres. —Una mezcla entre un sollozo y un suspiro brotó de su garganta—. Después de lo que pasó hace nueve meses...

Nueve meses, el tiempo que había pasado desde que se habían visto por última vez.

—¿Qué pasó? —indagó Cecily, sin poder evitarlo. No se consideraba una persona chismosa, pero no podía evitar la curiosidad que sentía por todo lo que le rodeaba Brodie MacLaren.

—El padre de Brodie y uno de sus guerreros fueron asesinados mientras estaban de caza en el bosque. Aún no han encontrado al asesino. Brodie estaba en la boda de… —La mujer no pudo terminar de hablar porque unos chillidos la interrumpieron.

—¡Abuela! —Un niño pelirrojo de unos siete años de edad se acercaba a ella corriendo—. ¡Liadan me ha quitado la pelota!

Una niña de cuatro años que llevaba su cabello recogido en dos adorables trenzas sostenía una pelota de cuero rellena de trapos entre sus manos, apretándola contra su pecho, como si fuera su más preciado tesoro.

—Liadan —dijo la mujer—, devuélvele la pelota a tu hermano.

—Chivato. —La niña le sacó la lengua al otro niño, que tiró de la falda de su abuela.

—Liadan —repitió la mujer con cansancio.

Pero la niña no parecía estar dispuesta a colaborar.

—¡No, yo también quiero jugar!

La mujer dio un paso al frente y, tras varios intentos, consiguió arrebatarle la pelota a la niña, dándosela al niño, que la sostuvo triunfante. La niña enrojeció y Cecily estaba segura de que iba a montar un berrinche, así que antes de que lo hiciera, dijo:

—Os agradezco vuestra ayuda. Voy a seguir mi camino.

La mujer fue a despedirse, pero los llantos de la niña, que se había tirado al suelo y comenzado a aporrear las piedras, se lo impidieron. Cecily se alejó.

A ella siempre le habían gustado los niños, pero, en momentos como ese, agradecía no haber tenido hermanos pequeños. Aunque no pudo evitar que en su cabeza se dibujara la idea de una niña traviesa. Una niña que se parecería a ella y a Brodie.

Movió la cabeza de un lado a otro. Aquellos pensamientos eran necios. Sin embargo, no podía impedir que su mente vagase por sí sola.

No era una soñadora —su madre siempre le había dicho que los sueños eran cosa de bardos y locos—, pero a veces se permitía a sí misma fantasear. Y, en ese momento, se imaginó que ella y Brodie encontrarían a su madre, esta les explicaría que todo había sido un malentendido y que ella era inocente, y les ayudaría a salvar la vida de Gisela.

Y después, ella y Brodie se casarían y tendrían una preciosa y traviesa niña.

Mientras esas fantasías bullían en su mente, se dirigió hacia el camino que la mujer le había indicado y que esperaba que le llevase al lago. Escuchó unos ruidos e instintivamente se escondió detrás de unos arbustos. Se encontró a Brodie, pero no de la manera que ella esperaba.

El guerrero estaba nadando en el agua. Cecily pudo observar su espalda ancha y su piel bronceada brillando bajo la luz del sol. Ella observó al hombre embelesada, sin poder apartar la vista. Parecía un dios griego esculpido. Brodie se alzó, dándole la espalda, dejando al aire su trasero.

Como Dios lo trajo al mundo.

Cecily sintió que el rubor inundaba sus mejillas. No podía dejar de mirarlo. Sabía que debía marcharse, que estaba invadiendo su

privacidad, pero no podía moverse.

Entonces, Brodie se dio la vuelta.

—¿Quién sois? —Brodie estaba mirando fijamente hacia los arbustos, donde ella se encontraba. Cecily quiso que la maleza se abriera y la tragase. Él no podía verla, ¿verdad? No podía—. ¡Os estoy viendo, salid! —dijo a la vez que salía de las agua y se paraba en la orilla esperándola.

La joven, mortificada, se puso de pie y salió de los arbustos. La expresión de Brodie se suavizó ligeramente y Cecily pudo ver el reconocimiento en sus ojos. Su corazón se encogió, ¿por qué era posible que Brodie también se acordara de ella? ¿Que quizá él también se imaginase esa niña correteando alrededor de ellos?

Negó con la cabeza, obligándose a dejar de soñar. Brodie era un laird y ella una curandera inglesa. Aunque a él eso parecía no haberle importado cuando se conocieron, Cecily no era tan necia como para pensar que él se casaría con ella.

—Siento haberos interrumpido —se disculpó, bajando su mirada hasta sus pies—. No pretendía molestaros, pero una mujer me ha dicho que estabais aquí.

—¿Y habéis venido a espiarme? —espetó él. Cecily se dio cuenta de que había algo diferente en el tono de voz de Brodie al que ella recordaba; un borde más frío, más déspota.

Tal vez solo era furia lo que lo cegaba. Y Cecily, en lo hondo, lo entendía. Porque, pese a que no había sido su intención observarlo a escondidas, era lo que había hecho y no había sido un acto digno ni del que se sintiera orgullosa.

—De nuevo, ruego que me perdonéis por la interrupción. No pretendía molestaros, ni mucho menos espiaros, tan solo quería hablar con vos.

—¿Hablar? —repitió Brodie con incredulidad—. Yo no tengo nada que hablar con vos, así que marchaos.

Cecily se obligó a sí misma a alzar la mirada y centrarla en los ojos de Brodie. Había algo en su forma de hablar, de dirigirse a ella, diferente al joven que conoció meses atrás. Sin embargo, no quiso prejuzgarlo, porque Cecily creía que todas las personas tenían sus

días malos y también derecho a equivocarse. Sobre todo, después de perder a su padre de una manera tan cruel.

Ella había visto en el fondo de ese muchacho; había visto su alma. Y él había sido amable y bondadoso con ella. ¿Tal vez no la recordaba?

—¿No os acordáis de mí? —le preguntó—. Nos conocimos en la boda de Malcolm Sinclair.

—Sé quién sois —contestó con sequedad.

En vez de encontrar la calidez de un día de verano en sus ojos que percibió el día que se conocieron, lo único que vio en ellos fue una frialdad que le heló los huesos. Había algo diferente en aquel joven; como si fuera la misma persona y fuera otra a la vez.

Aun así, aunque una parte de ella quiso darse la vuelta y echar a correr, no lo hizo. Porque Cecily tenía una misión e iba a cumplirla.

—Necesito hablar con vos —insistió.

—Ya os he dicho que no tengo nada que hablar con vos. No sé qué hacéis en mis tierras ni me importa. Ahora, marchaos.

Cecily dio un leve pisotón y dijo con una firmeza que nunca creyó capaz:

—No.

—¿No? —repitió él con incredulidad.

La misma incredulidad que Cecily sentía.

Ella no era una persona que se negase a cumplir órdenes, y menos cuando eran tan hostiles como esa. Prefería agachar la cabeza y asentir. Porque no le gustaban los conflictos ni los enfrentamientos. Ella no era como su amiga Gisela.

Sin embargo, ahora no iba a rendirse. No podía hacerlo.

—No pienso irme hasta que me escuchéis.

Brodie lanzó un bufido e hizo un gesto con su mano.

—Hablad. Pero tenéis dos minutos.

Cecily fue a hacerlo, pero al seguir involuntariamente el movimiento de la mano de Brodie, bajó la mirada hacia sus partes privadas**.** Por un instante había olvidado que Brodie estaba completamente desnudo.

—¿Y ahora qué os pasa? —espetó él con irritación—. ¿Os habéis quedado muda?

—Vos... vos... —balbuceó la joven, tapándose los ojos con una mano mientras que con otra señalaba lo evidente—. Estáis desnudo.

—¿Y?

Brodie no parecía siquiera molesto por su desnudez.

—Es inapropiado... —Cecily cerró los ojos con fuerza, a pesar de que ya los cubría con la mano—. ¿Podríais vestiros?

Brodie lanzó un bufido, pero Cecily sintió cómo caminaba y la tela deslizándose por su piel. Cuando bajó la mano y abrió los ojos, Brodie se había puesto su kilt, aunque su torso seguía descubierto.

—¿Podéis hablar ahora? —A pesar de sonar como una pregunta, era una orden.

—Yo... —Cecily trató de ordenar los pensamientos en su cabeza, sin saber cómo explicarle a aquel hombre la razón por la que estaba allí. Más aún, ella sabía que la paciencia de aquel hombre era tan escasa como la calma antes de la tormenta. Por eso, por una vez, decidió seguir el ejemplo de su amiga Gisela e ir directa al grano—. Necesito vuestra ayuda para encontrar a mi madre.

Brodie arrugó el ceño.

—¿Vuestra madre no estaba muerta? ¿O fue un cuento que me contasteis con la intención de seducirme?

—Yo pensaba que lo estaba, pero resulta que no. Es una larga historia…

—Una que no quiero saber —le interrumpió él, cruzando los brazos contra su pecho.

—Lo último que sé de ella es que fue a la corte de Guillermo —continuó, obviando la hostilidad en el tono de voz de Brodie—. Sola no me dejarán entrar. Con vos puedo…

—No os voy a acompañar a ningún lado —le dijo él con enfado —. Regresad a las tierras de los Sinclair y dejad de molestarme.

—No era mi intención molestaros, pero tenéis razón, debo irme. Vos no sois el hombre que conocí. No podéis ayudarme. —Sin esperar respuesta, Cecily se giró y comenzó a andar bordeando la orilla del lago.

El agua brillaba tranquila bajo el sol, el murmullo del viento en los árboles era suave… Pero, de pronto, algo cambió.

Un escalofrío le recorrió la espalda, tan brusco que se le detuvieron los pies. El aire se volvió extraño, como si el mundo contuviera el aliento. Una presión indefinible la envolvió, y el murmullo del lago pareció desvanecerse.

Entonces, lo vio.

Sin comprender cómo, frente a ella se desplegó una imagen que no podía pertenecer al presente. Dos hombres yacían muertos sobre la hierba, acuchillados. La sangre manchaba sus ropas y se filtraba en la tierra húmeda. A lo lejos, un tercer hombre huía a caballo.

No pudo verle el rostro, aunque sí su cuello, en el que colgaba un medallón de metal, pero la cadena, ya debilitada durante la lucha, cedió por fin. Se partió con un leve chasquido y el medallón cayó al suelo, rebotando una vez antes de perderse entre unos arbustos cercanos.

Había quedado abierto. Dentro, relucía un grabado fino: un halcón con las alas extendidas.

Cecily dio un paso hacia adelante, casi sin darse cuenta. Todo parecía real: la luz, el crujido de las ramas, incluso el olor a sangre en el aire. Pero entonces, tan súbitamente como había comenzado, todo desapareció.

El lago volvió a brillar. Las ramas susurraban al viento. El canto lejano de un pájaro volvió a llenar el silencio.

Parpadeó, confusa. No había cerrado los ojos, no había perdido el sentido.

Y sin embargo, lo había visto. Todo. Como si hubiera estado allí.

Una visión. No había duda de que era una. Ella no estaba dormida en esta ocasión.

La visión era del pasado. No sabía cómo lo sabía, pero lo hacía. También sabía quién era uno de los hombres muertos, aunque nunca le había visto.

Se giró. Brodie seguía quieto, observándola con una emoción que Cecily no supo descifrar.

—El hombre que mató a vuestro padre perdió un medallón —dijo Cecily con voz queda—. Dentro llevaba grabado un halcón con las alas extendidas.

Los ojos grises de Brodie brillaron, primero con sorpresa, adquiriendo un tono azulado, y luego se tornaron oscuros, casi negros, cargados de una ira contenida que, por un instante, hizo que Cecily dudase en seguir hablando.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó él, con la voz tensa, como si cada palabra pesara más que la anterior.

—Cayó en un claro del bosque, entre unos matorrales espesos. Es posible que aún se halle allí —dijo Cecily, procurando mantener la firmeza, aunque una inquietud le golpeaba el pecho como un tambor.

—No será necesario buscarlo —replicó Brodie con calma.

—¿No? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

Él no respondió de inmediato. Se agachó, recogió la camisa que había dejado sobre la hierba y, de debajo de ella, extrajo un sporran. Lo abrió con cuidado y, del interior, sacó un medallón de metal bruñido.

Cecily contuvo el aliento.

—Porque ya lo he encontrado.

Cecily se acercó un par de pasos para mirar mejor el medallón.

—Es el que llevaba el asesino, sin duda.

Él alzó lentamente la vista hacia ella. Su expresión había cambiado; sus ojos eran dos cuchillos.

—Lo que me pregunto, milady —dijo, con voz tan fría como el acero templado—, es cómo sabéis eso vos.

—Lo acabo de ver —confesó, haciendo una pequeña pausa, dudando, pero sabiendo que no tenía otra opción más que ser honesta—, en una visión —se le hizo raro incluso reconocerlo.

—¿Una visión?

Brodie dio un paso acercándose a ella. Era como un cazador acechando a su presa. Y Cecily sabía que aunque intentase huir, él la daría caza. No tenía escapatoria.

—Sé que es extraño de creer. Ni yo misma me lo creía.

Pero Cecily sabía que Brodie no la estaba escuchando.

—¿Quién sois?

«Una bruja».

La palabra estuvo a punto de deslizarse de la lengua, pero ella no era una bruja; ni siquiera una buena, como había dicho la pequeña Ceit.

¿Y si lo era? ¿Y si realmente era una?

Cecily ni siquiera lo sabía.

—Me llamo Cecily, y sabéis bien quién soy —respondió, tratando de alejar los pensamientos que la abordaban—. Una curandera, amiga de la esposa del laird Sinclair.

—¿Malcolm sabe que eres una traidora? —le preguntó, dando otro paso hacia ella.

—¿Traidora? —Cecily retrocedió un paso, la angustia agitándole el pecho al escuchar aquella acusación. No solo porque era incierta, sino porque Brodie creyera que ella podría ser una traidora—. No soy ninguna traidora —negó—. Tan solo estoy buscando a mi madre. Necesito encontrarla; ella podrá ayudarme a salvar a Gisela. Si no lo hago, Gisela va a morir en el parto.

—¿Y cómo sabéis eso? —Brodie estrechó los ojos con desconfianza—. No me lo digáis —alzó un dedo, silenciándola—, ¿lo habéis visto en una visión? —le preguntó, burlón.

Se acercó más, y Cecily retrocedió hasta que su espalda chocó contra el tronco rugoso de un árbol.

—No me creáis si no queréis —espetó, alzando la barbilla—. Pero creo que puedo ayudaros a encontrar a la persona que mató a vuestro padre.

—Pero primero debo acompañaros a la corte, ¿verdad? Así que me estáis chantajeando.

Cecily negó con la cabeza.

—Yo no soy ninguna chantajista ni tampoco ninguna traidora —espetó, enfurecida. Ella era una joven honrada—. Os diría ahora mismo quién es si lo supiese, pero no le vi el rostro. Más estoy segura de que he tenido esa visión por una razón. Y creo que la razón es que puedo ayudaros si vos me ayudáis a mí.

Brodie no respondió. En su lugar, apoyó ambas manos contra el tronco, a cada lado del rostro de Cecily, encerrándola entre sus brazos. Ella sintió el calor de su cuerpo, la tensión en sus músculos, y algo más peligroso: la intensidad con la que la observaba.

—Vais a decidme quién os paga —demandó.

Cecily frunció el ceño, confusa.

—¿Quién me paga?

—Sí, me vais a decir ahora mismo quién os paga para que me hagáis creer esa sarta de mentiras —respondió con los labios apretados—. Solo mi segundo sabe que encontré ese medallón. Él no os lo dijo, así que solo pudo ser el asesino. —Hizo una breve pausa—. Decidme quién es.

—No lo sé.

—¡Mentís! Sí que lo sabéis.

—¡No lo sé! —gritó Cecily. Ella nunca alzaba la voz, pero el corazón le latía con furia en el pecho—. ¡Os juro que no lo sé! Pero tenéis que creerme.

Brodie apretó la mandíbula. Su rostro estaba peligrosamente cerca del de ella, sus ojos grises brillaban con ira contenida.

—Muchacha —le advirtió con voz baja y tensa—, estáis agotando mi paciencia.

—Y vos estáis agotando la mía —espetó Cecily, alzando el mentón con orgullo.

Sin pensarlo, sacó fuerzas de un rincón profundo de sí misma y le empujó el pecho con ambas manos. Brodie, sorprendido por el arrebato, perdió el equilibrio por un instante y dio un paso atrás.

Cecily no esperó. Aprovechó ese respiro y se escurrió por el hueco entre el cuerpo del guerrero y el árbol.

—¿Adónde creéis que vais? —le preguntó él.

—Lejos de vos —le respondió ella, aunque se detuvo para mirarlo—. Habéis cambiado. En nada os parecéis al hombre que conocí.

—Sigo siendo el mismo —replicó él con frialdad—. No tengo tiempo para vuestros juegos. Debo vengar la muerte de mi padre.

—Fuisteis vos quien dijisteis que hace falta más coraje para renunciar a la venganza que para buscarla —le recordó Cecily, con la voz firme y los ojos clavados en los suyos.

Brodie soltó una risa seca, sin rastro de alegría.

—Mi única intención era llevaros a mi lecho, muchacha. Hubiera dicho cualquier cosa para conseguirlo. Y lo habría logrado si no

hubiese tenido que marcharme.

Cecily no lo pensó. Avanzó un par de pasos hacia Brodie, su mano se alzó por instinto y le cruzó la cara con una bofetada sonora. El golpe resonó en el silencio que siguió. Ella misma se sorprendió por lo que acababa de hacer, pero no sintió ni una pizca de arrepentimiento.

—Sois deleznable —espetó, con el rostro ardiendo de rabia.

Brodie reaccionó con rapidez. Le sujetó la muñeca con firmeza.

—Vos sois una arpía, mentirosa y traidora —dijo él, con voz grave y llena de veneno—. ¿Ya intentabais embaucarme en el río? ¿Ya sabíais que habían asesinado a mi padre?

Cecily se removió con fuerza, intentando zafarse de su agarre, pero él no la soltó.

—¡Ya os he dicho que no sé nada de eso!

—Me diréis la verdad —gruñó Brodie, acercando el rostro al suyo—. Os juro que lo haréis.

Antes de que Cecily pudiera reaccionar, él la alzó sin esfuerzo, cargándola sobre su hombro como si fuera un saco de harina. Cecily soltó un grito, golpeándole la espalda con los puños.

—¡Soltadme ahora mismo, salvaje! ¡Esto es un secuestro! ¡Un ultraje!

—Estáis en mi territorio, milady —respondió él con voz grave y contenida, sin detener el paso—. Bajo mi techo y bajo mi poder. Nadie vendrá a salvaros de mí.

Cecily se removió sobre su hombro, furiosa y humillada, pero su resistencia fue inútil. El cuerpo de él era como una muralla cálida y firme. Entraron en la fortaleza por la puerta trasera, atravesando pasillos de piedra húmeda, oscuros y fríos.

Aun así, entre la rabia y la indignación, no pudo evitar que un pensamiento se colara en su mente: deseaba tener una visión. Algo. Cualquier pista que le dijera quién había matado al padre de aquel hombre que ahora la trataba como una prisionera.

Porque, por más que se negara a admitirlo, algo en el rostro de Brodie —bajo la máscara de rabia y orgullo— dejaba entrever otra cosa: dolor. Un profundo dolor lleno de un vacío aún sangrante. Y nadie se merecía sentir aquello; ni siquiera aquel hombre.

Cecily dejó de forcejear un instante. Lo observó en silencio, ladeando un poco la cabeza. Brodie caminaba con el ceño fruncido, la mandíbula apretada. No era solo la ira lo que lo movía. Era el dolor, la ira, la venganza.

Ella quería consolarlo, ayudarlo, pero no había nada que pudiese hacer.

Sin esperarlo, escuchó el sonido de una puerta abriéndose.

—¡Fuera! —gritó Brodie.

Vio varios pares de pies apresurarse hacia la salida, desapareciendo con premura tras el rugido de su señor.

Brodie la depositó de nuevo en el suelo, con delicadeza. Una delicadeza que le recordaba al Brodie que ella había conocido, pero tal y como Brodie le había reconocido, ese hombre nunca había existido y había sido todo parte de una actuación para embaucarla.

—Vais a quedaros aquí hasta que decidáis contarme la verdad —le ordenó con voz tensa, seca, sin ápice de bondad en ella.

Sin esperar respuesta, se dio media vuelta, salió de la estancia y cerró la puerta tras él con un golpe seco. Cecily escuchó el inconfundible chasquido de un cerrojo deslizarse, seguido por el rechinar metálico de una llave girando en la cerradura. El sonido de un pasador grueso se sumó. Estaba encerrada. A conciencia.

Contuvo el aliento y miró a su alrededor.

Al menos, no era una celda. Reconoció el lugar enseguida: era el cuarto de costura. Había ovillos de lana en cestas, una rueca junto a la pared y varias piezas de lino apiladas sobre una mesa baja.

Cecily soltó el aire despacio, con cierto alivio.

—Podría haber sido peor —murmuró—. Al menos, no son las mazmorras.

Se acercó a la ventana estrecha, protegida por barrotes, y apoyó la frente contra la fría piedra del mármol. Cerró los ojos durante un instante y, en silencio, elevó una plegaria.

Rogó para que, de alguna manera, Brodie lograra ver más allá del dolor, del rencor y de la sed de venganza que lo consumía. Que, por una grieta en ese muro de rabia, pudiera confiar en ella.

Capítulo 6

—¿Y cómo pensáis arrancarle la verdad? No torturamos mujeres —dijo Caelen con el ceño fruncido.

Brodie miró a su segundo y mejor amigo en silencio. Luego se pasó una mano por el rostro, como intentando disipar el cansancio que le pesaba en los hombros.

Se encontraban en la sala de estrategia del castillo, una estancia de piedra fría iluminada por la luz que entraba por las altas ventanas. Mapas, escudos y piezas de ajedrez de guerra cubrían la gran mesa de roble en el centro.

Había sido la estancia preferida de su padre. El viejo laird había pasado horas allí, trazando campañas, ensayando maniobras y planeando alianzas. La guerra era su elemento, y en esa sala se había sentido en casa, como un halcón en su nido.

Brodie, en cambio, aunque era un guerrero hábil, curtido en disputas y batallas, siempre había preferido la diplomacia al filo de la espada. Estaba dispuesto a derramar sangre por el bien de su gente, sí, pero sabía que la paz podía traer frutos más duraderos que cualquier victoria. Por eso, pese a la desaprobación de su padre —un hombre que había muerto con la espada más cerca del corazón que la palabra—, Brodie había aceptado la invitación a la boda del laird Sinclair.

A sus ojos, estrechar lazos con un clan poderoso y razonable era una estrategia más sabia que sumar otra enemistad a la ya larga lista de agravios entre familias. Pero mientras él se hallaba fuera, su padre había sido asesinado durante una partida de caza. Brodie no podía evitar pensar que, de no haberse marchado llevándose consigo a varios de sus guerreros, quizá el ataque no habría tenido lugar. Y tal vez su padre seguiría con vida.

Porque Brodie, aquel día, cometió un gran error que seguía persiguiéndole a cada momento, a cada instante. Porque su padre

había tenido razón todo el tiempo: la guerra era la única garantía de supervivencia.

Desgraciadamente, Brodie había aprendido la lección de la peor forma.

—¡Que me parta un rayo si lo sé! —exclamó Brodie, fuera de sí.

Caelen se puso una mano en el mentón, pensativo.

—Ella es amiga de la mujer del laird Sinclair, ¿crees que él pudo enviarla para tenderte una trampa?

—No —respondió Brodie sin tener que pensárselo—. Malcolm Sinclair no tenía razones para matar a mi padre ni para querer matarme a mí. Y aunque las tuviese, es un laird honorable, lo haría él mismo. No usaría a una mujer para ello.

—Eso es verdad —coincidió Caelen—. Quizá el asesino de tu padre la está chantajeando.

—Puede ser. O tal vez le ha prometido monedas. Al fin y al cabo, es solo una curandera, y las monedas tientan hasta al más honesto.

—¿Crees que es de ese tipo de mujeres? —le preguntó su segundo, con cierto recelo.

Brodie guardó silencio unos segundos, meditando la pregunta.

Cuando conoció a Cecily en el clan Sinclair, pensó que era un ángel. No solo por su belleza, con su largo cabello de tono ámbar bañado por la luz del sol y esos bonitos ojos dorados, sino también por la calma y la fuerza que desprendía, y por la manera en que cuidaba a los demás sin esperar nada a cambio. Había en ella una bondad genuina, algo muy diferente a las mujeres que había conocido.

También esa inocencia que desprendía le había resultado tentadora; demasiado tentadora. Tanto como para que la idea de llevarla a su clan se instalara con fuerza en su cabeza aquel día. Hacerla suya, convertirla en su esposa.

Pero ya no era aquel joven soñador y crédulo que alguna vez fue.

Ahora era el laird de su clan; una responsabilidad que creyó que tardaría años en asumir. Ya no se dejaba engañar por un rostro bonito o palabras suaves.

—¿Por qué no lo sería? —respondió Brodie con otra pregunta.

Caelen conocía demasiado bien a su buen amigo como para no saber que estaba rehuyendo la pregunta. Él mismo había sido testigo del vivo interés que había tenido en la joven el día de la boda de los Sinclair. La manera en la que la admiraba desde la distancia —como jamás había mirado a mujer alguna—, y cómo no dudó en seguirla cuando ella se alejó de la multitud. Fue el propio Caelen quien le instó a hacerlo.

Aun cuando, una hora después, el mensajero llegó con malas nuevas, y Caelen tuvo que ir a avisarle de lo sucedido con su padre, él mismo fue testigo de la complicidad que había entre ambos.

Y, a pesar de no haber visto aún a la muchacha, por la manera en la que Brodie se estaba comportando, estaba completamente convencido de que aquel efecto persistía con intensidad en su pecho.

Por eso iba a insistir cuando la puerta se abrió de golpe. Una mujer de mediana edad irrumpió sin pedir permiso, con paso firme y mirada encendida.

—¿En qué estabas pensando, encerrando a la pobre muchacha en el cuarto de costura? —le recriminó a Brodie con voz severa.

—¿Preferías que la encerrase en las mazmorras? —inquirió Brodie con tono seco, arqueando una ceja—. Porque puedo remediarlo si tanto te disgusta.

La mujer entornó los ojos y cruzó los brazos con una mueca de desaprobación en sus labios.

—El joven que ayudé a criar jamás habría dicho algo así.

—Ese joven, Marsaili, ahora es tu laird —le recordó Brodie, en voz calmada pero cargada de autoridad—. Y no permitiré que se cuestionen mis decisiones.

Más aún, la mujer no se amedrentó. Muy al contrario, dio dos pasos más y se adentró del todo en la sala, desafiándolo con la misma temeridad con la que solía enfrentarse a los capataces cuando era joven.

—Entonces es hora de que nuestro laird recuerde que el poder no sirve de nada si olvida su humanidad.

—Madre, te estás sobrepasando —intervino Caelen.

Mas ni Marsaili ni Brodie escucharon su advertencia.

—¿La misma humanidad que tuvo el asesino de mi padre? ¿Matándolo cuando estaba desprevenido? —Los ojos grises de Brodie brillaron con furia—. ¿A esa humanidad te refieres?

La expresión de Marsaili se tornó más suave y descruzó sus brazos, dejándolos caer a ambos lados de sus caderas. Posó la mirada sobre Brodie con una ternura que solo podría nacer del corazón de una madre... o de una que ha ejercido como tal.

—No puedes dejar que el odio, el rencor y la sed de venganza te consuman, muchacho. Tu padre no querría verte así.

—Te equivocas —replicó Brodie con dureza—. Justamente esto es lo que él habría querido. Si hubiese sido al contrario, mi padre no habría hallado reposo hasta ver al culpable pagar con su vida.

—Tienes razón —admitió Marsaili con un suspiro suave—. Pero también sabía que tú tenías el corazón de tu madre. Y él adoraba a esa mujer más que a nada en este mundo. Admiraba en ti que heredases esa parte de ella: compasiva, justa y capaz de ver más allá de la rabia. Tú no lo notabas... pero él se sentía hondamente orgulloso de ello.

Brodie desvió la mirada y negó con la cabeza, como si quisiera sacudirse el peso de aquellas palabras.

—Si has terminado —dijo al cabo de unos instantes, con tono seco—, un mensajero me ha informado esta mañana que mi madrastra regresará en unos días junto a mi hermano. Asegúrate de que todo esté listo para recibirlos. Quiero que la fortaleza esté en orden.

Marsaili arrugó el ceño.

—¿Seonaid regresa?

—Así es —confirmó con severidad—. Yo mismo la he hecho llamar. Entiendo su dolor y que le sea difícil estar aquí sin mi padre, pero mi hermano Cinaed tiene solo seis años. Él tiene que criarse en su clan.

Su madrastra había estado visitando a unos familiares en el norte cuando ocurrió el asesinato. Brodie sabía que Seonaid había amado profundamente a su padre, y su ausencia estaba justificada por el duelo. Durante un tiempo, él había sido comprensivo. Pero

cada día que el pequeño Cinaed pasaba lejos de la fortaleza aumentaba su preocupación.

No sabía si el asesino de su padre también pondría los ojos en su hermano. Y si había un lugar donde podía mantenerlo seguro, era allí, en el clan.

Brodie no podía perderlo a él también.

—Entonces deberías liberar a la joven. A Seonaid no le agradará saber que tienes a una joven inocente apresada —añadió Marsaili con suspicacia, aprovechando, como siempre, toda ocasión para salirse con la suya, lo que hizo que su hijo Caelen entrecerrara los ojos mientras negaba con la cabeza.

—Seonaid es más sensata que tú —apostilló Brodie con una sonrisa ladeada—. Jamás discutía las decisiones de mi padre, sino que las acataba con respeto. Al igual que las mías. —Hizo una pausa —. Y la joven no es inocente.

Marsaili suspiró y se acercó hasta quedarse frente a Brodie. Con ternura, extendió su mano y le acarició la mejilla como cuando era niño.

—Sé que harás lo correcto —le dijo con suavidad. Y antes de que Brodie pudiera responderle, ella retiró la mano y giró la cabeza hacia su hijo—. Tu hermano y su esposa están deseosos de que los visites en su cabaña —le recordó.

Caelen resopló con fastidio.

—Ahora soy el segundo, madre. Tengo obligaciones.

Marsaili colocó sus manos sobre sus caderas.

—¿Tantas que ni siquiera tienes tiempo para saludar a tus sobrinos cuando te los cruzas por el patio?

—No tengo tiempo para jugar con niños.

Marsaili los miró a ambos, entre severa y triste.

—Ambos necesitáis una esposa que os dé hijos y que os recuerde que hay cosas más importantes que la venganza y la guerra. —Antes de que ninguno de los dos pudiese replicar y no queriendo escuchar lo que tuvieran que decir, se dio la vuelta y se marchó.

—Disculpa a mi madre —dijo Caelen, dejando escapar un suspiro—. Con cada año que pasa, se vuelve más entrometida.

—Aunque esto nunca se lo voy a decir, se ha ganado el derecho de hablarme como le plazca —respondió Brodie con una sonrisa suave, haciendo un gesto con su mano—. Me cuidó como a un hijo tras la muerte de mi madre. Y, para bien o para mal, tiene razón. Debo recordar la humanidad que queda en mí.

—¿Vas a soltarla, entonces? —preguntó Caelen con cautela.

—No puedo retenerla de por vida en el cuarto de costura —contestó Brodie, resoplando—. Y como bien has dicho, no torturamos a mujeres.

—No te reconocería si creyera que simplemente vas a dejarla marchar sin más.

—No lo haré —admitió Brodie con un destello sombrío en los ojos.

—Vas a dejarla pasearse por el clan. Si tus sospechas son acertadas, puede ayudar al asesino de tu padre a entrar en la fortaleza y que acabe con tu vida.

—Ojalá fuese tan sencillo —murmuró Brodie, caminando hacia una de las ventanas de piedra, desde donde se divisaban las colinas —. Ese hombre, sea quien sea, es un cobarde. Sabe que le espero, que la fortaleza está alerta. No vendrá por mí, espera que yo vaya a él. Por eso ha enviado a Cecily.

—¿Crees que la eligió porque sabía que tenías cierto apego por ella?

—No tengo ningún interés amoroso por esa muchacha —gruñó Brodie, girándose con brusquedad—. ¿Cómo osas insinuarlo?

—Malinterpretas mis palabras, amigo —repuso Caelen con calma. Aunque tras la reacción de Brodie no le cabía duda de que sus sospechas eran ciertas y su amigo tenía sentimientos por la muchacha—. Me refería a si ese hombre te vio hablando con ella en la boda del laird Sinclair. Y la está usando por esa razón.

—No lo sé, ni me importa. Lo único cierto es que esa mujer es la llave que puede abrir la puerta que me lleve hasta el asesino de mi padre. Y solo hay una forma de usarla.

—¿Y cuál es?

—Darle lo que quiere —dijo Brodie, con voz baja y firme—. Voy a ir con ella.

Caelen se tensó.

—Si lo que pretendes es salir del clan con ella, hasta la misma boca del lobo… Iré contigo.

—No —negó Brodie—. Tú debes quedarte para proteger estas tierras y asegurarte de que el clan se mantiene firme en mi ausencia.

—Soy tu segundo. Es mi deber proteger tu vida.

—Tu deber es obedecer mis órdenes. Esa joven me llevará hasta el asesino de mi padre, lo mataré y después regresaré. Y es mi deseo regresar a un clan que siga en pie.

—Hay otros hombres que pueden encargarse de eso —insistió Caelen.

—Tal vez. Pero no confío en ninguno como confío en ti.

El silencio cayó entre ambos tras aquellas palabras. Solo el crepitar del fuego en la chimenea rompía la quietud de la sala de estrategias. En una de las mesas de roble, los mapas seguían extendidos, pesados con piedras y dagas. Una bandera roja con el blasón del clan MacLaren colgaba sobre la pared, agitándose levemente por la brisa que entraba por la abertura de la torre.

Brodie se acercó a la mesa y apoyó ambas manos sobre el borde, contemplando el mapa que tantas veces había estudiado junto a su padre. Ya no era el muchacho que escuchaba órdenes. Ahora era el hombre que las daba. Y el que cargaría con las consecuencias.

—¿Y cuándo vas a irte? —le preguntó Caelen.

—Al amanecer —respondió, e hizo una pequeña pausa—. Dile a mi madrastra que, cuando regrese, habré vengado a su marido.

Caelen asintió.

No estaba de acuerdo con la decisión de su laird, pero acataría sus órdenes sin titubeo. Aquel viaje traería sangre y, quizás, con él, consecuencias que ninguno de los dos estaba preparado aún para afrontar.

Porque Caelen bien sabía que ya no había marcha atrás. La senda de la venganza era oscura y traicionera, y Brodie ya había dado su primer paso en ella.

Capítulo 7

Cecily nunca había sido diestra con la aguja, pero, aun así, se dispuso a remendar la camisa que las costureras habían dejado a medias tras ser expulsadas de forma poco cortés por Brodie.

El lino estaba limpio, pero aún húmedo por el lavado, y los hilos colgaban como si esperasen unas manos más hábiles que las suyas. Se sentó junto al ventanuco estrecho del cuarto, donde la luz del sol se colaba débilmente, y tomó la aguja con cierta torpeza, enhebrando el hilo con dificultad.

Suspiró. Nunca se le había dado bien coser.

—No tengo dedos para esto —se quejó entre dientes, picándose el pulgar al intentar unir el puño desgarrado con la costura lateral—. Pero más vale esto que quedarse cruzada de brazos.

No soportaba estar sin hacer nada; como tampoco le gustaba estar encerrada entre cuatro paredes. A Cecily le gustaba la naturaleza, la brisa acariciando su rostro y sentir la hierba sobre sus pies. En esos momentos, a ella le gustaría estar en el bosque, recogiendo plantas.

La camisa pertenecía a Brodie, desconocía cómo lo sabía; pero lo sabía. El olor a brea y pino, característico de él, aún se aferraba a la tela. Trató de no pensar en él mientras pasaba el hilo una y otra vez, tensándolo para que quedara firme. Pero era inútil. El rostro del guerrero volvía a su mente con la misma claridad que lo hacían sus visiones: su ceño fruncido, sus ojos grises como la niebla que cubría las tierras altas al amanecer, y aquella rabia contenida que parecía a punto de estallar en cualquier momento.

Tan distinto al hombre que ella había conocido... Y, sin embargo, seguía siendo él.

Un leve chasquido la hizo levantar la vista. La cerradura giró con un clic seco y la puerta se abrió con lentitud. Cecily se negó a

ponerse de pie. Si se trataba de Brodie, no le daría el gusto de demostrarle su incomodidad.

Pero no. La que entró fue la mujer de rostro amable que había visto en el patio. Llevaba entre las manos una bandeja de madera cubierta con comida. El aroma que la acompañaba era reconfortante: pan de avena recién hecho, un cuenco de estofado humeante y una jarra de cerveza clara.

—Os he traído algo de sustento, Cecily —dijo con voz suave, dejando la bandeja sobre una mesa baja.

—Os lo agradezco —le agradeció, aunque el estómago lo tenía cerrado y no estaba segura de poder llevarse un solo bocado a la boca. Sin embargo, aquella mujer no tenía la culpa de su desdicha —. Vos conocéis mi nombre, mas yo desconozco el vuestro.

La mujer esbozó una sonrisa cálida, de esas que arrugan aún más los surcos del rostro sin restarle dulzura.

—Soy Marsaili —respondió, bajando la mirada hacia las manos de Cecily, que aún sostenían aguja e hilo—. No es necesario que remendéis ropa, niña. Sois una invitada del laird, no una criada.

—¿El laird acostumbra a encerrar a todas sus invitadas? —replicó Cecily, con un dejo de rabia que apenas logró reprimir.

Era extraño en ella. La ira no solía acompañarla; prefería la calma, el entendimiento. Pero las semanas pasadas la habían desgastado, y las últimas horas no habían hecho sino empujarla más cerca del borde.

Marsaili no pareció ofenderse. Asintió con tristeza, como quien comprende más de lo que dice.

—No, no lo hace. Pero Brodie ha cambiado desde la muerte de su padre. La pena le pesa, y la desconfianza lo acecha. No lo excuso, mas intento comprenderlo.

Cecily bajó la mirada hacia la prenda a medio coser, apretando los labios.

—Yo también lo intento —reconoció—, pero tengo que salir de aquí. Necesito buscar a mi madre, ella tiene las respuestas que necesito para salvar la vida de mi mejor amiga.

La mujer la miró fijamente.

—Sois una joven de noble corazón.

Cecily se levantó, acercándose a ella.

—¿Me ayudaríais a escapar?

La mujer esbozó una sonrisa de tristeza.

—No puedo hacerlo. No estoy de acuerdo con las acciones de Brodie, pero no soy una traidora. Debo aceptar sus decisiones y esperar que el buen juicio le llegue.

—¿Y si no le llega? —le preguntó Cecily con un suspiro de decepción.

—Lo hará —contestó Marsaili con convicción—. Conozco al muchacho desde que era un niño. Puede que se haya endurecido, pero no ha perdido el alma del todo.

Cecily deseaba compartir la esperanza de Marsaili, pero, en el fondo de su pecho, anidaba una duda silenciosa. Marsaili, viendo las dudas reflejadas en el rostro de la joven, fue a dar un paso hacia ella, pero se detuvo al instante, llevándose una mano a la rodilla con una mueca de dolor.

—¿Os duele? —preguntó Cecily con preocupación.

—Cada vez que cambia el clima —respondió la mujer, tratando de restarle importancia.

—Podríais preparar un ungüento de corteza de sauce y consuelda —sugirió Cecily con naturalidad—. Calentado con aceite de cordero y aplicado por la noche, os aliviaría el mal.

Marsaili la observó con una mezcla de asombro y afecto.

—¿Sois curandera?

—Lo soy.

—Estamos faltos de una. La que teníamos falleció hace unos meses. Aquí no os faltaría trabajo.

—No puedo quedarme.

La mujer asintió.

—Tal vez, cuando hayáis cumplido con lo que el destino os exige, podáis regresar y hallar aquí un hogar.

Cecily suspiró y negó con la cabeza. Había soñado con formar un hogar con Brodie MacLaren desde el momento en que lo vio el día de la boda de Gisela. Pero ahora comprendía que aquel anhelo no era más que un espejismo. No pertenecía a ese lugar, ni a ese clan. Era una forastera; en realidad, una prisionera.

—No lo creo.

Cecily pudo ver la disconformidad reflejada en los ojos oscuros de Marsaili, pero esta no dijo palabra.

—Ahora debo marcharme. Comed algo, os vendrá bien.

Marsaili se fue, cerrando la puerta tras de sí. Poco después, Cecily oyó el chasquido inconfundible del cerrojo al encajarse. Estaba atrapada otra vez.

Suspiró con frustración. Por un momento, permaneció inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en la puerta. El olor del estofado flotaba aún en el aire, cálido y especiado, y su estómago rugió de forma inesperada.

Con resignación, se acercó al cuenco humeante. Tomó una cucharada, sin esperar nada, pero, al probarlo, el sabor la sorprendió. Estaba delicioso. El caldo era espeso, sabroso, y la carne se deshacía entre los dientes. Comió otra cucharada. Y otra. No se había dado cuenta de cuánta hambre tenía hasta ese momento.

Cuando estaba llena y su estómago no podía más, miró alrededor del cuarto sombrío, hasta que sus ojos se detuvieron en el jergón de paja en el rincón. Las costureras lo usaban para descansar cuando el trabajo se extendía hasta el anochecer.

El sol aún iluminaba la estancia, pero Cecily se sintió muy cansada. Llevaba semanas sin descansar bien, fruto de la preocupación. Tampoco era como si tuviera mucho más que hacer, así que se tumbó en el jergón. Pensó que el sueño le sería esquivo, pero, en cuanto cerró los ojos, se quedó dormida.

—Milady, despertad —le susurró una voz.

Cecily frunció el ceño, aún atrapada entre el sueño y la vigilia. Sintió una mano tibia y suave que le tocaba el hombro con delicadeza, agitándola apenas. Parpadeó, desorientada, mientras el rostro borroso de una joven se iba perfilando frente a ella.

—¿Qué…? —balbuceó, incorporándose lentamente sobre un codo.

—Debéis levantaros y seguidme, milady.

Cecily se irguió del todo y la observó con atención. La muchacha debía rondar los dieciséis años, tenía el cabello trenzado con torpeza y un delantal ligeramente manchado de harina. Su mirada era nerviosa, pero no hostil.

—¿Adónde vamos? —inquirió Cecily, al tiempo que se incorporaba del jergón, alisándose las faldas con torpeza.

La joven no respondió. Se limitó a hacer un leve gesto con la cabeza y dirigirse hacia la puerta, que estaba abierta.

¿Esa joven la estaba liberando? ¿Quizá la mandaba Marsaili? ¿Tal vez al final había decidido ayudarla?

No quería poner en problemas a la dulce mujer. Aun así, siguió a la joven.

Cruzaron varios pasillos hasta bajar unas escaleras. Afortunadamente, no se encontraron con nadie; la fortaleza parecía estar vacía. Cuando salieron al exterior, Cecily lo entendió. Estaba empezando a amanecer y aún la fortaleza no había cobrado vida; pero lo haría enseguida. Entonces se dio cuenta de que había dormido más horas de lo que lo había hecho en mucho tiempo y se sentía muy descansada.

Siguió a la joven a través del patio, donde el cielo comenzaba a teñirse de malva, lavanda y gris. Al fondo, reconoció la silueta alargada de una construcción de piedra y madera. Un relincho rompió el silencio.

Las caballerizas.

—¿Me diréis ahora adónde vamos? —preguntó de nuevo Cecily, en un susurro, pero la joven solo se volvió un instante. No dijo palabra, tan solo la miró en silencio con una expresión que Cecily no supo descifrar, y después reanudó la marcha.

Del interior del establo llegaban sonidos familiares: el crujido de la paja bajo las botas, el tintinear de los arneses y el resoplido profundo de los caballos. Al cruzar el umbral, la luz del amanecer se coló por entre las rendijas del techo, dibujando franjas doradas sobre el suelo de tierra.

Entonces lo vio.

Brodie estaba junto a uno de los corceles. Vestía una túnica de viaje oscura, con la capa aún sin abrochar y la espada colgada al

cinto. E iba ataviado con el kilt con los colores de su clan.

Cuando sus miradas se cruzaron, Cecily se detuvo en seco, sorprendida y sin poder apartar los ojos de él.

—¿Qué está pasando? —preguntó con cautela.

Brodie hizo un gesto con la mano, y la joven sirvienta salió a toda prisa, dejándolos a solas.

—Nos vamos a la corte —anunció con determinación.

—¿A la corte? —repitió Cecily, desconcertada.

—¿No era eso lo que deseabais?

—¿Me creéis? —preguntó Cecily, con un hilo de esperanza en la voz.

—Creo que podéis llevarme hasta el hombre que mató a mi padre.

No era la respuesta que esperaba, pero le bastaba; debía bastarle.

Brodie se acercó a una yegua de pelaje oscuro, limpia y bien cuidada. Con mano experta le ajustó la montura y le ofreció la brida a Cecily.

—Esta será vuestra —dijo, señalando la yegua—. Es mansa y fuerte, ideal para el camino.

Cecily miró al animal con cierta aprensión y luego levantó la vista hacia Brodie.

—No soy buena cabalgando —confesó con un suspiro—. No me gusta.

—Ya he accedido a viajar con vos. No necesitáis seguir intentando engatusarme.

—¿Engatusaros?

—Fingiendo que no sabéis montar, esperando que os ofrezca mi caballo —añadió con tono seco—. ¿Acaso pensáis que, cabalgando juntos, sucumbiré a vuestros encantos?

Cecily bajó las manos hasta la falda de su vestido. Sus dedos apretaron la tela con fuerza, fruto de la rabia que sentía.

—Sois un…

—Sí, milady, decidme. ¿Qué soy? —le animó Brodie con tono burlón.

Cecily se mordió el labio inferior, negándose a permitir que la blasfemia que estaba en la punta de su lengua saliese. Aquel bastardo no merecía ni sus palabras, ni su ira, y mucho menos su dolor.

—No es necesario que vengáis conmigo. Iré sola y encontraré la manera de poder entrar en la corte.

Se giró con la intención de salir por la puerta, pero la voz de Brodie la detuvo.

—¿Y pensáis hacerlo andando?

—Si es necesario, sí.

—¿Sabéis lo que creo? Que teníais razón en el río: sois una cobarde. —Sus palabras hicieron que las mejillas de Cecily se encendieran de ira—. Os asusta una yegua tan dócil como Chispa.

—¿Chispa? —Cecily se dio la vuelta de nuevo, enfrentándolo—. ¿Le habéis puesto vos el nombre?

—No, lo hizo mi hermano de seis años. Él, a diferencia de vos, no tiene miedo de montarla.

Cecily entendió que la estaba retando. Pero aceptó el desafío con la misma determinación que él. Porque puede que Brodie hubiera cambiado, pero ella también lo había hecho. Ya no era la joven temerosa que solía ser.

Sin dudar, se acercó a Chispa, la yegua de pelaje oscuro, y con un ágil salto, intentó montarla. Por un instante perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, pero con rapidez logró recuperarse y mantener el equilibrio sobre la montura.

—¿Veis? —dijo Brodie—. No sois tan cobarde después de todo.

Una media sonrisa se dibujó en el rostro del laird, y por un breve instante, Cecily vio en él al hombre que casi la besó. Pero esa imagen se desvaneció rápidamente, ya que la sonrisa mudó a seriedad con rapidez.

—Me gusta más cuando sonreís —confesó ella con un suspiro nostálgico, antes de poder controlar sus palabras.

Durante unos instantes, Brodie la observó en silencio, con una intensidad que la hizo estremecer. Pero después, apartó la mirada de ella, como si quemara.

—Es una suerte que no pretenda gustaros —respondió de manera hosca. Se acercó al semental negro, ya ensillado, y lo montó con soltura—. Es un viaje largo hasta la corte. Debemos partir sin demora.

Sin más, salieron del establo y cabalgaron juntos hacia el puente levadizo, que aún estaba levantado. Brodie dio la orden para bajarlo y, tras cruzarlo, dejaron atrás la fortaleza.

Cecily no pudo evitar mirar hacia atrás.

Aunque solo había pasado un día allí, y a pesar de lo que le había dicho a Marsaili, por primera vez, sintió que abandonaba un lugar al que realmente pertenecía.

Capítulo 8

Llevaban horas cabalgando sin descanso. El sol derramaba su luz dorada sobre el paisaje verde.

Cecily no se cansaba de contemplar aquella belleza agreste y majestuosa, aunque el cansancio comenzaba a pesarle en los hombros y en las piernas. Brodie cabalgaba unos pasos por delante, guiando el ritmo con firmeza, pero sin dejar de vigilarla de reojo. Cecily lo notaba; no era un gesto de cortesía ni de preocupación, sino algo más calculador. Como si esperase que en cualquier momento saliese huyendo, o peor aún, intentara algo inesperado.

No habían intercambiado una sola palabra desde que partieron de la fortaleza y la tensión entre ambos parecía tan persistente como el sol que caía sobre sus espaldas. La yegua avanzaba a paso constante, pero Cecily sentía el cuerpo entumecido, y además, necesitaba hacer sus necesidades con urgencia. Inspiró hondo, decidida a romper el silencio.

—¿Podemos detenernos un momento? —preguntó, sin mirar a Brodie—. Solo un instante. Necesito atender una necesidad —dijo, sin poder evitar que sus mejillas se tiñieran de rojo.

Brodie tiró de las riendas con suavidad y detuvo su caballo. Alzó la vista, observando el entorno con expresión evaluadora, antes de girarse hacia ella.

—Elegís un sitio curioso para hacer alto.

Estaban en un tramo solitario del camino, donde la senda se estrechaba entre colinas onduladas cubiertas de hierba alta y brezo. Un pequeño arroyo murmuraba no muy lejos, oculto entre arbustos y un grupo de álamos jóvenes.

—A mí me parece el lugar perfecto —replicó Cecily, levantando una ceja—. No hay transeúntes cerca, ni caminos secundarios, ni señales de nadie más.

Brodie esbozó una sonrisa, pero en ella no había humor. Era una sonrisa tensa, de esas que no tocan los ojos.

—No solo eso, sino que ya no estamos en las tierras de mi clan —añadió Brodie, y dejó que el silencio colgara un segundo antes de añadir—: Bajad de la yegua. ¿O ya no tenéis tanta urgencia?

Cecily le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿Qué queréis decir?

—Nada, muchacha.

Cecily no terminó de comprender sus palabras, pero, en aquel momento, eso era lo que menos le importaba, porque la urgencia era otra.

Descendió de la yegua con cuidado, sintiendo el cosquilleo en las piernas entumecidas por tantas horas de cabalgata. A pesar del cansancio, debía admitir que el trayecto había sido más llevadero gracias a Chispa. La yegua, de andar tranquilo y mirada dulce, parecía haber conectado con ella desde el primer momento.

Había algo en su manera de moverse, en cómo respondía a sus mínimas indicaciones, que le hacía pensar que se entendían, sin necesidad de palabras. Era como si la yegua intuyera sus ritmos, su incomodidad, incluso su temor, y supiera cómo acompañarla sin exigirle más de la cuenta.

Con una última caricia al lomo cálido del animal, se apartó del camino y se internó entre los arbustos, buscando algo de intimidad.

Cuando regresó, frunció el ceño. No veía a Brodie por ningún lado, pero los caballos seguían donde los habían dejado. Caminó hacia el corcel negro de él, notando que una de las alforjas estaba abierta. La tela gruesa revelaba una esquina de pan oscuro, y junto a él, un trozo de queso envuelto en lino.

El estómago de Cecily rugió, traicionándola. Dudó solo un segundo antes de alargar la mano, pero no llegó a tocar la comida. Una mano la sujetó con fuerza por la muñeca: grande, áspera, y endurecida por años de empuñar espada. Una mano de guerrero, curtida por el frío y la sangre. Sintió los callos raspándole la piel, la presión firme y peligrosa.

—¡Soltadme! —exigió, sacando valor de donde no sabía que lo tenía—. No volváis a ponerme una mano encima de esa forma.

Brodie soltó una carcajada seca, carente de humor, pero aflojó la presión y la dejó libre.

—Haceros la dama ofendida no funcionara conmigo. ¿Es esto lo que buscabais? —preguntó levantando una daga envainada que llevaba en su mano.

—No, por supuesto que no —respondió Cecily, aún confundida, con la mirada fija en el arma.

—¿Creíais que soy tan necio como para dejar alguna de mis armas cerca de vos?

Con un movimiento ágil, guardó la daga en la caña de su bota. Cecily no pudo evitar fijarse en la espada colgada del cinturón, su vaina adornada con los emblemas del clan, descansando a un lado de su kilt. Había dejado caer la capa, y la imagen que ofrecía era la de un guerrero imponente, casi como un dios tallado en piedra, iluminado por el sol de mediodía.

Cecily no lograba entender cómo, a pesar de la rudeza con la que la trataba, algo en Brodie seguía despertando en su pecho una atracción tan inesperada como turbadora. Incluso más intensa que aquella que sintió la noche en que lo conoció. Debía ser el cansancio que nublaba su juicio, porque definitivamente aquel hombre era un necio.

—Ni siquiera estaba pensando que pudierais llevar un arma en la alforja.

Brodie arqueó una ceja.

—¿Y entonces qué buscabais?

—Vi que teníais queso. Iba a cogerlo.

—¿Y qué pensabais hacer con ello?

Cecily no podía creer la pregunta, pero él la miraba serio, sin rastro de broma.

—Tirároslo a la cabeza dura a ver si os hago entrar en razón —soltó sin poder contener las palabras. Ella no se consideraba una joven impetuosa, pero estaba cansada de la constante desconfianza de Brodie.

—O quizá dejarme inconsciente para que el hombre con quien habéis hecho un trato me asesine, como asesinaron a mi padre.

La ira se apoderó de Cecily, ardiendo en su interior.

—Solo tenía hambre —espetó, cruzándose de brazos y lanzándole una mirada desafiante—. No buscaba haceros caer en una trampa ni un complot ni nada de esas tonterías que parecéis imaginar cada dos por tres.

Brodie soltó una risa ahogada.

—Mejor es imaginar que tenéis visiones, ¿no?

—Yo no imagino nada —Cecily descruzó sus brazos y los dejó caer a cada lado de sus caderas con resignación y cansancio—. Si no creéis en mis visiones, ¿por qué me acompañáis?

—Ya os lo he dicho. Vais a llevarme hasta el asesino de mi padre.

Fue en ese momento cuando Cecily comprendió la verdad: Brodie seguía pensando que todo era una artimaña, que ella estaba compinchada con el asesino, que cada palabra que decía era parte de un elaborado engaño.

No la creía y nunca lo haría. No importaba las veces que se lo repitiera.

Sus labios temblaron un instante y sintió un dolor punzante en su pecho, pero se obligó a mantener la frente en alto.

—¿De verdad pensáis eso? —preguntó, con un hilo de voz—. ¿Que yo podría estar aliada con quien mató a vuestro padre?

Brodie la miró con dureza.

—¿De que otra manera sabríais que se le cayo un medallon y el contenido de este?

Cecily negó con a cabeza.

—No me creáis si no queréis. No voy a seguir proclamando mi inocencia, pronto descubriréis que no soy una mujer maliciosa.

—No pienso que seáis maliciosa —dijo Brodie y la esperanza anidó en el estómago de Cecily. No debía importarle lo que Brodie pensara de ella; más aún, lo hacía—. Creo que habéis vendido vuestra integridad por un puñado de monedas.

Cecily apretó los dientes. Un nudo le subió por la garganta, y las lágrimas amenazaron con traicionarla, pero se negó a dejar que brotaran por sus ojos. No, no le daría ese gusto. Aquel hombre no merecía ni su ira, ni su dolor, ni tampoco que derramara una sola lágrima por él.

—El rencor os está cegando. No veis más allá de lo que vuestra rabia os permite. No sois mejor que el hombre que mató a vuestro padre.

—¿Cómo os atrevéis? —rugió Brodie, su voz cargada de furia.

Pero Cecily ya se estaba alejando. Se giró con gesto brusco, se acercó a su yegua, montó de un salto y tiró de las riendas con firmeza.

No soportaba seguir hablando con él. Ni una palabra más.

Espoleó al animal y comenzó a cabalgar a través del sendero boscoso, sin rumbo fijo, con la vista nublada por la rabia… y algo más. ¿Acaso dolor? ¿Desilusión, tal vez?

Detrás de ella, Brodie maldijo por lo bajo antes de montar en su propio caballo y galopar tras ella. En apenas unos instantes, la alcanzó y colocó su montura a la par.

—Ni siquiera sabéis adónde vais —espetó con brusquedad—. Vais a perderos en estas tierras si seguís cabalgando sin rumbo.

—Me da igual —replicó Cecily, sin mirarlo siquiera—. Prefiero perderme en medio del bosque que seguir viajando con vos.

Por un instante cabalgaron en silencio, quebrado solo por el retumbar de los cascos y el susurro del viento entre las ramas. Brodie la observó de soslayo. La joven tenía el rostro tenso, la mandíbula apretada, y los ojos encendidos por una cólera que igualaba a la de él. Pero no fue aquello lo que hizo que su estomago se contrajese, sino ese brillo de dolor que atisbó en la mirada de ella. El mismo que había visto cuando la acusó de traidora. Ese sí era real y se le había clavado en el pecho como una daga.

No, no podía confiar en Cecily. Esa muchacha no era una embaucadora cualquiera. Era obstinada, valiente y auténtica. Y aunque no quería admitirlo, había algo en ella que lo desarmaba, algo que lo hacía dudar de todo lo que creía saber.

¿Por qué lo afectaba tanto lo que ella pensaba? ¿Por qué le dolía su decepción?

Brodie apretó los dientes con frustración y miró al frente, intentando apartar a la joven de su mente. Pero su figura seguía ahí, en su campo de visión, montando con la espalda erguida, con esa determinación que le desconcertaba.

Sabía que ella lo estaba engañando; no había otra explicación lógica. Sin embargo, algo en su interior le gritaba que debía consolarla. Una voz muda le pedía que se disculpara, que la abrazara hasta que el pesar de ella desapareciera de sus delicados rasgos.

Pero, pese a que el anhelo le invadía, no podía hacerlo.

—Si tenéis hambre, podemos detenernos —dijo Brodie tras unos minutos de silencio.

Ella giró la cabeza para mirarlo, y alzando la barbilla con orgullo, respondió:

—No es necesario, laird. Se me ha quitado el hambre.

—Como deseéis.

Cecily maldijo cuando su estomago crujió y Brodie estiró sus labios en una sonrisa de superioridad. Más aún, Cecily se obligo así misma a no ceder. Él podía no creerla, pero ella no mostraría debilidad ante él.

Unos minutos después, cabalgaban juntos por un sendero empedrado y cubierto de hojas secas. La yegua de Cecily tropezó con una raíz oculta bajo la hojarasca, dando un brusco traspié.

Brodie, que iba justo al lado, reaccionó al instante, estirando la mano para sujetarla y evitar que perdiera el equilibrio. Sin embargo, el movimiento inesperado hizo que ambos caballos se tambalearan.

Antes de que pudieran reaccionar, Cecily perdió el control de su montura y Brodie tuvo que sujetarla con fuerza para que no cayera. Pero el terreno resbaladizo y la fuerza del tropiezo no les dio tregua: ambos caballos tropezaron, y con un fuerte impacto, Cecily y Brodie fueron arrojados violentamente al suelo, rodando por la pendiente cubierta de barro.

Quedaron tendidos allí, cubiertos de tierra húmeda, luchando por incorporarse. Brodie fue el primero en levantarse. Agarró a Cecily, ayudándola a ponerse en pie.

—¿Estáis bien? —le preguntó, con preocupación.

—Si, creo que si —contestó ella, con el aliento entrecortado. A pesar de que sentía su cuerpo adolorido por el impacto, no había sido un golpe lo bastante fuerte como para causarle herida alguna—. ¿Y vos?

Cecily sintió los ojos de Brodie inspeccionándola, como si ansiase cerciorarse por sí mismo de que sus palabras eran ciertas.

—Perfectamente —respondió al cabo de unos instantes—, he sufrido caídas peores. Aún asi, hubiera estado bien que hubiéseis tenido una vision de este momento para evitarnos la caida —añadió con mordacidad.

Cecily resopló. ¿Es qué no podía darle un poco de tregua?

—Me temo que no puedo elegir lo que veo o no.

—Vuestro don no es de mucha utilidad, entonces.

Cecily lo miró boquiabierta por un instante, pero al verlo cubierto de barro —incluso tenía un manchón en la mejilla— no pudo evitar estallar en carcajadas.

—¿Qué os parece tan gracioso? —preguntó Brodie, frunciendo el ceño con dignidad herida.

—¡Por los cielos, parecéis un jabalí que se ha revolcado en el barro! —Cecily apenas podía contener la risa.

Brodie bufó.

—No estaís mucho mejor vos.

—Probablemente, pero yo no puedo verme.

Brodie la observó fijamente. Esa muchacha no dejaba de sorprenderle. No se parecía a ninguna otra mujer que hubiese conocido. Se atrevía a burlarse de él sin temor, incluso cuando él no estaba siendo precisamente cortés.

—Aun cubierta de barro, estáis hermosa —dijo antes de ser consciente de que estaba hablando en voz alta.

Cecily dejó de reírse al escucharlo. Lo miró con incredulidad, pestañeando un par de veces. Definitivamente, debía haber oído mal. Sintió cómo el rubor ascendía a sus mejillas.

—¿Creéis que soy hermosa?

El enojo que Brodie había sentido por aquella confesión se desvaneció al ver la expresión sincera en el rostro de ella. Era evidente que la joven no era consciente de su propia belleza, y eso la hacía aún más cautivadora.

Se acercó un paso, alzando la mano con lentitud. Le rozó suavemente el labio inferior con un dedo.

—Tenéis un poco de barro —murmuró.

Cecily se estremeció ante el contacto. Un escalofrío le recorrió la espalda, y por un instante, sus miradas quedaron atrapadas la una en la otra. Sus rostros se acercaron, sus labios apenas separados por un suspiro. Pero justo cuando el aire entre ellos se tensaba con la promesa de algo más, Brodie dio un paso atrás bruscamente, como si se hubiese quemado.

—Al final, puede que sí seáis una bruja, porque me estáis embrujando —dijo con tono áspero, con la voz cargada de frustración—. Pero no voy a caer en vuestro embrujo. —Sin decir más, giró sobre los talones y montó de nuevo su caballo, que pastaba tranquilamente junto al sendero, ajeno a la tormenta de emociones humanas.

Cecily se quedó inmóvil, aún asimilando lo que acababa de acontecer. ¿Brodie había estado a punto de besarla?

Cecily jamás había sido besada, pero algo en su interior le decía que, si Brodie lo hubiera hecho, habría sido un beso que le gustaría recordar. Porque sí, lo había deseado. Llevaba ocho meses haciendolo. Había querido que sus labios se encontraran, que el momento se consumara, y que él no se apartara. Pero todo eso ya había terminado.

Y, en el fondo, agradecía que él se hubiese contenido. Porque le recordó que no debía dejarse arrastrar por emociones que podían nublar su juicio.

Tenía que mantenerse firme. Hallar a su madre era lo único que debía ocupar su mente.

Aun así, cuando montó de nuevo en su yegua y siguió los pasos de Brodie, las imágenes del beso que no fue —el calor de su aliento, la caricia de sus dedos en su rostro— se colaron en su pensamiento con una claridad insoportable.

Capítulo 9

—Pasaremos aquí la noche —anunció Brodie, desmontando con soltura.

Cecily apenas podía sentir las piernas. El traqueteo constante del viaje le había entumecido el cuerpo, y el rugido de su estómago era ya una compañía habitual. Habían cabalgado durante horas sin apenas intercambiar palabra y, aunque ella había hecho todo lo posible por no quejarse, en cuanto se detuvieron, bajó de Chispa con más rapidez de la que su cuerpo le permitía.

—Supongo que, si me retiro a hacer mis necesidades, no pensaréis que intento traicionaros, ¿verdad? Al fin y al cabo, vos habéis elegido este claro —dijo, alzando una ceja con fingida inocencia. Se obligó a mantener la voz tranquila, ligera, casi burlona, pese a que por dentro hervía de furia. Se había prometido no mostrarle cuánto le afectaban sus constantes acusaciones. Y, sobre todo, cuánto le afectaba él.

Brodie la observó de soslayo mientras desmontaba y soltaba las alforjas de su semental.

—Podéis ir a lavaros si lo deseáis. Hay un arroyo cerca —respondió con tono neutro, haciendo caso omiso de sus palabras.

Fue entonces cuando Cecily se percató del murmullo del agua entre los árboles. El sonido del arroyo fluía con suavidad, como una invitación. Y, de pronto, fue consciente de lo mucho que necesitaba lavarse. El barro se había adherido a su piel como una segunda capa, fría y desagradable.

Miró al cielo. El sol comenzaba a ocultarse tras las copas de los árboles, tiñendo el horizonte de tonos ámbar y escarlata. Suspiró. No llevaba equipaje, y, si lavaba el vestido, no se secaría con la brisa del anochecer.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Brodie se volvió hacia ella y, tras rebuscar un momento en las alforjas, le tendió una

prenda doblada.

—Marsaili me dio esto antes de partir —explicó, sin mirarla a los ojos—. Dijo que podría serviros.

Cecily tomó el vestido con suavidad. Era sencillo, de lino claro, con mangas ajustadas y apenas un bordado discreto en los puños.

—Gracias —murmuró, aún sorprendida por aquella muestra inesperada de consideración—. Decidme… ¿no os habrá dado también una pastilla de jabón?

—No.

—¿Y vos? ¿No lleváis una en vuestras pertenencias?

—Soy un guerrero de las Highlands —respondió con altivez, como si eso lo explicase todo.

—¿Y esa es una excusa para ser un marrano?

Brodie la miró con los labios fruncidos, claramente ofendido, aunque en sus ojos danzaba un brillo de diversión.

—Os aseguro, muchacha, que no hay mujer que se haya quejado de cómo huelo.

—Eso será porque las dejáis desmayadas con vuestro olor.

—Se desmayan, sí —coincidió, dando un paso hacia ella con media sonrisa ladina—, pero en mi lecho y no por el olor precisamente, sino por puro agotamiento y placer.

Cecily abrió los ojos con fingido escándalo y le lanzó una mirada fulminante, aunque la sonrisa que asomaba en sus labios mostraba su diversión.

—¿Nunca os han dicho que es poco caballeroso hablar de vuestros logros en el lecho como si fuerais un trovador fanfarrón?

Brodie alzó una ceja en respuesta y adoptó una postura aún más provocadora, cruzando los brazos sobre el pecho con deliberada lentitud.

—¿Y qué queréis que os diga, muchacha? Si uno es diestro en algo, sería casi un pecado callárselo.

—¿Modestia? —contraatacó Cecily, alzando las cejas con ironía —. ¿Os suena esa palabra, laird?

—Me suena, sí. Más aún, la modestia no gana guerras ni da de comer al estómago hambriento. No hay necesidad de tenerla.

Cecily entornó los ojos con molestia, aunque por dentro luchaba por no reír.

Lo cierto era que, en esos momentos, cuando discutían en ese extraño juego de pullas y provocaciones, se sentía liviana. Feliz, incluso. Era absurdo, pero la forma en que Brodie bromeaba, con esa mezcla de descaro y media sonrisa, la hacía olvidar por un instante todo lo demás. Incluso los temas que jamás pensó que trataría con un hombre salían con naturalidad entre ellos, como si se conocieran de toda la vida.

—Será mejor que vaya a lavarme —dijo Cecily con un suspiro resignado—. Tendré que apañármelas sin la dichosa pastilla de jabón.

Se giró con elegancia y comenzó a andar siguiendo el murmullo del agua entre los árboles.

—No la necesitáis —añadió Brodie a su espalda, con voz grave —. Vuestro aroma es agradable incluso tras una jornada de viaje.

Cecily no se detuvo, pero una sonrisa se dibujó en su rostro. Ojalá todos sus instantes compartidos fuesen así de livianos y dulces.

Internándose entre los árboles, el murmullo del arroyo se volvió más claro y el aire, más fresco.

Junto al cauce del agua, se despojó con cuidado del vestido embarrado. Se lavó con esmero, agradecida por la frescura del arroyo, que aliviaba su piel. Después, se puso el vestido limpio que Brodie le había dado, sencillo, con aroma a lavanda. Lavó el otro vestido y lo extendió sobre unas piedras, con la esperanza de que al menos se secara un poco antes del anochecer.

Cuando regresó al claro, la escena la hizo detenerse un instante.

Brodie había encendido un pequeño fuego y, ensartado sobre un improvisado espetón, un conejo se asaba lentamente, desprendiendo un aroma tentador. Sobre una manta extendida en la hierba reposaban unas rebanadas de pan y un trozo generoso de queso.

—Habéis cazado un conejo. Os lo agradezco, estoy hambrienta.

Brodie la miró por encima del hombro.

—No ha sido por vos. Habéis tardado tanto que he tenido que encontrar la manera de saciar el aburrimiento.

Cecily no pudo evitar sonreír. Por supuesto que el orgullo de Brodie le impediría reconocer su buena hazaña.

—No he tardado tanto.

—¿Ah, no? He visto inviernos llegar y marcharse más rápido —se quejó él, aunque por su ligero tono de voz, Cecily supo que estaba bromeando—. He llegado a pensar que tal vez habíais preferido acampar allí.

—¿Y perderme la cena que me estáis preparando? —respondió ella, sentándose a su lado junto al fuego.

Sus miradas se cruzaron unos instantes. Fue Brodie quien desvió la vista primero, fijando los ojos en las llamas danzantes.

—Voy a asearme —murmuró, poniéndose de pie con un leve suspiro—. Aseguraos de que la carne no se queme. Sería una lástima que vuestro apetito quedara insatisfecho.

Ella alzó una ceja con picardía, sin apartar la mirada del fuego.

—Soy capaz de asar un conejo. Podéis confiar en mí.

Brodie la miró con una expresión seria.

—Ojalá, milady. Ojalá pudiese —le dijo en tono triste.

Cecily parpadeó. Estaba segura de que no se refería solo a su habilidad con el fuego o el asado. Observó cómo Brodie se alejaba, también deseando que confiase en ella.

Tomó una de las rebanadas de pan, aún tibias del calor del fuego, y le dio un pequeño mordisco. Estaba sorprendentemente buena: crujiente por fuera, tierna por dentro. Aunque, siendo sincera, con el hambre que tenía, podría haber sido un pedazo de pan duro como una piedra y, aun así, lo habría disfrutado como un manjar.

Para cuando Brodie regresó, el conejo ya estaba en su punto y la noche había hecho su aparición. El cielo, cubierto de nubarrones, impedía el paso de la luz de la luna, por lo que solo el fuego que ardía en el claro otorgaba algo de claridad en la penumbra.

—¿No os agrada el queso? —preguntó, señalando el trozo entero que permanecía intacto.

—Os diría que os esperaba, pero la verdad es que no tenía con qué cortarlo —respondió ella con una leve sonrisa.

—No os habría creído —replicó él con una sonrisa burlona—, pues no tuvisteis reparos en aguardarme con el pan. Os lo habéis comido todo.

—No todo —Cecily señaló una mitad de rebanada que sostenía en la mano y le dio un mordisco—. Pero ahora sí, ahora me lo he comido todo.

Brodie soltó una carcajada profunda que resonó en el claro. Cecily deseó poder verle con más claridad, anhelando que la noche fuera menos oscura. Pero cuando él se acercó y el fuego iluminó su rostro y torso, pronto se arrepintió de aquel deseo.

Solo llevaba puesto el kilt, sin rastro de su camisa, y Cecily no pudo evitar que su mirada se deslizara hacia su torso desnudo. No era la primera vez que lo veía, pero esta vez el rubor no acudió a sus mejillas. En cambio, lo observó con detenimiento, sin pudor ni prisa, como si recién entonces se permitiera ver de verdad.

—¿Os gusta lo que veis? —le preguntó él con una sonrisa orgullosa.

Cecily ladeó la cabeza, fingiendo indiferencia, aunque la comisura de su boca se curvó casi sin querer.

—¿Habéis perdido la camisa?

—La he dejado en la hierba, junto a vuestro vestido, secándose.

Brodie se sentó a su lado. Tomó con una mano el asador improvisado y revisó el conejo.

—¿Y no traéis otra? —insistió ella.

—Sí. En la alforja.

—Y no pensáis ponérosla…

—No.

—¿No? —repitió Cecily, sorprendida.

—¿Os incomoda?

—¿A mí? —Cecily alzó la barbilla con dignidad fingida—. En absoluto. Pero no es muy galante cenar sin camisa, por si no lo sabíais.

Brodie se encogió de hombros, sin el menor atisbo de arrepentimiento.

—Estamos en medio del bosque, cenando al raso. No es lugar para galanterías. —Con gesto pausado, desgarró un trozo de conejo con la daga que se sacó de la caña de su bota y lo tendió hacia ella —. Tened. Está en su punto, pero cuidado, aún quema.

Cecily tomó el trozo de carne con los dedos, procurando no rozar su mano, aunque la cercanía fue suficiente para sentir el calor de su piel.

—No sé qué os sucede a los hombres de las Highlands con las camisas, o más bien con la falta de ellas —comentó, para acto seguido llevarse el bocado a la boca y soltar un breve suspiro—. Está delicioso.

—¿Habéis visto a muchos hombres sin camisa? —preguntó Brodie, y Cecily notó un matiz distinto en su voz. Uno que no supo identificar.

Ella se encogió de hombros.

—Antes de llegar a las Highlands, solo cuando debía atender a algún herido. Y eran pocas veces, pues no era común que los hombres llegasen al convento con tales heridas. —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa—. Pero, desde que puse un pie en estas tierras, parece que aquí los hombres olvidan la existencia de las camisas. Y no precisamente porque estén malheridos.

Brodie entrecerró los ojos.

—Curioso, porque cuando me visteis en el río parecía que era la primera vez que contemplabais a un hombre desnudo.

—No os contemplé —replicó ella con rapidez. Aunque lo cierto era que quizá había mirado un poco más de lo debido.

Pero lo peor era que no solo no se arrepentía, sino que su único remordimiento era no haber contemplado aún con más descaro.

No había sido el primer hombre que había visto desnudo, pero sí el único al que había observado sin que mediara una herida que curar ni fiebre que aliviar. Hasta entonces, su mirada sobre un cuerpo masculino había sido siempre práctica, libre de todo interés más allá del deber de una sanadora. Sin embargo, con Brodie era diferente. Cecily se había sentido, y se sentía, atraída hacia él.

Mas antes dejaría que su lengua se secara como pergamino al sol que dejar escapar tal secreto a oídos de Brodie.

—¿Queréis más? —le preguntó él, ofreciéndole otro trozo de conejo.

Ella lo aceptó.

Ambos continuaron comiendo en silencio. Pero no era un silencio áspero ni frío, como el que habían compartido con anterioridad, sino sosegado y apacible.

—¿Cómo os habéis hecho esas cicatrices? —le preguntó Cecily unos instantes más tarde, señalando su torso.

Brodie la miró.

—Soy un guerrero —dijo, como si eso lo explicase todo. Y, en cierta manera, lo hacía.

Cecily sostuvo su mirada unos segundos antes de bajar los ojos y señalar con suavidad una de las cicatrices que cruzaban el torso de Brodie. Una especialmente larga y blanquecina que recorría su costado derecho.

—¿Y esta, cómo os la hicisteis? —inquirió en voz baja, casi en un susurro.

Brodie bajó la vista hacia la marca y su expresión se endureció.

—Mi primera batalla. Fue un tajo limpio, aunque en su momento creí que no saldría con vida de aquella. —Hizo una breve pausa, como si recordara la escena con claridad. Sus ojos se oscurecieron—. Era demasiado joven y demasiado pagado de mí mismo. Esta herida me enseñó una lección que no olvidaré jamás. En el campo de batalla no basta con ser fuerte o valiente —añadió, con voz grave—; hay que ser cuidadoso, humilde. Saber cuándo atacar y cuándo retroceder. Y, sobre todo, hay que entrenar más duro. —Hizo una pausa—. Nunca me han vuelto a herir de gravedad. No pueden decir lo mismo los que me atacaron.

Cecily negó con la cabeza.

—Pero no os enseñó a ser menos engreído.

Brodie soltó una carcajada baja y ronca.

—No, eso no me lo enseñó.

—¿Y os duele?

—No, hace tiempo que ya no.

Cecily alzó una mano sin pensarlo demasiado y, con suma delicadeza, rozó la piel marcada. La yema de sus dedos acarició la

antigua herida con un gesto lento, casi reverente, como si al tocar esa herida pudiese llevarse cualquier dolor, y no solo el físico. Porque Cecily sabía que el dolor más profundo, el que estaba pudriendo el alma de Brodie, poco tenía que ver con las cicatrices de su torso.

Brodie no se movió, pero su respiración se volvió más lenta.

—Ojalá pudiera sanaros vuestro dolor —susurró Cecily—. Ojalá existieran plantas capaces de curar las heridas del alma, como las del cuerpo.

Brodie no respondió. Y el silencio cayó entre ellos. Pero, al igual que había sucedido anteriormente, no fue pesado, sino cómodo, casi reconfortante.

Al cabo de unos segundos, Cecily retiró la mano con suavidad, pero sus ojos seguían anclados en los de él.

—Deberíamos dormir —dijo Brodie de pronto, levantándose con calma pero con decisión—. Mañana nos aguarda otra larga jornada.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza, dándose de que, como cada vez que se producía algún tipo de acercamiento, Brodie volvía a levantar un muro entre ellos.

Él se acercó a los caballos, sacó una camisa de la alforja y se la enfundó con rapidez. Luego comenzó a alejarse del claro, sus pasos firmes pero silenciosos.

—¿Adónde vais? —le preguntó Cecily, con su voz apenas en un susurro.

—Voy a asegurarme de que no haya ningún animal salvaje rondando por aquí —respondió él sin volver la vista, con un tono seco.

Antes de que ella pudiese decir nada, se alejó.

Con un suspiro, Cecily se tumbó sobre la manta, dejando que el calor del fuego la envolviera a pesar del frescor de la noche. El agotamiento la venció rápidamente y pronto cayó en un sueño profundo.

Sin embargo, en medio de la noche, un grito surgió desde lo más profundo de su interior. Cecily abrió los ojos de golpe, incapaz de recordar la pesadilla que acababa de tener, pero con la certeza de que había sido algo aterrador. O, lo que era aún más inquietante, quizás una visión… una que no podía traer a la memoria.

El fuego se había consumido por completo y la oscuridad total la envolvía. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Temblando, intentó acomodarse, pero ni el frío ni el temor cedían. De repente, sintió el roce suave de una tela que le cubría los hombros.

—No dejaré que nada turbe vuestro sueño —le susurró la voz grave y cálida de Brodie, tan cerca que Cecily pudo sentir el latido firme de su corazón.

Ella, todavía atrapada entre el sueño y la vigilia, apenas logró murmurar con voz temblorosa:

—No me dejéis sola.

Sintió cómo un brazo se deslizó alrededor de ella, rodeándola con un calor que ningún fuego podría igualar.

—Nunca os dejaré sola —le susurró él.

Ella apoyó su cabeza en el pecho de él y sintió cómo todo temor desaparecía. Por primera vez en semanas, se sintió segura. Porque puede que Brodie no confiase en ella, pero Cecily sí confiaba en él.

Capítulo 10

Cecily despertó con los primeros rayos del alba filtrándose entre las hojas, tiñendo el claro de suaves tonos dorados. Parpadeó lentamente, aún envuelta en la tibieza del sueño, y al estirar la mano, notó que Brodie ya no estaba a su lado.

Por un instante, pensó que todo había sido un sueño: su voz susurrándole en la oscuridad, el calor de su abrazo, la firmeza de su pecho. Pero entonces bajó la vista y allí estaba la capa, cubriéndola aún con su calor.

No, no había sido una ensoñación.

Se incorporó y escudriñó el claro en busca de Brodie, pero él no estaba por ningún lado. ¿La había dejado sola? ¿Se había marchado sin decir palabra? El temor se apoderó de ella por un instante, oprimiéndole el pecho. Pero entonces, el relincho de Chispa la devolvió a la realidad.

Su yegua estaba allí, junto al imponente semental de Brodie, ambos atados al tronco de un árbol cercano. Tranquilos. Esperando.

No. Él no se había ido.

¿Entonces dónde estaba?

—Estoy aquí, muchacha. —La voz de Brodie la sorprendió a unos pasos detrás de ella, confirmándole que había pronunciado su último pensamiento en voz alta.

Brodie vestía una camisa limpia y sostenía su vestido con una de sus manos. En lugar de entregárselo, lo dobló con cuidado y lo guardó en las alforjas.

Cecily guardó silencio, observando cada uno de los movimientos de Brodie.

—Voy a ir al río a lavarme —anunció, levantándose de encima de la manta donde había dormido. No, donde habían dormido los dos, porque habían compartido la manta—. Gracias por lo de anoche.

Él arrugó el ceño y sus labios se fruncieron en una mueca dura.

—Anoche no pasó nada.

Cecily suspiró. Parecía que cada vez que se producía el mínimo acercamiento entre ellos, cada vez que él era bondadoso con ella, tenía que remediarlo después, como si aquello fuera el peor de los pecados.

Y Cecily estaba comenzando a cansarse de sus cambios de humor.

—Yo no tengo la culpa de que os hayáis levantado de mal humor —espetó.

—La tenéis. —Ella abrió la boca para responder, pero él levantó una mano, impidiéndoselo—. Si queréis lavaros, id ya. Partiremos de inmediato.

Cecily era una mujer pacífica. No le agradaban las disputas, pero en ese momento le hubiese gustado ser un poco más como Gisela. Su amiga habría levantado el mentón y le habría respondido con palabras más cortantes que el filo de una espada, y si eso no hubiese funcionado, le habría golpeado con una piedra.

Pero, por mucho que Brodie se mereciese que le arrojase a la testa la piedra más grande y pesada del lugar, ella no era de tal condición. Así que comenzó a andar hacia el río, mas aún se paró de repente.

Estaba cansada de callarse. Estaba cansada de ser bondadosa incluso cuando no lo eran con ella.

—No os va a hacer daño ser un poco más amable —dijo.

Brodie entrecerró los ojos para mirarla.

—Tenemos un largo viaje por delante y atravesaremos caminos peligrosos —respondió, con un tono tan frío como el agua del río—. No será la amabilidad lo que nos mantenga con vida, sino mi espada y la prudencia de acampar en lugares seguros antes de que caiga la noche.

Cecily frunció el ceño.

—Anoche os preocupasteis por mí —comentó en voz baja—. Fuisteis amable y hoy volvéis a ser desagradable.

Cecily pudo percibir un brillo de una emoción que no supo reconocer en los ojos de Brodie. Tan solo fue un instante. No era ira,

ni tampoco rencor; era algo más hondo, más peligroso, que ella no supo nombrar.

—Anoche reaccioné como lo haría cualquier hombre al ver a una mujer presa del miedo —respondió con una frialdad que contrastaba con su mirada—. No le busquéis más significado.

—¿Abrazáis a cualquier mujer y la dejáis dormir sobre vuestro pecho? —cuestionó ella, cruzándose de brazos.

Por un instante, Brodie pareció contener una respuesta. Una que parecía que no quería decir en voz alta. Sus ojos penetrantes se clavaron en los de ella.

—No confundáis compasión con otra cosa —dijo al fin, con tono grave.

—Así que es eso —murmuró Cecily, sin poder evitar que el dolor se filtrara en su voz—. Todo lo que sentís por mí es lástima.

El ceño de Brodie se frunció, como si las palabras de ella le hubiesen golpeado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Debéis ir al río ya, o no iréis. Partiremos en breve, estéis preparada o no.

Cecily sintió cómo la ira bullía en su interior. ¿Cómo podía hablarle así? ¿Cómo podía ser ese hombre el mismo de la noche anterior?

—Pues id sin mí si tanto os urge —espetó, con un desdén que apenas ocultaba su dolor.

No esperó su respuesta. Se dio media vuelta y caminó hasta el río. Podía haberse lavado en un instante, pero no lo hizo. Se enjuagó con calma, demasiada calma, y luego se dejó caer sobre la hierba, contemplando el paisaje como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Sabía que estaba actuando como una niña, y aun así, no le importó. Quería que él lo supiera, que percibiera su enfado en cada paso, en cada segundo que lo hacía esperar.

Cuando al fin regresó al claro, Brodie seguía allí, inmóvil. Brazos cruzados, postura erguida y un ceño que no dejaba lugar a dudas: estaba furioso. Y eso, lejos de apaciguarla, la irritó aún más.

Porque él no tenía derecho a enojarse.

—Pensé que os habíais ido —dijo ella con un deje de ironía—. ¿No teníais tanta prisa? ¿O es que os doy demasiada lástima para

dejarme sola?

—Cecily… —la llamó con un tono que era más advertencia que llamado, pero ella lo ignoró.

—Claro que si os marchabais nunca encontraríais al culpable de la muerte de vuestro padre.

Sabía que estaba siendo dura, quizá demasiado, pero no le importaba. Estaba harta. O tal vez dolida. Dolida con él, pero aún más, consigo misma. Porque la noche anterior, cuando Brodie la había abrazado y consolado, ella se había permitido soñar cómo sería un futuro a su lado.

¿Cómo podía ser tan necia?

A Brodie le palpita el ojo derecho y Cecily estuvo segura de que estallaría en gritos cuando inspiró con profundidad, tratando de calmarse.

—Sois suficientemente mayor como para tener una rabieta —espetó Brodie al cabo de unos instantes, con un tono de voz controlado, a pesar de que la forma en la que apretaba los dientes lo delataba.

—No tengo ninguna rabieta.

Pero lo cierto era que sí la tenía.

—¿Entonces es así como actuáis cuando no os salís con la vuestra?

—Así es como actúo cuando el hombre con el que viajo se comporta como un necio.

Sin decir más palabras, se subió a su yegua. Brodie la miró unos instantes antes de hacer lo mismo y subirse a su caballo.

Cabalgaron durante horas en silencio, un silencio solo interrumpido por el canto distante de los pájaros y el ritmo constante de los cascos sobre la tierra. Cecily no tenía hambre, ni tampoco una necesidad urgente de hacer sus necesidades más básicas, pero tenía que parar. Ella era una mujer que disfrutaba de los silencios, pero aquel se le estaba haciendo insoportable.

—¿Qué hacéis, muchacha? —le preguntó él cuando ella obligó a Chispa a detenerse.

Cecily ni siquiera se giró para mirarlo.

—¿Ahora me habláis?

Brodie bufó.

—No vamos a parar aquí. No es seguro.

Como respuesta, Cecily descendió de la yegua. Estaba cansada de que le dijese lo que tenía que hacer o no, pero, sobre todo, estaba cansada de su aptitud.

—¿Y qué proponéis entonces? —preguntó, sacudiéndose la falda de su vestido—. ¿Seguir cabalgando en silencio hasta caer exhaustos?

—Debo ocupar la cabeza en asuntos más importantes que en mantener una charla vana con vos —respondió él, con un dejo de irritación contenida.

—¿Más importante? ¿Cómo pensar en la manera de ser aún más desagradable? —replicó ella con sorna.

Brodie bufó.

—En asegurarme de que nadie nos está acechando, tramando sorprendernos por sorpresa, o que estamos a punto de caer en una emboscada.

—Nadie nos está acechando.

—¿Y eso cómo lo sabéis? No tenéis ningún entrenamiento bélico.

—No, no lo tengo.

—Entonces subid a la yegua, pararemos en un lugar más seguro.

—No —se negó Cecily, cruzándose de brazos—. Estoy cansada de seguir vuestras órdenes.

Brodie entrecerró los ojos.

—Muchacha, estáis acabando con mi paciencia.

Él dijo algo más, pero Cecily no lo escuchó, porque sintió un leve mareo y supo que estaba a punto de tener una visión. No, ella no quería tenerla. Le atemorizaba lo que pudiese ver. Pero nada pudo hacer, y cuando la visión pasó por primera vez ante sus ojos, agradeció haberla tenido.

Al volver a la realidad, Brodie ya no estaba encima del caballo, sino que se encontraba de pie, a su lado.

—¿Qué os ha pasado? —inquirió con una inquietud que no pudo encubrir—. Parecíais ida, como cuando… —Las palabras murieron en

sus labios y se quedó en silencio durante unos instantes—. No me lo puedo creer —masculló, al darse cuenta de lo que había sucedido.

Más aun así, Cecily sintió la premura de decirlo en voz alta.

—He tenido una visión.

Brodie soltó un suspiro.

—No me lo digáis, habéis visto que es el lugar adecuado para parar —ironizó.

Cecily frunció el ceño.

—He visto que un pájaro os cagaba encima de la cabeza.

Brodie, inconscientemente, miró hacia arriba en busca del ave, pero bajó la mirada al instante cuando escuchó la carcajada de Cecily.

—Parece que creéis más en mis visiones de lo que admitís —dijo ella, con una media sonrisa.

Brodie resopló.

—Si habéis terminado con la chanza, debemos irnos.

—Estoy de acuerdo —concordó ella, sorprendiéndole—. Tenéis razón, este sitio es peligroso.

Brodie entrecerró los ojos con sospecha.

—Hace un instante queríais quedaros.

—Ya no quiero.

—¿Por qué?

—Os lo he dicho, tenéis razón.

—¿Por qué habéis cambiado de idea?

—Os he dado la razón, ¿no es suficiente para vuestro orgullo?

—No necesito que me la deis para saber que la tengo.

Cecily suspiró. Ese hombre era imposible.

—He visto en mi visión que al anochecer nos atacarán aquí, por eso debemos irnos.

—Entiendo —murmuró Brodie, y un hilo de esperanza creció en ella—. Es muy apropiado que justo vayan a atacarnos donde vos os habéis detenido.

Cecily sintió cómo ese hilo se rompía.

—Si no queréis creedme, no lo hagáis. Pero vámonos.

Cecily dio un paso hacia Chispa, pero Brodie no se movió. En lugar de subir a su semental, lo ató a un tronco cercano, ante la

mirada incrédula de Cecily.

—Vamos a acampar aquí —anunció con firmeza.

—¿Estáis loco? —dijo Cecily con una exhalación de asombro, alzando ambas manos a la cabeza—. ¿Cómo vamos a quedarnos aquí? Vos mismo habéis reconocido que este es un lugar peligroso. —Hizo una pausa, clavando en él una mirada desafiante—. ¿Queréis acampar aquí solo para demostrarme que no nos van a atacar?

—No digo que no crea que nos vayan a atacar —respondió él con calma.

—¿Entonces creéis en mi visión?

—No. Por supuesto que no.

Cecily no comprendía nada, pero estaba cansada, muy cansada de discutir con él y de que desconfiase constantemente de ella.

Su visión había sido borrosa e imprecisa. Lo único que había visto era a dos hombres surgiendo de la nada, pillándoles de improviso mientras estaban durmiendo. Ni siquiera había llegado a divisar el resultado de esa pelea.

—¿De qué sirven mis visiones si, cuando puedo evitarlas, vos me lo impedís? —le preguntó, con un dejo de frustración en la voz.

—Algunas cosas son inevitables y esta pelea va a ser una de ellas.

—No os entiendo.

—Lo hacéis, milady. —Brodie la miró con frialdad—. Claro que lo hacéis.

No lo hacía, pero ella no le respondió.

En cambio, escudriñó el lugar donde habían parado. Se encontraban en un claro rodeado de árboles altos y frondosos, cuyas copas se entrelazaban formando una especie de techo natural que apenas dejaba pasar la luz del sol. La hierba bajo sus pies era espesa y húmeda, salpicada de pequeñas flores silvestres. No se escuchaba el sonido del agua, por lo que se imaginaba que no había un río o un arroyo cerca en el que poder lavarse.

El silencio era tan profundo que cada pequeño crujido de las ramas parecía amplificarse en la quietud del claro. Cecily sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Brodie tenía razón: aquel lugar, a pesar de su aparente belleza, era peligroso.

Quería montar en su yegua y salir de allí. Quería escapar, pero no lo haría. Cecily ya no era una cobarde y lo iba a demostrar.

Si él quería enfrentarse a esos hombres, lo harían. Porque ella no albergaba ninguna duda de que esos hombres aparecerían. Sin embargo, una parte de ella deseaba que no lo hicieran. Una parte de ella quería creer que sus visiones no eran reales.

Porque entonces, nada sería cierto, y todo sería mucho más fácil.

Capítulo 11

—Para alguien tan segura de que nos van a atacar, no parecéis demasiado inquieta —dijo Brodie, observándola con un leve fruncir en el ceño.

Cecily yacía recostada sobre la manta, con los párpados cerrados, dejando que los últimos rayos del sol templasen su rostro.

—Será porque confío en vuestra destreza con la espada —apuntó con un toque de ironía que a Brodie no se le pasó desapercibido. La joven cada vez era más descarada. Y él no podía negar que eso le gustaba—. El ataque no ocurrirá hasta el anochecer.

Brodie arqueó una ceja, mirándola como quien sopesa si responder o dejar pasar la provocación.

—Confiad en mí, muchacha. Mi destreza es la que me ha salvado la vida en innumerables ocasiones.

—No lo pongo en duda —dijo ella, abriendo los ojos y girando la cabeza para mirarlo. Él estaba sentado a su lado—. Mas la espada no siempre es la solución. A veces, una palabra tiene más fuerza.

Él soltó una carcajada carente de humor.

—Solía creer eso —le confesó—. Fui a la boda de tu amiga porque creía que unir lazos entre mi clan y otros clanes era lo más importante. Dejé a mi padre desprotegido y lo mataron.

Cecily se incorporó, sentándose en la manta, y lo miró.

—No fue vuestra culpa. Si el asesino quería matar a vuestro padre, hubiese encontrado el momento.

—¿Así que creéis que el futuro está escrito?

Ella meditó la respuesta.

—Solía creer que no, que nuestras acciones podían cambiarlo. —Hizo una breve pausa, bajando la mirada hacia sus manos—. Ahora, no estoy tan segura. Aunque tengo esperanzas de que sea así. Debo salvar a Gisela.

—¿Cuál es el peligro que corre que no puede salvarla su marido?

Cecily tragó saliva con fuerza.

—Vi en una visión que ella morirá en su parto. —Brodie la observó escéptico, pero no dijo nada—. Sé que no me creéis —continuó—. Y os juro, por Dios, que yo también desearía no tener esas visiones. Pero Gisela morirá dando a luz, igual que murieron su madre y su abuela. Y solo mi madre, a quien creía muerta, puede ayudarme a evitarlo.

Brodie no apartó los ojos de ella, estudiando cada gesto, cada inflexión en su voz, como si quisiera discernir si hablaba movida por una verdad irrefutable o por un delirio febril. La intensidad de su mirada hizo que Cecily se removiera, pero no desvió la vista.

—Muchas mujeres mueren dando a luz —dijo él—. Quizá sois una mujer perceptiva, pero no tenéis visiones, Cecily. Eso no es posible.

—Sois de una estrechez de miras desesperante. No todo lo que escapa a vuestra comprensión es imposible.

Brodie entrecerró los ojos, como si calibrara sus palabras antes de lanzarlas.

—Y no todo lo que creéis ver es verdad.

—¿Me estáis diciendo que estoy perdiendo la cordura? —le preguntó Cecily, sin poder ocultar la indignación de su voz.

—Os digo que es el temor a que vuestra amiga siga el mismo destino que su madre y su abuela lo que os lleva a creer que vuestra visión es más que un presentimiento.

—No es ningún presentimiento —replicó con enfado—. Empiezo a cansarme de que no me creáis.

Cecily estaba herida. Ella deseaba con todo su corazón que Brodie confiase en ella, pero él pensaba que estaba loca. Y aunque se esforzaba con todo su ser para que no le afectase, seguía haciéndolo. Por esa razón, no pudo evitar las lágrimas que se escaparon de sus ojos. Apartó la mirada para que él no lo viese, mas ya era tarde.

—Muchacha, miradme —le pidió Brodie con voz suave, pero esta no lo hizo. Él le colocó un dedo en el mentón y le obligó a girar

la cabeza y a levantar la mirada—. Os lo ruego, no lloréis.

—No estoy llorando —respondió, pese a que las lágrimas seguían cayendo por su rostro—. Y si lo estoy haciendo, ¿qué más os da? No os importo.

Él le pasó suavemente un dedo por la piel, secándole las lágrimas. Su roce era cálido, casi reverente, y le provocó un estremecimiento que no supo bien cómo identificar. O, más bien, no quiso hacerlo.

—Estáis equivocada. Me importáis.

Cecily quería creerle; lo deseaba con todo su corazón. Pero no podía hacerlo. No cuando el carácter de él era tan voluble, no cuando pasaba de amable a desagradable en un chasquear de dedos.

—Tenéis una manera extraña de demostrarlo —espetó, ladeando la cabeza para que él no pudiera seguir tocándola con su dedo. Pensar con claridad se le hacía imposible mientras aquel leve contacto ardía sobre su piel.

—Me importáis —insistió él.

—Pero no os fiáis de mí.

—Quiero hacerlo —susurró Brodie; tan bajito que las palabras apenas eran perceptibles, pero Cecily las escuchó con claridad—. Os juro que quiero hacerlo.

—¿Y qué os lo impide?

—La persona que asesinó a mi padre y a uno de sus guerreros lo conocía bien. Conocía sus rutinas. —Hizo una pausa—. Donde encontraron los cuerpos estaban las cenizas de un fuego reciente y los caballos atados en un árbol cercano. A mi padre le gustaba parar en mitad de la cacería, comer y beber una copa de vino. Encontramos tres copas con restos de vino. Y ellos solo eran dos.

—¿Creeis que la persona que lo mató tomó vino con él?

—Creo que era alguien de su confianza que se hizo el encontradizo y, en cuanto pudo, le asestó una puñalada por la espalda como el cobarde despreciable que es.

Cecily tragó saliva. Ahora entendía un poco mejor la desconfianza que Brodie sentía hacia todo el mundo, incluida ella.

—Si supiera quién asesinó a vuestro padre, os lo diría sin dudarlo —le aseguró, girando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Él la observó durante unos instantes, sus ojos escudriñando los de ella como si buscara una fisura en la que colarse para arrancarle la verdad.

—Si ese hombre os tiene, de alguna forma, coaccionada, debéis decírmelo —dijo al fin—. No permitiré que os haga daño.

—No puedo hacer que creáis que tengo visiones, pero jamás sería capaz de algo así. Preferiría morir.

Brodie se quedó en silencio un largo rato. Por un momento, Cecily creyó que negaría su afirmación o que replicaría sus palabras. Sin embargo, para su asombro, asintió. ¿Eso quería decir que la creía?

—Es mejor que nos marchemos y busquemos un mejor lugar para pasar la noche —comentó mientras se levantaba.

—¿Por qué? —inquirió ella imitando sus movimientos—. Dudo que creáis en mis visiones.

—Pensaba que la razón por la que parasteis era porque este era el lugar donde sabíais que me atacaría el asesino de mi padre o uno de sus compinches.

—Si eso fuese así, no os habría contado mi visión.

—Creí que os habíais arrepentido, que os estaría chantajeando.

—¿Y ya no lo creéis?

—No sé lo que creo —respondió con un suspiro—. Pero hay algo que sé.

Cecily sostuvo su mirada, expectante.

—No voy a dejar que os pase nada. Os protegeré incluso de mí mismo si es necesario.

Cecily sintió un nudo en la garganta. Antes de detenerse a pensar en lo impropio de su gesto, se inclinó hacia él y, con un movimiento contenido pero decidido, rodeó sus hombros con los brazos. No fue un abrazo prolongado ni atrevido, sino el contacto breve de alguien que desea agradecer más allá de las palabras.

Brodie se tensó un instante, sorprendido, y luego, lentamente, posó una mano en su espalda, atrayéndola hacia él. Cecily no quería apartarse, no quería que el momento terminase, pero debía hacerlo.

—Antes de partir debo alejarme un momento —murmuró mientras se separaba de él, con un leve rubor en las mejillas.

Había estado aguantando y no podía más. Necesitaba hacer sus necesidades básicas.

Brodie asintió.

La observaba de la misma manera que el día en que se conocieron, y Cecily no pudo evitar esbozar una sonrisa.

Se dio la vuelta y se internó entre los arbustos, buscando algo de privacidad. El frescor de la hierba alta le rozaba las faldas, y un murmullo de hojas mecidas por la brisa parecía envolverla. No había dado más de diez pasos cuando un sonido distinto interrumpió la calma: el crujido seco de ramas quebrándose bajo un peso.

Se giró apenas, el corazón acelerándose, y de entre la maleza emergieron dos hombres. El primero, era de complexión ancha y barba sucia, y a Cecily apenas le dio tiempo a reaccionar antes de que le cubriera la boca con una mano áspera y maloliente. El segundo, más alto y de mirada fría, le atrapó los brazos con una fuerza brutal.

Un olor a sudor y cuero viejo la envolvió, y su mente se llenó de una súbita claridad: esos hombres eran los que había visto en su visión.

Pero no había anochecido, y tampoco estaban dormidos.

—Ni un grito, hermosa —susurró el barbudo, con la voz cargada de amenaza.

—Vamos a divertirnos mucho con esta —dijo el otro hombre con una sonrisa cruel.

Cecily forcejeó con todas sus fuerzas. Movió la cabeza, intentando morder la mano que la callaba, y pateó con desesperación, enredándose la falda en las piernas.

—Me gusta cuando pelean —añadió uno de ellos, pero Cecily no estaba segura de cuál, ya que siguió forcejeando.

El aliento caliente de uno de los hombres rozaba su mejilla, y el hedor de la cerveza barata se mezclaba con el sudor que perlaba su frente. Cecily sintió cómo el pánico se apoderaba de cada músculo,

pero también una chispa de resistencia que no quería apagar recorrió su cuerpo.

No, ella saldría de esa.

En ese instante, un ruido seco resonó detrás de ellos, como el crujido de ramas bajo un pie apresurado. Los hombres se giraron bruscamente, y Cecily aprovechó para patear con fuerza el rostro del que tenía más cerca. Un gruñido de dolor escapó de sus labios, y el hombre dio un paso atrás.

El sonido de una espada desenvainándose cortó el aire, seguido del retumbar de pasos firmes. Brodie irrumpió en la escena como un vendaval, con los ojos fijos en los atacantes y el ceño fruncido.

Sin dudarlo, lanzó un puñetazo certero a la mandíbula del hombre que todavía intentaba sujetar a Cecily, derribándolo al suelo, inconsciente. Luego, con la hoja de su espada presionada contra la garganta del otro, lo inmovilizó sin darle opción a reaccionar.

—¿Dónde está el hombre que os ha enviado? —le preguntó Brodie al hombre de la barba sucia.

—Nadie nos ha enviado —respondió el hombre, con el terror reflejado en su rostro.

—¡Mentís! —gritó Brodie, apretando con fuerza el filo de la espada contra la piel del hombre, que se abrió en un pequeño corte del que empezó a brotar sangre.

—Os lo juro, mi señor —balbuceó el hombre, con la voz temblorosa—. No sabíamos que la joven viajaba con vos. Pensábamos que era una furcia. Hay muchas solas por estos caminos.

Brodie apretó aún más la espada contra su garganta, los ojos chispeando con una ira contenida que amenazaba con estallar.

Quería matarlo. Todo su cuerpo clamaba por hacerlo. No le importaba si ese hombre era la clave para encontrar al asesino de su padre. Lo único que le importaba era la forma en que había hablado de Cecily y cómo él y su cómplice la habían amenazado. Si no hubiera estado entrenado para estar siempre alerta, si no hubiese reaccionado a tiempo, podrían habérsela llevado sin que él siquiera se diera cuenta.

Justo cuando Brodie estaba a punto de acabar con la vida del hombre, una mano se posó sobre su brazo, deteniéndolo en seco.

—¡Brodie, no! —le pidió Cecily con voz firme, pero urgente.

—¿Por qué no? —le preguntó con ira—. Deberíais querer que lo matara. Un muerto no puede responder a preguntas que os perjudicarían.

—¿Qué queréis decir?

Él giró la cabeza para mirarla, con el filo de la espada aún en la garganta del hombre.

—Me acabáis de decir que no sabéis nada del hombre que asesinó a mi padre. Por los clavos de Cristo, he querido creeros. Y resulta que sí nos iban a atacar. Lo sabíais.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Cecily, fuera de sí—. Os lo he dicho. Lo he visto en mis visiones. No tengo nada que ver con este ataque. Si me han amenazado a mí, ¿acaso me pondría deliberadamente en peligro?

—No estabais en peligro. Sabíais que os salvaría.

—¡No necesitaba que me salvarais! ¡No necesito nada de vos!

En realidad, sí necesitaba algo. Necesitaba que por una vez la creyese, que confiara en ella. Pero era evidente que eso nunca sucedería.

—¿Y cómo pensabais salir de esta?

—Me había librado de uno y estaba a punto de librarme del otro.

—No, no lo estabais. Solo estabais enojándolos más. Solo se os ocurre a vos pelear con dos hombres más fuertes que os tienen atrapada.

—¡¿Y qué tenía que hacer, dejarme?!

—Por supuesto que no. Pero deberíais haberos quedado quieta y, cuando estuviesen confiados, gritar pidiendo ayuda.

Cecily resopló.

—Entiendo. Siempre debo esperar a que vos me salvéis. ¿Os sentís mejor de esa manera, siendo mi salvador?

—¡Por los clavos de Dios, muchacha! ¡No estáis siendo razonable!

Cecily cruzó los brazos.

—Y vos tampoco.

El sonido de un golpe provocó que ambos se callasen, y un carraspeo les hizo girar la cabeza. Brodie se dio cuenta de que había bajado la espada mientras discutía con Cecily. Buscó con la mirada al malhechor de la barba, pero este yacía en el suelo, inconsciente. Un hombre alto se encontraba frente a él. El causante del golpe.

Cecily observó al recién llegado. Era joven, quizá tan solo algunos inviernos mayor que ella. Su porte era el de un guerrero recién forjado, con hombros anchos y manos endurecidas por el trabajo y la espada. Sus facciones, de una calidez inusual para un hombre de armas, se veían realzadas por una melena dorada, del tono cálido del trigo en la cosecha, que caía en ondas hasta rozarle los hombros. Ese fulgor, sin embargo, no lograba suavizar del todo la firmeza de su mandíbula ni la intensidad de sus ojos oscuros, casi negros.

—Siento interrumpir —se disculpó, aunque por su sonrisa era evidente que no lo hacía—. No me gusta molestar cuando dos amantes están intimando, pero se os estaba escapando.

—No estábamos intimando —le corrigió Brodie.

—Estabais discutiendo, y eso es incluso más íntimo que compartir el lecho.

—No somos amantes —intervino Cecily, sin poder evitar que el rubor le subiese por las mejillas.

Sin embargo, el recién llegado no parecía creerlos.

—No me han llegado las noticias de que el laird MacLaren hubiese contraído nupcias. Parece que los rumores ya no vuelan por las Highlands como antes.

—No estamos casados —insistió Cecily.

—Eso es lo que he dicho desde el principio —dijo el hombre con una amplia sonrisa.

—No somos amantes —volvió a aclararle Cecily con exasperación—. Viajamos juntos.

—No hay ningún vínculo entre vosotros y estáis soltera. Esa es una buena noticia —el hombre la miró de arriba abajo con descaro

—, ya que sois una mujer muy bella. Puedo discutir con vos, si es lo que os gusta.

—Es suficiente, Struan —dijo Brodie, dando un paso al frente y luego otro hacia la derecha, como si quisiese proteger con su cuerpo a Cecily—. ¿Qué hacéis tan lejos de la fortaleza y fuera de las tierras de los MacKinlay?

Cecily miró a Brodie, estupefacta. Por la forma en que acababa de hablar, era evidente que lo conocía. Aún así, antes de que ladease la cabeza, a ella le pareció atisbar un nuevo resplandor en sus ojos grises. ¿Acaso eran celos?

No, eso no era posible.

Antes de que Cecily pudiese indagar en esos absurdos pensamientos, un joven, ataviado con los mismos colores que el otro hombre, apareció entre los arbustos.

—¿Están muertos? —preguntó, mirando a los dos malhechores que yacían en el suelo.

—No, Graeme. Solo inconscientes —respondió su acompañante con fastidio—. Pagarán por sus delitos —aseguró con convicción. Sus labios se apretaron con fuerza y miró a Brodie—. Estos hombres son ladrones. Estuvieron presos durante dos años, pero escaparon hace una semana. Y les ha dado tiempo a robar y molestar a jóvenes de nuestras tierras. Alguien tenía que darles caza.

—Seré yo quien los castigue —dijo Brodie con la voz cargada de furia.

—Si han estado encarcelados, es imposible que tengan alguna conexión con el asesinato de vuestro padre —intervino Cecily—. No es necesario que los interroguéis.

—No quiero interrogarlos. Voy a matarlos.

Cecily puso los brazos en jarras.

—Os estáis comportando como un necio. Quizá el que ha perdido la razón sois vos. Veis conspiraciones en todos lados.

Brodie apretó los dientes con fuerza y ladeó la cabeza hacia Cecily para mirarla.

—Pondré fin a sus vidas porque han osado amenazaros. No voy a permitir que nadie os haga daño.

Cecily sintió que el corazón se le derretía. Los muros que se obligaba a levantar alrededor de él se habían caído. Y aunque sabía que Brodie volvería a decepcionarla, en ese momento solo quería abrazarlo. No, quería besarlo. Y ni siquiera le importaba que no estuvieran solos y lo indecoroso que era.

—Si no es vuestra mujer ni vuestra amante, me temo que no puedo dejar que los castiguéis, laird —añadió Struan con evidente retintín.

—¿Estáis soltera? —inquirió Graeme.

—Lo estoy —respondió Cecily.

—Y viajáis juntos… —añadió él, frunciendo el ceño con cierta confusión.

—Me acompaña hasta la corte —aclaró ella—. No soy más que una curandera. Sin su amparo, no me permitirían el paso.

Graeme asintió a la vez que esbozaba la sonrisa más amplia y honesta que Cecily había visto en mucho tiempo, aunque ni de lejos tan bella como la de Brodie.

Brodie quería matar al hombre. No le gustó ni un poco la manera en la que miraba a Cecily, como si fuese lo más hermoso que había visto nunca. Él no dudaba que realmente fuese así. Cecily poseía una belleza inigualable. Pero no era suya, no tenía derecho alguno sobre ella y, aun así, la simple idea de otro hombre posando sus ojos en ella encendía en su pecho una furia incontenible.

Apretó la mandíbula intentando controlarse.

A pesar de que la sed de venganza lo dominaba en los últimos meses, él nunca había sentido esa furia, esa necesidad de terminar con la vida de un hombre solo porque estaba mirando con lujuria a una bella mujer.

—Hay otros tres hombres con nosotros, acampados cerca de aquí —dijo Struan, distrayendo a Brodie de sus ansias de violencia—. Podéis pasar la noche con ellos y, al alba, partir hacia la fortaleza de los MacKinlay. A mi laird le agradará recibiros.

—A tu laird no le agrada nadie —replicó Brodie con sequedad.

—En eso tenéis razón. No es hombre dado a las cortesías. —Struan se encogió de hombros—. Pero el laird de un clan amigo

siempre será bienvenido. Además, os vendrá bien descansar en un jergón. El viaje hasta la corte es largo.

—¿Aliados, decís? —le corrigió Brodie con una ceja alzada—. Vuestro laird no acudió al sepelio de mi padre —apuntó con cierto recelo.

—Pero envió una misiva con sus disculpas y su pésame. No podía dejar el clan desposado durante esos días.

—¿Tavish MacKinlay se ha casado? —preguntó Brodie con sorpresa.

—Así es. Matilda MacKinlay es la mujer que ha logrado llevarlo al altar. Es una muchacha dulce, de maneras suaves y semblante sereno, apacible como un lago al amanecer.

Graeme tosió, como si se hubiese atragantado con su propia saliva.

—Me gustaría conocerla —dijo Cecily—, parece una muchacha muy agradable.

—Lo es, lo es —Struan sonrió—, a la vez que tranquila y sosegada.

Graeme volvió a atragantarse; esta vez, con mayor ímpetu.

Struan se inclinó hacia él y le asestó un par de palmadas en la espalda. Cecily no tuvo del todo claro cuál era la finalidad de aquel gesto: si buscaba aliviarle la garganta o quebrantarle las costillas.

—Me temo que habréis de conocerla en otra ocasión —intervino Brodie, y Cecily entornó los ojos al notar el evidente desinterés en su voz—. Rodearemos las tierras de los MacKinlay.

—Atravesándolas ganaríais un día de viaje —añadió Struan.

—Si contásemos con el permiso para cruzarlas… —comenzó Brodie, pero Struan lo interrumpió con una media sonrisa.

—Lo tendréis, mas antes debéis presentar vuestros respetos en la fortaleza al laird y a su esposa. Cortesía, lo llaman. Y, si mal no recuerdo, solíais ser un hombre cortés.

—Solía —Brodie resopló—, pero he descubierto que la cortesía es de poco valor.

—Entonces iré yo sola —anunció Cecily, con un deje de desafío —. Es muy generoso de vuestra parte invitarnos —le agradeció a

Struan.

—Es un honor, milady —respondió él, inclinando la cabeza—. Mujeres tan hermosas como vos iluminan nuestras tierras y llenan la fortaleza de luz. —Extendió la mano hacia Cecily.

Esta la tomó, aceptando el gesto, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios ante el cumplido. No la conmovía como lo hacían las palabras de Brodie, pero no pudo evitar ruborizarse.

Struan apretó su mano con suavidad, mas la retuvo más tiempo del necesario. Brodie había coincidido varias veces con el segundo del laird MacKinlay y sabía que era un provocador. Aun así, no pudo evitar que la sangre le ardiese.

—Vais a lograr que se le gangrene la mano —espetó en un gruñido, logrando que Cecily soltara la mano.

Dio un paso hacia ella. Su brazo comenzó a alzarse con la clara intención de ceñir su cintura y de atraerla contra su pecho para que ningún otro hombre osara acercársele. Pero, a medio gesto, se contuvo y bajó la mano con brusquedad.

No, no debía mostrar cuánto le importaba. No cuando no podía estar con ella.

Struan, que no había perdido detalle, los miraba intentando contener una carcajada.

—Entonces, está todo dicho —decidió en tono alegre—. Graeme os acompañará al campamento y luego regresará aquí para ayudarme a llevar a estos hombres al pueblo para que sean castigados. Nos veremos en la fortaleza mañana al anochecer.

Brodie quiso negarse, pero no lo hizo. Cecily necesitaba dormir en un jergón, aunque fuera solo por una noche. Y, aunque le pesase, acortar un día de viaje resultaba tentador. Las tierras de los MacKinlay no quedaban más que a unas pocas horas.

Podrían viajar los dos solos y llegar antes del anochecer… Iba a proponerlo, pero, al volverse hacia ella y observar su semblante, percibió el cansancio grabado en sus facciones. Pasar la noche en un campamento rodeada de otros hombres era algo que no le agradaba en absoluto, mas la muchacha necesitaba reposo.

Suspiró hondo. Más le valía a cualquiera de esos hombres mantenerse lejos de ella.

No era suya… y jamás lo sería. Sin embargo, tampoco permitiría que otro la tomara, no si sus intenciones no eran las de desposarla. Aun así, la sola idea de imaginarla en la noche de bodas con otro hombre le provocó un nudo tan apretado en el estómago que casi le robó el aliento.

Capítulo 12

—El laird Tavish MacKinlay detesta a los ingleses —le advirtió Brodie a Cecily mientras cruzaban el puente levadizo.

La joven estaba exhausta. Apenas había conciliado el sueño en toda la noche. No por culpa de los guerreros MacKinlay, que se habían comportado con ella como hombres de honor, sino por la constante presencia de Brodie.

Él había permanecido despierto, atento a cada movimiento, como si temiera que en cualquier momento algo —o alguien— pudiera perturbarla. No parecía comprender que era su propia cercanía la que le robaba el descanso.

Cecily no lograba dormir cuando lo sentía tan próximo y, al mismo tiempo, tan distante. En más de una ocasión, al abrir los ojos, lo había visto sentado junto al fuego, con la espalda recta y la mirada fija en la oscuridad. La luz danzante de las llamas delineaba su perfil con un aire grave, casi impenetrable, y le recordaba que, aunque compartían el mismo campamento, existía entre ambos un abismo que no sabía cómo cruzar.

Cecily no sabía cómo lograr que él siempre fuese dulce con ella. Y era algo que, aunque no debería importarle, lo hacía… y mucho.

—¿Creéis que me detestará a mí? —preguntó, tensando las riendas para mantener a Chispa bajo control, pues la yegua parecía tan inquieta como ella.

Brodie, sobre su imponente semental, giró la cabeza para mirarla.

—Lo hará en cuanto descubra que sois inglesa. Es un hombre honrado, pero que no atiende a razones y con el que no se puede hablar. Así que procurad no abrir la boca en su presencia. No me gustaría provocar una guerra con el clan MacKinlay.

—¿Iniciaría una guerra con vos solo por viajar con una inglesa?

—Lo haría cuando le amenace con mi espada por ser desagradable con vos.

Cecily sintió que el rostro se le iluminaba. Le gustaba cuando él se mostraba tan protector; incluso si a veces rozaba lo exagerado.

Mas aun, su sonrisa se desvaneció al recordar que no confiaba en ella y que nunca lo haría.

—Entiendo —musitó—. Solo vos podéis ser desagradable conmigo.

Brodie suspiró.

—Sois una mujer de lengua atrevida. Os aconsejo que no la mostréis con el laird MacKinlay en su hogar. No es hombre que ría las gracias. Ni siquiera a una dama tan bella como vos.

La ira encendió las venas de Cecily al escuchar a Brodie. No solo porque creyera que poseía el derecho de dictarle cómo debía comportarse, sino por la manera en que su corazón comenzó a palpitar con fuerza al oír el dulce apelativo de «bella» salir de sus labios.

Se detestaba a sí misma por no poder controlar las sensaciones que aquel hombre desataba en ella.

Su madre le había enseñado que los halagos de los hombres siempre escondían un propósito lujurioso; mas no era así en el caso de Brodie, pues él ni siquiera la cortejaba, sino que decía lo que, para su juicio, no era sino una verdad evidente.

—No debéis preocuparos por eso —espetó Cecily con rabia, apretando los dientes—, ya que esa parte de mí solo la despertáis vos.

Brodie arqueó una ceja y un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

—¿Debo sentirme orgulloso de ello?

—No, más bien debéis sentiros decepcionado.

—¿Decepcionado?

—Sí. Me hacéis comportarme como una mujer que no soy: una que os lleva la contraria, que os provoca y que no sigue vuestras órdenes. Una mujer que grita y a la que sacáis de sus casillas.

—Siento deciros —replicó Brodie con calma, pero con un brillo travieso en la mirada— que si saco eso de vos es porque ya estaba

dentro. Quizá no os convierto en alguien distinto, sino en quien verdaderamente sois… pero os rehusáis a aceptarlo.

Cecily ladeó la cabeza hacia él y lo observó con intensidad, sin saber si aquello era una afrenta o un extraño cumplido.

—Pues si eso es así… —comenzó, pero él la interrumpió.

—No estoy decepcionado. Ni lo estaré.

Cecily no sabía qué responder, así que se quedó en silencio. Un silencio solo roto por el golpeteo de los cascos sobre la piedra. Fue entonces cuando levantó la vista y se dio cuenta de que ya habían traspasado la gran puerta del castillo. El patio de armas se desplegaba ante ellos, vibrante de actividad.

Un herrero golpeaba con fuerza el hierro candente en el yunque, y varios mozos corrían de un lado a otro con cubos de agua y haces de heno. El olor a humo, hierro y estiércol impregnaba el aire.

Ambos descendieron de sus monturas, y los guerreros MacKinlay que les acompañaban hicieron lo mismo. Sin embargo, ellos no permanecieron junto a los recién llegados, sino que se dirigieron de inmediato hacia las mujeres y los niños que corrían a su encuentro para saludarlos.

Cecily los observó con interés. Le sorprendió la ternura con la que esos hombres, duros y curtidos por la batalla, besaban a sus esposas antes de inclinar toda su atención a los pequeños. Sus rostros endurecidos por el combate se suavizaban por completo, y con los gestos dulces y las risas de los niños parecían derretirse, revelando un lado que pocas veces se mostraba fuera de los muros del hogar.

Ella se imaginó siendo una de esas mujeres, una a la que su marido amaba con locura. Giró la cabeza y notó que Brodie también contemplaba la escena.

¿Acaso él también se lo estaría imaginando?

No, estaba segura de que no sería así. Y si acaso lo hacía, no sería ella la mujer que él soñaba tener a su lado.

Dos mozos de cuadra se apresuraron a acercarse, sacándola de su ensoñación. Uno, alto y con manos encallecidas, tomó las riendas del semental de Brodie con una inclinación respetuosa. El otro, un

muchacho pecoso y delgado, se acercó con cierta prudencia a Chispa, que bufó antes de dejarse guiar.

A Cecily apenas le dio tiempo a ser consciente de dónde se encontraba cuando, como una ráfaga descontrolada, una mujer apareció desde una puerta lateral del castillo.

Más que entrar al patio de armas, se precipitó como un torbellino que arrastraba todo a su paso. Su vestido rosa estaba manchado de barro hasta los bajos. Al contrario de su cabello rubio, con destellos cobrizos, yacía perfectamente recogido. Bajo un brazo sostenía una cesta de mimbre repleta de pan, puerros, y una gallina viva que picoteaba el aire con fiereza, mientras los mozos y guerreros retrocedían entre sobresaltos, intentando no ser alcanzados por aquel torbellino humano.

—¡Por fin! —exclamó con voz clara que resonó en todo el patio —. Así que vos debéis de ser Brodie MacLaren —sus ojos azules se fijaron en el laird y después se desviaron hacia la joven—, y vos, Cecily. Disculpadme, pero Struan no me ha dicho vuestro apellido. Solo sé que no estáis casados.

El segundo del laird debía haber llegado ya a la fortaleza y avisado de su llegada.

—Su apellido no os importa —le respondió Brodie con sequedad a la descarada sirvienta. A pesar de que hablaba gaélico con fluidez, a Brodie no se le pasó desapercibido que esa mujer era inglesa.

¿Sabía el laird MacKinlay la procedencia de esa mujer? Probablemente no, ya que dudaba que el laird conociese a todas sus sirvientas.

La joven frunció el ceño, evidentemente molesta ante las formas hoscas de Brodie, pero luego debió dejarlo pasar, como si no le mereciera su esfuerzo discutir con él, y negó con la cabeza con un suspiro resignado, volviéndose de nuevo hacia Cecily.

—Estos hombres de las Highlands son todos unos brutos —refunfuñó con aire de superioridad—. A diferencia de nosotras, las inglesas, que sabemos de modales y educación.

—Vos sois inglesa —observó Cecily, sorprendida.

—Así es —respondió la mujer, alzando la barbilla con orgullo—. Cuando Struan me dijo que la acompañante del laird MacLaren era

inglesa, no podía creerlo. Las mujeres de estas tierras son amables, he hecho grandes amigas. Pero tienen un defecto.

—¿Cuál es? —Aunque ella hablaba con Cecily, fue Brodie quien hizo la pregunta. Por alguna razón que ni siquiera él comprendía, tenía curiosidad.

—Su rapidez para hablar sin pensar —respondió la joven, con un gesto teatral—. Aquí en las Highlands se dejan llevar por la pasión, el temperamento y, a menudo, dicen cosas que resultan terriblemente descorteses. —Hizo una mueca—. Nosotras, las inglesas, somos más mesuradas, reflexionamos antes de abrir la boca y raramente dejamos escapar una palabra fuera de lugar.

Brodie negó con la cabeza. Dudaba que esa mujer pensase una sola de las cosas que salían por su boca.

—¿Vos creéis? —preguntó Cecily, que no tenía muy claro qué decir.

—Así es. También somos menos orgullosas. Confiad en mí, que siempre tengo la razón.

Cecily pensó que la joven se estaba contradiciendo, pero no se atrevió a corregirla.

—Llevad a Cecily a una de las habitaciones para que descanse —ordenó Brodie, empezando a impacientarse con la joven sirvienta.

—Ha amanecido hace pocas horas —replicó—. No es hora de descansar.

—Ella apenas ha dormido esta noche y llevamos varias de viaje. Está cansada. Y, además, mis razones a vos no os importan.

La joven frunció el ceño.

—Tal vez a mí no, pero si quiere descansar, debe ser ella quien lo pida. Qué manía la de estos highlanders de hablar por nosotras como si no tuviésemos voz. —Miró a Cecily con complicidad—. Mi marido es igual. No le replico porque soy una dama educada y obediente, pero, creedme, no es nada fácil.

No, Cecily no se creyó ni por un momento que esa joven se mantuviese callada. Pero se limitó a asentir.

Brodie parecía a punto de estallar en un grito, pero no tuvo tiempo. La joven dio otro paso hacia ellos y, de repente, se resbaló, perdiendo el equilibrio. La gallina que llevaba en la cesta salió

disparada como una flecha y, en un instante de absoluta sorpresa, picoteó la cara de Brodie.

—¡Por los cielos! —exclamó él, llevándose las manos al rostro mientras intentaba apartar al ave de su piel.

Cecily reaccionó al instante, adelantándose para sostener a la joven antes de que cayera por completo al suelo. La joven sirvienta, todavía medio incorporada, alzó la voz:

—¡Maldita sea, Brodie! ¿Es que no vais a ayudarme? ¿Qué clase de caballero sois?

Brodie, sin poder quitarse la gallina de encima, se limitó a forcejear mientras intentaba contener al animal. Finalmente logró apartarla, pero en ese mismo instante, la gallina, furiosa y picoteadora, se lanzó contra una muchacha que se encontraba por allí.

—¡Ay! ¡Me ha picado! —gritó esta, agitando los brazos y cayendo hacia atrás.

El alboroto se desató de inmediato. Las mujeres del patio comenzaron a gritar y a correr hacia la escena, los mozos se apresuraron a separar a la gallina de la víctima, y Brodie, con el rostro aún enrojecido por los picotazos, miraba a la sirvienta con una mezcla de incredulidad y exasperación.

—¡Vuestra torpeza es proverbial! —la reprendió Brodie, intentando mantener la compostura mientras Cecily la sostenía—. ¡No entiendo cómo Tavish no os ha expulsado de sus tierras!

La joven dejó el cesto en el suelo y se cruzó de brazos.

—¡Que se atreva! —exclamó ella—. Y vos —estiró su mano y lo señaló acusadoramente con el dedo índice— deberíais ser más gentil.

—Podéis esperar sentada —suspiró Cecily, entornando los ojos.

Brodie hizo una mueca de exasperación, sin poder creer nada de lo que estaba sucediendo. Antes de que pudiera responder, se escuchó otro fuerte grito y la joven sirvienta miró a su alrededor.

—¡Qué alboroto! —se quejó—. En esta fortaleza nunca se puede estar tranquila. ¿Queréis dejar de gritar? —le espetó a la muchacha que en ese momento estaba siendo atacada por la

gallina. El animal era tan rebelde que parecía que nadie era capaz de retenerlo—. ¡Tenemos invitados, por el amor de Dios!

Cecily contuvo una risa, porque aquella joven, tan alocada y poco dada a la razón, le caía bien.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡¿Qué está sucediendo aquí?!

El clamor reverberó por todo el patio de armas, y súbitamente cayó un silencio tan hondo que hasta la gallina se quedó quieta.

El laird Tavish MacKinlay salía por la puerta de la fortaleza junto a su segundo, Struan. Cruzó el patio de armas con seguridad y agarró a la gallina por el cuello.

—Haz el favor de no agarrar a Pecky con tanta fuerza —le dijo la joven sirvienta al laird.

El hombre era alto y de porte imponente. Su cabello de color rojizo, como el fuego, salvaje y brillante, le caía hasta los hombros e iba ataviado con los colores de su clan.

Aquel guerrero imponía respeto, y, a pesar de que era la primera vez que Cecily lo veía, sabía que era alguien con quien no debía meterse. Cecily sintió miedo por la joven, pero esta no parecía tenerlo.

—Matilda, te tengo dicho que no saques a las gallinas de su corral —resopló el laird acercándose a ellos.

¿Matilda? ¿No era ese el nombre de la mujer del laird?

No, no podía ser. Brodie no podía creérselo.

Matilda avanzó un paso hacia Tavish y, con un movimiento rápido y ligero, le arrebató la gallina de sus manos para meterla de nuevo en el cesto. Acarició su plumaje con suavidad y le susurró con voz melosa unas palabras tranquilizadoras.

—Pecky necesitaba respirar aire fresco —suspiró—. Ese corral es como una prisión. Y ella no está cumpliendo ninguna condena.

—En realidad, debería —apostilló Struan, sin poder ocultar una risa—. Ha atacado a varias personas, incluido el laird MacLaren. —Señaló el rostro todavía enrojecido de Brodie.

Matilda arrugó la nariz.

—Algo le habrán hecho. Pecky es una gallina muy noble.

Brodie no supo qué decir.

Cecily dirigió la mirada hacia Tavish MacKinlay, que contemplaba a su esposa con una mezcla de ternura y resignación.

—Muchacha, ¿no vas a obedecerme ni una sola vez? —preguntó Tavish, con una dulzura que dejó a Brodie boquiabierto.

Matilda miró a Tavish con indignación.

—Soy una mujer muy obediente y no os permito decir lo contrario. —Movió la mano con un gesto de indignación que hizo que la cesta y Pecky se tambalearan ligeramente. Brodie temió que la gallina se cayera y desatara el caos de nuevo—. Me criaron para obedecer a mi marido, y me tomo esas enseñanzas muy en serio.

Tavish negó con la cabeza, divertido, pero en lugar de replicar, se inclinó hacia ella y posó un beso suave en los labios. Un gesto lleno de amor que hizo sonreír a Cecily.

—Será mejor que os lleve a vuestros aposentos —le dijo Matilda a Cecily—. Parecéis cansada.

Cecily asintió y esbozó una sonrisa tímida.

—Os lo agradecería.

—Toma. —Matilda le entregó el cesto con la gallina y las hortalizas a Tavish—. La cocinera está esperando los puerros y Pecky debería volver con sus hermanos.

Para sorpresa de Brodie, vio cómo Tavish, lejos de poner fin a aquel sinsentido, inclinó su barbilla en un asentimiento. Se despidió de su mujer, y esta le hizo un gesto a Cecily. Ambas se dirigieron hacia el interior de la fortaleza.

—Así que te has casado con una inglesa —le dijo Brodie a Tavish cuando las dos mujeres se marcharon.

—Así es —respondió—. Y espero que no sea ningún inconveniente para ti o no serás bienvenido en mis tierras —añadió con voz apretada y una clara advertencia. Aquel se parecía más al laird temible y de temperamento fuerte que Brodie recordaba.

Brodie negó con la cabeza. No podía importarle menos el país de procedencia de la joven. Y era evidente que Tavish la amaba. Él no sabía cuál era la historia que había detrás y tampoco le importaba, pero no dudaba que había una.

—Tenías razón, Struan —dijo con cierta sorna—. Matilda es una muchacha dulce, de maneras suaves y semblante sereno, apacible

como un lago al amanecer.

Tavish enarcó una ceja, pero Struan se encogió de hombros.

—Así es como ella se define, y no seré yo quien lleve la contraria a la señora del clan.

—Nadie debe llevarle contraria. Es mi mujer, se le debe respeto —recordó Tavish.

—No te ofendas, pero no parece una mujer que necesite que la defiendan —dijo Brodie, mirando a Pecky, que los observaba sin perder detalle y con cierto recelo en sus ojos, como si supiera que estaban hablando de Matilda y quisiera defenderla. Lo que no tenía ningún sentido—. Jamás imaginé verte así.

—Ya no es inglesa, es escocesa —sentenció Tavish, con un matiz de orgullo en la voz.

Brodie esbozó una media sonrisa.

—Me refería a enamorado.

Tavish frunció el ceño, pero se limitó a guardar silencio.

—Soy el único de los tres que no sabe, ni quiere saber, lo que se siente amando a una mujer —dijo Struan con una sonrisa ladeada.

Brodie miró al hombre, a punto de responder, pero se contuvo. No estaba enamorado de Cecily; no podía estarlo.

Pero, aun así, cada vez que la veía cerca, un ardor imposible de ignorar invadía su pecho. Una mezcla de deseo, de protección y de otro sentimiento más que lo confundía y que no quería ponerle nombre. A pesar de que ya estaba casi seguro de que aquella joven nada tenía que ver con el asesino de su padre, no podía soportar la idea de dejarla sola.

Y, ¿a quién quería engañar? Tampoco podía soportar la idea de alejarse de Cecily.

Capítulo 13

Matilda, la señora del clan Mackinlay, la tomó del brazo en cuanto cruzaron el umbral de la fortaleza.

Era joven, de una edad parecida a la suya, y poseía una belleza que llamaba la atención sin esfuerzo.

—Sé que vamos a ser grandes amigas —le aseguró Matilda mientras ambas comenzaban a subir los peldaños de piedra.

—Eso desearía yo también —respondió Cecily con sinceridad—. Mi mejor amiga, Gisela, está desposada con el laird Sinclair. Ella también es inglesa, y estoy segura de que os agradaría —añadió, casi sintiéndose obligada a mencionarlo.

Matilda ladeó los labios en una sonrisa vivaz.

—Me complacería conocerla. Convenceré a Tavish para que me lleve de visita a su clan.

—¿Son amigos vuestros clanes? —preguntó Cecily con cautela.

Matilda se encogió de hombros con naturalidad.

—No presto atención a tales asuntos de alianzas o enemistades. Son cosas que me parecen tediosas y un desperdicio de tiempo. Si hubiese algún desagrado entre ellos, corresponderá a Tavish hallar el modo de remediarlo. Yo ya he decidido que Gisela Sinclair y yo seremos buenas amigas.

Cecily observó a la joven y, al notar la seriedad con que lo decía, no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Definitivamente, a Gisela le agradaréis mucho.

—Como ya somos amigas, llámame Matilda y yo te llamaré Cecily.

Cecily sonrió.

—Será un honor —respondió; lo decía de veras, pues no recordaba la última vez que había sentido tanta ligereza al hablar con alguien que no fuese Gisela. De hecho, en cierta manera, Matilda le recordaba a su mejor amiga.

Se adentraron por un pasillo y caminaron hasta que Matilda abrió una pesada puerta de roble reforzada con hierro. Al cruzarla, se encontraron en una amplia estancia iluminada por la luz del día que se filtraba por angostas ventanas abocinadas. El suelo estaba cubierto por pieles curtidas que mitigaban el frío de la piedra.

—Enviaré a alguien para que encienda la chimenea —le dijo Matilda.

—No es necesario. No hace frío.

—Hoy parece que el día va a ser agradable —concordó Matilda —. Pero, a pesar de ser verano, en las Highlands nunca se puede estar segur

—En eso no es tan diferente a Inglaterra —respondió Cecily.

Matilda asintió.

—Aunque, aquí en las Highlands, parece que las nubes se niegan a marcharse y el frío te cala aún más los huesos. Aun así, merece la pena. —Hizo una pausa, como esperando que Cecily respondiese, pero, como no lo hizo, volvió a hablar—. Espero que la estancia sea de tu agrado. Es la única que tenemos libre en estos momentos.

Una cama de madera, robusta, alta y ancha, ocupaba el lugar principal junto a la pared, cubierta con mantas de lana tejidas en colores apagados y un dosel sencillo para resguardar del viento. Un gran arcón tallado descansaba a los pies del lecho.

—Es más que suficiente. De nuevo, no tengo palabras para agradeceros vuestra hospitalidad.

Matilda hizo un ademán despreocupado con la mano. Cecily pensó que se excusaría y se retiraría; mas, por el contrario, se adentró en la estancia con confianza y se sentó sobre el jergón.

—¿Es un inconveniente para ti compartir la estancia con tu prometido?

¿Su prometido?

Durante unos instantes, Cecily no supo a qué se refería, hasta que se dio cuenta de su confusión.

—Brodie no es mi prometido.

Matilda la miró, sorprendida.

—¿Todavía no se ha declarado? —Exhaló un suspiro mientras negaba con la cabeza—. Estos hombres de las Highlands son imposibles...

—No, él tan solo es... —Cecily se mordió el labio inferior, buscando una palabra adecuada para definir lo que había entre Brodie y ella. Aunque, en realidad, ni siquiera había algo—. Un compañero de viaje. No hay más entre nosotros.

—Mientes —replicó Matilda sin el menor pudor. Cecily abrió la boca para corregirla, pero Matilda levantó una mano con gracia, imponiendo silencio—. No es menester que me confieses tus sentimientos. He visto cómo te mira. Es una mirada de amor verdadero, la misma que Tavish me dio cuando llegué a estas tierras. Esa mirada no se puede fingir.

—Él no me ama, y nunca lo hará. Tú tuviste fortuna de que el hombre a quien amabas se enamorara de ti con la misma rapidez.

Matilda se rio con ese brillo travieso que parecía no abandonarla nunca.

—Oh, no, en eso te engañas. Tavish tardó en descubrir lo que yo supe desde el primer instante. Pero, mientras él lo ignoraba, yo amé por los dos. Y, al final, terminó alcanzándome.

—Me alegro mucho por ti. —Cecily esbozó una sonrisa sincera —. Tavish tiene mucha suerte de tenerte.

—¿Verdad que sí? —Matilda hizo un gesto con las manos—. Aunque yo también la tengo. Es un hombre testarudo como una mula, terco hasta la desesperación y con modales inexistentes, pero también es noble de espíritu, fiel como ninguno y, cuando quiere, sabe ser el más tierno de los hombres. —Sus ojos se iluminaron y una sonrisa bobalicona se dibujó en sus labios.

Cecily no era una mujer envidiosa, mas no pudo evitar que un leve punzón de celos le atravesara el corazón al escuchar a Matilda.

Cecily no había nacido para desposarse y formar una familia. Y, a pesar de que aquello era algo a lo que nunca le había dado importancia, en los últimos meses ese pensamiento se había convertido en un anhelo oculto. Se recordó a sí misma que no todo el mundo tenía la fortuna de encontrar el amor.

¿Aunque verdaderamente no lo había encontrado?

—Pareces cansada —observó Matilda, sacándola de sus pensamientos y cambiando de tema.

Cecily asintió y se pasó una mano por el moño deshecho.

—Brodie va a tener razón y necesito una siesta.

—Brodie puede dormir en los establos con los caballos. Esta alcoba es solo para ti. —Hizo una pausa y se levantó del jergón—. A no ser que tú decidas compartirla con él —añadió con una sonrisa pícara.

—No lo haré —se apresuró a asegurar Cecily, sintiendo cómo sus mejillas se teñían de rubor—. Aunque estaba segura de que Brodie tampoco querría compartirla con ella.

—Pediré que te suban algo de comer y, cuando descanses, un barreño de agua para que puedas lavarte.

—Te agradezco tu amabilidad, pero no quiero molestar.

—No es molestia. Pero puedes recompensármelo asistiendo a la fiesta de esta noche.

—No creo que sea adecuado. Además, estoy...

—Oh, vamos —la interrumpió Matilda, estirando sus manos para agarrar las de ella—. Llevo semanas preparándola y mi nueva amiga tiene que estar allí.

A Cecily no le gustaban las festividades. Nunca le habían agradado las multitudes; era introvertida por naturaleza. Y, mucho menos, le agradaba una en la que no conocía a nadie.

—Ni siquiera tengo un vestido —suspiró Cecily.

—¡Eso no será problema! —Matilda soltó las manos de Cecily—. ¡Poseo decenas de vestidos que puedo prestarte! —Se llevó una mano al mentón y miró de arriba abajo a Cecily—. Tengo uno verde oscuro que te sentará de maravilla.

—Te lo agradezco, pero…

Sin embargo, Matilda no la estaba escuchando.

—Tal vez el vestido amarillo te favorezca más. —Aplaudió, satisfecha consigo misma—. Le pediré a mi doncella que te lo traiga. Y un buen recogido resaltará tus bonitas facciones.

—Agradezco tu interés, pero no es preciso...

—Sintiéndolo mucho, debo partir, que aún restan muchas cosas por hacer. Te veré en el gran salón.

Sin darle opción a responder, Matilda se giró con gracia y se marchó, dejándola sola.

Cecily se dejó caer sobre el jergón con un suspiro. Nunca creyó conocer a alguien más testarudo que su amiga Gisela. Aquella joven apenas le había dejado contestar.

Sintió cómo sus ojos se cerraban debido a lo exhausta que estaba. Le vendría bien descansar un poco.

Antes de que el sueño la venciera, no pudo evitar pensar en las palabras que Matilda le había dicho. ¿Amor verdadero? Eso... eso no podía ser. En tal caso, Brodie la miraba con rencor injustificado y rabia, no con ningún amor.

Aun así, mientras sus ojos se cerraban y su respiración se acompasaba, su corazón latió con fuerza al pensar en que Brodie podría amarla aunque fuera un poco.

Capítulo 14

Brodie no se podía creer lo que estaba viendo.

Si no fuera porque estaba seguro de que seguía en las Highlands, pensaría que se encontraba en un castillo inglés en medio de una de sus celebraciones.

El patio de armas se había transformado por completo desde esa mañana. Habían tendido manteles blancos sobre largas mesas de roble, decoradas con flores silvestres. Sobre ellas, reposaban bandejas de panecillos dulces, pasteles de miel, frutas frescas, y jarras de sidra clara. Ni cerveza ni carne asada, tan típicas de las celebraciones en las Highlands.

La música tampoco era la habitual. En lugar de los sonidos de las gaitas y el redoble de tambores, sonaban flautas y laúdes que entonaban melodías ligeras, casi cortesanas.

Sin embargo, los miembros del clan que se encontraban allí parecían encantados, a pesar de que Matilda MacKinlay sermoneaba a todo el que veía hablando con la boca llena o levantando demasiado la voz. Algo irónico, ya que ella misma estaba comiendo un panecillo mientras le gritaba a uno de los guerreros, que se limitó a disculparse con la mujer del laird.

Aunque ni ese hombre ni ninguno de los presentes parecía tomar en cuenta a la joven, más bien parecían apreciarla.

—Parece una celebración inglesa —comentó Brodie en voz alta, pese a que, en realidad, era para sí mismo.

—No lo parece, lo es —puntualizó Struan, entregándole una jarra de cerveza—. Que no te vea Lady Matilda con ella. La he conseguido de contrabando —le dijo, dándole un sorbo a la suya.

—¿Ha prohibido la cerveza? —preguntó Brodie, sorprendido.

—Solo hoy. Se supone que estamos celebrando una festividad que conmemoraba siempre, en este mismo día, cuando vivía en su hogar de infancia… y, al parecer, la cerveza no está invitada. —Hizo

una pausa, alzando la jarra—. Aunque te digo que, si quisiera, podría prohibirla todo el año.

—No, no podría —intervino Tavish, que se acercaba al rincón donde conversaban—. Yo soy el laird, y solo yo puedo prohibir o permitir algo.

Struan lo miró y sonrió con descaro.

—Amigo, Matilda hace contigo lo que se le antoja.

—Por supuesto que no —replicó Tavish, ceñudo.

—¿Entonces por qué has permitido que organice esta fiesta? —inquirió Brodie, incapaz de comprenderlo.

—¿Permitir? —rio Struan—. Matilda no es de las que aceptan un no por respuesta.

—Sí que lo acepta cuando viene de mí —gruñó Tavish.

—¿Y te pidió permiso para esto? —cuestionó Struan, con provocación evidente.

Tavish cruzó los brazos.

—Por supuesto que sí —afirmó, aunque la inseguridad en su voz lo delató al instante.

—¿Ahora resulta que te agradan las fiestas inglesas? —preguntó Brodie, entre divertido y confuso.

—No —respondió Tavish con firmeza—. No es una fiesta inglesa, es una fiesta escocesa.

Pero no lo era, y los tres lo sabían.

—Para ser escocesa, la comida es muy inglesa —apuntó Struan.

—He ordenado que sirvan cordero asado con hierbas de nuestras colinas, y también venado de nuestras tierras —dijo Tavish, alzando el mentón con orgullo—. Nada más escocés que eso.

Una sirvienta pasó junto a ellos con una bandeja de pan blanco cortado en rebanadas finas. Tras ella, otras dos muchachas cargaban bandejas con cuencos diminutos de un líquido espeso y dulzón, cuyo olor se esparció por el aire.

—¿Qué demonios es eso? —gruñó Tavish, deteniendo a una de las jóvenes que llevaba la bandeja.

—Es salsa de manzana, laird. —La muchacha tragó saliva y bajó la mirada hacia sus pies—. Lady Matilda ha ordenado que la vertamos sobre la carne antes de servirla.

Tavish la miró como si acabara de confesar un crimen imperdonable.

—¿Arruinar venado escocés con fruta azucarada? ¡Eso es una blasfemia!

—Perdonadme, laird —a la pobre sirvienta le temblaba la voz—, pero Lady Matilda dijo que era tradición inglesa y que todos debíamos probarlo.

Struan soltó una carcajada tan fuerte que casi derramó la cerveza de su jarra. Y Brodie tuvo que morderse el labio inferior para no hacer lo mismo.

—Por los clavos de Cristo, esta muchacha está decidida a volverme loco —bufó Tavish—. ¡Nadie va a servir esa salsa! —ordenó, alzando la voz.

Las sirvientas que portaban la salsa se quedaron paralizadas.

—He visto una dama que requiere de mi socorro —dijo Struan. La mofa que antes moraba en sus labios se desvaneció y su semblante ya no mostraba regocijo alguno. Sin aguardar réplica, se alejó de ellos.

Brodie no entendió la acción de Struan hasta que vio a Matilda acercarse a ellos con las manos en puños y visiblemente enfurecida. Algunos de los invitados a la fiesta se habían quedado mirando, pero Matilda se paró y giró la cabeza.

—Seguid festejando —pidió, y todos se centraron de nuevo en sus asuntos—. Vosotras id a por la carne y verted la salsa —dijo cuando estuvo frente a ellos, mirando a las sirvientas, que se apresuraron en hacer caso a su señora.

—Matilda —la llamó Tavish con una advertencia en su voz.

—¿Sí, laird? ¿Hay algo que os molesta? —preguntó Matilda con fingida inocencia, ladeando apenas la cabeza y sonriendo como si fuera la más dócil de las damas.

Él avanzó hacia ella con pasos firmes, frunciendo el ceño como si estuviera a punto de dictar sentencia.

—No tienes potestad alguna para contradecir mis órdenes.

Matilda alzó una ceja, fingiendo sorpresa.

—Jamás he contravenido tus órdenes, laird. ¿Cómo osas insinuar que te desobedezco?

Él la miró como si quisiera matarla y a la vez besarla hasta dejarla sin aliento.

—Acabas de hacerlo.

—No es cierto. Lo que he hecho no ha sido desobedecer, sino interpretar tu voluntad con más acierto del que tú mismo logras.

—Mi voluntad es clara. No quiero esa salsa encima de la carne.

Ellos siguieron discutiendo, pero Brodie dejó de prestarles atención, porque vio un ángel emerger de la multitud.

Cecily llevaba un vestido amarillo, tejido de lana fina y teñido con flores de brezo, que parecía atrapar la luz de las antorchas. La falda se balanceaba con gracia a cada movimiento. Llevaba su cabellera castaña entrelazada en delicadas trenzas.

Por el rabillo del ojo vio cómo Tavish y Matilda se alejaban abrazados, y cómo las sirvientas comenzaban a servir la carne con la salsa. La joven se había salido con la suya, pero a él nada de eso le importaba, porque toda su atención estaba centrada en Cecily.

Ya la consideraba la mujer más bella que había visto jamás, pero aquella noche estaba especialmente hermosa.

—¿A vos también os han obligado a acudir? —le preguntó Cecily, ajena a sus pensamientos y que se encontraba frente a él, luciendo visiblemente incómoda.

De la misma manera que en las nupcias del laird Sinclair y Lady Gisela de Monfort, Cecily no parecía ser una joven a la que le agradasen las festividades. No, ella parecía disfrutar de la calma y del sosiego de la soledad.

Eso era algo que ambos compartían. Y algo que a él le había atraído de ella desde el primer momento.

—No estaré más que un breve instante, y vos tampoco. Partiremos al alba —respondió con voz queda, apartando la mirada de la joven, que de cerca era aún más hermosa, si eso era posible.

Cecily asintió.

—No es mi deseo quedarme más. Aunque he de reconocer que parece que los MacKinlay saben cómo divertirse —murmuró, mirando a su alrededor—. Estabais muy equivocado: el laird adora todo lo inglés.

Brodie chasqueó la lengua.

—Su esposa lo ha cambiado —dijo, señalando con un gesto de cabeza a la pareja que ahora se sentaba frente a la larga mesa, mientras Matilda partía un trozo de carne cubierto con la salsa, tratando de convencer a su marido de probarlo.

Cecily ladeó la cabeza hacia él.

—¿Y eso es malo?

—¡Son un clan escocés, por todos los santos! —exclamó Brodie, dando un trago a su cerveza—. No deberían alterar sus costumbres por una sola mujer.

Cecily arrugó el ceño.

—Por lo poco que he conocido a Lady Matilda, puedo deciros que ella se lo merece.

Brodie suspiró.

—El padre y hermano de Tavish fueron asesinados a sangre fría a manos de los ingleses. Y él parece haberlo olvidado.

—O ha decidido perdonar y olvidar.

—Más me temo que eso es algo que no se puede olvidar.

—¿Por qué no? —Cecily se giró hacia él—. Tal vez Tavish y su gente han decidido dejar atrás el pasado y centrarse en el futuro. De nada sirve vivir en el pasado y en la venganza. Miradles —señaló a los hombres y mujeres que se divertían—, ellos son felices. Vos deberíais hacer lo mismo.

—Tavish mató a los hombres que asesinaron a sus familiares, y aun así, seguía anclado en el rencor. Tal vez cuando yo mate al asesino de mi padre pueda ser feliz.

La miraba tan fijamente que, por un instante, Cecily se preguntó si él se refería a que podría ser feliz con ella. Si, una vez lograda su venganza, ellos tendrían una posibilidad.

Pero no, él no podía estar refiriéndose a eso.

Cecily fue a abrir la boca para decir algo, aunque no sabía qué decir. Pero sentía que tenía que romper el silencio que se había impuesto entre los dos. No era un silencio incómodo. Al contrario. Pero bien sabía ella que los silencios decían más que las palabras, y esa era una conversación que no quería tener.

Por suerte, una voz femenina la sacó de su dilema.

Lady Matilda se encontraba frente a ellos junto a su esposo Tavish. Él tenía un poco de salsa en la barbilla.

—Estás preciosa, Cecily —dijo Matilda con una gran sonrisa—. Definitivamente, el amarillo es tu color.

Cecily, poco acostumbrada a los cumplidos, se sonrojó.

—Gracias, Matilda. Tú también estás hermosa.

—Espero que estéis disfrutando de la festividad. ¿Hay algo más que necesitéis?

Tavish, que hasta ese momento había permanecido en silencio, chasqueó la lengua.

—¿Más aún?

Matilda lo golpeó con suavidad en el hombro.

—Disculpad a mi esposo, a veces ignora cómo mostrar hospitalidad.

—¿Te parece poco todo lo que hemos hecho por ellos?

—Y te lo agradezco. De la misma manera en la que mi familia siempre ha tratado a la tuya con lealtad —intervino Brodie, con voz suave pero firme.

Tavish frunció el ceño, pero antes de que pudiese responder, y conociendo el temperamento fuerte de su esposo, Matilda dijo:

—Aún no hemos danzado. —Sostuvo la muñeca de su marido y tiró de ella hacia el grupo de bailarines—. Vamos, venid —animó a Cecily y Brodie.

Cecily, inconscientemente, fue a dar un paso, pero entonces Brodie negó.

—No deseo bailar.

Matilda y Tavish se alejaron y Cecily se mantuvo quieta.

—¿No os gusta bailar? —inquirió.

—Sí, pero hoy no me hallo de ánimo.

«En otras palabras, no desea danzar conmigo».

Un amargo entendimiento tomó asiento en el ánimo de Cecily. Hacía unos instantes ella dudaba si él quería tener algo con ella en el futuro, pero de nuevo él la sacaba de cualquier ensoñación que ella tuviese con la dura realidad.

Y lo cierto era que Cecily estaba empezando a cansarse. Más bien, estaba harta.

Lo que debía hacer era pedirle ayuda a Matilda. Quizá esta podía ayudarle a entrar a la corte. O tal vez, incluso, su marido y ella podrían acompañarla. Así se quitaría a Brodie de en medio y no volvería a verlo.

Pese a que aquel pensamiento debería haberla aliviado, un nudo se formó en su estómago.

—¿Deseáis bailar conmigo? —le preguntó una voz masculina.

Cecily, absorta en sus pensamientos, tardó en percatarse de que Graeme estaba frente a ella. Miró a ambos lados y, sorprendida, se señaló a sí misma.

—¿Conmigo?

Era casi de la misma edad que Cecily; tal vez un año o dos más joven. Su cabellera, de un rojo ardiente como las brasas al anochecer, caía libre sobre sus hombros. Sus ojos, verdes y resplandecientes como las colinas en primavera, reflejaban una alegría indómita.

—Sí, con vos —respondió él, riendo con jovialidad—. ¿Con quién, si no?

A pesar de que a Cecily le agradaba aquel joven que había sido muy cordial con ellos, iba a declinar la invitación cuando una voz lo hizo por ella.

—No, no lo desea.

Cecily ladeó la cabeza hacia Brodie. Este miraba a Graeme con el ceño fruncido y sus labios formaban una línea dura, implacable.

—¿No creéis que es ella quien debería decírmelo y no vos? —cuestionó el joven con una ceja arqueada. Parecía extrañamente divertido, como si compartiera una chanza que Cecily no comprendía.

—No es necesario —espetó Brodie, su voz firme como una orden—. Sé perfectamente lo que le conviene. Y danzar con vos no lo es.

La ira encendió a Cecily al instante. ¿Quién se creía para decidir en su nombre? No tenía ningún derecho a hablar por ella. Tal vez por furia, tal vez por puro orgullo, dio un paso adelante y declaró con firmeza:

—Sería un honor bailar con vos, Graeme.

Los dos hombres se volvieron hacia ella. Uno la miraba con una sonrisa satisfecha, y el otro… el otro parecía a punto de estallar de rabia apenas contenida.

Cecily se avergonzó de sí misma al sentir satisfacción al ver a Brodie tan enfadado. Más aún, ¿qué se creía, que se iba a quedar callada?

—Ibais a bailar conmigo —le recordó Brodie con voz tensa.

—Cierto, pero vos no queríais —replicó ella con calma, alzando la barbilla.

—. He cambiado de idea.

Por un instante, Cecily estuvo a punto de ceder. Bailar con Brodie era un anhelo secreto, un sueño largamente acariciado. Pero enseguida la realidad la golpeó: él no lo hacía por ella, sino por orgullo, para impedir que otro hombre la tomara entre sus brazos. Y eso no iba a permitirlo.

Cecily se volvió hacia Graeme con una sonrisa serena, casi desafiante.

—Entonces será un placer bailar con vos. Aunque debo advertiros que no soy muy buena bailarina.

Era muy mala, en realidad. Apenas había bailado en su vida. Más allá de las veces que Gisela le había obligado a bailar en el convento, cuando su amiga estaba aprendiendo a ser una dama.

—No os preocupéis, milady. —Graeme hizo una reverencia y estiró uno de sus brazos hacia ella—. Soy el mejor maestro que podríais tener.

Cecily sonrió y aceptó su mano. Antes de que Graeme la guiara hacia donde se encontraban los demás miembros del clan bailando, se giró hacia Brodie y le lanzó una mirada orgullosa.

Aquel hombre jamás hablaría por ella y jamás la usaría. No, ella no permitiría ninguna de las dos cosas.

Este viaje le estaba sirviendo para muchas cosas, y una de ellas era darse cuenta de que era más fuerte de lo que había creído. Pero toda su decisión se evaporó en cuanto llegaron adonde se encontraban los demás miembros del clan.

No solo no sabía bailar, sino que le daba vergüenza hacer el ridículo. Aunque era algo en lo que no había pensado cuando creía

que iba a bailar con Brodie. Porque, cuando se trataba de él, ella era más valiente. O quizá menos precavida. No estaba segura de cuál de las dos cosas era.

Pero el joven con el que estaba a punto de bailar no era Brodie.

—Igual es mejor que me vaya a mi alcoba... —comenzó Cecily, mordiendo su labio inferior con indecisión—. Estoy cansada.

Graeme esbozó una sonrisa.

—Vamos, dejaos llevar por el sonido de la música. Es tan fácil como eso. —Posó una mano sobre la espalda baja de Cecily.

Aunque rígida al principio, Cecily se movió. Trató de seguir los movimientos de Graeme, que tenía mucha más confianza que ella. Para su sorpresa, no se tropezó ni le pisó los pies, lo que era todo un triunfo para ella. Cuando comenzaba a relajarse, Graeme tomó su muñeca con gentileza y, alzando sus manos, la hizo girar sobre sí misma al ritmo de la melodía. Pero al completar el giro, Cecily descubrió, con el corazón acelerado, que ya no se hallaba en brazos de Graeme... sino en los de otro hombre.

Uno que ella conocía bien.

—Mi turno —dijo Brodie como única explicación, sujetándola con firmeza, sin intención de soltarla.

—No quiero bailar con vos —musitó Cecily, aunque no dio un solo paso para apartarse de él.

—Sí queréis.

—No, no lo quiero. No cuando lo hacéis solo para evitar que baile con otro.

Los labios de Brodie se curvaron en una media sonrisa, amarga y desafiante a la vez.

—Si solo fuese por esa razón, le clavaría mi espada en el corazón y así no podríais bailar con él.

Cecily sintió un estremecimiento. Aquellas palabras eran una barbaridad, lo sabía; debería haberlas detestado. Pero, en lo más profundo de sí, la intensidad con que él las dijo la estremecía y, contra todo sentido, le gustaba.

Olvidándose completamente de Graeme, se dejó llevar por la música, sintiéndose más relajada en los brazos de Brodie.

—Sabéis bailar —murmuró, sorprendida de lo natural que resultaba moverse con él.

—Vos también. Bailáis muy bien.

—Oh, no hace falta que me mintáis.

—No lo estoy haciendo. Si os soy sincero, pensaba que bailaríais como un pato mareado.

Cecily rio, incapaz de contenerse.

—Sois único.

—No lo sabéis bien —apuntó Brodie con un guiño que hizo que el calor subiera a sus mejillas.

Por un instante, ninguno de los dos apartó la mirada del otro; la música, las voces y las risas parecían lejanas, como si existieran en otro mundo.

Entonces, un grito exagerado quebró la burbuja que los rodeaba.

—¡Ay!

Ambos se giraron a la vez para ver a Graeme en el suelo, sujetándose el tobillo con un gesto melodramático.

Cecily, aún con la respiración entrecortada, se soltó de Brodie y corrió hacia él.

—¿Estáis bien?

—Creo que me he torcido el pie. Me he caído bailando —dijo el muchacho con un lamento audible—. Vos sois curandera, ¿verdad?

—Sí, claro. Puedo ayudaros. ¿Dónde os duele?

—En el tobillo derecho.

—Venga, sujetaos en mí. —Cecily se inclinó para sostenerlo, mientras él se apoyaba en ella con un dramatismo casi teatral.

—¿Seguro que os habéis caído y no tirado al suelo? —preguntó Brodie, que lo observaba con los brazos cruzados y una mirada cargada de sospecha.

—¿Por qué haría eso? —replicó Graeme con los ojos muy abiertos, fingiendo inocencia.

Brodie gruñó.

—Yo os veo perfectamente.

—Pues yo lo siento fatal —gimoteó Graeme, exagerando la cojera mientras se apoyaba más de lo necesario en Cecily—. Casi no

puedo tenerme en pie.

—Os voy a inspeccionar —dijo ella con seriedad, ayudándole a apartarse hacia un rincón más tranquilo.

Brodie los siguió con la mirada, sombrío, hasta que reparó en un detalle que casi lo hizo bufar de la risa: el muchacho empezó a cojear con el pie izquierdo, cuando hacía apenas un instante había jurado que el dolor estaba en el derecho.

—Vaya milagro —ironizó Brodie, acercándose despacio—. Habéis sanado tan rápido que ahora os duele el otro pie.

Graeme parpadeó, sorprendido, y trató de corregirse a toda prisa, apoyándose de nuevo en el tobillo correcto.

—Me duelen los dos, pero el izquierdo más —improvisó, con gesto compungido.

—Sentaos ahí —ordenó Cecily, señalándole una silla cercana. El joven obedeció con premura, casi teatral en su obediencia—. Necesito ir a mis aposentos a por un ungüento —explicó con naturalidad—. No estoy segura de tener el más apropiado. Quizá deba preparar uno con hierbas frescas; con suerte, tengo las que necesito.

Graeme arqueó una ceja, esbozando una sonrisa que a Brodie le resultó insoportablemente descarada.

—¿Y no sería menos molestia para vos si os acompaño? —preguntó con fingida inocencia.

Cecily, completamente ajena a la intención oculta, arrugó la nariz y respondió con sencillez:

—Pues quizá tenéis razón. Para preparar el ungüento debo cambiarme de ropa para no manchar este bonito vestido. No querría bajar con ropa poco apropiada. Y además, es mejor aplicarlo cuanto antes. ¿Creéis que podréis subir escaleras?

—Poco a poco, con vuestra ayuda, de seguro que podré.

Las manos de Brodie se cerraron en puños a su costado, y una furia silenciosa se instaló en su pecho. Aquel jovenzuelo estaba jugando con fuego, y lo peor era que Cecily no parecía advertirlo. La muy necia estaba ayudándole a levantarse de nuevo.

Una parte de Brodie no podía culpar al joven, ya que él también ansiaba que un ángel como Cecily le prestase toda su atención. Y

sentir esas suaves manos en su piel…

—Vuelve a sentarte —le ordenó Brodie con una voz que no dejaba lugar a discusiones.

Graeme y Cecily se giraron para mirarlo.

Brodie apenas necesitó pensarlo. Con un movimiento seco, separó a Cecily de Graeme, tomándola del brazo con una firmeza que no admitía réplica, y sentó al joven de un empujón decidido sobre la silla.

—No te atrevas a moverte —gruñó, con voz grave y peligrosa—. Si tanto te duelen los tobillos, yo mismo te traeré el ungüento y tú te lo aplicarás.

Graeme abrió la boca, dispuesto a replicar, pero la dureza en la mirada de Brodie le hizo tragarse las palabras. El semblante del guerrero era tan oscuro, tan implacable, que quedaba claro: de pronunciar algo más, aquellas podrían ser las últimas palabras que dijera.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó Cecily, frunciendo el ceño con confusión.

En vez de responderle, Brodie tiró de ella, alejándola hacia el interior de la fortaleza. Cecily, que no quería montar una escena delante de todos, lo siguió de mala gana. Pero en cuanto la puerta de su alcoba se cerró tras ellos, se soltó con fuerza de su brazo, los ojos brillando de indignación.

—No tenéis ningún derecho a…

—Lo tengo —replicó él, interrumpiéndola—. Es mi deber cuidar de vos.

—¿Deber? —repitió con evidente sarcasmo, poniendo los ojos en blanco—. No tenéis ningún deber conmigo. No soy vuestra hermana, ni vuestra esposa, ni vuestra pupila. Solo somos compañeros de viaje, nada más.

—Sea como sea, está claro que vos sola sois incapaz de cuidaros.

Cecily abrió la boca, ofendida, y le clavó la mirada como si lo hubiera abofeteado.

—¡¿Cómo os atrevéis?! —exclamó. Era poco propio de ella alzar la voz, pero Brodie la sacaba de quicio—. Me sé cuidar sola desde

que era una niña. —Eso era algo que su madre se había encargado de inculcarle—. ¿Creéis que no soy capaz porque no sé empuñar una espada y no estoy a favor de la violencia?

Brodie arqueó una ceja.

—Lo creo porque un jovenzuelo con más descaro que vergüenza os estaba engañando, y vos no os habéis dado ni cuenta.

Cecily apretó los labios.

—No me estaba engañando. Tiene un tobillo torcido y necesita ayuda. ¿Os debo recordar que soy curandera? —Alzó la barbilla con brío y dio un leve taconazo en el suelo—. Es mi deber atender a quien lo requiera.

—¡El hombre ni siquiera recordaba qué tobillo se había torcido! —tronó Brodie, alzando la voz y gesticulando con furia, como si aquella fuera una prueba concluyente—. Primero el derecho, luego el izquierdo. ¡Parecía un cervatillo recién nacido, tambaleándose!

Cecily lo fulminó con la mirada, mas, en su fuero interno, empezaba a creer que quizá Brodie no estaba tan errado del todo. Tan escasa era su costumbre de ser cortejada por un hombre, que ni siquiera había pensado que Graeme pudiese guardar alguna intención encubierta.

Empero, antes se clavaría agujas en la carne que darle la razón a Brodie.

—Se ha hecho daño en los dos.

Brodie bufó, llevándose una mano al puente de la nariz.

—¡Por todos los santos! No sé si sois demasiado confiada o sencillamente necia.

Cecily cruzó los brazos.

—Ninguna de las dos.

Él la miró fijamente, con los ojos oscuros ardiendo de frustración.

—¿Ah, no? —Su voz descendió a un gruñido bajo, cargado de celos—. Entonces decidme, ¿vuestra intención era yacer con él?

Cecily se quedó boquiabierta, tan indignada que apenas encontró el aire para responder.

—¡¿Cómo os atrevéis?! —exclamó al fin, con las mejillas encendidas—. ¿Qué me estáis llamando?

—Os estoy llamando confiada e inocente. Graeme no se ha hecho daño, solo quería llamar vuestra atención. Y vos le habéis invitado a vuestros aposentos a que esperase mientras os cambiabais el vestido.

—Eso no ha sido así —espetó ella, con el corazón golpeándole el pecho.

—¿No? —la desafió él—. Eso es lo que yo he escuchado. Él os pedía ir a vuestra alcoba y vos aceptabais.

—¡Iba a darle un ungüento, nada más! ¡Soy curandera, Brodie! ¿Qué clase de mente retorcida tenéis para ver malicia en cada gesto?

Él apretó la mandíbula, los ojos fijos en ella, respirando con fuerza como un hombre que lucha contra sí mismo.

—Confiad en mí, muchacha. Graeme ha pensado lo mismo que yo.

—No —replicó Cecily al instante, erguida, con la frente alta—. Eso no es cierto. No todos los hombres buscan aprovecharse de una mujer.

Él dejó escapar una risa seca, sin alegría, casi amarga.

—Decís eso porque aún no habéis visto lo suficiente del mundo. Pero yo sí. Y creedme, cuando un hombre sonríe de esa forma, cuando se agarra a un tobillo fingiendo dolor, no piensa en vuestra compasión, sino en vuestros labios.

—¡Ya basta! —exclamó Cecily, dando un paso atrás como si necesitara distancia para poder respirar—. Veis pecado y engaño en cada esquina. Yo me niego a ser así. No deseo vivir con los ojos nublados por la desconfianza, viendo enemigos donde solo hay gente necesitada.

—Graeme no estaba necesitado. Y si lo estaba, no era de vuestras dotes como curandera.

—Os equivocáis. Si queréis ver enemigos por todos lados, hacedlo. Pero no me arrastraréis con vos.

—No veríais el peligro aunque os mordiese el trasero.

Cecily apretó los labios, dolida. Caminó hasta la ventana y apartó las cortinas con un gesto brusco. La habitación se inundó de la plata fría de la luna llena, derramándose sobre el suelo como un

río de luz. Más allá, el patio de armas bullía con la actividad de la fiesta, antorchas y hogueras ardiendo, incluso cuando la noche había caído por completo.

El ceño de Cecily se frunció al distinguir la figura de Graeme. No estaba sentado, ni siquiera apoyado; bailaba, con una mujer que sostenía su brazo. El corazón de la joven se le encogió como si alguien lo apretase con fuerza.

—Por todos los santos —murmuró, con un suspiro incrédulo.

Brodie se acercó despacio, siguiendo la línea de su mirada. Sus ojos se suavizaron apenas un instante al ver la escena. Luego, con un gesto de burla que intentaba ocultar la punzada de celos, exclamó:

—¡Milagro! —Alzó las manos para luego señalar a Graeme con una de ellas—. Se ha curado mágicamente.

Cecily giró la cabeza hacia él.

—Vos teníais razón y yo estaba equivocada. Regodeaos todo lo que deseéis en vuestro triunfo.

—No deseo regodearme —dijo él, y ella apartó la mirada de la ventana para mirarle—. Simplemente no deseo que os suceda nada malo.

Ella asintió.

—¿Por qué el mundo es así? —preguntó.

—¿Así cómo? —le respondió él.

—Lleno de maldad, de dobles sentidos. Un mundo que te obliga a desconfiar —murmuró Cecily, bajando la vista hacia sus manos entrelazadas.

Brodie se acercó un paso más, dejando que su presencia llenara la habitación. Su mano, cálida y firme, se posó con delicadeza sobre la mejilla de Cecily. Ella alzó la vista, sorprendida por la ternura que de repente la envolvía.

—Por eso el mundo necesita personas como vos. Llenas de bondad.

Cecily sintió cómo el calor de su mano y la intensidad de su mirada la calmaban, a la vez que despertaban algo más profundo dentro de ella. Un nudo de emociones se deshizo en su pecho.

—¿Cómo voy a salvar a Gisela? ¿Cómo voy a encontrar a mi madre?

—Sois inocente, pero también sois fuerte. Más de lo que creéis.

—No puedo hacerlo sola.

—Podéis, pero no tendréis que hacerlo. Estaré a vuestro lado.

Cecily sintió cómo un calor reconfortante la envolvía. Su corazón latía con fuerza, mezclando gratitud, alivio y un sentimiento que no había sentido antes. Brodie se inclinó un poco más, y sus labios rozaron los de ella con suavidad, tentándola.

Ella contuvo la respiración, incapaz de resistirse, y esta vez él no se retiró: la besó.

Cecily nunca había sido besada, por lo que no sabía exactamente qué tenía que hacer, pero se dejó llevar por él. Abrió la boca, tímida, permitiendo que la lengua de Brodie la explorara suavemente, tentadoramente. El contacto la hizo estremecerse, y un calor desconocido se extendió por todo su cuerpo. Su respiración se volvió entrecortada y, por un instante, lo olvidó todo. Olvidó su misión, olvidó sus miedos, y olvidó que ese hombre no creía en sus visiones.

Solo se centró en sentir. Y se sintió más viva que nunca.

Cada gesto de Brodie era cuidadoso, como si temiera romperla con la fuerza de su propio deseo. Sus manos acariciaban con delicadeza su rostro, su cuello, los mechones de cabello que caían sobre sus hombros, y Cecily sintió que su corazón latía desbocado, mezclando asombro, emoción y una ternura que jamás había sentido. Cada roce, cada presión de sus labios, parecía despertar algo dormido en su interior, un sentimiento que la confundía y la fascinaba a la vez.

—Brodie… —susurró, sin poder articular más. La voz se quebró, pero él la sostuvo con firmeza, sus ojos fijos en los de ella, llenos de intensidad y un dejo de melancolía.

El beso se volvió más intenso, y Cecily empezó a comprender lo que era un beso verdadero: no solo un roce de labios, sino una conexión que hablaba sin palabras, un lenguaje de confianza, deseo y protección al mismo tiempo. Su mente daba vueltas, intentando entender cómo podía sentirse tan segura y a la vez tan vulnerable.

Brodie finalmente la separó un poco, apoyando su frente contra la de ella y respirando juntos. Cecily, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, todavía procesaba la sensación, el calor y la ternura que lo acompañaban.

—Cecily, esto… —dijo él con voz grave, casi un susurro—… es un error.

—¿Un error? —preguntó ella, confundida, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho—. ¿Cómo puede ser un error algo tan perfecto?

—Porque no puedo casarme con vos.

—Lo sé —respondió ella con rapidez—. Solo soy una curandera y vos un laird.

—No, Cecily —dijo Brodie, separándose apenas un paso, aunque su mirada no la abandonaba—. Vos sois digna de un laird, incluso de un rey. Pero no puedo casarme con vos mientras tanto odio reside en mi interior, mientras la sed de venganza se ha apoderado de mi alma. Vos merecéis un hombre bueno, un hombre capaz de daros paz, alegría y seguridad, no alguien consumido por la oscuridad que habita en mi pecho. No soy digno de vos.

—¿Y una vez os venguéis?

Él la miró.

—Seguiré sin ser digno de vos. La venganza hará justicia, pero no me dará la paz que vos necesitáis.

—No tenéis la menor idea de lo que necesito —replicó Cecily, sus palabras saliendo con tal fuerza que Brodie dio un paso atrás, sorprendido—. Estoy harta de que todo el mundo me diga lo que necesito o no. ¿Creéis que porque me habéis besado ya quiero desposarme con vos?

El enfado la hacía hablar sin contenerse, y los días de viaje juntos habían derribado cualquier formalidad que todavía quedara entre ellos. Podían, al fin, decirse lo que sentían sin máscaras.

—No, no lo creo —admitió, suavizando ligeramente la voz—. Pero quiero mucho más que besarte, Cecily.

—¿Y si yo también quiero eso?

—Por tentador que suene, tendré que rechazarlo.

Un silencio pesado cayó entre ellos. No era un silencio cómodo ni dulce; era la distancia que surge cuando dos personas desean estar juntas pero saben que, por ahora, no pueden. O tal vez nunca lo hagan. Sus palabras flotaban como un lazo tenso entre ellos, imposible de cortar.

—¿Lo hubieseis hecho el día que nos conocimos? —le preguntó ella al cabo de unos instantes, y Brodie la miró, confundido—. Rechazarme si hubiese querido yacer con vos —aclaró.

—No, no lo habría hecho. No hubiera dudado en casarme con vos primero. Pero yo ya no soy ese hombre, Cecily.

Ella tragó saliva. Aquella revelación no solo la sorprendió, sino que estuvo a punto de provocar que se desmayase. Se sentó en el lecho porque las piernas le fallaban.

—Ojalá pueda ayudaros a encontrar al asesino de vuestro padre. Aunque sé que no creéis en mis visiones, ojalá pudiese tener una que desvelase su identidad.

—¿Aun sabiendo que lo mataría? ¿Aun sabiendo que no cambiaría nada entre nosotros?

—Aun así. Porque sé que seréis justo con ese hombre. Haréis justicia, no venganza, y os daréis cuenta de que seguís siendo el mismo hombre que conocí.

Brodie suspiró.

—Deberíais regresar al clan Sinclair —le dijo él, y ella levantó la cabeza—. Hay demasiada maldad aquí fuera. No quiero que os cambie.

Cecily se encogió de hombros.

—No puedo. Tengo que encontrar a mi madre. Gisela me ha revelado que se encontró con ella el año pasado. No murió asesinada, sino que fue quien envenenó a varios de los soldados del padre de Gisela para que los enemigos de este entrasen en el castillo.

—¿Cómo decís? —preguntó Brodie, incrédulo.

—No creo que ella lo hiciese. Creo que Gisela se equivoca, que lo ha entendido todo mal. Quiero encontrar la manera de salvar a Gisela, pero en el fondo de mi corazón lo que deseo es encontrar a mi madre y que ella me asegure que no tuvo nada que ver. Que me

explique qué sucedió de verdad. No puedo creer que mi madre sea capaz de tanta maldad, no puedo.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y Brodie se sentó a su lado, rodeándole los hombros con su brazo, consolándola.

Ella lloró durante lo que le parecieron horas, aunque no debió de ser más de unos minutos. Cuando por fin se calmó, escuchó la voz de Brodie.

—Vamos a encontrar a vuestra madre. No voy a dejaros sola.

Capítulo 15

Al día siguiente, emprendieron el viaje hacia la corte.

Cecily había tenido que prometerle a Matilda que regresaría a visitarla, ya que esta había amenazado con buscarla y llevarla a la fuerza si no lo hacía. Y Cecily no dudaba ni por un instante de que su nueva amiga era más que capaz de eso. Además, ella esperaba de todo corazón verla de nuevo, puesto que la había cogido mucho cariño.

Desde que le había contado a Brodie lo de su madre, se sentía mucho más ligera, como si un yugo pesado se hubiese al fin apartado de sus hombros. Si bien Cecily se había ofrecido a que durmiese con ella en la habitación —aunque fuese en el frío suelo—, él se había negado, asegurándole que prefería reposar a la intemperie. Ella estaba segura de que no era verdad del todo, pero lo había aceptado.

Porque quizá era mejor así. Cuanto más distancia mantuviera con Brodie, más protegido mantendría a su corazón. No obstante, durante los días que duraba el viaje a la corte tendrían que dormir cerca el uno del otro. Y, pese a saber que tal y como él le había dicho no era lo correcto, pese a saber que era un error, era algo que a Cecily no le perturbaba.

Porque, desde aquella noche, algo entre ellos había cambiado. Como si el muro que les separase se hubiese derrumbado.

Mantuvieron conversaciones amenas, en las que, por primera vez desde que había vuelto a reencontrarse con él, Cecily descubrió a un Brodie relajado y divertido. Conversaron sobre todo, y él incluso compartió detalles de su vida con ella: como que tenía un hermano pequeño, que había estado fuera pero que, en esos momentos, se encontraría de regreso a su clan junto a su madre. Le había hablado maravillas de los dos. Brodie amaba a su hermanastro y respetaba a su madrastra, y eso era algo que a ella le derritió el alma.

También hubo silencios, mas no eran como aquellos que habían pesado entre ellos; estos eran sosegados y plácidos.

A Cecily le gustaba ese Brodie. ¿Para qué engañarse? A ella le gustaba Brodie. Con sus faltas y sus dones. Pues ella sabía que, por mucho que él lo negase, continuaba siendo el mismo que conoció meses atrás. Solo que cargaba con un pesar que le afligía demasiado.

Antes de que comenzara a atardecer, Brodie le pidió que acamparan en un claro, una zona que él consideraba segura y lejos de malhechores.

—¿No crees que hubiera sido mejor cabalgar durante la noche? —preguntó Cecily—. Me he acostumbrado a cabalgar.

Brodie miró a Cecily. Era evidente que la joven estaba más cómoda encima de la yegua, pero, aun así, ella no aguantaría una jornada entera sin descansar.

—Siempre hay malhechores que aprovechan la noche para atacar. Además, los caballos necesitan descansar —señaló a los animales, que habían atado minutos antes a un árbol y que pastaban tranquilamente—. Y tú también. —Antes de que Cecily replicara, dijo con voz suave—: Mañana partiremos al alba.

Pese a que asintió, Cecily reconoció con un suspiro:

—Tengo ganas de llegar a la corte.

—¿Tan mal compañero de viaje soy? —le preguntó él, haciéndola sonreír.

—Los he tenido mejores.

Brodie arqueó una ceja, ladeando la cabeza hacia ella.

—¿Has viajado con otros hombres? —indagó, con un deje celoso, cayendo sin darse cuenta en la trampa que ella le tendía.

—Con los soldados que custodiaban a Gisela —respondió Cecily con inocencia estudiada—. Y, para ser sincera, eran muy aburridos.

Brodie frunció el ceño.

—¿Y aun así eran mejores que yo?

Cecily se encogió de hombros con aire travieso.

—Al menos no gruñían tanto.

—¡Gruño porque tengo razones! —replicó él con voz grave, como si se lo tomase en serio.

—Sí, claro. Razones como que el pan estaba demasiado duro, que el río estaba demasiado frío, que los caballos no galopan al ritmo que te gusta.

Brodie fingió ofensa, llevándose una mano al pecho.

—Muchacha implacable —musitó—. Yo no me he quejado de esas cosas.

—De algunas, sí.

—Y pensar que te he protegido de ladrones, malandrines y de jóvenes que fingen torcerse el tobillo.

Cecily soltó una carcajada al recordar el último evento.

—Oh, eso sí que te lo agradeceré siempre. Nadie me había salvado nunca antes de un hombre que finge estar tullido.

En realidad, a Cecily ningún hombre le había salvado de nada. Y, aunque era autosuficiente y se valía por sí misma, tenía que reconocer que le gustaba que él se preocupase por ella.

Él la miró de reojo, la boca curvándose en una sonrisa lenta.

—Te burlas de mí.

—Solo un poco.

—Sigue así, y cuando lleguemos a la corte, diré que roncas como un hombre borracho. Y confía en mí: en la corte les gustan los chismes.

Cecily abrió los ojos con fingida indignación.

—¡Yo no ronco!

—Eso dicen todos los que roncan.

Ella trató de mantener el gesto ofendido, pero acabó riendo de nuevo.

—Eres imposible, Brodie.

—Y tú demasiado encantadora —murmuró él, en un tono que ya no era de broma y que hizo que a Cecily se le acelerara el corazón.

—¿Has estado más veces en la corte? —le preguntó Cecily, buscando un tema más seguro.

Brodie asintió mientras desmontaba con calma. Abrió la alforja de su caballo y sacó una manta gruesa, extendiéndola sobre el suelo con un gesto mecánico, casi distraído.

—En un par de ocasiones. Y no es de mi agrado.

—¿Por qué?

—Porque en la corte abundan las lenguas viperinas —respondió con un deje de desprecio—. Cortesanos y damas que sonríen a la cara mientras afilan un puñal para clavarlo por la espalda. Todos parecen más atentos a los secretos de los demás que a sus propios asuntos.

—Entonces… ¿es un lugar lleno de chismes y mentiras?

—Exactamente —Brodie se acomodó en la manta y le hizo un gesto para que se sentara a su lado—. Si en el campo uno debe cuidarse de las espadas, en la corte debe cuidarse aún más de las sonrisas. Son más peligrosas.

Cecily se dejó caer sobre la manta.

—Suena agotador.

—Lo es. Prefiero mil veces un campo de batalla a un salón lleno de cortesanos.

Cecily lo miró con sorpresa, una sonrisilla escapándose de sus labios.

—¿De veras? ¿Antes un ejército entero de hombres armados que un grupo de damas con vestidos caros?

Brodie dejó escapar una carcajada grave.

—Sin dudarlo. En el campo de batalla uno sabe quién es el enemigo. En la corte, nunca.

—No parece el tipo de lugar en el que mi madre estaría cómoda —murmuró, más para sí misma que para él—. Aunque, en realidad, la madre que conocía no me hubiese hecho creer que estaba muerta.

Los ojos de Cecily se llenaron de lágrimas no derramadas, y Brodie estiró su mano, posándola sobre ella.

—No pienses en eso. La encontraremos y ella te dará sus explicaciones.

—¿Y si no me gustan?

Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla de la joven, y Brodie alzó la mano con la que no la sostenía, posando su pulgar sobre la piel de ella para secarla con delicadeza.

—Lidiaremos con ellas.

«Lidiaremos, no lidiarás». Por primera vez, Brodie estaba utilizando el plural.

Él no había mentido prometiéndole que no estaría sola. Pese a que era Cecily quien debía lidiar con las consecuencias que la conversación con su madre podría tener, a ella le agradaba que Brodie estuviera a su lado.

No por compromiso, ni tampoco porque creyese que estaba involucrada con el asesino de su padre, sino porque él deseaba hacerlo.

Y aquello le tocó el alma.

—Gracias.

—Vamos, descansa un poco —dijo Brodie, levantándose de un salto—. Yo voy a cazar la cena.

—Voy contigo —dijo Cecily con decisión, alzándose también.

Brodie se saco la daga de la caña de la bota.

—No te tomaba por una cazadora.

—Y no lo soy. —La mayor parte de las veces que Gisela cazaba, ella prefería no acompañarla, a pesar de que se veía arrastrada muchas veces. Y no solo por la torpeza de su amiga, sino porque no disfrutaba de observar la caza y mucho menos practicarla—. Lo mío son las plantas, no cazar animales.

Pero Cecily no quería quedarse sola. Porque si lo hacía, volvería a sumergirse en sus pensamientos. Pensaría en su madre y en Gisela. También pensaría en Brodie. Y no quería hacerlo.

Brodie la miró durante unos instantes, pero no preguntó. Se limitó a asentir.

—Sígueme —dijo.

Ambos se adentraron en el bosque.

—Vas a asistir a un espectáculo sin igual. Soy un cazador innato —añadió con socarronería, mientras observaba a su alrededor.

—Eres el mejor guerrero, el mejor cazador... —Cecily se llevó un dedo al mentón mientras entrecerraba ligeramente los ojos sin esconder su diversión—. ¿Hay algo que no se te dé bien?

Brodie la miró.

—También soy el mejor en otros menesteres, muchacha. —Brodie le sonrió con descaro y Cecily se sonrojó al entender a qué

menesteres se refería.

Nunca un hombre había sido tan atrevido con ella. Pero antes de que pudiese responder, Brodie pareció ver un movimiento entre la hierba, porque se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio.

—Ssh —habló tan bajito que apenas pudo escucharlo—. Ven. —Brodie la hizo esconderse detrás de un árbol. Ambos se agacharon.

—¿Qué pasa?

—Hay que esperar a la presa. Los animales son cautelosos, no se muestran tan fácilmente. Debemos ser pacientes y esperar. He escuchado un movimiento de la hierba.

Brodie no se equivocaba, porque unos instantes más tarde, una liebre salió entre uno de los matorrales. Saltaba ligeramente, despreocupada. Cuando se detuvo para olisquear una flor, Brodie se abalanzó hacia ella. Sus movimientos eran rápidos y silenciosos, como un auténtico depredador.

Sin embargo, había algo de lo que Cecily se dio cuenta.

—Espera —advirtió en apenas un susurro.

Pero ya era demasiado tarde.

La liebre irguió las orejas y tensó sus patas, dándose cuenta de la presencia de Brodie, lista para escapar. Dio un salto y Brodie la siguió, metiéndose entre unas zarzas, de las que la liebre salió con facilidad, pero no Brodie, quien se quedó atrapado. La tela de su kilt se quedó enganchada entre las espinas.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó.

—Déjame ayudarte. —Cecily corrió en su rescate, preocupada. El hombre se encontraba enredado en el arbusto. Brodie comenzó a moverse, blandiendo su espada, intentando liberarse, pero lejos de mejorarlo, lo estaba empeorando. Las zarzas se clavaban en su piel —. ¡¿Puedes quedarte quieto?! —le pidió Cecily con irritación.

—Déjame, muchacha. Yo puedo.

—No, no puedes —refutó ella, viendo cómo él seguía sin hacerle el menor caso—. ¡Estate quieto durante un segundo! —gritó, perdiendo la paciencia.

Aquello pareció surtir efecto, porque Brodie se detuvo y Cecily consiguió meter la mano entre las zarzas, agarrando su muñeca y tirando de ella con la suficiente fuerza para sacarlo.

Cuando finalmente se liberó, Cecily observó a Brodie con preocupación. La piel visible de los brazos y de las piernas del laird estaba llena de heridas.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió él con tozudez, tratando de mantener la compostura—. Esa liebre de orejas huecas —masculló —. Voy a por ella. —Fue a dar un paso, a pesar de la evidente mueca de dolor que trató de disimular.

—No vas a ninguna parte. —Cansada de la obstinación de Brodie, Cecily se colocó frente a él, con las manos en jarras—. No antes de que te saque las espinas.

—Oh, muchacha. Ni siquiera me duelen.

—Si no se cura bien te dará fiebre. Puedes morirte.

—No me voy a morir. He tenido heridas mucho peores en el campo de batalla y he seguido batallando.

—Ahora no estás en el campo de batalla. He visto a hombres al borde de la muerte por culpa de pequeñas heridas. No voy a permitir que te pase eso.

—¿Tienes miedo de que me muera?

—Por supuesto. Si te mueres, no podrás acompañarme a la corte y no me dejarán entrar.

Brodie soltó una carcajada.

—Está bien. Pero luego volveré a cazarla. Por tu culpa, se me va a escapar.

Cecily entrecerró los ojos.

—Lo que digas.

Ambos regresaron al claro, donde Cecily le pidió a Brodie que se sentara sobre la manta.

—Son unas simples espinas —dijo.

—Vosotros, los guerreros, y vuestra bravuconería —murmuró Cecily con un resoplido, antes de comenzar a extraer las espinas, una por una. Trató de hacerlo con el mayor cuidado, ya que, a pesar de que Brodie mantenía una expresión pétrea, podía ver cómo apretaba la mandíbula cada vez que extraía una. Cuando extrajo una especialmente profunda, el guerrero gritó.

—¡Ten más cuidado, muchacha!

—¿No decías que eres un guerrero curtido en mil batallas?

—Y lo soy. Pero no es la espina, sino tú, que eres una bruta.

Cecily se vio obligada a sofocar una risa. ¡Lo que hacían los hombres por no herir su propio orgullo!

—Tranquilo, ya casi termino —dijo con voz suave—. Solo queda una. Después, te aplicaré un ungüento.

Abrió su saquito de hierbas y frascos, escogiendo con cuidado uno pequeño de vidrio. Lo destapó y un aroma fresco, con notas de menta y romero, impregnó el aire. Hundió la yema de sus dedos en la pasta verdosa y, con delicadeza, la extendió sobre el muslo de Brodie.

El laird tensó los músculos de inmediato, no por dolor, sino por la inesperada calidez de su tacto. El roce de sus dedos era ligero, cuidadoso, pero cada movimiento encendía chispas en su piel.

Sus ojos se clavaron en ella, oscuros e intensos.

—Eres peligrosa, Cecily —murmuró, con la voz más baja y ronca de lo que pretendía.

Ella alzó la vista, confundida.

—¿Peligrosa? ¿Por qué?

Brodie sostuvo su mirada unos segundos antes de responder, dejando que el silencio se cargara de un significado que ella apenas alcanzaba a comprender.

—Porque no sabes lo que provocas en un hombre cuando lo tocas así.

Ella apartó la mano de golpe, como si se hubiera quemado.

—Solo quiero aliviaros el dolor. No pretendía nada más.

Él esbozó una media sonrisa, sombría y fascinada a la vez.

—Y precisamente por eso eres peligrosa. Porque ni tú misma eres consciente de lo seductora que eres.

Cecily abrió los ojos como platos, incrédula.

—Yo no soy seductora —protestó, casi indignada, aunque sus mejillas ardían como brasas.

Brodie soltó una risa baja, profunda, que la envolvió como un escalofrío.

—Entonces explícamelo, muchacha. ¿Cómo llamas a la forma en que tus dedos tiemblan sobre mi piel? ¿O a esos ojos tuyos que

parecen suplicar y desafiar al mismo tiempo?

—Eso... eso no es seducción —replicó ella, llevándose una mano al pecho, nerviosa—. El ungüento está frío. Y mis ojos... es porque estoy cansada.

Él se inclinó un poco hacia ella, sin apartar los ojos de su rostro.

—No intentes engañarte. Eres como la miel. Sin proponértelo, atraes. Y un hombre tendría que ser de piedra para no desear probarte.

El corazón de Cecily dio un salto tan fuerte que le faltó el aire. Su primer impulso fue levantarse, pero sus pies no obedecieron. Se descubrió atrapada en la intensidad de esa mirada, en la gravedad de esa voz que parecía acariciarla más que las propias manos de Brodie.

—Pero tú no vas a probarme —susurró ella, rompiendo de golpe el embrujo—. Lo dejaste claro ayer.

Brodie se levantó de la manta, pasándose una mano por el rostro. La lucha en su interior lo consumía. Ansiaba con todas sus fuerzas yacer con esa mujer, perderse en ella hasta olvidar el mundo. Pero no podía. No debía. No cuando era evidente que Cecily era virgen. Una muchacha inocente, que merecía respeto y un futuro limpio, no las sombras de un hombre marcado por la venganza.

Ella creía que no le importaría lo que sucediera, pero él no lo aceptaba. Sabía que, cuando llegara el momento de separarse, sus palabras ya no serían tan ligeras.

Y él jamás la deshonraría.

Cecily era una curandera, no una dama de alta cuna. Pero aun así, para Brodie, era más digna de respeto que cualquier mujer de la corte.

—Voy a cazar. ¿Por qué no recoges ramas para hacer un fuego? —dijo él como respuesta.

Él desapareció antes de que ella pudiera siquiera asentir. Ese hombre la estaba volviendo completamente loca.

Caminó entre los árboles, agachándose de vez en cuando para recoger ramas secas, intentando en todo momento no pensar en Brodie ni en los sentimientos que estaba empezando a albergar por

él. Sin darse cuenta, poco a poco se fue alejando del claro a la vez que se adentraba en el bosque.

Un crujido entre las hojas la hizo detenerse en seco. Su corazón se aceleró. Giró la cabeza, buscando el origen del sonido, y entonces lo vio: un lobo. Sus ojos amarillos brillaban en la penumbra mientras la observaba desde entre los troncos. Sus orejas estaban erguidas y su cuerpo tenso, listo para moverse en cualquier instante.

Cecily retrocedió instintivamente, obligándose a mantenerse en calma. Cada músculo de su cuerpo estaba alerta, y un sudor frío recorrió su espalda. El lobo dio un paso hacia ella, gruñendo bajo, evaluando si era presa o amenaza.

No se atrevió a moverse. Salir corriendo no era una opción: el lobo era mucho más rápido que ella.

—No voy a hacerte daño… no me lo hagas tú a mí —susurró, tratando de mantener la voz firme.

El lobo emitió un aullido bajo y gutural, seguido de un gruñido profundo que hizo que Cecily se estremeciera. Cada pelo de su nuca se erizó, y el corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho. El animal avanzó un paso más, acortando la distancia, y Cecily comprendió que estaba atrapada entre él y los árboles que la rodeaban.

Iba a morir.

Pero entonces, de repente, el día se volvió noche. Y ella fue consciente de que estaba a punto de tener una visión. No sabía si le daba más miedo el lobo o lo que estaba a punto de ver.

Aunque esta visión fue diferente.

Frente a ella surgió la silueta de una mujer pálida, flotando entre la niebla del bosque, con ojos huecos que parecían vacíos de vida y manos extendidas como si la reclamaran. Su boca se movía, pero no emitía sonido alguno, y un frío intenso envolvió a Cecily. La mujer se acercaba lentamente.

—¿Quién sois? —preguntó Cecily, con la voz temblorosa.

—Harás lo correcto —dijo la mujer—. Debes hacerlo.

—No os entiendo —susurró Cecily.

—Lo harás.

Cecily quiso preguntar más, pero antes de que pudiera, la visión se desvaneció. La niebla se disipó, el frío se deshizo, y de repente el día volvió a envolverla con su luz cálida. El lobo había desaparecido, y en su lugar, Brodie estaba a su lado, mirándola con intensidad y preocupación.

—Cecily, ¿qué te pasa? —preguntó, con la voz cargada de urgencia.

—¿Tú has asustado al lobo? —inquirió ella.

—No había ningún lobo. Estabas hablando sola y te he escuchado. Estabas como ida.

—He tenido una visión. Pero el lobo no formaba parte de la visión, él estaba aquí. Iba a atacarme, lo sé.

Brodie negó con la cabeza.

—Yo estaba cerca cuando te escuché. Si hubiera un lobo, lo habría visto.

Cecily tragó saliva, todavía sintiendo el frío de la visión recorrerle la espalda. Por un instante dudó de su propia percepción, y su mirada se clavó en Brodie.

—¿Por qué me pasa esto a mí? —preguntó, con un hilo de voz tembloroso.

—No lo sé —respondió él—. Puede que sea por el cansancio del viaje.

Brodie intentaba ser práctico, buscando una explicación lógica, aferrándose a soluciones tangibles. Pero Cecily sabía que la lógica no tenía cabida en lo que acababa de experimentar.

—Necesito llegar a la corte. Tengo que encontrar a mi madre. O terminaré perdiendo la razón.

—No lo permitiré. Vamos —dijo Brodie con firmeza, tomando suavemente su brazo para guiarla de regreso al claro. Cecily caminaba con pasos vacilantes.

Al llegar, Brodie la ayudó a sentarse en la manta. Él se arrodilló frente a ella, buscó entre las ramas secas que había reunido antes y encendió el fuego con rapidez y habilidad.

—Comer algo te ayudará. He logrado cazar a la liebre.

Cecily no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa al escuchar aquello. Brodie era persistente y nunca se rendía.

Observó en silencio cómo las llamas crecían, sintiendo poco a poco cómo el temblor en sus manos y hombros disminuía. La calidez se filtraba por su ropa y su piel, ahuyentando la sensación de frío que la había acompañado desde la visión. Brodie permaneció cerca, silencioso, pero su presencia era un ancla que la mantenía conectada con la realidad.

—No tengo hambre —murmuró Cecily.

—¿De veras? —cuestionó Brodie, arqueando una ceja con fingida seriedad—. Me he dejado la vida para atrapar a esa criatura y ahora vas a despreciar mi hazaña.

Sus labios esbozaron una media sonrisa, y Cecily supo que bromeaba. No soportaba verla tan abatida y buscaba arrancarle aunque fuera una chispa de alegría.

—¿Estás seguro de que era la misma? —preguntó Cecily.

—Claro que lo era. Ha intentado volver a jugarme una mala pasada. Hasta me ha sacado la lengua.

Cecily se rio.

—¿Se ha burlado de ti?

—Sí, muchacha. Y créeme, era astuto como un diablo peludo. Si no fuera por mi rapidez, ahora estaría riéndose de mí en algún arbusto.

Cecily se rió con más fuerza, llevándose una mano a la boca para intentar contenerse.

—Te lo has inventado.

—Sí —admitió Brodie con una media sonrisa—, pero te he hecho reír. Y eso ya es una victoria mayor que la caza de cualquier liebre.

Cecily bajó la vista, aún con una sonrisa en los labios, pero consciente del calor que subía a sus mejillas. Brodie la observaba, fascinado por la forma en que la risa iluminaba su rostro, borrando la sombra de la visión y devolviéndole la vida.

—No me gusta verte triste —admitió él en voz baja, casi como un pensamiento escapado sin permiso.

Cecily levantó la mirada, sorprendida por el tono de su voz. Sus ojos se encontraron y, por un instante, el murmullo del fuego y del

bosque desaparecieron. Estaban solo ellos dos, y esa chispa peligrosa que los atraía sin remedio.

Ella apartó la vista, intentando recuperar el aliento. Brodie, en cambio, no apartó los ojos de ella, como si quisiera memorizar cada gesto y cada detalle de esa risa que acababa de arrancarle.

Capítulo 16

Tras unos minutos de silencio, Brodie se concentró en la tarea de cocinar la liebre. El chisporroteo de la carne sobre las brasas llenaba el aire con un aroma tentador, y Cecily lo observaba de reojo, sin atreverse a sostenerle la mirada por mucho tiempo.

Cuando él le ofreció un trozo, ella lo aceptó a pesar de que no tenía hambre, pero cuando metió la carne en su boca, se dio cuenta de que estaba más hambrienta de lo que creía. Con cada bocado fue sintiéndose un poco mejor.

—Tenías razón, la comida ayuda —admitió al cabo de un rato, con un suspiro que parecía aligerar el peso que llevaba encima.

Él asintió.

—Siempre ayuda. Todos los problemas se llevan mejor con el estómago lleno.

Cecily se giró hacia él.

—¿También te ayuda a ti?

Brodie apartó los ojos del fuego y los fijó en ella. Durante unos segundos, el silencio pesó más que las llamas.

—Estoy bastante seguro —comenzó, con voz baja— de que el hombre que murió con mi padre lo hizo porque el atacante creyó que era yo.

Cecily se irguió, sorprendida por la confesión.

—¿Quieres decir… que alguien intentaba asesinarte?

—Es solo una teoría —repuso él, pero su tono era demasiado firme para sonar casual—. Una que no he compartido con nadie hasta ahora.

Cecily no apartó los ojos de su rostro, esperando más.

—Mi padre y yo teníamos la costumbre de salir a cazar juntos el mismo día de la semana, siempre que no estábamos fuera en campaña. Él estaba molesto porque había asistido a la boda del laird Sinclair en contra de su voluntad. En vez de ir con varios de sus

hombres, como solía hacer, salió solo con un guerrero. —Se detuvo un instante, apretando la mandíbula antes de continuar—. Ese hombre era fuerte, de complexión parecida a la mía. Creo que el atacante lo confundió conmigo.

Cecily sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Entonces el verdadero objetivo eras tú —susurró, más para sí que para él.

—Así lo creo. Pienso que alguien estaba intentando desestabilizar al clan con la muerte de mi padre y la mía. Quizá un laird que ansía nuestras tierras, no lo sé. Aunque lo que de verdad me perturba es que el hombre que acompañaba a mi padre estaba casado y su mujer estaba embarazada. Perdió al bebé al enterarse de la noticia.

Cecily dejó el trozo de liebre que tenía en la mano en el suelo y estiró el brazo para sujetarle la mano.

—No fue tu culpa. Nada lo fue.

—Lo fue. Nunca debí ir en contra de las decisiones de mi padre.

—Si lo hubieras hecho, ahora estarías muerto. Los dos lo estaríais.

—No, no lo estaría. El clan hubiera estado más resguardado. Y yo me habría dado cuenta de que nos seguían.

—No sé nada sobre estrategias militares —reconoció Cecily—, ¿pero no has pensado que, si querían matarte también a ti, no sabían que el clan estaba más desprotegido ni que tú no estabas allí? E incluso estaban preparados para tu habilidad. Es más, estoy segura de que tu padre era un gran guerrero.

Brodie la miró en silencio, como si evaluara la profundidad de lo que acababa de decir.

—Para no saber nada de estrategias militares —murmuró al fin —, has pensado en cosas que yo no.

Ella sonrió con tristeza.

—Porque el dolor nubla el juicio. Tú solo piensas en la culpa, pero por la decisión que tomaste sigues vivo.

Brodie bajó la mirada al fuego, como si las brasas ardientes pudieran darle una respuesta que no encontraba.

—Tal vez preferiría haber muerto con mi padre —susurró con amargura.

Cecily se inclinó un poco hacia adelante, sus ojos reflejando bajo la luz del fuego.

—Y entonces habrías dejado a tu gente a la deriva. ¿Eso habrías querido? ¿Permitir que el asesino quedase impune? ¿Que lograse su objetivo final, fuese cual fuese? —No aguardó una respuesta—. No, eso no es lo que tú querrías. Ni tampoco tu padre. Él no pudo preservar su propia vida, pero estoy convencida de que su espíritu halla consuelo al saber que has salvado la tuya.

Brodie la observó fijamente, como si sus palabras fueran un río capaz de horadar las piedras que él había alzado alrededor de sí mismo.

—Siempre encuentras la forma de decir lo que necesito escuchar.

El silencio que siguió no fue incómodo. El fuego chisporroteaba, lanzando destellos anaranjados sobre sus rostros. Cecily bajó la mirada, notando cómo el corazón le latía más deprisa.

Cuando volvió a alzarla, se encontró con los ojos de Brodie, tan intensos que le cortaron la respiración. Él alargó una mano y, con torpeza contenida, apartó un mechón de su cabello. El roce leve de sus dedos en la sien le provocó un estremecimiento.

—No te haces una idea de lo que me haces sentir, muchacha —reconoció él en voz ronca.

Cecily apenas pudo susurrar:

—Quizás sí lo sé…

Sus labios se buscaron con timidez primero, un roce breve que encendió en ambos un fuego más intenso que las llamas que tenían delante. Brodie se contuvo, como si temiera asustarla, pero Cecily lo miró sin apartarse, con la respiración agitada y los labios entreabiertos.

Él volvió a inclinarse y la besó de nuevo, más profundo esta vez. Sus manos, fuertes y cálidas, rodearon con suavidad sus hombros, mientras que ella, temblando, posó una mano sobre su pecho, sintiendo el latido firme bajo la tela.

—No puedo seguir conteniéndome. No puedo seguir haciendo lo correcto.

—No lo hagas, por favor. No quiero que te contengas. Quiero ayudarte a quitar un poco del dolor que sientes y que tú me ayudes a mí a lo mismo. —Los labios de Cecily temblaron apenas antes de añadir en un susurro—: Ayudarse no puede ser pecado.

Brodie dejó escapar una risa baja, ahogada, cargada de emoción y ternura.

—Tienes una manera peligrosa de justificar lo que deseo más que nada.

—Lo que los dos deseamos —le corrigió ella, con una firmeza suave que lo hizo mirarla con más intensidad.

Él ladeó la cabeza, como si quisiera asegurarse de que no estaba confundida.

—Tal vez no sabes lo que deseas.

Cecily tragó saliva, pero no apartó los ojos de los suyos.

—O tal vez lo sé demasiado bien —respondió, su voz temblando, aunque no de miedo, sino de certeza—. Quizá nunca he yacido con un hombre, pero mi cuerpo parece saberlo, porque cada vez que me rozas, cada vez que me miras, siento que me derrumbo y que renazco al mismo tiempo.

Brodie contuvo el aire, como si esas palabras lo hubieran atravesado con la fuerza de un juramento. Llevó una mano a su mejilla, acariciándola con una delicadeza inesperada en sus manos curtidas por la guerra.

—Cecily, eres demasiado preciosa para este mundo —murmuró antes de inclinarse y besarla otra vez, despacio, con una reverencia que la hizo temblar.

Ella respondió al beso con la misma entrega, sus dedos buscando instintivamente aferrarse a él, como si fuera lo único real y sólido en ese instante. Su respiración se mezclaba con la de Brodie, y sus labios se encontraban una y otra vez, más profundos, más ansiosos, hasta que la necesidad de ambos se volvió imposible de negar.

Con una lentitud reverente, Brodie comenzó a desvestirla, acariciando cada centímetro de su piel como si quisiera memorizarla.

Cuando por fin quedó desnuda frente a él, se apartó un instante, solo para contemplarla con un brillo ardiente en los ojos, como si estuviera viendo algo sagrado. Después, sin apartar la mirada, él mismo se despojó de sus ropas, hasta quedar expuesto ante ella.

La tumbó con suavidad sobre la manta, cuidando cada gesto como si tuviera entre sus brazos la joya más frágil y preciosa.

—Eres como una diosa —murmuró con voz ronca—. Jamás he visto una mujer más bella que tú.

Cecily, que nunca antes había estado desnuda frente a un hombre, se sorprendió de lo que sintió. Había esperado vulnerabilidad, vergüenza quizá, pero, en su lugar, descubrió una fuerza nueva, una valentía que ardía en su pecho. Se sentía poderosa bajo la mirada de Brodie, como si en ese instante nada pudiera dañarla.

—Y tú también eres muy bello —susurró, con una sonrisa tímida que poco a poco se volvió más segura—. Nunca pensé que un hombre desnudo pudiera serlo tanto.

Él arqueó una ceja, dejando escapar una risa baja que suavizó la tensión ardiente entre ambos.

—No estoy seguro de que quiera saber en qué hombres desnudos pensabas antes de mí.

Cecily soltó una risita nerviosa, cubriéndose el rostro con las manos un segundo antes de que él se las apartara con dulzura, atrapándolas entre las suyas.

—En ninguno —confesó, ruborizada—. Solo en ti.

Como respuesta, él se inclinó hacia ella, besándola de nuevo, esta vez con una dulzura que contrastaba con el deseo ardiente que brillaba en sus ojos. Sus labios recorrieron su mejilla, su cuello, el delicado hueco entre sus clavículas, y cada roce hacía que Cecily arqueara la espalda, descubriendo nuevas sensaciones que la hacían estremecerse.

Brodie la acariciaba con manos firmes y pacientes, como si quisiera enseñarle, paso a paso, que el deseo no era algo que debía temer, sino algo que podían compartir. Y aunque el rubor teñía las mejillas de Cecily, no apartaba la mirada de él; su confianza era absoluta.

Cuando las manos de él le cubrieron los pechos, ella ahogó un gemido de puro placer y le echó los brazos al cuello para acercarlo más. El calor de su piel contra la suya la hizo estremecerse, y cada caricia despertaba sensaciones que nunca antes había conocido.

A pesar de su inocencia, él parecía saber instintivamente lo que necesitaba, incluso aquello que ella misma no reconocía.

Él tocó suavemente sus pezones con la yema del pulgar, provocando que se endurecieran, y cuando pellizcó el derecho, ella dejó escapar un fuerte grito a la vez que le arañaba la espalda con las uñas.

Fue un acto no deliberado, fruto del placer, y cuando él gruñó como respuesta al dolor, ella retiró las manos.

—Disculpadme, no quería hacerte daño.

—Es un dolor muy placentero, Cecily. No dejes de hacer nada que sientas.

Ella volvió a rodearle el cuello con los brazos, buscando la cercanía que la hacía sentir tan viva, tan deseada, tan poderosa. Brodie la sostuvo con firmeza, inclinándose hacia ella, y sus labios descendieron suavemente hasta uno de sus pezones, besándolo y succionando con una ternura intensa.

Su otra mano se deslizó lentamente por su cuerpo, descubriendo cada centímetro con cuidado y reverencia. Cuando alcanzó su intimidad, Cecily arqueó la espalda con un gemido que se perdió entre los susurros del bosque y el crepitar del fuego. El contacto fue suave al principio, exploratorio, pero suficiente para que un calor nuevo se expandiera por todo su ser.

—Estás tan húmeda —murmuró él con voz ronca—. Preparada para mí.

Ella no comprendía del todo lo que quería decir, pero sí sabía algo con certeza: necesitaba más, mucho más, aunque no pudiera ponerlo en palabras.

—Sí… —dijo, porque sintió que necesitaba decir algo aunque no sabía qué.

Entonces sintió algo duro, firme, presionando con suavidad la entrada de su centro. El corazón le latía tan rápido que creyó que iba

a estallar; sabía, sin necesidad de explicaciones, que era la virilidad de él, y que, ese instante, cambiaría todo para siempre.

Brodie se detuvo, conteniendo su propio deseo, y buscó sus ojos con intensidad.

—¿Estás segura de que quieres esto? —susurró, casi como un ruego.

Cecily sostuvo su mirada, los ojos brillantes, llenos de nervios y de certeza al mismo tiempo.

—Nunca he querido nada tanto en toda mi vida.

Los labios de Brodie temblaron en una sonrisa cargada de emoción y deseo contenido. Besó su frente, como si quisiera asegurarle que todo iba a estar bien. Pero ella no necesitaba esa confirmación: confiaba en él con todo su ser.

Avanzó despacio, apenas un poco, y Cecily jadeó al sentir cómo la presión se hacía más intensa. No era dolor exactamente, sino la sensación nueva de que su cuerpo se abría para él. Brodie la acarició con ternura en el rostro y la besó suavemente para distraerla, mientras su otra mano le acariciaba el costado.

—Va a doler un poco al principio. Pasaría ese dolor por ti si pudiera. Pero te prometo que después será muy placentero.

Ella lo miró fijamente, con los ojos húmedos por la emoción, y negó suavemente con la cabeza.

—No tengo miedo. Confío en ti.

Y entonces, Brodie empujó profundamente. Ella emitió un grito más por la sorpresa que por el dolor.

—Lo siento… lo siento mucho —susurró, casi angustiado, acariciándole el rostro y el cabello mientras permanecía inmóvil dentro de ella—. No quería hacerte daño.

Cecily, con el pecho agitado, negó suavemente y le acarició la mejilla con ternura.

—No duele mucho. Solo es extraño… pero lo quiero, Brodie. Lo quiero contigo.

—Gracias, Cecily. Gracias por darme algo tan preciado.

Ella sonrió.

Brodie permaneció quieto dentro de ella unos segundos, acariciando sus mejillas, su cuello, el contorno de sus hombros,

mientras le susurraba palabras de consuelo al oído. Cecily, poco a poco, sintió cómo la incomodidad cedía y era reemplazada por una calidez nueva, un fuego que empezaba a arder en lo más hondo de su vientre.

—Ya no duele —murmuró con un hilo de voz, arqueando suavemente las caderas contra él—. Por favor, no pares.

Brodie soltó un suspiro tembloroso, como si esas palabras hubieran liberado todo lo que había estado conteniendo. Con cuidado, comenzó a moverse dentro de ella, al principio con lentitud, atento a cada expresión de su rostro. El roce era extraño, pero excitante, y pronto los gemidos de Cecily reemplazaron cualquier atisbo de dolor.

Ella lo abrazó con fuerza, hundiendo los dedos en su espalda, aferrándose a él como si temiera que se desvaneciera. Cada embestida la llevaba un poco más lejos, hasta un lugar desconocido pero maravilloso, donde solo existían ellos dos.

Se movían con una sincronía perfecta, como si sus cuerpos hubieran nacido para encontrarse. Brodie la sostenía con firmeza, cuidando cada movimiento, y al mismo tiempo, dejándose llevar por la necesidad que ambos compartían.

Cuando él deslizó de nuevo sus dedos hasta su intimidad, entrando en su interior para acariciar el nudo escondido entre sus pliegues, Cecily sintió que el mundo se quebraba a su alrededor. El placer la atravesó con tal intensidad que sus labios no pudieron contenerlo. Un grito desgarrado escapó de su garganta.

—¡Brodie!

Su voz resonó entre los árboles, fuerte y clara, como un eco que se perdió en la inmensidad del bosque. Por un instante, pensó que hasta los animales que los rodeaban habrían oído su clamor, pero, en ese momento, no le importó nada. Todo lo que existía era él, llenándola por completo, llevándola a un estado que jamás había imaginado.

Brodie se movía dentro de ella con un ritmo intenso y profundo, cada embestida cargada de pasión contenida durante demasiado tiempo. La buscaba con desesperación y, al mismo tiempo, con

ternura, como si ambos fueran lo único importante, como si la venganza y el dolor hubieran quedado relegados.

Cuando alcanzó su propio placer, lo hizo con una fuerza arrolladora, estremeciéndose entero contra ella. El clímax fue tan abrumador, tan devastador en su intensidad, que por un instante creyó haber rozado la muerte y, al superarla, haber despertado en el mismísimo cielo.

Quedaron abrazados, jadeando, sus cuerpos aún unidos, como si el mundo entero hubiera desaparecido a su alrededor. Brodie apoyó la frente en la de ella, cerrando los ojos, y acarició con suavidad sus mejillas enrojecidas.

—Eres mía, Cecily. Solo mía.

Aunque ella sabía que eran palabras dichas por el placer, no pudo evitar pensar que era la mayor verdad que nadie había dicho nunca.

En lo profundo de su alma, Cecily lo reconoció: era suya. Aunque el destino los separara, aunque al final de su aventura nunca volvieran a encontrarse, siempre pertenecería a él. Su corazón, su recuerdo, y hasta su cuerpo llevarían la huella de Brodie para siempre.

Y, en lo más hondo de su ser, con un deseo tan intenso que casi le dolía, anhelaba que también él pudiera pertenecerle a ella. No solo en esa noche, ni en ese instante, sino en cada día que viniese después.

Capítulo 17

Cecily había estado convencida, al abrir los ojos la mañana siguiente, de que Brodie ya no estaría a su lado. Había imaginado que se habría alejado en silencio, que al despertar solo encontraría el vacío y que su actitud regresaría a ser áspera y distante, quizá incluso cargada de arrepentimiento.

Pero no fue así. Brodie seguía allí, tumbado junto a ella, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Cuando notó que ella despertaba, le dedicó una sonrisa tierna, tan inesperada como cálida, que hizo que su corazón diera un vuelco.

Cecily no podía estar más feliz. No se arrepentía lo más mínimo de lo que había sucedido la noche anterior; al contrario, estaba más segura que nunca de que entregarle su virtud a él había sido la mejor decisión de su vida.

Durante los días siguientes del viaje, pese a que no volvieron a hacer el amor, dormían uno al lado del otro, disfrutando de la cercanía de sus cuerpos. Sus conversaciones se volvieron suaves y naturales: compartían recuerdos, contaban historias de su infancia, se reían de pequeñas anécdotas, y disfrutaban de la compañía mutua.

Incluso en los silencios, la presencia del otro era suficiente.

Por eso, cuando se acercaban al castillo de Stirling, donde se encontraba el rey y la corte real, Cecily sintió un vacío en el estómago que la hizo estremecer. No quería que el viaje terminase; no quería separarse de Brodie. Pero, al mismo tiempo, necesitaba encontrar las respuestas que buscaba.

Se tuvo que sujetar con fuerza a las riendas de Chispa para no perder el equilibrio.

—¿Estás bien? —le preguntó Brodie con preocupación mientras se acercaban al puente levadizo.

—Sí —mintió—. ¿Bastará tu presencia para que nos dejen entrar? —inquirió, observando a los imponentes guerreros que custodiaban el acceso.

—No. No puedes acceder a la corte sin una invitación o una razón convincente.

Cecily tiró de las riendas, obligando a Chispa a detenerse.

—¿Y entonces hemos venido hasta aquí para nada? —resopló, frustrada.

Brodie obligó a su caballo a detenerse junto a ella.

—Como nuevo laird, estoy obligado a presentarme en la corte y solicitar una audiencia con el rey para obtener su beneplácito. Por supuesto, es solo un trámite vacío; el rey no tiene poder real sobre quién gobierna cada clan. Antes de salir, envié un emisario para avisar al rey de mi llegada. —Se inclinó ligeramente hacia ella—. No te preocupes, seremos bienvenidos.

Aquello debería haberla tranquilizado, pero, lejos de hacerlo, la turbó aún más.

—Entiendo.

Brodie la conocía lo suficiente como para saber que estaba preocupada.

—No te preocupes, todo va a ir bien.

—No estoy preocupada. Estoy enojada —dijo, sin poder contener sus sentimientos.

—¿Enojada? —repitió él, confundido—. No tienes motivos.

Aquellas palabras provocaron que la ira de Cecily aumentase.

—Claro que los tengo. Acabo de descubrir que eres un mentiroso.

—¿En qué te he mentido, muchacha? —preguntó, acercando su caballo al de ella con una calma controlada.

—Seguro que sigues pensando que tengo algo que ver con el asesinato de tu padre. ¿Me has traído aquí para que me encarcelen? ¿Has dicho alguna verdad desde que te conozco?

Los ojos de Brodie se abrieron como platos, o mejor dicho, como nunca antes los había abierto en toda su vida: sorprendidos y atónitos ante aquel estallido de ira. No podía dar crédito a lo que escuchaba. Ni aunque viviese diez vidas entendería a las mujeres.

—¿Has perdido la razón, muchacha?

—¡No me faltes el respeto! —gritó ella, bajándose del caballo con decisión.

Brodie desmontó también, su postura firme pero alerta.

—Primero, no me faltes tú a mí —replicó, la voz cargada de enfado.

—No te he faltado, solo he dicho la verdad. ¿Qué pensabas, que no me daría cuenta?

—Por los clavos de Cristo, Cecily. No entiendo una palabra de lo que estás diciendo.

—Estoy siendo muy clara. No tengo yo la culpa de que seas un necio.

Él se pasó la mano por la cara, con una mezcla de frustración y resignación.

—Cecily… te tenía por una mujer razonable. Se ve que estaba equivocado.

—Y yo por un hombre sincero. Por lo visto, los dos estábamos equivocados.

—Muchacha, te lo juro, mi paciencia pende de un hilo —dijo él, acercándose lentamente—. Explícame qué te sucede.

—¡Me has engañado! —exclamó Cecily, con los ojos llenos de fuego—. Me hiciste creer que me acompañabas a la corte para ayudarme, y al final, solo era porque tú tenías la obligación de presentarte.

La mirada de él se suavizó al escuchar sus palabras, y sus hombros se relajaron ligeramente.

—No te he engañado. Sí, tengo la obligación de acudir a la corte. Pero el rey es flexible. Podría haberme demorado varios meses más… Incluso algunos nuevos lairds se retrasan años hasta que su puesto está consolidado. Yo planeaba acudir cuando hiciese justicia a mi padre. Ir antes me haría parecer débil, un hombre que no ha logrado vengar a su padre.

Cecily lo observó en silencio, dejando que sus palabras calaran en ella. Poco a poco, comprendió que había juzgado mal sus intenciones. Su enojo se desvaneció, reemplazado por una mezcla de alivio, ternura y agradecimiento.

No solo lo estaba haciendo por ella, sino que estaba dejando atrás su orgullo.

—Lo siento —murmuró, bajando la cabeza y pasando una mano por su rostro—. He sido injusta contigo. —Hizo una pausa, debatiendo si iba a decir las siguientes palabras o no, pero, al final, decidió pronunciarlas porque quería ser honesta con él. Se lo debía —. Tenía miedo de que todo hubiese sido mentira.

—Nada de lo que he dicho es mentira. Ni mis palabras ni mis actos. No me he aprovechado de ti, Cecily, nunca lo haría.

—Lo sé.

Ambos permanecieron unos segundos en silencio, mirándose, diciéndose muchas más cosas con la mirada que con las palabras, sin darse cuenta de que se encontraban en medio del puente levadizo.

—Si habéis terminado ya, moved vuestros caballos. Algunos tenemos mercancía que vender en el mercado del castillo.

Ambos giraron la cabeza y vieron a un comerciante junto a su mujer, sentados sobre una carreta. Detrás de ellos, más carretas se acumulaban, esperando su turno. La discusión de Cecily y Brodie no solo había tenido público, sino que además, estaba bloqueando el paso.

Cecily sintió cómo sus mejillas se encendían de rubor.

—¡Estaban a punto de besarse, Bain! —le reprochó la mujer al marido—. Con tus prisas siempre tienes que estropearlo todo.

—Que se besen y arreglen sus disputas en la intimidad, como hacen todos los matrimonios. —Bain chasqueó la lengua, molesto—. ¿No estás de acuerdo?

—No lo sé, hace tiempo que no nos besamos.

—Eso no le importa a nadie.

Aprovechando la distracción, Cecily se subió a su yegua, y Brodie montó en su semental con el rostro serio. No era por vergüenza de lo que acababa de suceder, sino porque era consciente de que iba a la corte acompañado de una joven que no era su esposa. Las víboras de la corte la tratarían como una furcia, y eso era algo que no podía permitir.

—A todos, salvo al rey, diremos que eres mi esposa —susurró Brodie, lo suficientemente bajo para que tan solo ella pudiese escucharle, mientras se acercaban a los soldados que custodiaban el puente.

—¿Vamos a mentirles a todos? —preguntó Cecily, con el ceño fruncido—. ¿Por qué?

—Eres una joven soltera viajando con un hombre… Te crucificarían con miradas y murmuraciones.

Ella se encogió de hombros, desafiante.

—No me importa mi reputación.

—A mí sí.

Pero no tanto como para casarse con ella.

Cuando él obligó a su semental a detenerse, Cecily se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta. Ni siquiera tenía claro de dónde salía ese pensamiento.

Ella no quería casarse con él.

¿O sí?

—Me casaré contigo —dijo él con solemnidad, y un calor inesperado le subió al pecho a Cecily.

—Hace apenas unos días afirmabas que no te merecía —le recordó ella, frunciendo el ceño con una mezcla de reproche y curiosidad—. ¿Qué ha cambiado?

—Y no lo haces —respondió Brodie con firmeza—. Pero tu honor ha sido mancillado por mi culpa. Incluso podrías estar esperando un hijo mío. Es mi deber como…

—¡Si terminas esa frase, juro que envenenaré tu comida! —interrumpió ella, deteniendo su yegua y fulminándolo con la mirada.

—¡No podéis deteneros de nuevo! —gritó Bain desde atrás con impaciencia.

Cecily giró la cabeza, clavando sus ojos en el mercader con tal autoridad que casi lo hizo retroceder.

—Métase en sus asuntos —le dijo.

—Moveos y lo haré.

Cecily sintió cómo la ira se adueñaba de su pecho. No era mujer dada a ese tipo de alborotos, ni mucho menos a descortesías;

tampoco era tan maleducada, pero, en aquel instante, poco le importaba guardar tales miramientos.

—Aprovechad para besar a vuestra mujer y demostradle cuánto la amáis —espetó.

Bain abrió tanto los ojos que bien podría un pajarillo anidar en ellos sin temor de caer, y su rostro se tornó tan rojo que Cecily creyó que un ejército de tomates habían decidido acampar allí.

—Ella no necesita que se lo demuestre —gruñó con los brazos cruzados.

—¡Sí que lo necesito! —replicó la mujer, elevando la voz mientras gesticulaba con enfado.

Bain se giró hacia ella y comenzó una discusión, pero Cecily no lo escuchó. Suspiró y tiró de las riendas de su yegua, tratando de ignorar el caos a su alrededor. Caos que ella misma había montado.

—¿Estás enojada conmigo? —susurró Brodie, inclinándose un poco hacia ella mientras sus caballos avanzaban lentamente.

—Vaya, laird, sí que eres suspicaz —replicó con una sonrisa ladeada y un brillo burlón en los ojos.

—Cecily, estás siendo… —intentó decir él, pero se detuvo al notar cómo ella levantaba una ceja, retándole a pronunciar la palabra.

—¿Estoy siendo qué? —preguntó ella con ironía.

—Obstinada.

—¿Obstinada porque no pienso permitir que te cases conmigo por pena o por deber?

—¿No son acaso así la mayoría de los matrimonios?

Tal vez, la mayoría eran así. Pero, desde luego, el suyo no lo sería.

Cecily inhaló profundamente, percibiendo el olor del río que cruzaba bajo el puente, el crujido de la madera bajo los cascos de los caballos, y el leve murmullo del viento entre las almenas.

—No vamos a casarnos.

—¿Y si estás encinta?

Cecily ni siquiera lo había pensado.

—No lo estoy. Lo sabría si lo estuviera.

—¿Ah, sí? —preguntó él, burlón.

—Por supuesto.

—De momento, diremos que estamos casados, y al rey, que pensamos hacerlo pronto.

—No mentiré al rey.

—No vas a mentirle.

Estaban a pocos pasos de los soldados, pero ella volvió a parar la yegua. Esta vez escuchó varias voces quejándose; todas ellas, masculinas. Hablaban lo suficientemente bajo como para ser escuchados, pero era evidente que el drama entretenía a las mujeres.

—No voy a casarme contigo —repitió Cecily, mirando a Brodie de reojo.

No lo haría, y menos cuando él no había negado que sus razones no tenían nada que ver con el amor.

Ella lo amaba, no tenía duda de ello. Tal vez lo había amado desde que lo vio por primera vez. Pero no aceptaría de él menos que amor. Si no podía dárselo, ella viviría su vida. Si estaba encinta, criaría a su hijo o hija sola, tal y como su madre había hecho con ella.

—Eso ya lo veremos —replicó él, pero no paró su caballo y continuó hacia donde estaban los soldados.

Mientras avanzaba, Brodie no pudo evitar lanzar una mirada de reojo hacia Cecily. Su corazón se agitaba con fuerza y un calor desconocido lo invadía cada vez que la veía. Era obstinada, testaruda, valiente y peligrosa, de una manera que él nunca había imaginado.

Iba a casarse con ella, porque era su deber y porque tenía la excusa perfecta para hacerlo sin sentirse culpable.

Porque él no era digno de Cecily, pero la deseaba como jamás había hecho con ninguna mujer. Si por todo lo que había hecho no iba a ir al infierno, estaba sentenciado desde el momento que yació con ella.

Y, aún así, condenaría a su alma a una eternidad de sufrimiento y dolor por tener a esa mujer todos los días a su lado.

Capítulo 18

Cecily jamás había puesto un pie en una alcoba tan amplia y lujosa como aquella en la que les habían acomodado. Tampoco había tenido nunca una doncella personal dedicada únicamente a bañarla, vestirla, y acicalarla.

Y, sin embargo, ninguna de aquellas atenciones le resultaba verdaderamente agradable. Aunque cualquier dama habría suspirado de dicha en semejante entorno, para Cecily aquello se sentía extraño, casi incómodo. Aun así, era demasiado educada para mostrar su desagrado.

Por eso permanecía quieta, sentada en la silla del tocador, mientras la doncella peinaba su cabello con esmero. Con dedos hábiles, la joven iba separando mechones sedosos, trenzándolos con delicadeza y recogiendo parte de ellos en un elegante moño bajo, dejando que el resto cayera suelto en ondas suaves sobre sus hombros. Para rematar, sujetó la trenza con una cinta de seda color marfil y dejó escapar algunos rizos sueltos alrededor del rostro, enmarcándolo con gracia.

Cecily, observando su reflejo en el espejo de plata, apenas se reconocía.

—Me gustas más con el pelo recogido en una coleta —dijo Brodie, entrando en la estancia que compartían.

Como habían dicho que eran marido y mujer, les habían dado una sola alcoba. Aunque era lo suficientemente grande para que uno de los dos durmiese en el suelo si era necesario. Ese iba a ser Brodie, ya que ella seguía lo suficiente enfadada con él como para no permitirle compartir la cama.

Ni siquiera estaba segura de la razón por la que estaba enojada. Él estaba siendo muy considerado al proponerle matrimonio; aunque no le había propuesto nada, sino que se había limitado a

ordenárselo. Y Cecily había descubierto que, en contra de lo que toda su vida había pensado, no le gustaba que le ordenasen nada.

La doncella tragó saliva al escuchar al laird, insegura de si había hecho bien en su labor. Cecily se giró hacia ella con una expresión serena.

—No le hagas caso —replicó con suavidad, levantándose de la silla y acompañando sus palabras con una sonrisa amable—. A mí me encanta.

La muchacha dejó escapar una pequeña sonrisa de alivio, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Si vuestra merced necesita algo más, avisad a los guardias del pasillo. Ellos me harán llamar —respondió.

—No voy a necesitar nada más, pero agradezco tu dedicación.

La doncella hizo una última reverencia, retrocediendo unos pasos sin dar jamás la espalda —como dictaba el decoro en la corte —, hasta alcanzar la puerta. Con un movimiento ágil abrió la hoja de roble, salió y la cerró suavemente tras de sí, dejándolos a solas.

—¿Cómo se te ocurre ser tan desconsiderado? —lo increpó Cecily en cuanto la puerta se cerró, alzando la barbilla con firmeza.

Brodie, recostado en el marco de la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho y la sombra de una sonrisa en los labios, arqueó una ceja.

—¿De veras te place ese peinado? —preguntó con tono escéptico.

—Esa no es la cuestión —replicó ella sin titubear, clavando en él una mirada reprobatoria.

—Deseas que sea sincero, y sincero he sido —dijo él, con voz grave, tranquila, casi provocadora.

—Sinceridad, sí. Pero no descortesía. Deberías buscarla y disculparte con ella.

Brodie descruzó los brazos.

—La buscaré, sí, pero solo para decirle que el vestido que ha escogido para ti es de mi entero agrado. —Su mirada descendió lentamente por la figura de Cecily, deteniéndose con osadía en el escote ajustado del corpiño—. Te ciñe la cintura como si hubiese

sido hecho a tu medida y realza tus pechos de un modo que hace difícil apartar la vista.

El rubor ascendió de inmediato a las mejillas de Cecily, que apretó los labios con severidad, aunque su corazón latía desbocado.

—Eres un descarado —murmuró ella, esforzándose por sonar indignada, pero un leve temblor en su voz la delató.

—Solo cuando se trata de ti. Pero, pensándolo bien, no tengo nada que agradecerle. —Su mirada descendió una vez más hacia el vestido, y su mandíbula se tensó—. No me agrada en absoluto que lo lleves puesto durante la cena.

Habían sido invitados a una cena en el gran salón del castillo. Aunque, en realidad, había sido una orden del rey disfrazada de invitación.

Cecily frunció el ceño, sosteniendo la mirada de Brodie.

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

—Porque no soporto la idea de que otros hombres te miren como yo lo hago ahora.

Ella arqueó las cejas, sorprendida, pero una sonrisa fugaz le tembló en los labios.

—Antes tenías razón.

—¿No la tengo siempre? —replicó él con fingida arrogancia, con una chispa de humor brillando en sus ojos.

Cecily entornó los ojos con gesto incrédulo.

—Ya no voy a decirte en qué.

Brodie se separó del marco de la ventana y, con pasos firmes y silenciosos, se aproximó hasta quedar frente a ella. Su altura imponía, y sin embargo, cuando levantó una mano y le acarició suavemente el rostro con el dorso de los dedos, su gesto fue de una ternura inesperada. El roce fue tan ligero que un estremecimiento recorrió la piel de Cecily.

—Dímelo —pidió en un susurro ronco, tan cercano que su aliento rozó su mejilla—. Quiero oírlo de tus labios.

Cecily inspiró hondo, como si necesitase reunir fuerzas para no sucumbir. Lo miró fijamente, sus ojos verdes ardiendo con una mezcla de desafío y rendición.

—He debido perder la razón —murmuró al fin—, porque esa posesividad tuya, tan obsesiva y descarada, debería repelerme y, sin embargo, me agrada.

La sonrisa de Brodie se ladeó apenas, pero en sus ojos se encendió un fulgor intenso, como si esas palabras hubiesen encendido una hoguera que llevaba demasiado tiempo conteniendo.

—Entonces no la has perdido —dijo él con gravedad, inclinándose un poco más hacia ella—. Solo la has entregado a mí. Eres mía, solo mía, Cecily.

El corazón de Cecily latía con violencia en el pecho. Una parte de ella deseaba empujarlo, recordarle que no era su dueño, que no permitiría ser tratada como una posesión. Pero otra parte, aquella que se estremecía bajo el peso de su mirada y que ardía con cada roce de sus dedos, ansiaba rendirse a ese dominio. Porque ella era suya.

—¿Y tú eres mío? —La pregunta se escapó de sus labios.

Brodie suspiró, desviando los ojos hacia la ventana como si buscara allí una respuesta que no quería darle.

—No es tan sencillo, Cecily.

Ella entornó los ojos, cruzando los brazos con ademán severo.

—Oh, lo entiendo. Yo te pertenezco, pero tú perteneces a todas las mujeres. O, al menos, a aquellas que te sean de agrado.

Él giró el rostro bruscamente hacia ella, con los ojos muy abiertos, como si sus palabras hubiesen sido un ultraje.

—Jamás he dicho semejante cosa.

—Sí que lo has dicho.

—Lo que he dicho y lo que tú quieres oír parecen ser dos cosas muy distintas.

—Son lo mismo.

—Muchacha, ¿quieres hacer el favor de no tergiversar mis palabras?

Cecily lo sostuvo con la mirada y los labios apretados.

—No tergiverso tus palabras, Brodie. Tú mismo no dejas de repetir que soy tuya. Al principio, pensé que era tan solo el fruto del deseo… —Su voz se quebró un instante, pero se recompuso enseguida—. Mas no, sigues repitiéndolo, como si fuese un

juramento. Y, sin embargo, cuando yo te pregunto si me perteneces, te niegas. Tú quieres que yo sea tuya, que me encierre en esa certeza… mientras tú pretendes ser libre como el viento. Libre para no deberte a nadie. Ni siquiera a mí, a la mujer que quieres atar y encerrar.

—¿Atar y encerrar? —repitió Brodie, frunciendo el ceño, con un dejo de incredulidad—. Mujer, ¿te estás escuchando?

—Perfectamente —respondió ella, erguida como una reina en su trono—. Quieres reclamarme como tuya, y sin embargo me niegas el mismo derecho sobre ti. Eso, Brodie, es atar y encerrar.

Él apretó la mandíbula, avanzando un paso más hacia ella. La distancia se volvió corta, cargada de tensión.

—No entiendes nada, Cecily.

—¿No? —lo desafió ella, alzando apenas la barbilla—. Entiendo más de lo que crees. Un hombre que proclama posesión, mas no entrega. Un laird que manda, pero teme rendirse a la mujer que tiene delante.

Sus palabras lo golpearon con más fuerza que cualquier espada. Brodie la miró en silencio un instante, con un brillo tormentoso en los ojos.

—Rendirme a ti —murmuró, casi como si probara el peso de esas palabras en su boca—. ¿Acaso no ves que ya lo he hecho?

—Si lo hubieses hecho, no dudarías en decir que eres mío.

Brodie alzó la mano, rozando apenas el contorno de su rostro con los nudillos, como si ella fuese su bien más preciado, tan frágil y a la vez tan vital como el aire mismo.

—No puedo ser tuyo —murmuró con voz ronca, cargada de verdad—. No mientras mi corazón siga lleno de rencor. No mientras el ansia de venganza me queme por dentro como brasas que nunca se apagan.

—Entonces jamás serás feliz —susurró Cecily con amarga ternura. Cerró los ojos durante un instante, disfrutando del toque de Brodie, para después apartarse de él—. Porque un hombre que vive encadenado al odio no puede serlo.

Brodie apretó la mandíbula, desviando la mirada como si no soportara oír esas palabras, aunque sabía que eran ciertas.

—Y no merezco serlo, Cecily.

—En eso te equivocas. Sí lo mereces. Más de lo que crees.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos, como un puente invisible que se tensaba en el aire. Cecily dio otro paso hacia él, y Brodie la recibió bajando el rostro hasta rozar apenas su frente con la suya. Por un instante, el mundo se redujo al calor de sus alientos mezclándose, al temblor de sus labios a punto de encontrarse.

Y entonces se besaron.

Se habían besado otras veces, sí, pero este fue distinto. No había prisa, no había deseo salvaje ni desesperación, ni siquiera confusión.

Fue un beso lento, profundo, como una promesa no pronunciada. Donde ella le prometía la felicidad y él la aceptaba.

Cecily sintió cómo el tiempo se disolvía, cómo el peso de las dudas y las discusiones quedaban atrás. El mundo entero parecía desvanecerse, reducido solo a la presión de la boca de Brodie contra la suya, al calor de sus manos rodeando su cintura como si jamás fuese a dejarla escapar.

Y tampoco era como si ella quisiese hacerlo. No, ella quería estar siempre a su lado.

Él, por su parte, se sorprendió al descubrir que ese beso no nacía del deseo carnal que tantas veces lo había arrastrado, sino de un anhelo más profundo, más peligroso: el de pertenecer. Era como si, en ese instante, sin darse cuenta, se estuviese entregando a ella sin condiciones.

Como si todo el odio que sentía se disolviese, como si ella fuese lo único que realmente importaba.

Cuando se separaron en apenas un suspiro, con los labios aún rozándose, Cecily lo miró a los ojos y vio en ellos una batalla silenciosa: el hombre que quería odiar y vengarse, luchando contra el hombre que, en ese preciso instante, era suyo.

Brodie apoyó la frente en la de ella, respirando entrecortado.

—Cecily… —murmuró, como si su nombre fuese una plegaria y una condena al mismo tiempo.

Ella no respondió. No lo necesitaba. Su mirada bastaba. Porque, en esos momentos, Cecily sintió que, de alguna manera, él la pertenecía.

Y justo entonces, un golpe seco en la puerta quebró la magia del momento.

Ambos permanecieron inmóviles unos segundos más, reacios a separarse. Fue Cecily quien finalmente se apartó con un suspiro, intentando recomponer su cabello con las manos temblorosas, mientras Brodie cerraba los ojos, maldiciendo para sí la inoportuna interrupción.

—¡Adelante! —exclamó Brodie.

Un soldado real cruzó la puerta. Su semblante era pétreo.

—Laird, milady. Os esperan en el salón.

Capítulo 19

Cecily y Brodie avanzaron por los largos corredores del castillo, cuyos muros estaban revestidos de tapices gruesos que representaban batallas antiguas y cacerías reales. Las antorchas, colocadas a intervalos regulares, lanzaban un fulgor cálido que danzaba sobre los suelos de piedra pulida, reflejando los escudos de armas incrustados en las paredes. La sensación de grandeza era abrumadora: techos altísimos, candelabros de hierro forjado colgando con elegancia y alfombras bordadas que cubrían los pasillos como ríos de color.

Cecily no podía creerse que tanta riqueza existiese. Tampoco era como si ella la necesitase, pero no podía evitar admirarla. Aunque era evidente que no pertenecía allí, que estaba fuera de lugar.

Si tenía alguna duda, se disipó al llegar al gran salón.

La sala era inmensa, con paredes revestidas de tapices que narraban la historia de reyes y héroes escoceses, y un techo sostenido por vigas de roble talladas con intrincados motivos. Varias largas mesas de madera noble estaban dispuestas en paralelo, cada una cubierta con manteles finamente bordados y flanqueadas por bancos con cojines. Platos de plata y copas relucientes reflejaban la luz de los candelabros, mientras los invitados conversaban en un murmullo elegante y contenido.

No pasó desapercibida. Sus pasos fueron seguidos por miradas curiosas y murmuraciones apenas contenidas. Algunos nobles intercambiaban comentarios en susurros, alzando apenas las cejas ante la joven que avanzaba junto al laird Brodie, claramente fuera de su elemento. Cecily sintió un escalofrío recorrerle la espalda, consciente de cada par de ojos que se posaba sobre ella.

—Levanta la cabeza —murmuró Brodie a su oído—. Son como animales salvajes: si huelen tu miedo, te destrozarán sin piedad.

—No me agrada ser el centro de atención —susurró ella, intentando mantener el paso firme.

Él le ofreció el brazo con naturalidad, invitándola a enlazar el suyo, y al hacerlo lanzó a los cortesanos una mirada acerada, como si fueran puñales invisibles. Después giró hacia ella con una sonrisa que contrastaba con su dureza de instantes antes.

—Deberías estar acostumbrada.

—No lo estoy. Solo soy una curandera. Hasta ahora, a nadie le ha importado mi presencia, salvo cuando necesitaban de mis cuidados.

Brodie dejó escapar una leve risa, inclinándose hacia ella lo suficiente como para que solo Cecily pudiera escucharlo.

—Eso es porque no te has dado cuenta. Todos los hombres te miran siempre, incluso cuando tú no lo ves.

Cecily lo miró de reojo, incrédula, como si sus palabras fuesen una broma de mal gusto.

—¿Todos los hombres? —repitió en un murmullo, con un deje de ironía—. Apenas me miraban cuando estaba en el clan Sinclair.

—Eso fue porque Lady Gisela, con sus artes, habrá persuadido a Malcolm Sinclair de que amedrentase a cualquiera que osara posar los ojos en ti.

Cecily soltó un resoplido breve y negó con firmeza.

—No, Brodie. Gisela no precisa enviar a su esposo a tales menesteres. Ella misma es capaz de infundir temor sin ayuda de nadie.

—No lo pongo en duda. Reconozco que, durante el festejo de su enlace, me infundió algo de temor. Aunque tú me infundiste más.

—¿Yo? —preguntó, sin poder ocultar el desconcierto—. Si fui amable contigo.

—Lo sentí incluso antes de que me dirigieras una sola palabra —respondió Brodie, con un brillo travieso en los ojos.

Ella lo observó con gesto de franca perplejidad.

—No entiendo.

Él se inclinó apenas hacia ella, con voz baja, como si le compartiese un secreto prohibido.

—Fueron tus ojos. Apenas se posaron en mí y ya pensé: si me manda saltar del torreón, acabaré tan solo preguntando: ¿en qué dirección, mi señora?

Cecily no pudo evitar soltar una carcajada, tapándose los labios con la mano para no llamar la atención. La risa le alivió el pecho, disipando la tensión que había sentido desde que cruzaran el umbral del salón.

Su corazón también se calentó, porque aunque sabía que él bromeaba, las palabras llevaban un trasfondo que, después de todo lo que había sucedido entre ellos, no pudo ignorar.

—Eres un necio —murmuró, todavía sonriendo.

Él le guiño un ojo a la vez que se soltaba de su agarre.

—Siéntate aquí —le pidió Brodie, apartando una de las sillas libres.

Solo entonces Cecily reparó en que se encontraban ya en una de las grandes mesas dispuestas para la ocasión, en los asientos que les habían sido asignados. Apenas había notado las miradas ni los cuchicheos. Con su ingenio y descaro, Brodie había logrado distraerla de todos ellos.

Se sentó con delicadeza, y Brodie ocupó el asiento a su lado.

—Laird MacLaren —lo saludó un hombre de mediana edad que se hallaba frente a ellos sosteniendo una jarra de cerveza. Tenía una sonrisa cargada de cierta insolencia—. ¡Ya era tiempo de que os dignaseis a aparecer por la corte!

Brodie tomó un panecillo y lo partió entre sus manos con calma.

—Ferguson, algunos valoramos más permanecer en nuestro clan, cuidando de los nuestros, asegurándonos de que no pasen hambre ni sean atacados.

—Mi segundo se ocupa del clan en mi ausencia. —Ferguson enderezó los hombros con orgullo—. Es un hombre de mi total confianza.

—También el mío lo es. Pero eso no significa que me desentienda de mis deberes para pasar meses en la corte, bebiendo y chismorreando como una vieja junto al fuego.

Las mejillas de Ferguson se encendieron de rojo y sus dedos se aflojaron, casi soltando la jarra de cerveza que sostenía.

—No eludo mis responsabilidades.

Brodie arqueó una ceja, fingiendo estar sorprendido.

—¿Ah, con que os habéis dado por aludido? Pues no hablaba de vos.

Un murmullo divertido recorrió parte de la mesa. La mujer mayor sentada junto a Cecily, vestida con los colores de su clan, dejó escapar un suspiro cansado.

—Todos los hombres son iguales, no importa la edad. Unos bravucones sin remedio.

Cecily, contagiada por su ironía, sonrió.

—No hay mayor verdad que esa —respondió, logrando que varias cabezas se girasen hacia ella.

El hombre mayor al otro lado de la mujer —sin duda su esposo, pues lucía los mismos colores— la observó con curiosidad y descaro.

—Muchacha, ¿sois inglesa?

—Lo es —respondió Brodie al instante, con un filo protector en la voz, antes de que ella pudiera abrir la boca.

Cecily percibió cómo su brazo se tensaba sobre la mesa, dispuesto a contenerse apenas lo justo. Estaba claro que, si aquel hombre lanzaba una sola palabra de desprecio, Brodie no dudaría en levantar la voz o el puño. Pero el hombre no parecía ofendido en lo más mínimo; ni se alteró, ni le dio importancia.

Cecily lo estudió un segundo y apostó en silencio que no era por ignorancia del peligro que Brodie podía suponer, sino porque realmente le daba lo mismo.

—¿Y qué tendrán las inglesas? —preguntó el hombre con tono casi burlón—. ¿Que últimamente todos los laird jóvenes os desposáis con una?

Unas risas masculinas brotaron aquí y allá, pero varias mujeres de la mesa torcieron el gesto con fastidio.

Su mujer lo miró.

—Quizá —dijo con serenidad—, los jóvenes saben reconocer el valor allí donde lo hallan, aunque esté en tierras extrañas. No tengo que mirar dos veces a esta joven para saber que hará bien su labor como señora de su clan.

Cecily se sintió incómoda por las palabras. No porque no las apreciara, sino porque ella no era la mujer de Brodie. Ese pequeño engaño, aunque entendía su necesidad, le resultaba molesto. Nunca le había gustado mentir.

El anciano, esposo de la mujer, sonrió y posó una mano firme sobre la de su esposa, apretándola con afecto.

—Y yo no tuve que salir de Escocia para darme cuenta de la dicha que tengo. Toda mi vida he sabido que esta mujer a mi lado es un tesoro, y cada día que pasa, me sigue maravillando.

Cecily no pudo evitar que un ligero pinchazo de envidia la recorriera. Anhelaba, secretamente, un amor así: que un hombre la mirase con devoción constante, que la quisiera sin importar los años, con la misma intensidad en la vejez que en la juventud. Y, en lo más hondo de su corazón, deseaba que ese hombre fuese Brodie.

Y por eso no podía casarse con él. Porque él no la amaba. La deseaba, la protegía, tal vez la apreciaba, pero no la amaba.

Las conversaciones continuaron a su alrededor, pero Cecily no podía apartar la mente de lo que tanto anhelaba: que aquel hombre que estaba sentado a su lado, que de vez en cuando rozaba su mano mientras hablaba con otro comensal, o que inclinaba el rostro para susurrarle algo divertido, no estaba enamorado de ella. Cada gesto suyo la mantenía cerca, la acariciaba con atención y la miraba con deseo, y sin embargo, su corazón seguía prisionero de una verdad que ella no podía ignorar: Brodie no era suyo, no solo porque su corazón estuviese lleno de odio como él decía, sino porque no la amaba.

—He oído que sois curandera —dijo la anciana sentada a su lado, inclinándose apenas hacia Cecily para que solo ella la escuchase, provocando que la joven le prestase toda su atención.

Cecily asintió, un poco sorprendida de que aquella anciana supiese esa información. Al parecer, Brodie había estado en lo cierto, y los rumores volaban en la corte como aves inquietas.

—Así es.

—Mi marido sufre desde hace meses un dolor en la rodilla al andar —susurró la mujer, aprovechando que este estaba absorto en una acalorada conversación con otros comensales—. Mas es

testarudo y se niega a que alguien se lo examine. He recurrido a una de las curanderas de la corte, pero su remedio no ha surtido efecto.

Cecily se mordió el labio inferior, pensativa.

—Podríais preparar un ungüento de aceite de oliva mezclado con hierbas de romero y milenrama, y aplicarlo con masajes suaves sobre la articulación afectada. Esto aliviará la inflamación y fortalecerá los tendones —explicó con voz tranquila, consciente de mantener la discreción.

—No soy buena preparando ungüentos. ¿Lo haríais vos por mi?

—No tengo hierbas de romero ni milenrama.

—Hay varias curanderas en la corte. Quizá ellas tienen esas plantas o pueden conseguirlas.

En ese momento, Cecily cayó en la cuenta.

—Una de ellas no responderá al nombre de Sorcha, ¿verdad?

El corazón de Cecily comenzó a latir con esperanza cuando la anciana arrugó el ceño, pensativa. Mas pronto se quebraron sus ilusiones.

—No que yo recuerde. ¿La buscáis por alguna razón?

—Ella es…

—Una curandera que mi mujer conoció hace un tiempo y le enseño mucho de lo que sabe. — Brodie terminó la frase por ella, interviniendo en su conversación—. Nos han dicho que podría estar en la corte —continuó, ignorando el ceño fruncido de Cecily.

Si la anciana sospechó algo, no lo demostró.

—No que a mi me conste, y bien sabe dios que, en busca de un remedio que ayude a mi testarudo marido, he hablado con todas.

—¿Seguro? —insistió Cecily. ¿Tal vez su madre estaba usando otro nombre? Ella siempre había sido precavida y muy astuta—. Es una mujer de mediana edad, con ojos castaños como... —se detuvo al sentir cómo Brodie pellizcaba su brazo con suavidad en señal de advertencia— esta mesa de roble —improvisó—. Y un cabello color azabache muy largo, que siempre lleva recogido en una trenza. —No pudo evitar sonreír, porque Cecily siempre había admirado el pelo de su madre.

La anciana negó con la cabeza.

—Disculpadme, pero no la recuerdo. En el mes que llevamos en la corte no he visto ninguna curandera con tales características. Puedo indagar…

—No será necesario —respondió Brodie antes de que Cecily pudiera abrir la boca.

La anciana asintió con discreción, comprendiendo la autoridad del joven laird.

Cecily cerró los labios con fuerza, pero sintió cómo la furia la dominaba por dentro, un calor que no lograba controlar. La cena continuó, y cuando por fin terminaron y todos se levantaron, se dirigieron de vuelta a su alcoba.

En cuanto las puertas de roble se cerraron tras ellos y quedaron a solas, Cecily ya no pudo contener más su frustración.

—No tienes derecho a hablar por mi —le dijo, airada.

—Cecily —comenzó Brodie, con el ceño fruncido—, no sabes en lo que te estás metiendo. La corte no es un lugar para que se hable a la ligera de tus asuntos ni de los de tu madre. Cada palabra puede volverse contra ti.

—La anciana es de fiar.

—¿Como sabes si es de fiar? Solo has hablado con ella unos minutos.

—Lo es.

Brodie se pasó una mano por la cara con cansancio.

—Por los clavos de cristo, Cecily… No puedes confiar en cualquiera de ese modo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Convertirme en una desconfiada como tú? —Se cruzó de brazos—.¡Me niego!

—Sería más seguro, sí.

—Ser desconfiada no me va a ayudar a encontrar a mi madre.

—La hallaremos. Pero será a mi manera.

La furia que había estado conteniendo estalló en ella de golpe.

—¿Tu manera? —repitió con voz enardecida—. ¡Es mi madre, Brodie! ¡No la tuya! Deja de controlarme.

Brodie la sostuvo con la mirada, intentando calmarse, pero sus ojos ardían con la misma frustración que los de ella.

—Cecily, escúchame —dijo con voz baja, tensa como un arco—. No intento arrebatarte tu voluntad. Solo temo que un paso en falso pueda costarte muy caro.

—Y si así fuera, ese sería *mi* problema —se señaló a sí misma, como si de esa manera pudiese recalcar sus palabras—, no el tuyo.

—¿De veras crees que, si te sucede algo, no es asunto mío?

—Por supuesto que no lo es. Ya cumpliste tu promesa, me trajiste hasta la corte. Ahora puedes irte.

—¿Puedo irme? —repitió, incrédulo, como si no pudiera creer lo que escuchaba.

Cecily no contestó. Se limitó a cruzarse de brazos de nuevo y fruncir el ceño con gesto altivo, aunque su respiración entrecortada la delataba.

—Muchacha testaruda… —murmuró Brodie, rompiendo de golpe la distancia que los separaba.

Antes de que ella pudiera retroceder, sus labios capturaron los de Cecily en un beso intenso, cargado de intención. Un beso con el que intentaba demostrarle todo lo que ella le importaba.

Cecily intentó resistirse, tiesa al principio, con las manos apoyadas contra el pecho de él como para apartarlo. Pero, la fuerza de aquel beso, la calidez de su boca, deshicieron su resolución.

Un suspiro se le escapó de los labios y, casi sin darse cuenta, sus manos dejaron de empujarlo para aferrarse a sus hombros. Su resistencia se quebró en un instante y terminó rindiéndose a la vorágine de emociones que Brodie desataba en ella.

Él la estrechó con fuerza, como si temiera que pudiera escapar, y el beso se profundizó, encendiéndolos a ambos hasta que ya no hubo rastro de ira, solo deseo. Un deseo que no querían retener.

Ninguno de los dos supo en qué momento dejaron de pensar en palabras o en reproches. Tampoco fueron conscientes de cómo la ropa desapareció entre caricias y prisas; lo único que existía era la necesidad de sentirse, de fundirse el uno en el otro, como si nada más en el mundo importara.

Brodie la guio lentamente hacia el lecho. Cuando Cecily estuvo encima de la cama, posó una mano sobre sus muslos y los abrió con

delicadeza. Al sentir el aliento cálido de él acercándose a su intimidad, Cecily abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué haces?

Brodie sonrió.

—Voy a darte un placer que jamás has imaginado. Mucho más de lo que crees poder soportar.

Cecily apenas alcanzó a comprender el sentido de las palabras de él. Pero en cuanto sus labios y su aliento rozaron aquel lugar secreto, un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza. El aire se le escapó de los pulmones en un gemido ahogado, y por un instante, creyó que podría morir de puro placer.

Brodie, complacido por su respuesta, deslizó la lengua lentamente, explorándola con paciencia y firmeza, como si quisiera aprender cada una de sus reacciones. El contacto húmedo y ardiente arrancó otro gemido de su garganta, más alto, más desesperado.

Sus manos descansaron contra el colchón, incapaces de decidir si apartarlo o atraerlo más. Al final, fue lo segundo lo que prevaleció: sus dedos se enredaron en el cabello de él, guiándolo sin siquiera darse cuenta.

Cada caricia de la boca de Brodie sobre su intimidad era un incendio nuevo, una oleada de placer que la hacía arquearse contra él. Cecily, perdida entre jadeos, apenas podía creer lo que estaba sintiendo. Nunca había imaginado que algo así fuera posible.

Brodie intensificó el ritmo, combinando la suavidad de sus labios con la presión de su lengua, cada movimiento calculado para arrancarle un nuevo gemido. Sus manos firmes la sujetaban por los muslos, impidiéndole escapar, obligándola a aceptar cada oleada de placer que él le regalaba.

Cecily trató de contenerse, de no perderse por completo, pero era inútil. Su cuerpo respondía sin reservas, temblando bajo sus atenciones, suplicando sin palabras que no se detuviera.

El calor en su vientre creció hasta volverse insoportable; una tensión dulce y abrasadora que la envolvía entera. Y cuando Brodie rozó el punto más sensible con la lengua, un grito ahogado escapó de su garganta, su espalda se arqueó con fuerza, y el mundo entero se desvaneció en una oleada de placer cegador. Se estremeció una y

otra vez, atrapada en el clímax que él le había provocado, hasta que por fin, exhausta, cayó de nuevo sobre el colchón, con la respiración entrecortada y el corazón desbocado.

Brodie alzó la cabeza lentamente, sus labios aún brillantes, y la miró con una mezcla de orgullo y ternura.

—Eres aún más hermosa así —le dijo.

—¿Así cómo? —preguntó Cecily, aún temblorosa, mientras trataba de recuperar el aliento.

Él sonrió apenas, inclinándose para besar con suavidad la piel ardiente de su vientre.

—Como una mujer que acaba de entregarse al placer sin reservas. Al que yo le he dado. Más mía que nunca.

Brodie estaba sentado encima del colchón, y Cecily se incorporó para posar una mano sobre el pecho de él y tumbarlo.

Él la miró sin entender.

—Yo también quiero hacerte mío, aunque sea durante unos minutos.

Brodie no entendió lo que ella decía, pero cuando se colocó entre las dos piernas de él, de rodillas, tragó saliva.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé.

Sus manos temblorosas tomaron la longitud de él, sin un plan, sin experiencia, solo siguiendo un instinto que no podía controlar. Sus labios se acercaron, rozándolo con delicadeza, y cada roce provocaba que Brodie se tensara y suspirara. Cecily no sabía qué hacía exactamente, pero se dejaba llevar por la intensidad del momento, por la cercanía de él, por el calor que los envolvía.

Se inclinó más, explorando con suavidad, guiada únicamente por el deseo y la urgencia de provocarle placer, sin técnicas ni conocimientos, solo instinto. Cada gemido, cada reacción de Brodie la alentaba, y ella respondía sin pensar, descubriendo un poder que desconocía poseer: la sensación de tenerlo rendido ante ella.

Un poder que le gustaba, uno que le hacía sentirse poderosa.

—Por los clavos de Cristo, muchacha. Eres increíble —dijo él con la voz entrecortada por el deseo.

Aquellas palabras la animaron a continuar, y cuando Brodie colocó suavemente su mano en la nuca de Cecily, guiándola a profundizar, ella siguió sus indicaciones con un temblor de emoción.

Y entonces, Brodie alcanzó el límite de su deseo.

Cecily fue a separarse, pero Brodie posó una mano en su nuca, atrayéndola hacia sus labios. La besó con profundidad, y cuando ambos se quedaron sin respiración, se tumbaron sobre el lecho. Brodie los cubrió a ambos con las mantas.

Cecily se acomodó sobre el pecho de él, sintiendo cómo el sueño la envolvía lentamente.

—Duerme tranquila, preciosa. Yo estaré aquí —murmuró él.

Y aunque Brodie no era consciente de ello, aquellas eran, para Cecily, las palabras más dulces y reconfortantes que él podría decirle.

Capítulo 20

Brodie observaba a Cecily mientras aguardaban frente a la imponente puerta del salón del trono, donde en cualquier momento serían recibidos por el rey.

Ella no lograba contener el temblor de sus manos, que se entrelazaban con nerviosismo.

—Todo irá bien. El rey Guillermo dista mucho de ser un déspota como vuestro soberano —le susurró Brodie, en un intento de tranquilizarla.

—Si el rey Juan fuese tan solo un déspota, aún sería soportable. Mas es un ser vil, un cobarde y un asesino —replicó con una firmeza inesperada. Sus palabras arrancaron de Brodie una mirada de asombro, y de los guardias que custodiaban la puerta, una fugaz expresión de admiración.

—¿Qué os ha hecho? —indagó él en voz baja.

—A mí, nada. Ni siquiera sabe que existo, y aunque lo supiera, no perdería en mí un solo instante de su pensamiento. En cambio, a Gisela… —calló de súbito, debatiéndose entre revelar más o guardar silencio. No era su historia para contar, y menos aún con los soldados que, pese a que fingían indiferencia, estaban atentos a cada palabra—. Lo importante es que no logró su propósito, y Gisela hoy es feliz. Ella se merece serlo.

Brodie la miró con intensidad.

—Tu también te lo mereces.

Cecily abrió los labios para replicar, pero no tuvo ocasión. Las hojas de la gran puerta del trono se abrieron lentamente con un chirrido solemne. Los guardias de armaduras bruñidas se adelantaron y, con una leve inclinación de cabeza, los invitaron a pasar.

El aire del salón era fresco y olía a incienso. Los altos ventanales dejaban caer haces de luz sobre el pavimento de

mármol, y al fondo, sobre una tarima, se alzaba el trono de roble tallado. En él, estaba sentado el rey Guillermo.

No era un hombre de apariencia intimidante, mas su porte imponía respeto. Su melena pelirroja, espesa y leonina, caía sobre los hombros con destellos de cobre bajo la luz, haciéndole honor al sobrenombre con que lo conocía su pueblo: el León. Vestía una túnica de rico paño azul con bordados dorados, y en su frente, descansaba una sencilla corona que brillaba con sobriedad.

En la estancia había dos hombres que, al ver entrar a los recién llegados, se inclinaron con respeto y se retiraron con presteza, dejándolos a solas con el monarca. Acto seguido, los guardias cerraron las pesadas puertas con un estrépito sordo, que resonó entre las paredes de piedra.

—Laird MacLaren, por fin nos honras con tu presencia —saludó Guillermo para la sorpresa de Cecily, levantándose y bajando de la tarima.

—Majestad —respondió Brodie, inclinando la cabeza en señal de respeto.

Los ojos del rey se posaron en Cecily.

—Y vos debéis de ser Cecily —dijo con voz grave, al tiempo que se acercaba y extendía su mano. Ella, con un temblor apenas perceptible, tomó el gesto como mandato y se inclinó para rozar con los labios el dorso real.

—Así es, majestad.

Guillermo esbozó una sonrisa leve.

—En la corte no se habla de otra cosa desde que llegasteis. Habéis causado gran sensación.

Cecily sintió cómo la sangre le subía a las mejillas, tiñiéndolas de un rubor que ella consideraba poco favorecedor, pero, que a los ojos de Brodie, la hacía aún más encantadora.

—No entiendo la razón.

—Porque no podéis veros como os vemos los demás —respondió Guillermo con voz serena—. Tal es el signo de la verdadera belleza: ignorar el fulgor que irradia.

—No estamos aquí para que la elogiéis, majestad —comentó Brodie con controlada calma, a pesar de que la forma en la que

apretaba la mandíbula delataba su furia.

Cecily contuvo el aliento, temiendo que el monarca se ofendiera por la franqueza —casi insolente— de las palabras de Brodie. Sin embargo, Guillermo soltó una risa franca, como quien ya estaba habituado a las maneras rudas de los lairds.

—¿Y para qué habéis venido, entonces? —preguntó—. No parece que vengáis solo a mostrarme vuestros respetos. Si fuera así, me habríais informado de vuestro matrimonio.

—Nosotros no… —intentó explicar Cecily, pero Brodie la interrumpió con decisión.

—Ha sucedido después de que os enviase la misiva avisando de mi próxima llegada —dijo—. Pensé que sería mejor traer conmigo a mi mujer en persona que enviar otra carta.

Cecily lo miró, confundida. Habían acordado no mentir al rey sobre su matrimonio, y allí estaba él, burlando ese pacto. Aun así, decidió permanecer en silencio, sin replicar.

Guillermo la observó un instante, como si estuviese intentando descifrar lo que su rostro decía, y luego volvió la atención hacia Brodie.

—Mi más sentido pésame por la pérdida de vuestro padre, Laird MacLaren.

—Gracias, majestad.

—¿Habéis encontrado al culpable de su muerte?

Brodie apretó los labios y desvió la vista por un instante, como si el peso de la pregunta le resultara más doloroso que cualquier herida física.

—No aún, majestad —confesó finalmente—. Cada día que pasa y no hallo justicia siento que fallo no solo a mi padre, sino a toda mi familia.

El rey asintió con comprensión, como quien conoce demasiado bien la carga del honor y la venganza.

—Comprendo vuestro pesar. La justicia no siempre llega con la rapidez que quisiéramos, y a veces hiere más que la propia pérdida. Pero haréis justicia. Os ayudaré…

—No necesito vuestra ayuda, majestad.

El rey suspiró y volvió la mirada hacia Cecily, con una chispa de humor en los ojos.

—Como podéis ver, mis mejores súbditos son unos insolentes testarudos. A mí no me queda más remedio que aguantarlos. Pero vos, ¿por qué os habéis casado con uno de ellos?

Cecily no pudo evitar reírse. Abrió la boca para responder, pero Brodie no le dio la oportunidad.

—Majestad, hay otra razón por la que estamos aquí —admitió. Guillermo giró la cabeza para mirarlo con atención—. Necesitamos un favor.

—No sois de los que pidan favores ni los acepta. Así que debe ser algo muy importante.

—En realidad, soy yo quien necesita ese favor —dijo Cecily, adelantándose.

—Comprendo. —Guillermo sonrió con audacia—. Si hay una razón para dejar el orgullo de lado, esa debe ser una bella mujer.

—Estoy buscando a mi madre, majestad. Es curandera, como yo. Su nombre es Sorcha. Gisela, la mujer del laird Malcolm Sinclair, me contó que hace nueve meses vino a la corte.

—Una curandera inglesa, supongo.

—Así es, majestad.

—¿Y qué haría una curandera inglesa en mi corte?

—Dudo que bordar sus camisas —dijo Brodie con ironía, provocando que tanto el rey como Cecily lo mirasen.

Cecily frunció ligeramente el ceño y lo reprendió en voz baja:

—Brodie, deja de molestar al rey. Necesitamos su ayuda.

—No lo estoy molestando —replicó él sin tan siquiera molestar en susurrar—. Tan solo su pregunta carecía de sentido. ¿Qué va a hacer una curandera si no curar enfermos?

—La pregunta del rey es lógica, Brodie —respondió Cecily, ceñuda—. Hay curanderas escocesas suficientes, no tiene sentido. Y menos aún cuando se supone que mi madre está muerta.

—¿Quieres hacer el favor de no hablar de más? Cuanto menos sepan los demás, mejor.

—¿Vas a desconfiar también del rey? ¿Eso no sería traición?

—Por supuesto que no desconfío del rey —aclaró Brodie, levantando las manos como en señal de paz.

—Me alegra saberlo —intervino Guillermo con voz serena, pero ninguno de los dos le estaba prestando atención.

—Entonces, ¿por qué no puedo ser sincera con él? —preguntó Cecily, cruzándose de brazos, con impaciencia.

—Puedes, pero no debes contarle todos tus secretos. Ni a él ni a nadie más —respondió Brodie, esta vez, bajando la voz para que tan solo Cecily pudiese escucharlo.

—No le voy a contar todos mis secretos. Solo lo suficiente para que me ayude.

—Puede ayudarte solo con el nombre de tu madre. No es necesario que toda la corte se entere de tus asuntos familiares.

—Solo quiero encontrarla. Quiero que me explique porque fingió su muerte. Y que me aclaré porque Gisela la acusa de…

—¡Muchacha! —la interrumpió Brodie exasperado, al darse cuenta de que iba a seguir revelando más secretos—. ¿Acaso has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho?

—Las he escuchado todas. Estás diciendo que el rey es como una vieja chismosa.

—¡Yo no soy eso! —exclamó Guillermo. Aunque, de nuevo, sus palabras quedaron sin efecto.

Ni Cecily ni Brodie le estaban haciendo el menor caso. El monarca estaba seguro de que se habían olvidado que estaba allí.

—Por los clavos de Cristo, deja de tergiversarme —farfulló Brodie, con un gesto de frustración.

—Yo nunca tergiverso nada —replicó Cecily, cruzando los brazos —. Y no me gusta que me acuses de ello una y otra vez.

—Te acuso porque lo haces. Y estoy empezando a pensar que lo haces solo para molestarme.

—¡Qué insolente! ¿Acaso no puedes ver que estoy intentando conseguir ayuda del rey? Y tú solo te preocupas de mis palabras.

—Yo solo intento protegerte de tus propias imprudencias. Cada vez que abres la boca, temo que digas algo que te ponga en peligro.

—¡Pues deberías confiar un poco más en mí! No necesito que me cuides todo el tiempo.

—No, no lo necesitas. Pero, aun así, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras crees que todo el mundo es bueno. Hay mucha maldad, Cecily.

—¡Siempre exageras! No confío en todo el mundo. No soy tan necia.

—Lo haces. Un día confiarás en la persona equivocada y podría costarte caro.

Cecily lo miró fijamente, con un brillo desafiante en los ojos.

—Tal vez ya lo he hecho confiando en ti.

Brodie se quedó en silencio un momento, sorprendido por la declaración. ¿Eso era lo que ella creía? ¿Qué había cometido un error?

—¡Es suficiente! —gritó el rey, interrumpiendo la disputa.

Tanto Cecily como Brodie tornaron su atención a Guillermo.

—Perdonadnos, majestad —dijo Cecily, ruborizada, al comprender que había olvidado por completo la presencia del rey durante su contienda con Brodie.

No sabía qué le ocurría. Cada vez que se trataba de Brodie, parecía perder toda compostura.

Guillermo, con una leve sonrisa en los labios, hizo un gesto para calmarla.

—Aunque confieso que disfruto de una riña entre enamorados, hay alguien a quien deseo presentaros. —Su voz era serena, pero portaba autoridad.

Guillermo señaló con su dedo índice hacia un punto de la estancia. Cecily y Brodie giraron la cabeza al unísono, siguiendo la senda que apuntaba el rey. Para la sorpresa de ambos, contemplaron a una anciana que hasta hacía un momento no estaba en la sala. Era de baja estatura y llevaba su cabello cano recogido en un moño.

—¿De dónde ha salido esta mujer? —preguntó Brodie frunciendo el ceño.

—La he hecho llamar mientras os encontrabais ocupados en vuestra disputa. —Guillermo no ocultó su diversión—. No quería interrumpiros, pero Maebh tiene enfermos que atender. Es la

curandera que más tiempo lleva en la corte. Ella sabrá con seguridad si vuestra madre ha estado aquí.

—El rey me ha dicho que vuestra madre se llama Sorcha. —La anciana avanzó un par de pasos hacia Cecily—. No conozco a ninguna curandera con ese nombre. Tampoco he oído hablar de ninguna curandera inglesa.

—¿Queréis decir que ella nunca ha estado aquí? —preguntó Brodie, mirando a la anciana con atención.

—Así es —contestó con convicción—. Y si me disculpáis, debo marcharme. Un hombre herido requiere de mis cuidados. —Sin esperar una respuesta, hizo una leve inclinación y se dio la vuelta, marchándose de la estancia con paso firme.

—Gracias por atendernos, majestad —dijo Cecily cuando la anciana abandonó la sala—. Lo mejor es que nosotros también nos retiremos. No queremos robarle más tiempo.

Brodie miró con sorpresa a Cecily. Él no entendía sus prisas repentinas.

—Siento no haber sido de ayuda —dijo el rey con una mueca extraña en sus labios—. Quedaros en la corte tanto cuanto queráis.

—Gracias, majestad —le agradeció Cecily con una sonrisa cordial que no llegó a sus ojos.

Hizo una rápida reverencia. Antes de que Brodie pudiera reaccionar, lo tomó con fuerza del brazo y tiró de él hasta que salieron de la estancia. Cuando estaban por el pasillo, lejos de oídos indiscretos, él la obligo a detenerse.

—¿Qué te sucede? —preguntó, frunciendo el ceño con preocupación.

—Esa anciana… —Cecily vaciló, bajando la mirada— . Hay algo en ella, en sus ojos, no sabría explicarlo, pero me daba miedo.

—¿Miedo? —repitió Brodie con un deje de incredulidad—. No me parece más que una anciana inofensiva.

—Puede que lo sea, pero Gisela me dijo que mi madre venía a la corte para hablar con el rey sobre lo que pasó con Auley. Y el rey parecía no saber nada de ello.

—No mencionaste a Auley.

—Claro que no. Ya te dije que no soy tan necia como para contarlo todo.

—¿Desconfías del rey?

—Sí… y no —Cecily miró a ambos lados, como si quisiera cerciorarse de que estaban solos. Exhaló un resoplido de frustración —. Es tu culpa. Me has convertido en una desconfiada.

Brodie negó con la cabeza, divertido más que molesto.

—Culparme a mí se ha vuelto tu juego predilecto, ¿no es cierto, muchacha?

—Quizá porque, a menudo, tienes la culpa.

—El rey tiene secretos, Cecily. Como los tenemos todos —dijo Brodie, bajando un poco la voz—. Pero estoy seguro de que no está protegiendo a tu madre ni tramando conspiraciones con una anciana curandera, por muy tenebrosa que te parezca.

Cecily suspiró, dejando escapar el peso de la tensión que había sentido durante toda la tarde.

—Tal vez el cansancio esté haciendo mella en mí. Lo mejor es que vaya a descansar a mi alcoba.

Brodie asintió y le ofreció el brazo mientras la acompañaba hasta su habitación. Al llegar, abrió la puerta para que ella entrase. Él se quedó en el umbral

—Descansa bien, preciosa —se despidió con un ligero tono de ternura—. Yo tengo asuntos que atender.

—¿Por qué le dijiste al rey que estábamos casados? —preguntó Cecily antes de que Brodie se diera la vuelta—. Quedamos en que no le mentiríamos.

—Lo hice para no tener que volver a traerte a la corte en unos meses.

Sin otorgarle lugar a respuesta, Brodie se tornó de inmediato y cerró la puerta tras de sí.

Cecily no alcanzó a comprender del todo sus palabras, pero había demasiadas cosas bullendo en su cabeza como para cavilar sobre ello.

Capítulo 21

Después de varias horas de sueño, Cecily despertó con la mente más clara. Aun así, no pudo evitar estremecerse al recordar a Maebh; algo en aquella anciana la perturbaba. No era algo que pudiera percibirse a simple vista y, como Brodie había dicho, a primera impresión parecía inofensiva.

Quedaban aún algunas horas de sol, así que decidió abandonar su alcoba y pasear por los jardines del castillo. Cecily siempre se había sentido mejor al aire libre, respirando aire fresco y observando la naturaleza.

Se puso uno de sus sencillos vestidos de lino, atado con un cinturón simple, y salió de la alcoba. El castillo bullía en preparativos: la mayoría de los cortesanos se disponían para la cena o descansaban en sus habitaciones, mientras los sirvientes se movían apresuradamente entre la cocina y el gran salón, ajustando manteles, candelabros y platos de plata.

Los jardines del castillo eran amplios y elegantes, con senderos de piedra bordeados de setos recortados con precisión, flores silvestres y rosas trepando por los muros de piedra. Fuentes de mármol y estanques reflejaban la luz del sol, y el murmullo del agua se mezclaba con el canto de los pájaros. Cecily caminaba entre los senderos, disfrutando del olor a tierra húmeda y a flores recién abiertas, cuando un sollozo apagado llamó su atención.

Se acercó a un seto y descubrió a una joven arrodillada, con el rostro oculto entre las manos. Cecily se inclinó con cuidado, tratando de transmitirle calma, y le habló con suavidad:

—¿Qué os sucede, muchacha?

—Me he caído y me he lastimado —sollozó la joven—. Me duele mucho.

Cecily se puso de cuclillas frente a ella, estudiando con atención cada gesto de su rostro.

—¿Dónde os duele? —preguntó, frunciendo ligeramente el ceño e intentando evaluar la gravedad.

—La rodilla derecha —murmuró la joven, con la voz temblorosa y apenas audible.

Con sumo cuidado, Cecily levantó el borde del vestido hasta justo debajo de la rodilla para inspeccionar la zona. Su mirada recorrió la piel: tersa, sin rasguños ni señales de hematomas.

—No veo nada —dijo con desconcierto—. Decís que os duele, pero vuestra rodilla parece intacta.

La joven bajó la mirada, visiblemente incómoda.

—Lo siento… lo siento mucho. Ellas me amenazaron —susurró, con un hilo de voz tembloroso.

Cecily sintió un escalofrío recorrerle la espalda; algo no estaba bien. Un leve crujido detrás de ella confirmó sus peores sospechas. Antes de que pudiera girarse, sintió que alguien la sujetaba por los hombros, y un paño impregnado con olor a acre le cubrió la boca y la nariz.

Instintivamente, su conocimiento de curandera le permitió reconocer el aroma de los somníferos: opiáceos mezclados con hierbas para inducir el sueño. Intentó resistirse, pero la oscuridad la envolvió de inmediato, y la última imagen que vio antes de perder la conciencia fue a la joven arrodillada frente a ella, con los ojos llenos de miedo.

Cuando Cecily abrió los ojos, un dolor punzante le atravesó la cabeza y la desorientación la envolvió como un manto frío. La oscuridad apenas era interrumpida por el parpadeo de antorchas que iluminaban débilmente la estancia.

Al intentar moverse, se dio cuenta de que no podía. Estaba sentada, con las manos y los pies atados con cuerdas gruesas a una silla de madera.

El ambiente olía a humedad y humo, y el leve crepitar del fuego en una esquina del sótano le indicó que no estaba sola. Lentamente, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y descubrió varias figuras femeninas distribuidas por la estancia. Ninguna la miraba

directamente; algunas parecían ocupadas en labores que no alcanzaba a distinguir, mientras otras permanecían en silencio, con gestos tensos.

Allí estaba Maebh. La reconoció al instante, con su porte sereno y sus ojos penetrantes. Y en esos momentos pudo ver reflejado en ellos con claridad lo que antes sospechaba: maldad; la más pura maldad.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Cecily, negándose a acobardarse.

Maebh la miró con intensidad. Su expresión era pétrea.

—Que cumplas tu destino.

—¿Mi destino?

—Tú serás quien se asegure de que la profecía se cumpla.

Cecily no entendía nada. Absolutamente nada.

—¡Has perdido la razón! ¡Ayudadme, por favor! —clamó, dirigiéndose al resto de mujeres en la estancia. Pero ninguna se movió. A pesar de que no podía ver bien sus rostros, sabía que la escuchaban.

—Sois una de nosotras, Cecily —le dijo Maebh, acercándose con paso lento y seguro.

—¿Todas vosotras sois curanderas?

—Brujas —le corrigió Maebh con una sonrisa escalofriante—. Y vos sois la más poderosa.

Cecily tragó saliva, sintiendo que el miedo la paralizaba. Solo quería escapar, regresar a su alcoba y alejarse de aquel sótano.

—Dejadme ir, por favor —rogó, luchando contra las ataduras, pero estas no cedían.

—Me pedisteis ayuda y os la voy a dar —dijo Maebh, con una calma que helaba la sangre.

Maebh se colocó frente a Cecily. En un movimiento decidido, estiró su mano y la llevó hacia el cabello de Cecily, tirando con fuerza para arrancarle un pelo. El escozor en el cuero cabelludo hizo que Cecily reprimiera un jadeo. Su ceño se frunció, confundida, incapaz de entender el propósito de aquel gesto.

Pero Cecily tan solo podía concentrarse en una cosa. O, mejor dicho, en alguien.

—¡Madre! —susurró, con el corazón latiendo con fuerza.

Había tantas cosas que quería preguntarle, tantas respuestas que necesitaba, pero un escalofrío recorrió su columna y supo de inmediato que algo estaba a punto de suceder. Una visión la envolvió.

La oscuridad de su mente se llenó de imágenes del futuro.

Vio a un joven con una corona que relucía con un brillo falso, una corona que proclamaba poder y legitimidad, pero que no le pertenecía realmente. Era un usurpador, un rey cruel de Escocia e Inglaterra. El hijo de Gisela y Malcolm. Sus intentos de criarlo con amor y ternura habían sido en vano: el niño se había convertido en quien debía ser según la profecía, alguien marcado por la ambición y la sangre, no por la compasión ni el afecto de sus padres.

Cuando la visión desapareció, volvió a la realidad. Su madre seguía frente a ella.

Parecía que los años no habían pasado para ella. Con su cabello negro recogido en la misma trenza de siempre, largo y sedoso cual lo recordaba, con unas pocas flores prendidas en él. Y aquellos ojos castaños, tan semejantes a los suyos, que se posaban sobre ella con intensidad.

No era una visión, ni una sombra etérea, era real.

Cecily alzó su mano en el aire hacia ella, como si pudiese tocarla.

—Lo has visto, ¿verdad? —le preguntó.

Llevaba tanto tiempo sin hablar con su madre que casi había olvidado su voz. Acerada y áspera, dura en el tono, pero elegante. Aunque había algo diferente en ella; muy diferente.

Y pese a todo, pese a su desconcierto y su enojo con ella, Cecily sintió que la calma y el alivio invadían su pecho. Porque, pese a que nunca había dudado de la palabra de Gisela, acababa de comprobar con sus propios ojos que su madre estaba viva.

—¿Qué he visto? —repitió unos instantes más tarde.

—La profecía cumplirse como debe ser.

Cecily tragó saliva, con la garganta seca por el espanto.

—No lo entiendo…

—Sí lo entiendes. Claro que lo entiendes —respondió su madre con calma inquietante, haciendo una pausa antes de continuar—. El hijo de una Blackwood será quien unifique a Escocia e Inglaterra bajo un mismo cetro, en un reinado de hierro y sangre. Un reinado necesario, donde las brujas no tendremos que escondernos nunca más. Donde nuestra estirpe será temida y poderosa.

Cecily la observó como si tuviera ante sí a una desconocida. Aquella mirada fría, aquella voz cargada de ambición y crueldad. No podía ser la misma mujer que la había criado.

Y entonces, lo supo.

—Asesinaste a toda esa gente —susurró con la voz quebrada—. Fuiste tú…

—Lo hice —respondió sin titubeos y sin ningún tipo de remordimiento—. Y lo volvería a hacer. Gisela pertenece al linaje de los Blackwood. Su destino siempre fue unirse a un laird poderoso de las Highlands para engendrar al hijo de la profecía. Las cosas no ocurrieron exactamente como planeé, pero, al final, se cumplieron. Se casó con un laird poderoso.

Cecily sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos.

—Hace décadas que nuestro aquelarre sabe que una Blackwood sería la madre de ese niño, pero no sabíamos cuál sería —continuó Sorcha—. Solo que primero tendrían una niña, y el segundo hijo sería el elegido. Tu bisabuela lanzó una maldición para que las Blackwood falleciesen en el parto de su primera hija para evitar la profecía. Y solo una bruja de nuestro linaje puede romper esa maldición.

—Yo. —La palabra se deslizó de los labios de Cecily, quebrada por un sollozo.

—Sí, tú, hija mía —dijo Sorcha—. Tu bisabuela no entendía que la profecía tenía que cumplirse. Tú fuiste fruto de una noche de pasión con un brujo al que no he vuelto a ver. Solo por ser la hija de dos linajes de brujos ibas a ser poderosa, pero no sabía cuánto. El día de tu nacimiento tuve una visión, la primera y la única que he tenido. En ella vi que tú eras quien rompería la maldición y vi un mundo en el que las brujas éramos mucho más que curanderas.

Éramos poderosas. Vi cómo nuestro poder se multiplicaba. Vi que éramos inmortales.

—La profecía no se puede cumplir, madre —dijo Cecily—. ¿No lo entiendes? Mi bisabuela tenía razón al lanzar la maldición. Nuestro beneficio no está por encima del resto de vidas. Vidas que ese niño eliminará de adulto.

Sorcha esbozó una sonrisa lenta, casi perturbadora. Dio un par de pasos hacia Cecily y alzó la mano para acariciar su rostro.

Lejos de sentir cercanía o consuelo, Cecily apartó instintivamente la cabeza, pero las cuerdas que la mantenían sujeta se lo impidieron. Aun así, Sorcha retiró la mano, como si disfrutara de la resistencia de su hija.

—Eres de corazón noble, lo has sido desde niña. Por eso sabía que no podía revelarte la verdad. Pero me he asegurado de que hagas aquello que el aquelarre espera de ti.

Cecily sintió todas las miradas fijas en ella. Mas aquello no la amedrentó; no estaba dispuesta a quebrarse ante el yugo del temor.

—No lo haré.

—Lo harás.

—Sorcha, está preparado —intervino Maebh, interrumpiendo la conversación entre madre e hija. Se adelantó un paso y le tendió un frasco de vidrio a Sorcha. El líquido en su interior, de un amarillo turbio y espeso, brillaba débilmente bajo la luz de las antorchas.

—Necesitábamos un pelo tuyo recién cortado para que la poción funcione. Y la poción solo se podía realizar cuando Gisela ya estuviese embarazada. Y ahora lo está —le explicó Sorcha.

—Todo... todo esto es una locura —balbuceó Cecily.

—Cuando Gisela esté dando a luz, le darás esta poción. Solo tú puedes dársela para que funcione. Ella sobrevivirá igual que su bebé, una niña. Un año más tarde se quedará embarazada de nuevo. Esta vez será un varón que nacerá fuerte y sano.

—¿Y si me niego a hacerlo?

Los labios de Sorcha se curvaron en una sonrisa gélida.

—Entonces tu mejor amiga morirá.

El corazón de Cecily se contrajo con una brutalidad insoportable. En ese instante lo entendió todo: no había sido

casualidad que su madre la hubiese impulsado a estrechar lazos con Gisela, a quererla como a una hermana. Sorcha había tejido aquella unión con astucia y paciencia, preparando el terreno para que, llegado el momento, su propia hija se viera forzada a escoger: salvar la vida de Gisela o impedir el cumplimiento de una profecía que, de hacerse realidad, condenaría a Inglaterra y Escocia al más absoluto caos.

—Yo… no puedo… —balbuceó, pero las palabras murieron en su garganta.

—Podrás, hija mía, podrás —le aseguró Sorcha con una certeza perturbadora.

Cecily la observó en silencio. No, no era su madre aquella mujer que tenía delante. Se negaba a darle ese nombre. Una madre nunca podría ser tan cruel, tan despiadada.

—Pensaba que me amabas, que me querías.

Sorcha sonrió con ternura.

—Y lo hago, cariño. Te amo más de lo que imaginas.

—¿Amor? ¿Así es como lo llamas? —repitió Cecily con la voz quebrada—. No, una madre nunca haría a una hija lo que tú me haces a mí. Nunca pensé que odiaría a nadie hasta ahora.

Sorcha dio un paso atrás, como si sus palabras le doliesen, aunque Cecily dudase que esa mujer fuese capaz de tener algún sentimiento.

—Hoy me odias. Pero pronto entenderás que estoy haciendo lo correcto. El aquelarre está por encima de ti, por encima de mí.

—No, madre. Lo tuyo es maldad disfrazada de locura —dijo Cecily, con los ojos llenos de ira y miedo.

Sorcha suspiró, con esa calma terrible que helaba la sangre.

—Hazlo, Fiona.

Antes de que Cecily pudiera reaccionar, una joven se acercó sigilosamente. Sus manos eran firmes, pero rápidas, y en ellas llevaba un trapo impregnado de un líquido que desprendía un olor acre y penetrante. Cecily intentó gritar, forcejear y apartarla, pero las cuerdas que la ataban a la silla se lo impedían.

—¡No! —jadeó, con el corazón latiendo a mil por hora.

El trapo cubrió su boca y nariz, y al instante el aroma la inundó.

La última imagen que percibió antes de perder la conciencia fue la figura de Sorcha, impasible, observándola con ojos que no mostraban compasión. Solo la maldad más absoluta.

Capítulo 22

Brodie sentía que la locura se le acercaba con cada minuto que pasaba.

Al regresar a la alcoba, solo encontró a la doncella que le habían asignado a Cecily. La joven no sabía dónde podía estar su señora, y su propia incertidumbre solo intensificaba la tensión que Brodie sentía en el pecho.

A medida que las horas transcurrían sin noticias de Cecily, la desesperación lo consumía. Cada pensamiento sobre lo que podría haberle sucedido lo llenaba de un terror insoportable. Nunca se había sentido tan aterrado en toda su existencia; ni siquiera cuando descubrió que habían matado a su padre.

La buscó por todos lados durante toda la noche, mas no la encontró.

Algunos cortesanos se unieron a la búsqueda, pero ninguno logró dar con ella. Era como si se hubiera desvanecido en el aire.

Los soldados que custodiaban el puente no la habían visto salir, y eso le otorgaba un pequeño hilo de esperanza. Porque, si algo le había sucedido, él no podría soportarlo. Si ella estaba muerta, él moriría con ella. La vida carecía de sentido si Cecily no estaba viva.

Al llegar el alba, volvió a recorrer los jardines. Se acercó al lago, la llamó a gritos, pero no obtuvo respuesta. Derrotado, decidió regresar a la alcoba, con la débil esperanza de encontrar alguna pista sobre su paradero, aunque sabía que ya la había registrado de arriba a abajo.

Aun así, algo en su interior lo arrastraba a volver allí.

Cuando abrió la puerta, su corazón casi se detuvo: Cecily estaba tumbada en la cama, sobre las mantas, con su vestido de viaje aún puesto. Tan bella como siempre. Por un instante, Brodie pensó que podía estar muerta, pero un hilo de esperanza lo sostuvo.

Se acercó con cautela y la tocó suavemente. Al instante, Cecily abrió los ojos, parpadeando lentamente.

—¿Es un sueño? —susurró ella, con la voz aún entre la confusión y la incredulidad—. ¿Estás conmigo de verdad?

Él se sentó en el borde del colchón.

—Estoy contigo, preciosa —dijo Brodie, estirando el brazo y tomando con delicadeza una de sus manos, entrelazando sus dedos con los de ella, como si así pudiese cerciorarse de que de verdad estaba allí—. ¿Dónde estabas? ¡Me has dado un susto de muerte!

Cecily parpadeó varias veces, tratando de despejar la niebla de su mente y ordenar sus pensamientos. Lentamente, su mirada recorrió la alcoba, y un suspiro escapó de sus labios al comprender dónde se encontraba.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó, con la voz aún temblorosa.

—¿No has venido por tu propio pie? —replicó él, confundido, frunciendo el ceño.

Cecily intentó incorporarse lentamente, y Brodie la ayudó con cuidado, sin soltarle las manos. Su cercanía le transmitía seguridad, y cada gesto suyo parecía decirle que, pase lo que pase, él estaría a su lado.

—No. Yo… —Hizo una pausa. Soltó las manos de Brodie y tocó el saquito que siempre llevaba consigo. Seguía atado a su cinturón. Lo abrió y soltó un suspiro al ver el frasquito. Lo sacó y se lo mostró a Brodie.

—Esto salvará a Gisela —dijo, con la voz cargada de determinación.

Brodie lo miró, desconcertado.

—¿Es un remedio? ¿Quién te lo ha dado?

—Mi madre —respondió Cecily con un hilo de voz, mientras guardaba de nuevo el frasquito—. Es una asesina. La he visto con mis propios ojos. Reconoce sus crímenes sin ningún atisbo de arrepentimiento.

Brodie la observó, la preocupación y el dolor reflejados en sus ojos.

—Lo siento, Cecily, lo siento mucho. Lamento que hayas descubierto que la maldad está tan cerca.

—Me lo habías dicho una y otra vez, pero me costaba creerlo. Ahora lo sé. Tenías razón.

—Y no quería tenerla.

—Mi madre y la curandera Maebh me secuestraron. Ellas, de alguna manera, me han traído aquí de vuelta.

—Al final, tu desconfianza era más acertada que la mía —dijo él con una ligera ironía—. Estaba seguro de que esa mujer no representaba peligro alguno.

Cecily esbozó una pequeña sonrisa.

—Desconfías de todo el mundo, menos de quien realmente debías.

—Voy a encontrarla y va a pagar por lo que ha hecho —le prometió Brodie, apretando los puños con rabia contenida.

—No. —Cecily estiró sus manos y, con suavidad, obligó a Brodie a abrir las suyas—. No, Brodie. No me han hecho daño. Y había muchas más mujeres que mi madre y Maebh, aunque no he podido verles el rostro. Pero no me cabe duda de que todas ellas son peligrosas.

—Y no actúan solas —apuntó él, con voz tensa—. Es imposible que nadie haya visto cómo te llevaron inconsciente a la alcoba. Pero no puede importarme menos… ¡Derribaré la corte si hace falta!

Cecily colocó una mano sobre su hombro, deteniendo su furia con un gesto suave pero firme. Lo miró fijamente a los ojos, y luego inclinó su cabeza hacia la de él, uniendo sus labios en un beso. Un beso con el que se decían todo lo que con palabras les era muy difícil de expresar en esos momentos.

—He llegado a pensar que estabas muerta —susurró él, con la voz cargada de angustia, cuando finalmente se separaron.

—No lo estoy. Estoy viva, Brodie.

—Lo veo. —Brodie le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos—. Pero ¿por qué te secuestraron? ¿Solo para entregarte un frasco con un remedio?

Cecily suspiró, debatiéndose entre guardar silencio o confiarle todo. Finalmente, decidió ser sincera y le relató hasta el más mínimo

detalle.

—Esas mujeres están locas —musitó Brodie, con un temblor en la voz que delataba su miedo y repulsión.

—Pero no mienten, Brodie. Sé lo que vi en mi visión.

Brodie se pasó una mano por su cabello.

—Tal vez fue fruto de una alucinación, Cecily. Algo provocado por lo que te dieron.

Cecily negó con la cabeza y mordió su labio inferior.

—¿Por qué no puedes creerme?

—Porque no puedo creer en algo que no veo, Cecily —respondió Brodie, con sinceridad dolorosa—. Confío en ti con todo mi ser, pero me pides que crea en profecías, maldiciones… en remedios mágicos. No puedo, Cecily... No puedo.

Cecily le miró a los ojos unos instantes y vio en él sinceridad. Brodie nunca podría creerla. Pero ella no podía juzgarlo.

¿Cómo alguien podría creer esa locura?

—Quiero irme de la corte, Brodie.

—Nos iremos, pero antes debo hablar con el rey. Esas mujeres…

—No. Nadie te creerá. Te tomarán por loco y tu reputación se verá entredicha. Tienes un clan que te necesita, Brodie.

Él la miró por unos instantes. Cecily tenía razón.

¿Qué iba a hacer, ir donde el rey a decir que unas brujas habían secuestrado durante unas horas a Cecily para asegurarse de que esta rompiese una maldición?

Si ni siquiera él creía en ello.

—Partiremos en unas horas. No quiero que pases ni un minuto más aquí.

Cecily asintió, pues, por primera vez, se hallaba completamente de acuerdo con Brodie.

Necesitaba alejarse de allí cuanto antes.

Capítulo 23

Llevaban un día de viaje y Cecily no podía parar de darle vueltas al dilema que tenía encima de ella.

No podía ni imaginarse dejar morir a su amiga Gisela teniendo un remedio que la salvaría. Pero tampoco podía hacerse a la idea de ser la culpable de la muerte de otras personas, por mucho que quedasen muchos años para ello.

Tampoco podía contárselo a su amiga y que ella decidiese. Ese era un peso que no cargaría en los hombros de Gisela.

—Apenas has pronunciado palabra desde que dejamos la corte —observó Brodie, acercando su caballo al de ella.

—No estoy siendo la mejor compañera de viaje, lo sé —respondió, intentando esbozar una sonrisa.

—Lo eres. Solo con tu presencia ya logras eso.

—Eres un zalamero.

—¿Qué puedo decir?

Brodie le guiñó un ojo, divertido, mientras continuaban cabalgando por el sendero boscoso. El murmullo de las ramas al mecerse y el crujir de los cascos sobre la tierra húmeda los acompañó hasta que, finalmente, se encontraron frente a una pequeña ermita levantada con piedra gris, cubierta de musgo y coronada por una sencilla cruz.

—¿Vamos a detenernos aquí? —inquirió Cecily al ver que Brodie descendía de su caballo.

—¿No te parece un buen lugar para reposar un poco? —respondió él con otra pregunta, ocultando algo tras su tono ligero.

Ella se encogió de hombros y descendió de su yegua, acariciándole suavemente el cuello para calmarla. El animal resopló, como si también sintiera el cansancio del camino. En ese instante, la puerta de la ermita se abrió con un crujido y de ella emergió un

hombre bajo, de rostro redondeado y cabello entrecano, ataviado con una sotana algo gastada por los años.

—Padre MacNab —lo saludó Brodie, inclinando levemente la cabeza en señal de respeto.

El sacerdote, cuyos ojos conservaban un brillo vivaz pese a la edad, esbozó una sonrisa franca y alzó una mano en bendición.

—Bienvenidos seáis a la casa del Señor. Imagino que sois Brodie y Cecily. El padre Fraser me ha enviado una misiva avisándome de vuestra llegada.

Cecily inclinó la cabeza, algo sorprendida por las palabras del padre.

Fue entonces cuando Brodie, con una chispa traviesa en los ojos, se volvió hacia ella.

—En cuanto llegamos a la corte busqué al padre Fraser. Lleva muchos años siendo uno de los confesores de la corte. No quería que nos casásemos en la corte y él aconsejó hacerlo aquí.

—i¿Qué has hecho, qué?!

—No te preocupes, Cecily. Se lo pedí como secreto de confesión. No va a decirle a nadie que aún no estábamos casados —le susurró para que el padre MacNab no lo escuchase.

El sacerdote los observaba con paciencia, sin dar un solo paso hacia ellos, como si hubiese comprendido de inmediato que debía respetar la intimidad de la pareja.

Cecily abrió la boca, luego la cerró, y volvió a abrirla. Brodie, aun con la gravedad del momento, no pudo evitar pensar que parecía un pato. Un pato precioso.

—Eso no es lo que me preocupa —dijo Cecily finalmente, conteniéndose para no alzar la voz.

—¿Y qué te preocupa, entonces? —preguntó él con genuina confusión.

—¿Cómo se te ocurre? —replicó, sin esperar respuesta. Dio unos pasos rápidos hacia el sacerdote y lo miró con firmeza—. Le ruego que nos disculpe, padre, por las molestias. Pero no vamos a casarnos.

El sacerdote la contempló con ternura, con esa calma que solo poseen los hombres que han dedicado su vida a escuchar dudas y

miedos ajenos.

—Hija —dijo en voz baja, con un acento marcado y melodioso —, es natural sentir temor. El matrimonio es un salto al vacío… y hasta los corazones más valientes tiemblan antes de darlo.

—No estoy asustada, padre. —Cecily apretó los puños, conteniendo la furia—. Ahora mismo tengo demasiadas preocupaciones y…

—Vamos a compartirlas, Cecily —la interrumpió Brodie, acercándose a ella. Le tomó la mano con firmeza, obligándola a girarse para mirarlo a los ojos—. Padre, ¿nos disculpa un instante?

—Por supuesto —asintió el sacerdote con serenidad—. Tomad el tiempo que necesitéis.

El padre se retiró al interior de la ermita, dejándolos a solas.

—No puedo casarme contigo, Brodie —dijo Cecily con voz queda, aunque firme.

Él no apartó la mirada. Levantó el brazo libre y, con el dorso de la mano, le acarició la mejilla con ternura, como si temiera que al retirarse ella fuese a desvanecerse.

—Estoy enamorado de ti, Cecily —confesó, con la voz cargada de verdad—. Desde el primer día en el que te vi en el patio de armas del castillo Sinclair supe que eras distinta. No fue lujuria, ni deseo pasajero. Fue amor. Amor de ese que atraviesa el alma y que no pide permiso.

Cecily cerró los ojos un instante, saboreando cada palabra como si fuera un bálsamo. Sentía cómo su resistencia se debilitaba, cómo el corazón le gritaba que se entregara a él. Pero la razón pesaba más.

—Tú nunca podrás ser mío del todo. No mientras no encuentres al asesino de tu padre.

Brodie tomó su rostro entre sus manos, obligándola a mirarlo a los ojos.

—Cecily, cuando desapareciste y pensé que podía perderte para siempre, lo comprendí todo —dijo con voz grave—. La venganza, el odio, son sentimientos que me han abrumado durante meses. Pero ya no los siento con la misma fuerza. Ahora lo que siento por ti supera cualquier deseo de justicia.

—¿Ya no quieres encontrar al asesino?

—Lo quiero —confirmó él con intensidad—. Pero mayor es mi deseo de verte feliz. Quiero que estemos juntos, que nos unamos en matrimonio y que vayamos al clan para comenzar una vida juntos. Quiero que seas la señora del clan. De mi clan. —Hizo una pequeña pausa—. De nuestro clan.

Cecily sintió cómo un calor dulce y ligero se extendía por su pecho, como si cada latido estuviera tejido de esperanza y de amor. La alegría danzaba en su interior, tentándola a dejarse llevar, a rendirse por completo.

Pero un pensamiento súbito la detuvo, como un frío viento que atraviesa la piel en medio del sol.

—¿Y si no me aceptan? Solo soy una curandera y, además, una inglesa.

—Te aceptarán. Porque verán lo mismo que yo.

—¿Y qué ves tú?

Brodie acarició su mejilla con el dorso de los dedos.

—Veo a una mujer valiente, sabia y de buen corazón, capaz de guiar y cuidar a quienes le rodean.

—No estoy segura de ser todo eso —murmuró Cecily, bajando la mirada.

—Lo eres —replicó Brodie con firmeza y ternura a la vez—. Pero, sobre todo, eres la mujer que deseo a mi lado, la que hará de nuestro clan un hogar, y nadie podría reemplazarte en mi corazón.

Cecily no pudo contenerse más. Y, por primera vez, tomó la iniciativa. Sin meditarlo, se inclinó hacia él y lo besó con un impulso que surgía de su alegría, su miedo y su deseo a partes iguales. Sus labios, que ya se conocían bien, se encontraron en un instante. Y Brodie le devolvió el beso con la misma ferocidad que ella se lo daba.

Era más que un beso; era una promesa de amor eterno, una promesa que sellaba una vida juntos.

Cuando el beso terminó, Brodie la sostuvo suavemente y, con un hilo de voz tembloroso por la emoción, preguntó:

—¿Esto es un sí?

Cecily arqueó una ceja.

—No puedo darte una respuesta cuando has ordenado, no preguntado.

Él soltó una ligera risa, ladeando la cabeza con esa chispa traviesa que siempre la desconcertaba. Luego, inclinándose hacia ella, tomó sus manos entre las suyas.

—Cecily, te pido en este día que seas mía por derecho y por amor, ante Dios y los hombres. Que aceptes ser mi esposa, para que juntos cuidemos de nuestro clan, guiemos a nuestra gente y formemos un hogar lleno de hijos que se parezcan a ti.

Cecily se rio ante sus últimas palabras.

—Hijos que sean felices y puedan tomar sus propios caminos.

—Contigo como madre, lo harán.

Ella esbozó una gran sonrisa, pero un pensamiento hizo que se desvaneciese levemente.

—Sé que piensas que sé que el asesino de tu padre perdió el medallón porque, de alguna manera, la información se filtró y lo escuché. —Él fue a hablar, pero ella hizo un ademán con la mano, impidiéndoselo—. Entiendo que no puedas creerlo. Pero te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para lograr tener una visión que me deje ver quién le asesinó.

—Cecily, puedo vivir sin saber quién es. Contigo puedo.

—Entonces, casémonos.

Sorprendiéndola, Brodie la cogió en brazos y la llevó hasta el interior de la ermita. Cecily soltó una carcajada entre sorprendida y divertida, cubriéndose la boca con la mano mientras él caminaba con paso firme.

—¡Brodie! —exclamó entre risas—. ¡Podrías al menos advertirme antes de arrastrarme así!

Él sonrió, ladeando la cabeza con ese gesto travieso que siempre la desconcertaba.

—¿Advertirte? —replicó—. Tengo demasiadas ganas de convertirte en mi mujer como para andarme con advertencias.

Cecily negó con la cabeza, todavía sonriendo, mientras él la llevaba al interior de la ermita.

El padre les esperaba junto al altar y esbozó una gran sonrisa cuando les vio entrar.

—Ya estáis aquí —dijo con voz cálida—. Me alegra ver que habéis perdido cualquier miedo e indecisión. ¿Estoy equivocado, hija?

Cecily sintió cómo su corazón latía con fuerza mientras Brodie la colocaba suavemente frente al sacerdote.

—No, padre. Nada más quiero casarme con el hombre al que amo.

El sacerdote miró a Brodie.

—¿Vos también la amáis? —le preguntó.

—Con todo mi ser —le respondió Brodie con decisión.

—Las uniones por amor no son comunes, mas me place que así sea —les dijo el sacerdote.

La ceremonia fue breve, sencilla, pero cada palabra, cada gesto, quedó grabada en el corazón de ambos. El lazo de lino que unía sus manos y las promesas pronunciadas ante Dios y los hombres les hizo sentir que nada podría separarlos jamás.

Al salir de la ermita, la luz del atardecer iluminaba el bosque, y Cecily, todavía sonriendo y con un brillo travieso en los ojos, se acercó a Brodie.

—¿Y nuestra noche de bodas será aquí, entre los árboles? —preguntó con un deje de picardía.

Brodie la miró con una mezcla de diversión y ternura, arqueando una ceja.

—¡Muchacha descarada! —exclamó Brodie con una sonrisa amplia y traviesa—. Tendrás que esperar hasta que lleguemos al clan. Nuestra primera unión como esposos la deseo en nuestra alcoba, en nuestro hogar.

—Y haré que nunca olvides esa noche, laird —le prometió ella con una chispa de osadía en la mirada.

Antes de que Cecily pudiese reaccionar, Brodie la tomó de la cintura con firmeza y la alzó, colocándola sobre su yegua en un movimiento tan rápido como inesperado. Ella apenas tuvo tiempo de soltar una exclamación sorprendida cuando él, con la destreza de un guerrero, montó de un salto su propio semental.

—Démonos prisa, esposa mía —proclamó con voz vibrante—. No puedo esperar a llegar a nuestro hogar.

La risa de Cecily estalló entonces, clara y luminosa, expandiéndose entre los árboles del bosque como un canto alegre.

Y a Brodie le pareció el sonido más hermoso que había escuchado en toda su vida.

Capítulo 24

—¿No vamos directos a la fortaleza? —preguntó Cecily, intrigada, al ver que Brodie guiaba su semental hacia el sendero que descendía al pueblo.

—Ardo en deseos de llegar a la fortaleza —respondió él con franqueza—. Dormir a tu lado sin poder tocarte todos estos días ha sido un suplicio. Pero antes, quiero que los miembros de nuestro clan, no solo los que habitan tras los muros de la fortaleza, te conozcan y te den la bienvenida.

Cecily obligó a Chispa a detenerse.

—No me parece buena idea —dijo, sin poder ocultar su preocupación.

Brodie detuvo su semental y giró la cabeza para mirarla.

—¿Qué es lo que te preocupa, Cecily? —preguntó suavemente —. Pero ella no respondió; en cambio, bajó la cabeza y sus ojos se perdieron en el horizonte.

Brodie bajó de su caballo con decisión y, acercándose a ella, tomó las riendas de Chispa. Con delicadeza pero firmeza, la ayudó a descender, colocándola frente a él. Luego, con un dedo, levantó su mentón para que lo mirase a los ojos.

—No hay nada que temer, Cecily. Van a adorarte.

—Eso repites… ¿pero y si no lo hacen? ¿Si no me aceptan?

—¿No va a pasar?

—¿Y si pasa?

—En ese caso, casi imposible, les obligaría a hacerlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Usar la fuerza no lo soluciona todo.

—No iba a usar la fuerza, sino mi encanto —Brodie le guiñó un ojo—. Soy encantador y lo sabes.

Cecily soltó una carcajada cantarina. Le gustaba ese Brodie bromista. No, le gustaba Brodie, porque él era así. Ahora, liberado

del yugo de la venganza, aquel hombre que tanto la fascinaba había resurgido. Y ella lo amaba en todas sus facetas, incluso cuando era un gruñón hosco, consumido por el odio.

Sin embargo, algo en él aún la conmovía de un modo distinto. Su furia ya no dictaba sus acciones, pero la sombra del dolor permanecía en sus ojos. Cecily lo notó con claridad: la venganza había dejado de consumirlo, pero la tristeza seguía allí, profunda y serena, con un dolor contenido que ni siquiera su sonrisa podía ocultar por completo.

Ella sabría que seguiría ahí mientras el asesino de su padre siguiese libre.

—Está bien —cedió ella, a la vez que le colocaba los brazos alrededor del cuello—. Preséntame a los miembros de tu clan.

Brodie le dio un rápido beso en los labios, suave y lleno de ternura, y la volvió a colocar sobre su yegua. Luego, guiando a sus caballos, se adentraron por el sendero que llevaba al pueblo del clan.

Cuando llegaron, el bullicio del mercado y los niños jugando se mezclaba con el olor del pan recién horneado y el humo de las chimeneas. Descendieron y dejaron los caballos atados a un poste de madera en la plaza del mercado. Un hombre de mediana edad reconoció a Brodie y se acercó a él.

—Laird, es un honor recibiros —le saludó el aldeano con respeto.

—¡Duncan! —lo llamó Brodie, con una familiaridad que a Cecily le sorprendió—. ¿Cómo están tus hijos y tu mujer?

El hombre se quedó boquiabierto por un instante. No esperaba que el laird recordase los nombres de su familia, y la calidez de aquel gesto lo llenó de orgullo y gratitud.

—Están bien, milord —respondió finalmente, con una reverencia —. Gracias a vos por acordaros.

—Me alegro. Espero que vuestras tierras sigan igual de fructíferas que siempre.

—Lo están, laird. ¿Habéis venido a recoger a la madre de vuestro hermano?

—¿Seonaid está aquí?

—Lleva tres días con uno de los soldados de su hermano, que les ha custodiado hasta aquí.

Brodie asintió. Su madrastra ya debería estar en la fortaleza, pero él entendía que el dolor por la pérdida de su padre y el miedo a los recuerdos le paralizaba.

Duncan giró la cabeza al notar a la mujer que acompañaba a Brodie.

—Esta es Cecily. Mi… —Brodie no pudo terminar la presentación porque fue interrumpido por el grito de dolor de un niño.

Cecily giró la cabeza para ver a un pequeño en el suelo sujetándose la pierna. A su lado, un jarrón roto. Ella comprendió al instante lo que había sucedido: el niño, en una de sus travesuras, había derribado un jarrón de uno de los puestos, y la pesada pieza de cerámica le había caído en el pie.

Sin pensarlo, Cecily corrió, abriéndose paso entre la multitud que se agolpaba en el mercado.

—¡Alguien tendrá que pagarme el jarrón! —gruñó el comerciante, molesto.

Cecily no le prestó la menor atención y se arrodilló junto al niño, que lloraba desconsolado. No debía de tener más de cuatro o cinco años.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz suave, mientras examinaba la rodilla enrojecida del pequeño.

—¡Me duele mucho! ¡Quiero a mi mamá! —sollozó el niño, agarrándola con fuerza.

En ese momento, una mujer se apresuró hasta ellos, visiblemente preocupada.

—Aquí está tu madre —dijo con alivio, acariciándole el cabello al niño

—Ella no es mi mamá.

—Soy su tía —dijo la mujer—. Mi hermana falleció hace un par de semanas de fiebres, y su padre cuando él era muy pequeño, en un accidente de caza.

Cecily asintió.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al niño.

—Torquil.

—Tienes un nombre muy bonito —comentó Cecily mientras le examinaba la rodilla.

El niño alzó la barbilla con orgullo.

—Lo eligió mi mamá.

—Tu madre tenía buen gusto. —El niño asintió, relajándose y distrayéndose, que era lo que Cecily pretendía con su charla—. No es más que un golpe. La piel está magullada, pero nada grave —le explicó a la mujer.

Cecily sacó de su saquito un pequeño manojo de hierbas secas y aromáticas, las frotó entre sus manos para liberar su esencia y luego las colocó con cuidado sobre la contusión.

—Estas hierbas calmarán el dolor y ayudarán a que la herida sane más pronto —añadió, acariciando suavemente la pierna del niño para tranquilizarlo.

—Ya casi no me duele —dijo el pequeño, y luego miró a su tía.

Esta le cogió en brazos y se levantó con él.

—No voy a poder pagaros vuestros servicios, pero puedo lavaros vuestra ropa y…

Cecily se levantó y la interrumpió con un ademán de mano.

—No es necesario que me pagues, yo…

—Vos sereís una mujer muy generosa, pero yo no puedo permitirme serlo —le dijo el comerciante a Cecily para, inmediatamente, girar su cabeza hacia la tía del niño—. Alguien tiene que pagarme el jarrón.

A la mujer le tembló el labio. Cecily estaba segura de que la pobre se iba a echar a llorar.

—Me estoy haciendo cargo de Torquil y sus tres hermanos. Yo no tengo monedas… —la mujer comenzó a sollozar.

Cecily le acarició el hombro, consolándola.

—Puedes venir a la fortaleza a trabajar de lavandera con los tres pequeños. Estoy segura de que habrá un lugar para ti. —La mujer la miró confundida, pero Cecily no lo percibió, porque miró al mercader—. Estoy segura de que podéis arreglar el jarrón. Mi marido y yo se lo compraremos al precio inicial.

—¿Quién sois? —le preguntó el mercader.

—Esta es mi esposa —respondió Brodie, acercándose a Cecily con naturalidad y rodeándola suavemente con el brazo, atrayéndola hacia sí con un gesto protector y lleno de afecto—. La señora del clan.

En ese instante, se escucharon aplausos y vítores entre los aldeanos y comerciantes que habían presenciado la escena. Cecily sonrió, sonrojándose levemente por la atención.

Brodie inclinó la cabeza hacia su oído y le susurró con voz grave y cálida:

—Te dije que te adorarían. Has ganado su respeto y afecto en un instante por ti misma.

—¿No me he excedido, hablando por ti? —preguntó ella, un tanto insegura.

—Has actuado como la verdadera señora del clan MacLaren —respondió él, apretando suavemente su brazo contra el propio—. Justa, honorable y valiente. No podría estar más orgulloso de ti.

Capítulo 25

—Brodie, acaban de decirme que te has casado —dijo Seonaid, la viuda del padre de Brodie, cuando entraron en la estancia común de la posada donde se alojaba en el pueblo—. Ella es la agraciada, supongo.

—Ella es Cecily, mi esposa. —Brodie alzó sus manos que estaban entrelazadas y una sonrisa de orgullo iluminó su rostro—. Mas el agraciado soy yo.

—Es un placer conoceros, milady —Cecily inclinó levemente la cabeza en señal de respeto.

A pesar de que era unos años mayor que ella, era una mujer joven y de extraordinaria belleza. Llevaba su cabello, color fuego, recogido en un sofisticado moño trenzado. Sus ojos eran de un color azul casi hipnótico, y su nariz, fina y ligeramente puntiaguda, le confería un aire de elegancia delicada. Su piel, nívea y tersa, parecía brillar con la luz de la mañana.

—Entre tanto dolor, vuestro matrimonio es una alegría. —Seonaid se acercó hacia Brodie y lo envolvió en un abrazo fraternal.

Brodie la estrechó entre sus brazos con calidez. Cecily observó la escena con una sonrisa, consciente, por las conversaciones que había mantenido con Brodie, de la buena relación que ellos mantenían y del cariño que él le profesaba.

—Gracias, milady —respondió Cecily.

—Llámame Seonaid —le dijo cuando se separó de Brodie, haciendo un gesto con la mano—. Ahora somos familia. No son necesarias las formalidades. —Y, sin que Cecily lo aguardase, la envolvió en un abrazo.

Cecily trató de relajarse en sus brazos. A pesar de que no era muy dada a las muestras de afecto y, menos aún, con desconocidos, la madrastra de Brodie estaba siendo muy agradable con ella. Tras unos instantes, se alejó de ella.

—Siento el fallecimiento de tu marido.

—Te agradezco tus condolencias —respondió Seonaid con una suave sonrisa melancólica—. Es una pena que no pudieras conocerlo. Estoy segura de que os habríais admirado mutuamente. Era un hombre justo, cariñoso, valiente, honrado y lleno de generosidad. No sé cómo voy a poder seguir adelante sin él. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—A mi padre le gustaría que siguieses adelante, Seonaid —dijo Brodie.

—Lo sé y lo intento —contestó, intentando contener el llanto—. ¿Has encontrado a su asesino? —le preguntó bajando la voz, a pesar de que no había nadie más en la estancia.

—No. —Brodie apretó la mandíbula—. De eso quería hablar contigo. Te prometí venganza, pero ya no puedo seguir por ese camino. Tengo responsabilidades con nuestro clan y un hogar que proteger. Mi corazón y mis acciones deben estar dedicados a quienes dependen de mí, y no puedo permitir que la ira o el odio me desvíen de ello.

Seonaid esbozó una sonrisa que, aunque pretendía ser alegre, se tornó triste.

—Y no podría ser más feliz por ello. Sabes que te quiero como a un hijo y deseo con todo mi corazón que seas feliz —dijo, girando la cabeza para mirar a Cecily—. Gracias por traerle luz y alegría a su vida.

—Gracias por entenderlo, Seonaid. —Brodie sonrió con alivio—. ¿Dónde está Cinaed?

—Sigue en las Lowlands, en la fortaleza de mi hermano. Sé que deseabas que viniésemos los dos, pero antes de traerle aquí quería asegurarme de que mi dolor hubiese menguado. Mi hijo ya ha visto demasiado sufrimiento. Espero que lo comprendas, Brodie.

—Lo comprendo, Seonaid Mas enviaré a varios de mis guerreros en su búsqueda. Debe estar en el clan, tal y como mi padre desearía.

—Lo sé, y también es mi deseo. Pero… —Hizo una pausa mientras tragaba saliva, como si el peso de sus palabras le dificultase hablar—. Es tan doloroso… Ni siquiera he sido capaz de ir

aún a la fortaleza. —Una lágrima se deslizó por su rostro—. Pensaba que unos días en el pueblo me ayudarían a reunir fuerzas, pero no ha sido así. No encuentro una razón para estar allí sin él.

Cecily la miró con comprensión, suavizando su expresión.

—Creo que puedo darte una —intervino, provocando que Seonaid alzara la mirada hacia ella—. Necesito que me acompañes en mi llegada a la fortaleza. Necesito tu ayuda y guía para intentar ser una señora del clan digna.

Seonaid sonrió, un brillo de orgullo y ternura iluminando su rostro.

—No necesitas mi ayuda para serlo, pero será para mí un honor acompañarte.

Brodie posó su mirada en su recién esposa. No dudaba de la bondad y generosidad de Cecily, pues eran aquellas dos de las muchas virtudes que le habían hecho enamorarse perdidamente de ella. Mas, aun, aquel gesto, ese deseo sincero de querer ayudar a Seonaid, le colmó el pecho de un calor inesperado.

Sabía, en lo más hondo de sí, que no era digno de semejante mujer. Y, sin embargo, también sabía que nunca la dejaría ir.

—Partiremos de inmediato, entonces —dijo Brodie.

Seonaid asintió.

En ese momento, la puerta de la estancia se abrió y entró un hombre joven, alto y de porte imponente. Su cabello, oscuro con hilos plateados, caía ligeramente sobre los hombros, y sus ojos, penetrantes y serenos, observaban con atención a los presentes. Vestía una túnica sencilla, pero de buen paño, con cinturón de cuero.

—Él es Roderick —le presentó Seonaid—. Es uno de los hombres de mi hermano. Me ha escoltado durante el viaje.

Brodie asintió hacia el hombre con respeto.

—Te agradezco que hayas cuidado de la viuda de mi padre.

—No debéis agradecérmelo, laird —respondió él con una sonrisa tensa—. Es mi deber.

—Podéis regresar a vuestro hogar. Me ocuparé de que Seonaid llegue sana y salva a la fortaleza. Decidle a vuestro señor que enviaré a varios de mis guerreros en busca de mi hermano.

Roderick inclinó la cabeza con respeto.

—Así lo haré.

—Aunque sé que deseas partir ya, necesito darme un baño —dijo Seonaid.

—Puedes dártelo en la fortaleza. Estamos a solo tres horas de viaje.

—No voy a tardar mucho. Llegaremos de día —insistió—. Y estoy segura de que Cecily también agradecerá darse uno.

—La verdad es que sí —respondió ella, deseosa de aliviar la suciedad y el polvo acumulados durante el camino.

Seonaid le sonrió con complicidad.

—Pediré que preparen uno en una de las habitaciones libres.

—Está bien —aceptó Brodie con un suspiro de resignación, aunque lo cierto era que las dos mujeres no le habían dado más opciones—. Pero saldremos lo antes posible.

Roderick asintió y, tras despedirse, salió de la sala para buscar a la posadera.

—Yo partiré entonces —dijo Roderick, que se había mantenido al margen—. El viaje a las Lowlands es largo.

—Tened buen viaje —se despidió Cecily.

El joven les dio una inclinación y se retiró de la estancia.

—Haces conmigo lo que quieres —se quejó Brodie cuando estuvieron solos.

—Por eso eres el mejor esposo que podría tener. —Cecily le rodeó el cuello con sus brazos y posó sus labios sobre los de él—. Seonaid me cae muy bien.

—Es una buena mujer. Mi padre se casó con ella cuando ella tenía tu edad. Fue un matrimonio de conveniencia, pero ella se ganó enseguida el favor del clan y el amor de mi padre. Siempre me ha tratado con cariño y es una buena madre.

—Me alegro de que la tengas… Y de tenerla yo también —dijo Cecily con una sonrisa tenue—. Después de descubrir lo de mi madre…

—No pienses en eso —la interrumpió Brodie, acariciándole el rostro con suavidad—. No merece que sufras más por ella.

Cecily asintió lentamente.

—Tienes razón. Prefiero concentrarme en el baño con agua caliente y jabón que voy a darme —le lanzó una mirada divertida—. Y no te vendría mal otro a ti.

Brodie arqueó una ceja, divertido.

—No me gusta bañarme encerrado entre paredes. Prefiero hacerlo al aire libre, en el río o en un lago. El agua debe correr, no estancarse en una tina.

—¿Aunque sea yo quien te lave?

Los labios de Brodie se curvaron en una sonrisa, y sus ojos brillaron con un destello travieso.

—En ese caso, esposa mía… —se inclinó hacia ella, murmurando cerca de su oído—, tal vez deberíamos ir a asegurarnos de que te están preparando ese baño que tanto necesitas.

Cecily no pudo evitar dejar escapar una pequeña carcajada.

—No seré yo quien me niegue a tu petición, esposo mío.

Después del baño, emprendieron el camino hacia la fortaleza. Seonaid montaba su propio caballo, un imponente semental casi tan grande como el de Brodie, al que guiaba con una destreza elegante y segura.

Cecily, observándola, no pudo evitar pensar que sería maravilloso aprender algunos de esos trucos que daban tanta firmeza y confianza a su montar.

—¿Tienes ganas de llegar a la fortaleza? —le preguntó Brodie, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

—Sobre todo, tengo ganas de volver a ver a Marsaili. Fue muy buena conmigo.

Brodie asintió, complacido.

—Me alegra escucharlo. Ella es como una madre para mí, y no dudes de que se pondrá feliz al saber que te has convertido en mi esposa.

—Eso espero de corazón —dijo Cecily, con un matiz de ilusión y nerviosismo en la voz.

—Me duele el trasero de tanto cabalgar —interrumpió Seonaid con una leve mueca—. ¿Podríamos detenernos un momento?

—La fortaleza está cerca —suspiró Brodie—. ¿No puedes resistir un poco más?

—Sé que soy una molestia —admitió con franqueza, aunque con un deje de vergüenza—, pero la verdad es que cabalgar siempre me ha agotado.

Cecily la observó, dudando. La mujer montaba con tanta seguridad que le costaba creer que estuviera cansada; sobre todo, cuando apenas llevaban un trecho. Pero comprendía la verdad oculta tras sus palabras: Seonaid quería retrasar lo más posible la llegada al lugar donde los recuerdos de su esposo le asaltarían con fuerza.

—Yo también necesito una pausa —intervino Cecily, dándole su apoyo con una sonrisa comprensiva.

Los ojos de Seonaid brillaron con gratitud al posarse en ella.

Brodie suspiró con paciencia.

—Estamos en mitad del bosque. No hay claro cercano.

—Estamos en nuestras tierras, Brodie —respondió Seonaid con serenidad—. Aquí no hay peligro.

Brodie apretó la mandíbula, reprimiendo la respuesta que estuvo a punto de escapar de sus labios. Quiso recordarle que su padre había sido asesinado en aquellas mismas tierras, pero se contuvo. No deseaba abrir de nuevo esa herida. Sin embargo, en su interior, juró que pronto todo cambiaría: pondría hombres de guardia, reforzaría las patrullas y velaría porque sus dominios fuesen tan seguros como lo habían sido en el pasado.

—Brodie —su nombre salió a forma de petición de los labios de Cecily.

Y aquello fue suficiente para que Brodie cediera.

—Está bien —dijo, deteniendo su caballo.

Cecily y Seonaid imitaron la acción.

Los tres ataron las monturas a la sombra de un roble robusto, cuyas ramas se mecían con la brisa. Seonaid sacó de sus alforjas una manta de lana y la extendió con calma sobre la hierba antes de acomodarse en ella.

—Debería haber comido algo en la posada —confesó, llevándose una mano al vientre con gesto cansado.

Brodie soltó un suspiro contenido, como quien sabe que resistirse sería inútil.

—Voy a cazar. No os mováis de aquí.

—No hace falta, de verdad —dijo Seonaid, alzando la vista hacia él—. No es necesario que te molestes.

—No es ninguna molestia. Aunque primero, haré un fuego.

Mientras Brodie buscaba ramas cerca de ellas, Cecily se sentó junto a Seonaid. Cerró los ojos apenas un instante, rindiéndose al cansancio del viaje. No hubo aviso, ni escalofrío, ni presión en el pecho. La visión la golpeó con la violencia de un rayo.

De pronto, se vio a sí misma, allí mismo, Brodie regresó entre los árboles, con un conejo ensangrentado colgando de la mano. Pero la escena no tenía sentido, pues ella yacía muerta en el suelo, con los ojos abiertos y fijos en la nada. A su lado, Seonaid parecía inclinarse para reanimarla, con las manos temblorosas sobre su cuerpo.

Brodie se arrodilló con urgencia junto a ella, presa del pánico por verla caída. Sin poder comprender lo que sucedía, un hombre emergió entonces de entre los árboles, como una sombra traicionera, y antes de que Brodie pudiera alzar la vista, le hundió un puñal en la espalda. La sangre brotó a borbotones, y su esposo cayó sin vida junto a ella.

Seonaid se irguió, y en lugar de lágrimas, sus labios se curvaron en una sonrisa fría.

—Ha sido más fácil de lo que imaginaba —dijo, satisfecha.

Roderick, con la respiración agitada, se inclinaba sobre el cuerpo de Brodie. Rebuscó en su *sporran* y sacó un medallón brillante, el mismo que Brodie llevaba siempre consigo: el medallón que había pertenecido al asesino de su padre.

El hombre lo alzó entre sus dedos, con reverencia oscura.

—Pertenecía a mi padre. Tiene un valor que no puedes imaginar —explicó Roderick con voz grave.

Seonaid suspiró mientras observaba los cadáveres.

—No tenía que haber sucedido así. Va a ser más complicado de explicar.

—Has sido tú la que ha querido matarlos ahora.

—No podía permitir que Brodie llevase a esta mujer al clan. Puede que incluso ya estuviese embarazada. No podía permitir que tuviese descendencia.

—Algo se te ocurrirá, eres una mujer muy inteligente.

—Lo sé, pero si no hubieses confundido a aquel guerrero con Brodie, podrías haberlos matado a los dos en otra ocasión.

Roderick chasqueó la lengua.

—Fuiste tú la que me dijiste que estarían los dos allí.

—No sabía que este necio iría contra las órdenes de su padre y se iría a la boda esa. —Seonaid señaló el cuerpo sin vida de Brodie con desprecio—. Da igual, eso no importa. Ahora tenemos que deshacernos de los cadáveres. Necesito pensar en algo. Una excusa convincente. Una que el clan acepte y me permita ser la señora del clan hasta que mi hijo tenga edad para gobernar. —Frunció el labio inferior, pensativa—. No me he sacrificado tanto para que no sea mi hijo quien sea el laird.

—Y yo estaré a tu lado —dijo Roderick—. Por fin podremos desposarnos, como siempre hemos soñado.

Seonaid se acercó a él y lo besó.

—¡Cecily!

Aquella dulce voz femenina la devolvió al presente. Su respiración era agitada cuando abrió los ojos. Seonaid la observaba con atención, con los labios curvados en una sonrisa suave que ahora Cecily solo podía ver como máscara.

—¿Estás bien? —preguntó—. Te has quedado dormida. No quería despertarte, pero parecías muy inquieta.

Cecily contempló a la mujer, que la miraba con preocupación y emanaba la misma calidez que desde que la había conocido. Sin embargo, en su visión, aquella sonrisa dulce se había tornado maliciosa y la bondad se había convertido en frialdad. La mujer que tenía delante y la de su visión parecían completamente diferentes, y, sin embargo, Cecily estaba convencida de que eran la misma persona.

Porque después de lo que acababa de vivir con su madre, Cecily sabía mejor que nadie cuán engañosas podían ser las apariencias. Y también sabía hasta qué punto el poder y la avaricia podían corromper a las personas.

El corazón de Cecily aún latía con violencia, pero tragó saliva y forzó serenidad en su voz.

—Sí, solo ha sido una pesadilla —respondió, intentando que no se notara el temblor en sus palabras.

—Pobrecita.

Seonaid le acarició el brazo con gesto compasivo que ahora se le antojaba venenoso. Tuvo que contenerse para no apartarla con brusquedad.

—¿Todo bien? —las interrumpió Brodie, que apareció entre los árboles, cargando unas ramas secas para encender fuego—. Estás pálida —dijo, mirando a Cecily con preocupación.

—He tenido una pesadilla, pero estoy bien —respondió Cecily con una calma que a ella misma le asombró, levantándose rápidamente de la manta.

No podía seguir sentada al lado de esa mujer fingiendo que confiaba en ella. ¿Cómo podía estar compinchada con el asesino de su marido? ¿Cómo podía tener la sangre fría de pensar en asesinarla mientras fingía mostrar preocupación? Porque sí, era Seonaid quien la mataba arrojándole una piedra a la cabeza mientras estaba distraída.

Cecily no comprendía nada, pero no dudaba de la verdad de su visión. No, ella ya no dudaba de unos poderes que no quería tener pero que tenía.

—Sí que te has dormido rápido —Brodie frunció ligeramente el ceño—. Solo llevamos aquí unos minutos.

—Es por el viaje. Demasiado largo.

Brodie asintió, pese a que no parecía muy conforme. Sin mayor insistencia, comenzó a preparar las ramas para encender el fuego.

—Acompáñame de nuevo, Cecily —le pidió Seonaid, dando unas pequeñas palmaditas al hueco que hacía pocos instantes había ocupado Cecily—. Me gustaría saber más cosas sobre ti. Quiero conocerte; vas a ser como una hija para mí.

Cecily no se movió. No podía hacerlo.

—Nos llevamos poca edad para eso.

—Es cierto. Como una hermana, entonces.

Cecily asintió, tratando de fingir una normalidad que no sentía. No quería que Seonaid sospechara de su comportamiento repentinamente errático, pero tampoco podía simular afecto hacia quien sabía que sería su futura asesina. Aquella mujer le repugnaba.

—Seonaid tiene razón. Te vendría bien sentarte —observó Brodie—. Parece que vas a desmayarte en cualquier momento.

—Estoy bien.

—Nos vendrá bien a ambas algo de comida —sugirió Seonaid—. A Cecily le dieron ganas de matarla.

—En cuanto encienda el fuego, voy a cazar —dijo Brodie.

Tenía que hacer algo. No podía hablar con Brodie, no sin llamar la atención de Seonaid. Roderick estaría cerca, acechándoles. Si ella gritaba avisándole, no sabía cómo terminaría aquello para ellos.

Así que Cecily actuó rápido.

—Necesito beber un poco de agua —dijo, improvisando lo primero que se le ocurrió.

Se acercó a la alforja. Seonaid no podía verla porque estaba de espaldas a ella, y Brodie estaba ocupado con el fuego. Pero, en lugar de abrir la alforja para coger la cantimplora, se agachó y tomó una piedra plana del suelo: la misma con la que, en su visión, Seonaid la había golpeado una y otra vez.

Sin vacilar, levantó la piedra y corrió hacia Seonaid, que seguía a espaldas de ella. Antes de que esta pudiera siquiera reaccionar, la golpeó con precisión en la cabeza, con la fuerza justa para dejarla inconsciente, pero sin poner en riesgo su vida. La mujer cayó suavemente al suelo, inmóvil por un instante.

Brodie levantó la vista, confuso y alarmado.

—¡Cecily! ¡Por los clavos de Cristo! ¡¿Qué estás haciendo?!

—Roderick es quien asesinó a tu padre —escupió Cecily, con la respiración agitada—. Él está cerca de aquí, muy cerca. Ellos dos están compinchados y van a matarnos.

—Ese... ese plan es una locura —balbuceó Brodie—. ¿Por qué Seonaid haría algo así? No tiene sentido.

—Ella quiere quitarte el poder. Quiere que sea su hijo quien sea el laird y así, hasta que tenga la edad de poder gobernar, mandar ella.

—¿Cómo lo sabes...? —Brodie se interrumpió a sí mismo, como si él solo hubiese llegado a la respuesta de su pregunta no formulada—. Por eso estabas tan pálida. Has tenido una visión.

—Brodie, tienes que creerme —insistió Cecily con desesperación —. Sé que confías en Seonaid y que ahora mismo debes pensar que he perdido la razón y que he hecho daño a una mujer inocente, pero ella está muy lejos de serlo. Es una asesina. Incluso planea dar fin a la vida de Roderick cuando haya acabado contigo. —Cecily no lo había visto reflejado en la visión, pero estaba convencida de ello. Lo estaba utilizando para lograr sus propósitos y, cuando no le sirviese, se desharía de él—. Ella...

Brodie le hizo un gesto con la mano para acallarla. Para sorpresa de Cecily, se acercó con calma a la alforja de su caballo y sacó su espada, que guardaba cuidadosamente en una funda de cuero colgada del costado.

Ella asintió, conteniendo el aliento mientras lo veía internarse entre los árboles. El bosque estaba en un silencio tenso, roto solo por el crujir de las ramas bajo los pies de Brodie.

Unos minutos después, un grito desgarrador de hombre resonó entre los troncos. Cecily, sin pensarlo, corrió hacia el sonido, sorteando raíces y arbustos, con el corazón latiéndole con fuerza.

Allí, entre la maleza, vio a Roderick tendido en el suelo, inmóvil. La espada de Brodie, clavada con precisión mortal, descansaba sobre su pecho. Brodie, de pie a su lado, respiraba con dificultad, pero su mirada estaba tranquila y decidida.

Cecily se acercó lentamente, con una mezcla de alivio y temor.

—No has puesto en duda mis palabras. Has creído que he tenido una visión.

Él la miró.

—En el fondo, nunca he desconfiado de ti, Cecily. En el fondo, siempre he sabido que tienes ese don. Pero era demasiado tozudo para reconocerlo.

—Ahora sé con seguridad que no me he equivocado al casarme contigo.

Brodie sonrió.

—Oh, por supuesto que te has equivocado. Pero eres demasiado noble para verlo y yo demasiado egoísta para dejarte marchar.

Ella lo miró y, sin meditarlo, se inclinó hacia él y lo besó.

—Nunca me iré, Brodie. Te amo.

Capítulo 26

Tres semanas después…

Cecily, sentada en la orilla del lago, observaba cómo Brodie jugaba con su hermano en el agua. El pequeño, que había llegado al clan apenas una semana atrás, chapoteaba feliz, ajeno a la maldad de su madre.

Seonaid se encontraba en esos momentos en las Lowlands, bajo el cuidado de su hermano, que en cuanto se enteró de lo que su hermana había hecho, les aseguró que no volvería a hacer daño a nadie.

Cecily se había prometido a sí misma cuidar del pequeño como si fuera suyo. Si alguien conocía el dolor de tener una madre malvada, esa era ella. No permitiría que el niño sufriera ningún daño.

Una joven la saludó con la mano y Cecily le devolvió el gesto.

Cualquier miedo que hubiera tenido de no ser aceptada en el clan desapareció en el mismo instante en que cruzó el puente levadizo, ya que los mismos guerreros que lo custodiaban la habían tratado con aprecio.

Ella no solo había sido aceptada, sino que respetaban sus opiniones y la trataban como si la conociesen de toda la vida. No tenía dudas de que había encontrado el lugar al que pertenecía.

Sin embargo, no podía sentirse del todo feliz. La causa de su inquietud era el frasco que sostenía entre sus dedos en ese momento. Aún no había tomado una decisión, y sabía que no podría retrasarla por mucho más tiempo.

Había enviado una misiva a Gisela para compartir las buenas nuevas. Por supuesto, había omitido cualquier mención a sus visiones y a todo lo que tuviera que ver con ellas. La respuesta de Gisela había sido cálida, expresando su deseo de verla cuanto antes.

Suspiró y cerró los ojos.

—¿Qué voy a hacer? —murmuró al aire.

—Sabes la respuesta, solo que no quieres aceptarla.

Cecily abrió los ojos al escuchar aquella voz femenina. Una voz que, aunque había oído solo en una ocasión, le resultaba inconfundible.

La anciana que había visto en el bosque, cuando Gisela perdió el conocimiento, estaba ahora frente a ella. Su presencia era tan serena como imponente, y su mirada penetrante parecía atravesarle el alma.

Instintivamente, Cecily miró hacia Brodie, que, ajeno a todo, seguía jugando con su hermano, y luego a los miembros del clan que se bañaban en el lago.

—Nadie puede verme, Cecily. Nadie, a excepción de ti.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Sabes quién soy. Solo tienes que dejar de escuchar afuera y hacerlo en tu interior.

—Eres mi bisabuela. —Las palabras salieron de su boca antes de ser consciente de ellas.

La anciana sonrió.

—Así es.

—Pero... —balbuceó—, pero estás muerta.

—La vida y la muerte son parte del mismo sendero, aunque eso carece de importancia ahora.

—No lo entiendo. Tú echaste una maldición para evitar que Gisela tenga un segundo bebé que traerá el caos. Pero, a la vez, me enviaste en busca de mi madre para que pudiera salvar a mi amiga, y no sirvieron de nada tus intentos para evitar la profecía. No lo entiendo.

—El camino que eliges no siempre es lineal, niña mía —dijo con suavidad—. Algunas decisiones parecen contradecirse, pero cada una cumple un propósito mayor. La maldición protege lo que debe ser protegido, y tu búsqueda de tu madre salva lo que aún puede salvarse. Todo está tejido por hilos que tú aún no alcanzas a ver.

—No entiendo una palabra de lo que quieres decir —repuso Cecily con sinceridad, provocando que la anciana sonriese.

—Has tenido visiones durante tu viaje, Cecily. Has logrado que no se cumpliesen. Brodie y tú seguís vivos porque el amor que él te tiene hizo que confiase en ti. El amor puede cambiarlo todo.

Ella negó con la cabeza.

—Lo vi en mis visiones. El amor de Gisela y Malcolm hacia el niño no le cambiara.

—El amor de unos padres es poderoso, pero no es el mayor amor.

Ella suspiró.

—Sigo sin saber qué hacer.

La anciana le sonrió.

—Haz lo que el corazón te pide, niña mía. El corazón nunca se equivoca.

Cecily abrió la boca para decir algo más, pero, al parpadear, la mujer había desaparecido como si nunca hubiera estado allí.

—¿Estás bien? —le preguntó Brodie, sentándose a su lado unos instantes después.

—Lo estoy.

—¿Has tenido una visión? —susurró bajando la voz—. Estás igual de pálida que cuando tienes una.

—No exactamente. He visto a mi bisabuela muerta.

Brodie abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Entiendo…

—¿Me crees? —le preguntó ella.

Brodie tomó su rostro entre las manos.

—Siempre, Cecily. Siempre.

Ella esbozó una sonrisa.

—He tomado una decisión —dijo, levantando el frasco—. Pero tengo miedo de las consecuencias.

—Las afrontaremos juntos —respondió él, apretando su mano sobre la de ella como un escudo frente al mundo—. No habrá nada que temer mientras estemos uno al lado del otro.

—Te amo, Brodie.

—No tanto como yo a ti.

Cecily no estaba de acuerdo, pero, en vez de discutir, prefirió dejar que sus labios hablaran por ella. Fue un beso suave, lleno de

ternura y confianza, que parecía sellar todas sus palabras no dichas. No había necesidad de adornos ni gestos grandilocuentes; cada roce de sus labios era un pacto silencioso, un recordatorio de que, pase lo que pase, estarían juntos.

El sol se reflejaba en el lago, iluminando sus rostros y el momento con un brillo cálido, y, por primera vez en mucho tiempo, Cecily se permitió creer que todo iría bien.

Epílogo

Clan Sinclair, meses después…

Cecily colocó a la recién nacida encima del pecho de su madre. La comadrona acababa de marcharse para avisar al padre de que todo había salido bien, y se encontraban solas en la alcoba.

—Estoy muy agradecida de que hayas ayudado en el parto. Pero ese brebaje que me has dado para aliviar el dolor no ha servido para nada —le dijo Gisela.

Cecily tuvo que contener una risa. Esa era la excusa que se le había ocurrido para que su amiga tomase la poción sin tener que revelarle nada. Esta había funcionado, ya que tanto madre como hija estaban en perfecto estado.

—¿Sabes cómo la vais a llamar? —le preguntó, mirando a la pequeña, que se había quedado dormida.

Gisela asintió.

—Alice, como mi madre.

—Es un nombre precioso. —Cecily sonrió, sentándose en una silla al lado de la cama donde su amiga y la bebé descansaban.

Gisela miró a su pequeña.

—Se parece a Malcolm.

—Y a ti —le dijo Cecily—. Tiene tus mismos ojos.

Los ojos color esmeralda que había visto mirándola en la visión, con el cuerpo sin vida de su amiga sobre la cama. Cecily trató de no pensar en ello, ya que nada de eso había sucedido.

—Estoy muy feliz por ti. —Gisela miró a Cecily—. Brodie es un buen hombre, y te ama.

—Y yo le amo a él.

—¿Cuándo vais a darle una amiguita a mi hija?

Cecily instintivamente acarició su tripa plana. El día anterior había resuelto cualquier duda que tuviese sobre la posibilidad de

estar encinta. Pero aún no había tenido la oportunidad de contarle a Brodie que iba a ser padre, y antes de comunicárselo a Gisela, quería anunciárselo a él.

—¿Y no puede ser un amiguito? —sugirió.

—No es mala idea. —Gisela frunció el ceño, pensativa—. Al contrario, es muy buena idea.

—No sé si quiero saber lo que estás pensando.

—Casaremos a un hijo o hija tuya con un hijo o hija mía. Y aunque ya siento que somos familia, de esa manera, lo seremos del todo.

—No quiero para mis futuros hijos otra cosa que un matrimonio por amor. Como el tuyo o el mío.

—Y será por amor. —Gisela se encogió de hombros con despreocupación—. Simplemente les daremos el empujoncito necesario para que se enamoren.

Cecily solo pudo soltar una carcajada ante las locuras de su amiga.

En ese momento, Malcolm entró en la habitación y se sentó junto a su esposa, mirándola con un amor tan genuino que llenaba el aire de ternura. Desde el marco de la puerta, Brodie le sonrió a Cecily, y entonces, lo comprendió.

«El amor lo puede cambiar todo».

Las palabras de su bisabuela se repitieron en su mente.

Ella no se había equivocado, porque así había sido. En la búsqueda de su madre, Cecily había cambiado su destino al viajar con Brodie. Quizá, uno de los frutos de ese amor acabaría cambiando también el destino del hijo de Gisela.

Y, en ese mismo instante, tuvo el convencimiento de que de su vientre nacería una hija, y el amor que uniría su alma con la del hijo de Gisela cambiaría el curso de cuanto ya estaba escrito.

Porque el amor, cuando era sincero y puro, podía con todo.

Gracias por leer la historia de Cecily y Brodie.
¿Quieres descubir quiénes serán los protagonistas del siguiente libro de la saga?

Sigueme en mis redes sociales:

Instagram: lexi_thurman03